CLÁSICOS CASTELLANOS

5

QUEVEDO

I

FL DRPS FA 10366
0500773061

QUEVEDO

PRINTED IN SPAIN

CLASICOS CASTELLANOS

QUEVEDO

EL BUSCÓN

I

NUEVO TEXTO, EDITADO Y COMENTADO POR

AMÉRICO CASTRO

MADRID
EDICIONES DE «LA LECTURA»
1927

Imp. Ciudad Lineal.—Madrid.—Teléfono 50.018.

ADVERTENCIA

Publico ahora el Buscón según un nuevo manuscrito, que muda y mejora esencialmente el texto tradicionalmente conocido. Mas no ha sido posible incluir en este volumen un amplio estudio sobre Quevedo, las variantes y otras ilustraciones que debieran haberlo completado. El número de páginas habría hecho inmanejable este libro, y habría excedido con mucho los límites editorialmente tolerables, teniendo en cuenta el precio uniforme de los volúmenes de «Clásicos Castellanos». En vista de ello, doy en un segundo tomo (que será el número 5 bis de esta colección) todo lo que aquí omito.

El nuevo manuscrito que uso para esta edición suprime, como digo, errores que de otro modo resultaban incorregibles; pero había que dar a conocer, en forma completa, todas las discrepancias con la redacción impresa basada en la edición de Zaragoza, 1626, única fuente de esta novela durante tres siglos. De ahí la necesidad de la extensa lista de variantes que incluyo en el tomo segundo.

A su vez el estudio de Quevedo no podía ser breve. Un autor de esta importancia, lleno de tan sugestivos problemas, requería ser examinado con alguna meditación.

El comentario al texto del Buscón no parecerá excesivo a quien lea atentamente y con ánimo de comprender el intrincado lenguaje de nuestro Quevedo, autor a veces muy recóndito. Creo que sólo escasas dificultades quedan por resolver. En la forma actual, esta edición del Buscón anula en absoluto la que di en «Clásicos Castellanos» en 1911, que era por todos conceptos insuficiente.

En la fe de erratas que va al final, salvo las que he advertido. Pero rogaría al lector que desde ahora enmendara, el yerro que se ha deslizado en la **pág. 186, nota 6**, donde debe decir: «El escudo de oro valía 13 reales y el ducado 11». En los apéndices del tomo II se ilustrará este punto.

En la pág. 283, nota 4, digo no conocer lo que fuera la *barba turca*. Posteriormente he hallado que entre los presentes que, desde Nápoles, envió el duque de Osuna a Felipe III, en 1620, figura: «Una haca alazana, otra baya, una yegua morcilla, un jaez de plata... dos mochilas bordadas de oro con sus aderezos turquescos de diferentes piedras y valores, una *barba turca*, una maza con algunas piedras» (*Memorial del pleito que el Sr. D. Juan Chumacero, trata con el duque de Uceda*, s. a., Bibl. Nac., manuscrito 11569, f.° 33 *v*). Se trata pues de una pieza del arreo del caballo, al parecer una clase de freno; comp. «barbada».

Américo Castro.

[PRELIMINARES DE LA EDICIÓN DE ZARAGOZA, 1626.]

APROBACIÓN

Agradecido al mandamiento del señor don Juan de Salinas, Vicario general de este arzobispado de Zaragoza, que me obligó a ver libro tan sazonado como su autor, juzgo que se le debe la estampa por la propriedad de las cosas, por la elegancia de las palabras, por la enseñanza de las costumbres, sin ofensa alguna de la religión. En Santa Engracia de Zaragoza, a veintinueve de abril, año de mil seiscientos veinte y seis.

ESTEBAN DE PERALTA.

LICENCIA DEL ORDINARIO

El doctor Juan de Salillas, colegial del colegio de San Bartolomé de Salamanca, y en lo espiritual y temporal Vicario general de la ciudad y arzobispado de Zaragoza, por el ilustrísimo y reverendísimo

5 Así *Z.*, 1628.—*Z.*, 1626, «como su autor supo».

señor don fray Juan de Peralta, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, arzobispo de dicho arzobispado, del consejo de su majestad, etc., Damos licencia a Roberto Duport, librero, para que pueda hacer imprimir un libro intitulado HISTORIA DE LA VIDA DEL BUSCÓN LLAMADO DON PABLOS, compuesto por don Francisco de Quevedo, por cuanto nos consta no haber en él cosa en que contravenga a nuestra santa fe católica y buenas costumbres y mandamos se ponga esta nuestra licencia al principio de cada libro. *Dat.* en Zaragoza a dos de mayo del año mil seiscientos veinte y seis.

EL DOCTOR DON JUAN DE SALINAS,
Vicario general.

Por mandado de dicho señor Vicario general, ANTONIO ZAPORTA, *Notario.*

APROBACIÓN

He visto y leído este libro y me parece se puede dar licencia para imprimirlo. En Zaragoza, a trece de mayo mil seiscientos veinte y seis.

EL DOCTOR CALISTO REMÍREZ.

DON FELIPE, POR LA GRACIA DE DIOS, REY DE CASTILLA, DE ARAGÓN, DE LAS DOS SICILIAS, DE JERUSALÉN, ETC.

Don Juan Fernández de Heredia, caballero mesnadero, gentil hombre de la boca de su majestad, de su Consejo, y regente el oficio [de] la general gobernación en este reino de Aragón y presidente en la real audiencia de aquél: Por cuanto por parte de Roberto Duport, librero, domiciliado en la ciudad de Zaragoza, se nos ha suplicado fuésemos servidos dar licencia y facultad para imprimir y vender y hacor imprimir y vender en el presente reino de Aragún un libro intitulado HISTORIA DE LA VIDA DEL BUSCÓN LLAMADO DON PABLOS, EJEMPLO DE VAGAMUNDOS Y ESPEJO DE TACAÑOS; y porque habemos mandado ver y reconocer primero, se ha hallado que no tiene cosa contra nuestra santa fe católica; el cual es compuesto por don Francisco de Quevedo Villegas, caballero del Orden de Santiago. Por tanto, por tenor de las presentes, de nuestra cierta ciencia y por la real autoridad que usamos en esta parte, damos licencia y facultad al dicho Ruperto Duport, o a quien su poder tuviere, para que por el tiempo de diez años, contaderos del día de la data de las presentes en adelante, pueda imprimir y vender, y hacer imprimir y vender el susodicho libro y todos los cuerpos que dél quisiere. Prohibiendo y man-

6 Las ediciones: «el oficio la general».

dando que ninguna otra persona le pueda imprimir ni vender ni hacer imprimir ni vender dentro de los dichos diez años, so pena de perdimiento de los libros y moldes y otras penas a nos arbitrarias. Con esto, que en todos los volúmenes y cuerpos que imprimiere sea tenido poner impresa la presente nuestra licencia, mandando por tenor della a cualesquier jueces y oficiales mayores y menores y otros cualesquiera ministros, vasallos y súbditos de su majestad en el presente reino de Aragón, que so incurrimiento de su ira e indignación y en pena de mil florines de oro de Aragón, de bienes de los contravinientes exigideros, y a los reales cofres aplicaderos, que la presente licencia y todo lo en ella contenido guarden, tengan y observen, tengan y guardar hagan inviolablemente, ni hacer ni permitir ser hecho lo contrario, si la gracia de su majestad les es cara, y en la dicha pena desean no incurrir. *Dat. in civitate Calatajubii, die vigesimo sexto, mensis madii, anno Domini Nostri Jesu Christi millesimo sexcentesimo vigesimo sexto.*

DON JUAN FERNANDEZ DE HEREDIA,
Governador de Aragón.

V. MENDOZA, *Asesor.*

Dominus R. offi. G. G. Arag. mandat. mihi Gaspari Jacinto de Robres & Lasilla, visa per Mendoza asesor.

In diversorum IX, fol. CLIII.

7 Así *Z.*, 1628.—*Z.*, 1626, «cualesquiere».

A DON FRAY JUAN AGUSTÍN DE FUNES, CABALLERO DE LA SAGRADA RELIGIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA DE JERUSALÉN, EN LA CASTELLANÍA DE AMPOSTA DEL REINO DE ARAGÓN.

Hállandome lleno de obligaciones al favor que siempre he recibido de v. m., y siendo mi caudal limitado para pagarlas, me ha parecido, en señal de agradecimiento, dedicarle este libro, émulo de *Guzmán de Alfarache*—y aun no sé si diga mayor—y tan agudo y gracioso como *Don Quijote*, aplauso general de todas las naciones. Y aunque v. m. merecia mayores asuntos por su generosa sangre, ingenio lucido, pues la *Crónica de la Religión de San Juan* es hijo suyo—a quien podemos decirle sin miedo: *qualis pater talis filius*—, porque tal vez suele divertirse más el cuerdo con los descuidos maliciosos de Marcial que con las sentencias de Séneca, le pongo en sus manos para que se recree con sus agudezas. Su autor dél, es tan conocido, que lleva ganados de antemano deseos de verle; y cuando no lo fuera, con su protección de v. m. perdiera los recelos de atreverse en público; y yo quedaré ufano, consiguiendo el general gusto que con él han de tener todos.

Humilde criado de v. m.,
ROBERTO DUPORT.

17 Las ediciones: «de Marcial José».

AL LECTOR

Qué deseoso te considero, lector o oidor—que los ciegos no pueden leer—, de registrar lo gracioso de don Pablos, príncipe de la vida buscona.

Aquí hallarás en todo género de picardía—de que pienso que los más gustan—sutilezas, engaños, invenciones y modos, nacidos del ocio, para vivir a la droga, y no poco fruto podrás sacar dél si tienes atención al escarmiento; y, cuando no lo hagas, aprovéchate de los sermones, que dudo nadie compre libro de burlas para apartarse de los incentivos de su natural depravado. Sea empero lo que quisieres; dale aplauso, que bien lo merece; y cuando te rías de sus chistes, alaba el ingenio de quien sabe conocer que tiene más deleite saber vidas de pícaros, descritas con gallardía, que otras invenciones de mayor ponderación.

Su autor, ya le sabes; el precio del libro, no lo ignoras, pues ya le tienes en tu casa, si no es que en

---

8 «*Droga*, metafóricamente vale embuste, mentira disfrazada y artificiosa...; del que no trata verdad, y está en mala opinión, se dice que cuanto habla o hace es una pura droga». *(Dic. Aut.)* En América llaman *droguero* al embustero y tramposo (v. *Diccionarios* de Segovia y Román).

la del librero le hojeas, cosa pesada para él, y que se había de quitar con mucho rigor, que hay gorrones de libros como de almuerzos, y hombre que saca cuento leyendo a pedazos y en diversas veces, y luego le zurce; y es gran lástima que tal se haga, porque éste mormura sin costarle dineros, poltronería bastarda y miseria no hallada del Caballero de la Tenaza. Dios te guarde de mal libro, de alguaciles y de mujer rubia, pedigüeña y carirredonda.

7 *El Caballero de la Tenaza:* Alusión a las conocidas *Cartas* de este *caballero*, una de las primeras y más regocijadas obras del autor, en las cuales se instruye al poco avisado para que defienda su bolsa contra la gente desaprensiva. Que eran muy populares, lo demuestra esta cita y los versos que siguen. V. FERNÁNDEZ GUERRA, *Rivad.*, XXIII, 453 n.

9 *mujer rubia.* V. pág. 31 n. 13.

9 *carirredondo.* Se les atribuía condición maliciosa; Cervantes (*Quijote*, II, 3) imaginó *carirredondo* al socarrón y malicioso Sansón Carrasco. Lope de Vega dice que Dorotea, aquella hermosa, audaz y desvergonzada, tenía la «cara redonda» (v. mi edición de *La Dorotea*, pág. 39). Algún otro ejemplo aduce M. Herrero, *Rev. Filol. Esp.*, 1925, p. 158; convendría añadir:

BRIANDA
No hagas caso de las manos;
que aunque me desacreditan,
lo demás es de manteca.
Toca la fisonomía.
CHINCHILLA
Carirredonda pareces.
BRIANDA
¿Pues es malo?
CHINCHILLA
En redondillas
me enamoras, vive Dios.

(TIRSO, *Quien calla, otorga*, Rivad. V. 102 *a*.) Más tarde y ocasionalmente *carirredondo* vale 'tonto, incauto': «los falsos chanflones que le puse en las alforjas... para que comercie con los carirredondos del mundo». (TORRES VILLARROEL, *Vida*, ed. Onis, en esta Colección, pág. 163; creo que Villarroel conocía la palabra librescamente, y que la ha interpretado a su modo.) Nada de esto hay en el *Diccionario de la Academia*, 1925.

A DON FRANCISCO DE QUEVEDO

LUCIANO, SU AMIGO

Don Francisco, en igual peso
veras y burlas tratáis;
acertado aconsejáis,
y a don Pablo hacéis travieso;
con la tenaza, confieso
que será buscón de traza;
el llevarla no embaraza
para su conservación;
que será espurio buscón
si anduviera sin tenaza.

2 Sabido es que *Los Sueños* de Quevedo son uno de los reflejos más notables de la tradición lucianesca en nuestra literatura, juntamente con *El coloquio de los perros* de Cervantes, los *Diálogos* de Alfonso de Valdés, etc. Quevedo destaca aquí su relación con el gran satírico griego.

[COMIENZA EL TEXTO SEGÚN EL MANUSCRITO DE LA BIBLIOTECA DE MENENDEZ Y PELAYO].

LA VIDA DEL BUSCAVIDA,

POR OTRO NOMBRE DON PABLOS, COMPUESTA POR DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

DEDICATORIA

Habiendo sabido el deseo que v. md. tiene de saber los varios discursos de mi vida, por no dar lugar a que otro (como en ajenos casos) mienta, he querido enviar esta relación, que no le será de pequeño alivio para los ratos tristes; y porque pienso ser largo en contar, cuan corto he sido de ventura, no lo quiero ser ahora.

CAPÍTULO I

CUENTA QUIÈN ES Y DE DÓNDE.

Yo soy, señor, natural de Segovia. Mi padre se llamó Clemente Pablo (Dios le tenga en el cielo).

---

3 En *Z.*, 1626, el título es: «Historia de la vida del buscón llamado don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños». *Tacaño*, 'el bellaco que es astuto y engañador'. (COVARRUBIAS, *Tesoro*, 1611.) Dentro de este sentido peyorativo hubo matices poco precisos hasta llegar al sentido actual de 'avaro, miserable'; Torres Naharro llamó a la Roma de los pontífices: «Carnicera de los buenos, Esclava de los *tacaños*» (*Propaladia*, I, 38). «Ansí a la cama de Elvira... A su honestidad se atreve. En la fiera ejecución Le acompañaba un *tacaño* Destos que, en los poderosos, Acreditan los engaños» (LOPE, *Rey Don Pedro*, Rivad. V, 593 *c*). «¿Para qué es bueno un *tacaño* Que se esté mirando el talle Desde el alba hasta la noche, Que presume que te hace El amor de merced, sólo En permitir que le hables?» (ROJAS ZORRILLA, *Donde hay agravios no hay celos*, Rivad. LIV, 165 *c*.)

12 *Señor*. Como otras novelas de pícaros, el BUSCÓN simula un relato autobiográfico. El protagonista, después de haber agotado su ac-

Fué tal como todos dicen; su oficio fué de barbero; aunque eran tan altos sus pensamientos, que se corría que le llamasen así, diciendo que él era tundidor de mejillas y sastre de barbas. Dicen que era de muy buena cepa; y, según él bebió, puédese muy bien creer.

Estuvo casado con Aldonza de San Pedro, hija de Diego de San Juan y nieta de Andrés de San Cristóbal. Sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja, aunque ella, por los nombres y sobrenombres de sus pasados, quiso probar que era descendiente de la letanía. Tuvo muy buen parecer, y fué tan celebrada, que en el tiempo que ella vivió, casi todos los copleros de España hacían cosas sobre ella. Padeció grandes trabajos recién casada, y aun después, porque malas lenguas daban en decir que mi padre metía el dos de bastos para sacar el dos

tividad bulliciosa, se recoge en sí para referir su varia fortuna. «Pues sepa v. m. ante todas cosas...», comienza Lazarillo; «el deseo que tenía—curioso letor—de contarte mi vida...», dice Guzmán de Alfarache.

10 El ser cristiano viejo (no descender de moro ni judío) se consideró en el siglo XVI y en el XVII como un gran privilegio, por estar vedados a los cristianos nuevos los cargos públicos, ser colegial en los colegios universitarios, y muchas más cosas. Quevedo se burla con irreverencia de quienes afectan ser cristianos viejos. El pasaje fué muy modificado en *Z.*, 1626. (V. las variantes finales).

17 *metía el dos de bastos por sacar el dos de oros:* 'Metía dos dedos para robar monedas'. Aún hoy llámanse «tomadores del dos» cierto género de rateros. En la *Vida del pícaro* (edic. Bonilla, *Revue Hispanique*, 1902, pág. 313) se lee: «Oficiales que llaman madrugones, | amigos de velar cual la lechuza, | por desmentir motiles y so-

de oros. Probósele que a todos los que hacía la barba a navaja, mientras les daba con el agua, levantándoles las caras para el lavatorio, un mi hermanico de siete años les sacaba, muy a su salvo, los tuétatanos de las faltriqueras. Murió el angelito de unos azotes que le dieron dentro de la cárcel. Sintiólo mucho mi padre (buen siglo haya), por ser tal, que robaba a todos las voluntades.

Por estas y otras niñerías estuvo preso; aunque, según a mí me han dicho después, salió de la cárcel con tanta honra, que le acompañaron doscientos cardenales, sino que a ninguno llamaban eminencia. Las damas diz que salían por verle a las ventanas, que siempre pareció mi padre muy bien a pie y caballo. No lo digo por vanagloria, que bien saben todos cuán ajeno soy della.

Mi madre, pues, no tuvo calamidades. Un día alabándomela una vieja que me crió, decía que era tal su agrado, que hechizaba a cuantos la trataban; sólo diz que se dijo no sé qué de un cabrón y volar, lo

plones; | el menos diestro de ellos, si chapuza | el dos bastos, que llaman a su salvo, | sacará tres pelotas de una alcuza».—Comp. además: «Sé la treta que dicen mete dos y saca cinco». (*Rinconete y Cortadillo*, edic. Rodríguez Marín, 1920, pág. 409.)

17 En el estilo familiar y descuidado son aun corrientes giros como ése; el sentido es irónico: 'Pues en cuanto a mi madre, apenas si tuvo calamidades'. No hay que poner interrogación después de *calamidades*, como hace Foulché-Delbosc en su edición.

18 *me crió:* así *Z.*, 1626; el ms., *murió*, por error de copia.

20 *cabrón:* «es símbolo del demonio, y en su figura cuentan aparecerse a las brujas y ser reverenciado dellas». (COVARRUBIAS, *Tesoro.*)

cual la puso cerca de que la diesen plumas con que lo hiciese en público. Hubo fama de que reedificaba doncellas, resucitaba cabellos y encubría canas. Unos la llamaban zurcidora de gustos; otros, algebrista de voluntades desconcertadas, y por mal nombre la llamaban alcahueta; para unos era tercera y prima para todos, y flux para los dineros de todos. Ver, pues, con la boca de risa que ella oía esto de todos, era para dar mil gracias a Dios. No me detendré en decir la penitencia que hacía. Tenía un

1 *la diesen plumas*, etc., 'la emplumasen para que volara'. La falta de la palabra *volar* en todas las ediciones hacía incomprensible este pasaje.

4 *Algebrista*, 'el cirujano que arreglaba la dislocación y fractura de los huesos'. Comp. «Se declara por necio con felpas y plumas de papagayo al que... habla tan bajo y pausado. . [y], buscando retazos de razones imperfectas, pega unas con otras con más sentidos y dificultades que un algebrista huesos de pierna u brazo quebrado.» (QUEVEDO, *Origen y definiciones de la necedad*, Rivad., XXIII, 451 *b.*) «Médica de emplastos | y de lavatorios, | y en hacer conciertos | algebrista proprio». (QUEVEDO, *Obras*, edic. Bib. And. II, 202).

7 *flux*, usado aquí en sentido metafórico, en el juego de las quínolas y otros era 'el concurso de todas las cartas de un mismo palo, con lo cual se ganaba el juego'. Comp. «Los que estando en el mismo juego, habiendo descubierto el contrario *flux*, primera o cincuenta, fueren con mucho cuidado a mirar la carta que les venía... los declaramos por necios». (QUEVEDO, *Premáticas y Aranceles generales*, Rivad. XXIII, 435 *a.*)

10 Salta a la vista la semejanza de Aldonza de San Pedro con Celestina. En *La hora de todos y la fortuna con seso*—terminada en 1636—vuelve el autor a dibujar con más precisión un tipo análogo: «Acabó de mamullar estas razones, y juntando la nariz con la barbilla, a manera de garra, las hizo un gesto de la impresión del grifo. Una de las pidonas... la respondió: «Agüela, endilgadora de refoci-

aposento, donde sola ella entraba—y alguna vez yo, que, como era chiquito, podía—, todo rodeado de calaveras, que ella decía que eran para memorias de la muerte, o para voluntades de la vida. Su cama estaba armada sobre sogas de ahorcados, y decíame a mí: «¿Qué piensas? Estas tengo por reliquias, porque los más de éstos se salvan».

Hubo grandes diferencias entre mis padres sobre a quién había de imitar en el oficio; mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me apliqué a uno ni a otro. Decíame mi padre: «Hijo, esto de ser ladrón no es arte mecánica, sino liberal»; y de allí a un rato, habiendo suspirado, decía de manos: «El que no hurta en el mundo, no vive. ¿Por qué piensas que los alguaciles

los, engarzadora de cuerpos, eslabonadora de gentes, enflautadora de personas, tejedora de caras, has de saber que somos muy mozas para vendernos». (*Rivad.* XXIII, 393 *a.*)

5 «Las hechiceras dicen que para la bien querencia se aprovechan de estas sogas». (COVARRUBIAS, *Tesoro*).

12 Esta «apología» que Pablos hace de sus padres recuerda la comedia *Eufemia* de Lope de Rueda: «Mujer que todo el mundo la alaba, ¿no es harto, señor?» No hay que decir [de mi madre]. ¿Qué pueden decir? Que era un poco ladrona, como Dios y todo el mundo sabe, y algo deshonesta de su cuerpo; lo demás, no fuera ella.. *Leonardo*. Eso es cuanto a la madre. Y tu padre, ¿era oficial?... ¿Qué oficio era el suyo? *Melchior* ¿Cómo les llaman ad aquestos que de un hombre hacen cuatro? *Leonardo*, Bochines. *Melchior*. Así, así; bochín. bochín, y perrero mayor de Constantina de la Sierra».

14 *de manos:* 'juntando las manos'. Comp. en el cap. XVIII, «en la iglesia siempre tenía puestas las manos», variante de Z., 1626. Dice Covarrubias: «*venir puestas las manos*: venir con humildad pidiendo perdón».

y jueces nos aborrecen tanto? Unas veces nos destierran, otras nos azotan, otras nos cuelgan, aunque no haya llegado el día de nuestro santo. No lo puedo decir sin lágrimas»—lloraba como un niño el buen viejo, acordándose de las veces que le habían bataneado las espaldas—: «porque no querrían ellos que adonde están hubiese otros ladrones sino ellos y sus ministros. De todo nos libra la buena astucia. En mi mocedad siempre andaba por las iglesias: y no

2 Chiste fácil a base de *colgar* 'hacer un regalo el día del santo' y *colgar* 'ahorcar'. Dice don Tello en *El mejor alcalde, el rey*, de Lope: «...No os cuelgo de dos almenas. PELAYO. Sin ser día de mi santo, Es muy bellaca señal». (II, 13). En algunas partes hay aún la broma de poner un colgajo, sin saberlo ellos, en la espalda de los muchachos el día de su santo. (Granada). En Albacete, *colgar* es hacer pagar un convite. En la mayor parte de España se desconoce ya este sentido de *colgar*.

9 *andaba por las iglesias*, porque éstas ofrecían asilo a los delincuentes; le justicia no tenía acceso a los criminales cuando éstos se *llamaban* al sagrado de una iglesia, y de aquí se originó la frase *llamarse o hacerse andana o altana*, nombre dado a los templos en la lengua rufianesca o de germanía. «Estánse a la mira para ver lo que sucede a su hembra; si la dan perro muerto [si no le pagan] o hacen agravio, ella reclama, y él acude con la mano en la espada... va en seguimiento del malhechor, que ordinariamente es su amigo, y le prescribe se oculte por unos dias, que así conviene. Vuelve a la señora, y la dice que ya queda castigado y mal herido aquel bergante, que vea la orden que se ha de dar para poner los bultos en salvo, La miserable se lo cree, y muy ufana de su venganza, y de que su respeto haya costado pendencia y sangre derramada, saca el dinerillo que tiene... tómalo el lagarto, y *hácese antana*, que así llaman ellos ponerse en la iglesia, y envía cada día por los ocho o diez reales». (QUEVEDO, *Capitulaciones de la vida de la Corte*, Rivad. XXIII, 465 *b*.) Al famoso representante y escritor Agustín de Rojas, autor

de puro buen cristiano. Muchas veces me hubieran llevado en el asno, si hubiera cantado en el potro. Nunca confesé sino cuando lo mandaba la Santa Madre Iglesia; y así, con esto y mi oficio, he sustentado a tu madre lo más honradamente que he podido». «Cómo, ¿a mí sustentado?», dijo ella con gran cólera, que le pesaba de que yo no me aplicase a brujo—; «yo os he sustentado a vos, y sacádoos de las cárceles con industria, y mantenido en ellas con dinero. Si no confesábades, ¿era por vuestro ánimo o por las bebidas que yo os daba? Gracias a

de *El Viaje entretenido*, sucedió que, estando en Málaga, durante «dos días permaneció retraído por una muerte en la iglesia de San Juan, cercado de corchetes y alguaciles. Levantado el cerco, salió al fin arriesgándolo todo, hambriento y con una determinación espantable. Mas su buena suerte le deparó tropezar con una mujer hermosa, que súbitamente se prendó de él, y conocido su intento, le disuadió, solicitándolo a que volviese a tomar iglesia». (M. CAÑETE. *Estudio crítico*, al frente de la edición de *El Viaje entretenido*, publ. por Bonilla y San Martín.) V. F. RODRÍGUEZ MARÍN, *El Loaysa*, página 190.—Más adelante en el cap. VI, Quevedo hace decir a Pablos, jugando del vocablo: «A lo cual respondí yo que me *llamaría a hambre*, que es el sagrado de los estudiantes».

2 Así Z., 1626; el ms. *llorado... cantado el potro.—En el asno* sufrían la pena los azotados: «Agridulce fué la mano, | hubo azote garrafal; | el asno era una tortuga, | no se podía menear». (QUEVEDO, *Carta de Escarramán a la Méndez*, Rivad. LXIX, 98 *b*).

3 *Nunca confesé*. Es característico del pícaro su tesón en no *cantar* la culpa: «... y harta merced le hace el cielo al hombre atrevido ...que le deja en su lengua su vida o su muerte. ¡Como si tuviese más letras un *sí* que un *no!*» (CERVANTES, *Rinconete*, edic. R. Marín, 1920, pág. 411.)—«A Grullo dieron tormento, | y en el, de verdad, de soga; | dijo nones, que es defensa | en el potro y en las bodas». (QUEVEDO, *Jácara*, Rivad. LXIX, 103 *a*.)

9 Así Z., 1626; el ms., *sustentado en ellas*.

mis botes. Y si no temiera que me habían de oir en la calle, yo dijera lo de cuando entré por la chimenea y os saqué por el tejado».

Más dijera, según se había encolerizado, si con los golpes que daba no se le desensartara un rosario de muelas de difuntos que tenía. Metilos yo en paz, diciendo que quería aprender virtud, resueltamente, y ir con mis buenos pensamientos adelante; y así, que me pusiese en la escuela, pues sin leer ni escribir no se podía hacer nada. Parecióles bien lo que yo decía, aunque lo gruñeron un rato entre los dos. Mi madre tornó a ocuparse en ensartar las muelas, y mi padre se tornó a ir fuera, no sé si a ocuparse en barba o en bolsa. Yo me quedé solo, dando gracias a Dios porque me hizo hijo de padres tan hábiles y celosos de mi bien.

1 *botes* de hechizos. El ms.: *de ver en;* Z., 1626, *de oir en.*

9 Pablos piensa sólo en su padre, y por eso dice *pusiese.*

14 *Z.*, 1626: «mi padre fué a rapar a uno—así lo dijo él—, no sé si la barba o la bolsa».

CAPÍTULO II

DE CÓMO FUÍ A LA ESCUELA Y LO QUE EN ELLA ME SUCEDIÓ

A otro día ya estaba comprada cartilla y hablado al maestro. Fuí a la escuela; recibióme muy alegre; díjome que tenía cara de hombre agudo y de buen entendimiento. Yo con esto, por no desmentirle, di muy bien la lección aquella mañana. Sentábame el maestro junto a sí; ganaba la palmatoria los más

4 Lo gramatical sería «estaba hablado el maestro»; «al» supone «habían hablado», que el autor pensó y no escribió.

8 *ganar la palmatoria.* El muchacho que llegaba primero a la escuela gozaba del bárbaro privilegio de usar la palmeta para aplicar los castigos impuestos por el maestro. Covarrubias en su *Tesoro*, sub voce *zurriago*, nos dice cómo se imponía la disciplina en una escuela a principios del siglo XVII: «Grandísima rabia me da cuando veo a los tiranos maestros de escuela azotar a los niños con tan poca piedad; y algunos azotan con cuerdas de vihuelas, las más gordas que se labran; y el miedo que allí cobra el niño, le dura toda la vida hasta la vejez». La frase *ganar la palmatoria* significó. por extensión, 'llegar el primero a algún sitio'. Comp. «Ganado habemos la palmatoria en esta escuela de las damas que toman el acero», dice Clara en *La Dorotea* de Lope de Vega (VI, 1). Enríquez Gómez describe una escuela de niñas en la *Vida de Don Gregorio Guadaña*: «Azotaba sus niñas cuando venían tarde... jurábasela con el dedo, si no ganaban la palmatoria» (*Rivad.* XXXIII, 258 *b*). Aquí nuestra frase significa sencillamente, 'llegar temprano'. Quevedo vuelve a usar la expresión en un *Baile* (Rivad., LXIX, 116 *b*): «La Corruja y la Carrasca... | hembras de la vida airada... | ganaron la palmatoria | en el corral de las armas».

dias por venir antes, y íbame el postrero por hacer algunos recados de «Señora», que así llamábamos la mujer del maestro. Teníalos a todos con semejantes caricias obligados. Favorecíanme demasiado, y con esto creció la envidia en los demás niños. Llegábame a los hijos de los caballeros y personas principales, y particularmente a un hijo de don Alonso Coronel de Zúñiga, con el cual juntaba las meriendas. Ibame a su casa a jugar las fiestas, y acompañábale cada día. Pero los otros, porque no les hablaba, o porque les parecía demasiado punto el mío, siempre andaban poniéndome nombres tocantes al oficio de mi padre. Unos me llamaban don Navaja, otros don Ventosa; cuál decía, por disculpar la envidia, que me quería mal porque mi madre le había chupado dos hermanitas pequeñas, de noche; otro decía que a mi padre le había llevado a

1 *por venir antes* en Z., 1626; no está en el ms.

2 *Señora*, sin artículo, es resto de la sintáxis antigua. Comp. «¿Dónde está señor?—Yo creo | que es ido a hablar con Elvira» (LOPE, *El mejor alcalde, el rey*, III, 7).

9 *Juntar meriendas*. A esta costumbre de los niños hay otras alusiones: «Era la señora mi prima, tan prima en la bucólica doctrina, que después de haber juntado sus discípulas las meriendas, se las comía» (ENRÍQUEZ GÓMEZ, *Vida de D. Gregorio Guadaña*, Rivad., XXXIII, 258 *a*). La frase acabó por tomar el sentido general de 'aunar intereses'.

10-11 Los impresos *que porque*, pleonasmo ausente del ms. y que «según el uso moderno, es una incorrección que debe evitarse». (BELLO-CUERVO, *Gram. cast.*, § 985.)

11 *punto*, 'orgullo'.

su casa para la limpieza de los ratones, por llamarle gato; unos me decían cuando pasaba *zape*; otros, *miz*; cuál decía: «Yo le tiré dos berengenas a su madre cuando fué obispa.» Al fin, con todo cuanto andaban royéndome los zancajos, nunca me faltaron, gloria a Dios. Y aunque yo me corría, disimulábalo.

Todo lo sufría, hasta que un día un muchacho se atrevió a decirme a voces hijo de una puta hechicera; lo cual, como me lo dijo tan claro—que aún si lo dijera turbio no me pesara—, agarré una piedra y descalabréle. Fuíme a mi madre corriendo, que me escondiese, y contéle todo el caso, a lo cual sólo me dijo: «Muy bien hiciste; bien muestras quién eres; sólo anduviste errado en no preguntarle quién se lo dijo.» Cuando yo oí esto, como siempre tuve altos pensamientos, volvíme a ella, y dije: «¡Ah madre!, pésame sólo de que ha sido más misa que pendencia la mía». Preguntóme que por qué, y díjela que porque había tenido los evangelios. Roguéla

1 *a su casa* en Z., 1626, no en el ms.

2 *gato*, 'ladrón'. De ahí *gatazo*: «Gatazo le han dado. | Compré unas medias a un moro, | y el bellaco en un momento, | me las voló por el viento» (LOPE DE VEGA, *El Arenal de Sevilla*, I, 7).

4 *obispa*. La coroza de los condenados por la Inquisición, semejaba una mitra. Comp. «Ayer salió la Verenda | obispada de coroza, | por tejedora de gentes | y por enflautar personas». (QUEVEDO, *Jácara*, Rivad., LXIX, 103 *a*.)

4 El ms. por error *an fin*.

11 *que*, 'para que', sentido frecuente en la lengua clásica, y que aun se oye en el habla vulgar.

19 *había tenido los evangelios*, es decir, le habían dicho grandes verdades. Este es uno de los pasajes suprimidos en el texto impreso, por juzgarlo irreverente, Quevedo o el editor.

que me declarase si le podía desmentir con verdad, o me declarase si me había concebido a escote entre muchos, o si era hijo de mi padre sólo. Rióse y dijo: «¡Ah, noramaza! ¿Eso sabes decir? No serás bobo; gracia tienes; muy bien hiciste en quebrarle la cabeza; que esas cosas, aunque sean verdad, no se han de decir». Yo, con esto, quedé como muerto, determinado de coger lo que pudiese en breves días, y salirme de casa de mi padre: tanto pudo conmigo la vergüenza. Disimulé; curó mi padre al muchacho; apaciguólo todo; volvióme a la escuela, donde el maestro me recibió con ira, hasta que sabiendo la causa de la pendencia, se le aplacó el enojo, considerando la razón que había tenido.

En todo esto, siempre me visitaba aquel hijo de don Alonso Coronel de Zúñiga, que se llamaba don Diego; queríame naturalmente, porque trocaba con él los peones, si eran mejores los míos; dábale de lo que almorzaba, y no le pedía de lo que él comía; comprábale estampas, enseñábale a luchar, jugaba con él al toro y entreteníale siempre. Así que, los más días, sus padres del caballerito, viendo cuánto le regocijaba mi compañía, rogaban a los míos que me dejasen con él a comer y a cenar, y aun a dormir los más días.

Sucedió, pues, uno de los primeros que hubo es-

4 *noramaza*, 'noramala', dicho por eufemismo.

22 Hoy sólo se emplea «su de V.»; el uso clásico evitaba ambigüedades en el uso de *su*.

23 El ms. *rogué;* Z., 1626 *rogaban*.

cuela por Navidad, que viniendo por la calle un hombre, que se llamaba Poncio de Aguirre, el cual tenía fama de confeso, que el don Dieguito me dijo: «Hola, llámale Poncio Pilato, y echa a correr.» Yo, por darle gusto, llaméle Poncio Pilato. Corrióse y dió a correr tras mí con un cuchillo desnudo, para matarme; de manera que me fué forzoso meterme huyendo en la casa de mi maestro, dando gritos. Entró el hombre tras mí, y el maestro defendióme de que no me matase, asegurándole de castigarme. Aunque señora le rogó por mí, movida de lo que yo la servía, no aprovechó; mandóme desatacar, y azotándome, decía tras cada azote: «¿Diréis más Poncio Pilato?» Yo respondía: «No, señor». Respondílo

3 *confeso*, 'judío converso'. Las ediciones antiguas, *consejero*, que no quiere decir nada. Es una buena corrección debida al ms. En *El retablo de las maravillas* de Cervantes, la edición príncipe trae también la errata *consejos* por *confesos* (v. ed. Schevill-Bonilla, p. 122). El ms. «y don Diaguito»; seguimos a Z., 1626.

4 Todas las ediciones traen el disparate «he a correr», que por fin deshacemos.

12 *desatacar*, 'desatar los calzones'; aun se dice rústicamente en Andalucía y otras partes.

14 El mismo cuento lo refiere Gaspar Lucas de Hidalgo en sus *Diálogos de apacible entretenimiento*, 1605: «Otro efeto de palabras mal entendidas me acuerdo que sucedió a unos muchachos... que dieron en perseguir a un hombre llamado Ponce Manrique, llamándole Poncio Pilato por las calles; el cual, como se fuese a quejar al maestro en cuya escuela andaban los muchachos, el maestro los azotó muy bien, mandándoles que no dijesen más desde ahí adelante Poncio Pilato, sino Ponce Manrique. A tiempo que ya los querían soltar del escuela, comenzaron a decir en voz la dotrina cristiana, y cuando en el credo llegaban a decir: «Y padeció so el poder de Poncio Pilato», dijeron: «Y padeció so el poder de Poncio Manri-

veinte veces a otros tantos azotes que me dió. Quedé tan escarmentado de decir Poncio Pilato, y con tal miedo que, mandándome el dia siguiente decir, como solía, las oraciones a los otros muchachos, llegando al Credo—advierta v. m. la inocente malicia—, al tiempo de decir: «Padeció so el poder de Poncio Pilato», acordándome que no había de decir más Pilato, dije: «so el poder de Poncio de Aguirre». Dióle al maestro tan gran risa de oir mi simplicidad y de ver el miedo que le había tenido, que me abrazó y dió una firma en que me perdonaba de azotes las dos primeras veces que lo mereciese. Con esto fuí yo muy contento.

Llegó—por no enfadar—el tiempo de las Carnestolendas, y trazando el maestro de que se holgasen sus muchachos, ordenó que hubiese rey de gallos.

que». (Rivad., XXXVI, 312 *a*.) Menéndez Pelayo, en *Orígenes de la novela*, II, CXX, señaló el parecido, y cree que ambos cuentos proceden de tradición oral; más probable es que Quevedo lo leyese en Hidalgo.

1 Todas las ediciones: «dos veces», error evidente.

11 *firma*, 'un papel con su firma'.

16 *rey de gallos*, 'diversión de chicos en el Carnaval, que consistía en cortar la cabeza con una espada a un gallo colgado de una cuerda, yendo el muchacho corriendo a caballo. Uno de ellos hacía de rey, e iba vistosamente ataviado'. Comp.: «Dirá que eres rey de gallos, | que en los tres días de antruejo | triunfaste, y ya te desnuda | el miércoles ceniciento. «Tirso, *El mayor desengaño*, NBAAEE, IV, 108). «...Yo vi hacer a un pedante, maestro de un gran caballero, niño de muy gallardo entendimiento, hijo de un gran príncipe, que habiendo concertado con otros sus iguales en edad y calidad un juego de gallos, día de Carnestolendas, salió también el bárbaro pedante con su capisayo o armas de guadamací sobre la sotana, con más bar-

Echamos suertes entre doce señalados por él; cúpome a mí. Avisé á mis padres que me buscasen galas. Llegó el día, y salí en un caballo ético y mustio, el cual, más de manco que de bien criado, iba haciendo reverencias; las ancas eran de mona, muy sin cola; el pescuezo, más largo que de camello; tuerto de un ojo, ciego del otro; en cuanto a la edad, no le faltaba para cerrar sino los ojos; al fin, él más parecía caballete de tejado que caballo; pues a tener una guadaña, pareciera la muerte de los rocines; demostraba abstinencia en su aspecto, y echábansele de ver los ayunos y penitencias; y sin duda ninguna, no había llegado a su noticia la cebada ni la paja; y lo que más le hacía digno de risa eran las muchas calvas que tenía en el pellejo; pues a tener una cerradura, pareciera un cofre vivo. Yendo pues dando vuelcos a un lado y a otro como fariseo en paso, y los demás niños todos muy galanes tras mí (que con suma majestad iba a la jineta en el dicho pasadizo con pies), pasamos por la plaza (aun de contarlo tengo miedo); llegando cerca

bas que Esculapio, diciendo a los niños: *Dextrorsum heus sinistrorsum* ['a diestro y siniestro'], y desenvainando su alfanje de aro de cedazo, descolorido todo el rostro, iba con tanta furia contra el gallo, como si fuera contra Morato Arraez...» (Espinel, *Marcos de Obregón*, ed. Gili Gaya, I, 131.)—Usase aún por los pueblos el matar gallos por Carnaval, sin que tal costumbre se explique según quería nuestro Covarrubias: «La razón por que se ha introducido el correr los gallos por Carnestolentas, según algunos, es porque se han comido aquellas fiestas las gallinas, y por que no quede solo y viudo.»

14 Esta descripción del caballo fué abreviada en Z., 1626.

18 Así Z., 1626; el ms., *como fariseo, iban los demás*.

de las mesas de las verdureras (Dios nos libre), agarró mi caballo un repollo a una, y ni fué visto ni oído cuando le despachó a las tripas, a las cuales, como iba rodando por el gaznate, no llegó en mucho tiempo. La bercera, que siempre son desvergonzadas, empezó a dar voces. Llegáronse otras, y con ellas mil pícaros, y alzando zanahorias garrafales y nabos frisones, berengenas y otras legumbres, empiezan a dar tras el pobre rey. Yo, viendo que era batalla nabal, y que no se había de hacer a caballo, comencé a apearme; mas tal golpe me le dieron en la cara, que yendo a empinarse, cayó conmigo en una—hablando con perdón—privada; púseme cual v. m. imaginará. Ya mis compañeros se habían armado de piedras, y daban tras las revendederas: descalabraron dos. Yo, en todo esto, después que caí en la privada, era la persona más ne-

1 Así Z., 1626; el ms. *la verdulería.*

2 Así Z., 1626; en el ms. falta *caballo.*

4 Así Z., 1626; el ms. *al gaznate.*

5 *no llegó en mucho tiempo* 'llegó en poco tiempo'; no valdría la pena notar tan evidente sentido, puesto que antes se dice, «ni fué visto ni oído cuando le despachó a las tripas», si el Sr. Peseux-Richard no sostuviera lo contrario en la *Revue Hispanique*, 1918, XLIII, pág. 61.

8 *frisones* se llamaba a los caballos de Frisia, muy corpulentos, y usados para arrastrar los pesados carruajes de la época: «mataré los criados y criadas | y los mismos frisones de su coche». (LOPE, *Perro del hortelano*, Rivd. XXIV, 357 *b* |). Quevedo llama «pastel frisón», al hecho de carne de caballo (Rivad. LXIX; 87 *a*). En nuestro texto *frisón* está dicho por el gran tamaño de los nabos.

17 *privada* 'montón de basura y excrementos'. Sobre el estado de inmundicia de las calles de Madrid durante el siglo XVII, v. F.

cesaria de la riña. Vino la justicia, comenzó a hacer información; prendió a berceras y a muchachos, mirando a todos qué armas tenían y quitándoselas, porque habían sacado algunos dagas de las que tenían por gala, y otros espadas. Llegó a mí, y viendo que no tenía ningunas, porque me las había quitado y metídolas en una casa, todavía me pidió las armas; yo le respondí, que si no eran ofensivas contra las narices, que yo no tenía otras. Y de paso quiero confesar a v. m. que cuando me empezaron a tirar las berengenas y nabos, que, como yo llevaba plumas en el sombrero, entendí que me habían tenido por mi madre, y que la tiraban, como habían hecho otras veces; y así, como necio y muchacho, dije: «Hermanas, aunque llevo plumas, no soy Aldonza de San Pedro, mi madre», como si ellas no lo echaran de ver por el traje y el rostro. El miedo me disculpa la ignorancia, y el sucederme la desgracia tan de repente. Pero volviendo al

DELEITO, *El Madrid de Felipe el Grande*, en «Rev. del Ayuntamiento de Madrid», 1924. Tal estado dura hasta el reinado de Carlos III; v. CONDE DE FERNÁN-NÚÑEZ, *Vida de Carlos III*, en «Libros de antaño», t. XV, 63.

15 Alude al emplumamiento; v. antes pág. 18. En otros lugares repite Quevedo este tema de la madre castigada por bruja, que es muy propio de la literatura carcelaria de la jacarandina: «Tiénenos muy lastimadas La justicia sin pensar Que se hizo en nuestra madre, La vieja del arrabal: Pues sin respetar las tocas, Ni las canas, ni la edad, A fuerza de cardenales Ya la hicieron obispar... Pues cogió más berengenas En una hora, sin sembrar, Que un hortelano morisco En todo un año cabal» (*Jácara*, Rivad. LXIX, 99 *b*).

alguacil, quiso llevarme a la cárcel; y no me llevó, porque no hallaba de dónde asirme: tal me había puesto de lodo. Unos se fueron por una parte y otros por otra, y yo me vine a mi casa desde la pla-
5 za, martirizando cuantas narices topaba en el camino. Entré en ella, conté a mis padres el suceso; corriéronse tanto de verme de la manera que venía, que me quisieron maltratar. Yo echaba la culpa a las dos leguas de rocín esprimido. Procuraba satis-
10 facerlos, y viendo que no bastaba, salíme de su casa y fuíme a saber de mi amigo don Diego, al cual hallé en la suya descalabrado, y a sus padres resueltos por ello de no le enviar más a la escuela; y allí tuve nuevas de cómo mi rocín, viéndose en aprie-
15 to, se esforzó a tirar dos coces, y de puro flaco se le desgajaron las ancas, y se quedó en el lodo bien cerca de acabar.

Viéndome, pues, con una fiesta revuelta, un pueblo escandalizado, los padres corridos, mi amigo
20 descalabrado y el caballo muerto, determiném de no volver más a la escuela ni a casa de mis padres, sino de quedarme a servir a don Diego, o por mejor decir, en su compañía, y cierto con gran gusto de sus padres, por el que daba mi amistad al niño.
25 Escribí a mi casa que yo no había menester más ir a la escuela, porque, aunque no sabía bien escribir, para mi intento de ser caballero; lo que primero se requería era escribir mal; y que así, yo renunciaba

28 Alusión a la mala letra que solían tener muchos aristócratas.

la escuela por no darles gasto, y su casa por ahorrarles de pesadumbre. Avisé de dónde y cómo quedaba, y que hasta que me diesen licencia no los vería.

«Blasonan algunos, y no de los plebeyos, de no saber escribir». (QUEVEDO, *Providencia de Dios*, Rivad. XLVIII. 196 *a*.) «Pues lo de ser caballero | no sé cómo me lo niega, | viendo que hablo despacio, | y que hago mala letra». (*Bib. And.*, II, 39).

1 *Darles gasto*, corregido en el ms. sobre *dar disgusto*.

CAPITULO III

DE CÓMO FUÍ A UN PUPILAJE POR CRIADO DE DON DIEGO CORONEL

Determinó, pues, don Alonso de poner a su hijo en un pupilaje: lo uno por apartarle de su regalo, y lo otro por ahorrar de cuidado. Supo que había en Segovia un licenciado Cabra, que tenía por oficio criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo, y a mí para que le acompañase y sirviese. Entramos el primer domingo después de Cuaresma en poder de la hambre viva, porque tal laceria no admite encarecimiento. Él era un clérigo cerbatana, largo sólo en el talle; una cabeza pequeña, pelo bermejo (no hay más que decir) los ojos avecindados en el cogote, que

7 *Licenciado Cabra.*—Se ha supuesto, aunque no es necesario, base real a Cabra. El pícaro hambriento y el amo sórdido aparecen ya en el *Lazarillo*, con el clérigo de Maqueda, y el tema prospera en otras novelas del mismo género, aunque sólo Quevedo dió a la caricatura artificio y relieve extraordinarios. V. luego pág. 49, nota.

12 *largo*: doble sentido con 'largo' y 'liberal'.

13 Z., 1626 añade: «No hay más que decir para quien sabe el refrán que dice: «ni gato ni perro de aquella color». *Bermejo:* color de mal agüero para el pueblo, que supuso a Judas pelirrojo. Comp.:

parece miraba por cuévanos; tan hundidos y escuros, que era buen sitio el suyo para tienda de mercaderes; la nariz, entre Roma y Francia, porque se le había comido de unas bubas de resfriado, que aun no fueron de vicio, porque cuestan dinero; las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parece que amenaza a comérselas; los dientes, le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagabundos se los habían desterrado; el gaznate, largo como de avestruz; una nuez tan salida, que parece que, forzada de la necesidad, se le iba a buscar de comer; los brazos secos; las manos, como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de medio abajo, parecía tenedor o

«uno [de los alguaciles] decía: «¡Yo al Justo vendí! ¡Que me persiguen!» Dije yo entre mí: ¡Al justo vendiste! Este es Judas». Y lleguéme con codicia de ver si era barbinegro o bermejo, cuando le conozco y era un mercader» (QUEVEDO, *Zahurdas de Plutón*, Rivad., XXIII, 312.)—«Eso—dijo la pelijuda [una bermejuela abuchornada de rizos]—¿es uno que fué muchos años retacillo de Lope de Vega?» (ID. *Perinola*, Rivad., XLVIII, 465 *b*.)—V. mi edic. de Tirso de Molina, tomo II de esta Colección, 1922, p. 25, y M. HERRERO, *Rev. de Filol. Españ.*, 1925, p. 158. A sus datos añádase: F. CASCALES, *Cartas filológicas* («contra los bermejos»), en *Rivad.*, LXII, 487.

3 *entre Roma y Francia:* tenía la nariz aplastada (*roma*) y desfigurada como si hubiese padecido la sífilis o mal francés (*Francia*). En apéndice citaremos textos explicativos.

9 *desterrar*: «echar a uno de su tierra es pena ordinaria de vagamundos y de gente perniciosa a la república, y para limpiarla los echan della». (COVARRUBIAS, *Tesoro.*)

14 Las edcs. antiguas, *media*. Comp.: «Don Quijote acabó de dar las tumbas o vueltas, de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido» (*Quijote*, I, 26), es decir, 'de medio cuerpo abajo'.

compás; las piernas, largas y flacas; el andar, muy espacioso; si se descomponía algo, le sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro; la habla, ética; la barba, grande, por nunca se la cortar (por no gastar); y él decía que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese; cortábale los cabellos un muchacho de nosotros. Traía un bonete los días de sol, ratonado con mil gateras, y guarniciones de grasa. La sotana era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión; desde cerca parecía negra, y desde lejos entre azul; traíala sin ciñidor. No traía cuellos ni puños; parecía, con los cabellos largos y la sotana mísera, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podía ser tumba de un filisteo. Pues su aposento? Aun arañas no había en él; conjuraba los ratones, de miedo de que no le royesen algunos mendrugos que guardaba; la camá tenía en el suelo; dormía

3 *tablillas de San Lázaro:* «Son tres tablillas que se traen en la mano unidas por un cordel por dos agujeros, y la de enmedio tiene una manija por donde se coge y menea haciendo que suenen...; úsase [por los leprosos] para pedir limosnas para los hospitales de San Lázaro, como se hace en el de Toledo y otros». *(Dicc. Aut.*, 1726).

4 F.-D., pág. 15: «que nunca se la cortaba por no gastar», variante tardía (cuya fuente no indica) de la edic. de Madrid, 1648, y modernización arbitraria que no hay para qué admitir, siendo perfecta la lección coincidente del ms. y de *Z.*, 1626.

17 «Cuando queremos encarecer la estatura grande de uu hombre decimos que es un filisteo». (Covarrubias).

siempre de un lado, por no gastar las sábanas. Al fin, él era archipobre y protomiseria.

A poder, pues, déste vine, y en su poder estuve con don Diego; la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento, y nos hizo una plática corta, que, aun por no gastar tiempo, no duró más. Díjonos lo que habíamos de hacer; estuvimos ocupados en esto hasta la hora del comer. Fuimos allá; comían los amos primero, y servíamos los criados. El refitorio era un aposento como un medio celemín; sentábanse á una mesa hasta cinco caballeros. Yo miré primero por los gatos; y como no los vi, pregunté que cómo no los había a otro criado antiguo, el cual, de flaco, estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó a enternecerse, y dijo: «¿Cómo gatos? ¿Quién os ha dicho a vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo». Yo, con esto, comencéme a afligir; y más me afligí cuando advertí que todos los que vivían en el pupilaje de antes estaban como leznas, con unas caras que parecía se afeitaban con diaquilón. Sentóse el licenciado Cabra; echó la bendición; comieron una comida eterna, sin principio ni fin; trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan

3 Así Z. 1626; el ms.: «A poder déste, pues, vine».

21-22 *diaquilón*: «Ungüento compuesto de zumos de varias plantas que se usaba para reducir tumores e inflamaciones, por sus propiedades desecativas».—*Afeitar*, naturalmente, significa aquí, 'ponerse afeites'.

claro, que en comer en una de ellas peligrara Narciso más que en la fuente. Noté la ansia con que los macilentos dedos se echaron a nado tras un garbanzo huérfano y solo que estaba en el suelo. Decía Cabra a cada sorbo: «Cierto que no hay cosa como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula». Y acabando de decirlo, echóse su escudilla a pechos, diciendo: «Todo esto es salud y otro tanto ingenio». «¡Mal ingenio te acabe!», decía yo entre mí, cuando veo un mozo medio espíritu, tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecía la había quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero a vuelta; dijo el maestro: «¿Nabos hay? No hay perdiz para mí que se le iguale; coman, que me huelgo de verlos comer». Repartió a cada uno tan poco carnero, que entre lo que se les pegó a las uñas y se les quedó entre los dientes, pienso que se les consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba, y decía:

1 Así como está en el ms. había corregido yo en mi anterior edición: «en comer [en] una dellas». FOULCHÉ-DELBOSC, *Notes sur le Buscón*, Rev. Hisp., 1917, pág. 7 de la tirada aparte, decretó que la adición era inútil, con el fundamento que puede verse.

3 Comían con los dedos, como aún hacen los moros, y era antes costumbre.—*Suelo*, 'fondo de la escudilla'.

12 Así Z. 1626; el ms. «le había».

12 Así Z. 1626; el ms. «parecía un nabo».

19 La excomunión de *participantes* era la que caía sobre quienes trataban con un excomulgado; en tales casos incurría en excomunión mayor quien comunicaba con el excomulgado, habiendo sido amonestado tres veces que no lo hiciese; otras veces la excomunión

«Coman, que mozos son, y me huelgo de ver sus buenas ganas». Mire v. m. qué aliño para los que bostezaban de hambre.

Acabaron todos, y quedaron unos mendrugos en la mesa, y en el plato dos pellejos y unos huesos; y dijo el pupilero: «Quede esto para los criados, que también han de comer, no lo queramos todo». «¡Mal te haga Dios y lo que has comido, lacerado», decía yo, «que tal amenaza has hecho a mis tripas!» Echó la bendición, y dijo: «Ea, demos lugar a los criados, y váyanse hasta las dos a hacer un poco de ejercicio, porque no les haga mal lo que han comido». Entonces yo no pude tener la risa, abriendo toda la boca. Enojóse mucho, y díjome que aprendiese modestia, y tres o cuatro sentencias viejas; y fuese.

Sentámonos nosotros. Yo, que vi el negocio mal parado, y que mis tripas pedían justicia, como más

era menor. Quien desee enterarse de tales cosas, v. *Fuero de la conciencia* por Fr. Valentín de la Madre de Dios, Madrid, 1764, t. II, p. 290 y sigs. Hay muchas alusiones literarias: «Que una travesura loca /Es mal de participantes, /Que a todo un linaje toca». (TIRSO, *Celoso prudente*, Rivad. V, 612 *b*). «¿Querer en toda ocasión | Ser, como descomunión, | Novio de participantes?» (A. HURTADO DE MENDOZA, *El marido hace mujer*, Rivad. XLV, 431 *b*).—En nuestro texto, el sentido es que las tripas quedaban castigadas sin haber cometido propiamente ninguna culpa (es decir, sin haber recibido comida), sólo por el delito de estar en comunicación con la boca, que era la que se había quedado con la carne; pero nótese que desde el punto de vista de las tripas, el pecado y la culpa son una misma cosa: están castigados a no comer, no habiendo comido. Se trata de un chiste.

sano y más fuerte que los otros, arremetí al plato, como arremetieron todos, y emboquéme de tres mendrugos, los dos y el un pellejo. Comenzaron los otros a gritar; al ruido entró Cabra diciendo: «Coman como hermanos; y pues Dios les da con qué, no riñan, que para todos hay». Volvióse a gozar del sol, y dejónos solos. Certifico a v. m. que vi a uno de ellos, al más flaco, que se llamaba Jurre, vizcaíno, tan olvidado de cómo y por dónde se comía, que una cortecilla que le cupo la llegó dos veces a los ojos, y entre tres no acertaban a encaminarle las manos a la boca. Pedí yo de beber, que los otros por estar casi en ayunas no lo hacían, y diéronme un vaso con agua; y no lo hube bien llegado a la boca, cuando, como si fuera lavatorio de comunión, me lo quitó el mozo espiritado. Levantéme con gran dolor de mi alma, viendo que estaba en casa donde se brindaba a las tripas y no hacían la razón. Dióme

18. *se brindaba a las tripas y no hacían la razón.* «Brindar» es 'beber a la salud de alguien'; «hacer la razón», es 'corresponder a un brindis con otro'; comp.: «que a un brindis de un amigo, ¿qué corazón ha de haber tan de mármol que no haga la razón?» (*Quijote*, II, 33.) «*Baltasar*. En este vaso del Dios de Israel brindo a los nuestros. ¡Moloc viva! (bebe). *Pensamiento*. La razón haremos». (CALDERÓN, *Cena de Baltasar*, esc. XVIII). Pablos empieza a beber a la salud de sus tripas, cuando le quitan el vaso: y como aquéllas apenas llegan a recibir el agua, es decir, a «beber», dice que no han correspondido a su brindis, haciendo la razón. Véase, pues, cuán erróneamente procede el Sr. Peseux-Richard en la *Revue Hispanique*, 1918, XLIII, 63, al escribir: «Hacer la razón» ne signifie pas, en effet, comme le croit M. Castro: «corresponder a un brindis con otro», Este crítico no sabe

gana de descomer, aunque no había comido, digo, de proveerme, y pregunté por las necesarias a un antiguo, y díjome que «como no lo son en esta casa, no las hay; para una vez que os proveeréis mientras estuviéredes en esta casa, donde quiera basta, que aquí estoy dos meses ha, y no he hecho tal cosa si no fué el día que entré, como ahora vos, de lo que en mi casa había cenado la noche antes». ¿Cómo encareceré yo mi tristeza y pena? Que fué tanta, que considerando lo poco que había de entrar en mi cuerpo, no osé, aunque tenía gana, echar nada dél.

Entretuvímonos hasta la noche. Decíame don Diego que qué haría él para persuadir a las tripas

que *brindis* en el siglo XVII era sobre todo la acción de beber a la salud de otro, y no meramente como hoy, tomar la copa en alto y echar un discurso: «*Martín*. Beba y brinde, y beberé. *D. Fernando*. Brindis. *Martín*. Respondo caraus» (LOPE DE VEGA, *El mejor mozo de España*, II, 21). De todos modos, la frase de nuestro texto es complicada y retorcida, y hay que tomarla más por lo que quiere decir, que por lo que en realidad dice: es imposible, en efecto, que si bebemos a la salud de las tripas (por poco que sea) éstas no reciban el líquido, y no hagan la razón automáticamente; porque no se concibe que se haga la razón, si el brindador no ha bebido.

1. Así Z. 1626; el ms. «habían».

2. *Proveerse*, según explica el Sr. H. Gavel en su artículo *De coro, decorar* («Homenaje a Menéndez Pidal», I, 149) es palabra que los estudiantes tomarían del lenguaje de los conventos: «proveerse uno de sus necesidades»; esta expresión está calcada sobre otra análoga latina, que Gavel halla en ordenamientos conventuales de la Edad Media: «facto parvo intervallo, de suis necessitatibus sibi provideant»,

que habían comido, porque no lo querían creer. Andaban váguidos por aquella casa, como en otras ahitos. Llegó la hora del cenar (pasóse la del merendar en blanco); cenamos mucho menos, y no carnero, sino un poco del nombre del maestro: cabra asada. Mire v. m. si inventara el diablo tal cosa. «Es muy saludable cenar poco», decía, «para tener el estómago desocupado», citando una retahila de médicos infernales. Decía alabanzas de la dieta, y que con esto no tendrían sueños pesados, sabiendo que en su casa no se podía soñar otra cosa sino que comían. Cenaron, y cenamos todos, y no cenó ninguno.

Fuímonos a acostar, y en toda la noche no pudimos don Diego ni yo dormir; él trazando de quejarse a su padre y pidiendo le sacase de allí, y yo aconsejándole que lo hiciese, aunque últimamente le dije: «Señor, ¿sabéis de cierto si estamos vivos?;

2-3. El ms. pone «vaydos», tacharon «y dos» y añadieron «gios»; creo que el original diría «váguidos» como Z., 1626. Acentúo *váguido* porque así se decía en tiempo de Quevedo, y aún hoy en América (V. Cuervo, *Apuntaciones sobre el lenguaje bogotano*, 1907, p. 43). El sentido es: 'Abundaban allí los desvanecimientos, como en otras casas las indigestiones'. Comp.: «Lo demasiado siempre fué veneno, | a las ponzoñas el ahito igualo». (*Rivad.*, LXIX, 139 *b*). «Presérvame de ahito y de gula». (*Ibid*, 143 *b*.)

7. El ms. «por tener»; *Z.*, 1626, «para tener».

10. Aquí el autor presenta con aire irónico lo que en otros casos ha dicho muy en serio, hecho característico de Quevedo: «más flaco estará ¡oh Clito!, Pero estará más sano, El cuerpo desmayado que el ahito; Y en la escuela divina, El ayuno se llama medicina» (*Sermón estoico*, Rivad. LXIX, 34).

porque yo imagino que en la pendencia de las berceras nos mataron, y que somos ánimas que estamos en el purgatorio; y así, es por demás decir que nos saque vuestro padre, si alguno no nos reza en alguna cuenta de perdones, y nos saca de penas con alguna misa en algún altar previlegiado».

Entre estas pláticas y un poco que dormimos se llegó la hora de levantar; dieron las seis, y llamó Cabra a lición; fuimos y oísmosla todos. Sacaba los dientes con tobas amarillas, vestidos de desesperación. Mandáronme leer el primer nominativo, y era de manera mi hambre, que me desayuné con la mitad de las razones, comiéndomelas. Y todo esto creerá quien supiere lo que me contó el mozo de Cabra, diciendo que le había visto meter en casa, recién venido, dos frisones, y que a dos días salieron caballos ligeros, que volaban por los aires; y que vió meter mastines pesados, y a tres horas salir galgos corredores; y que una cuaresma topó

10 Los dientes tienen sarro o tobas, que son amarillas; y están vestidos de desesperación, porque en el simbolismo de los colores el amarillo significaba ese sentimiento. En *La república al revés*, de Tirso, Camila propone a Lidora diferentes vestidos: «¿Qué vestido has de ponerte?... ¿Pajizo? *Lidora.* No desespero» (III, 8). Juan del Encina había hablado en un romance

«de una madera amarilla, que llaman desesperar».

Véanse los artículos de H. A. Kenyon y J. G. Morley en *Romanic Review*, 1915, p. 332, y 1917, p. 78. Añádase que el hábito penitencial de los condenados por la Inquisición era amarillo. (Lea, *Hist. of the Inquisition*, III, 163.)

16. *frison:* véase pág. 30, nota 8.

muchos hombres, unos metiendo los pies, otros las manos, otros todo el cuerpo, en el portal de su casa, y esto por muy gran rato, y mucha gente que venía a sólo aquello de fuera; y que preguntando a uno un día que qué sería, porque Cabra se enojó de que se lo preguntase, respondió que los unos tenían sarna y los otros sabañones, y que metiéndolos en aquella casa morían de hambre, de manera que no comían desde allí adelante. Certificóme que era verdad; y yo, que conocí la casa, lo creí; dígolo porque no parezca encarecimiento lo que dije. Y volviendo a la lición, dióla, y decorámosla. Y prosiguió siempre en aquel modo de vivir, que sólo vino a añadir tocino a la olla, por no sé qué que le dijeron un día de hidalguía; y así, tenía una salva-

7 Estos encarecimientos son muy del gusto de Quevedo; dice hablando de la delgadez de una dama: «Aun la sarna no os come con su gula, | y sola tenéis bula, para no sustentar alma viviente | ... Del acostarse en guijas duras, | dicen, vuestra alma tiene mataduras». (*Rivad.*, LXIX, 144 *b*).

9 *comían*, 'causaban picor o comezón'. El juego de palabras es muy claro.

15 *hidalguía.*—Los judíos recién conversos guardaban aun la aversión al cerdo, y ya sabemos que todo español aspiraba a ser cristiano viejo: «El tendero vendiéndome hidalguía... me decía que todos los otros eran judíos, y sé yo que su padre se murió de asco de un torrezno». (Quevedo, *El Entremetido, la Dueña y el Soplón*, Rivad., XXIII, 364 *a*.) La Inquisición se guiaba, al perseguir a los judaizantes, por la observancia de esas prácticas tradicionales (no comer cerdo, mudarse de ropa el sábado, etc.); por eso fué presa y torturada Elvira del Campo, en Toledo, en 1567. (V. Lea, *A History of the Inquisition*, III, 232.)

dera de hierro; abríala y metía en ella el tocino que la llenase, y volvíala a cerrar, y metíala en la olla, colgando de un cordel, para sacarla luego en dando algún zumo por los agujeros, y quedase el tocino para otro día. Parecióle después que se gastaba mucho, y dió en sólo asomar el tocino a la olla.

Pasábamoslo con estas cosas como se puede imaginar. Vímonos don Diego y yo tan perdidos, que ya que para comer no hallábamos remedio, le buscamos para no lèvantarnos de la cama, diciendo que estábamos malos; no nos atrevíamos a decir nada de calentura, porque no la teniendo, era fácil de conocerlo; y dolor de cabeza o muelas era poco estorbo; pero dijimos que nos dolían mucho las tripas, y que no podíamos hacer de nuestras personas tres días había, fiados de que a trueque de no gastar dos cuartos en una melecina, no buscaría el remedio. Mas ordenólo el diablo de otra suerte, porque tenía una jeringa que había heredado de su padre, que fué boticario. Supo el mal, y tomóla y hizo una melecina; llamó a una vieja de setenta años, tía suya, que le servía de enfermera; dijo que nos echase sendas gaitas. Empezaron por don Diego, y el desventurado abajóse; y la vieja, en vez de echársela dentro, disparósela por entre la camisa y el espinazo, y dió con ella en el cogote, sirviendo por defuera guarnición la que dentro había de ser aforro. Quedó el mozo dando gritos; vino Cabra, y viéndolo, dijo

25. Así *Z.* 1626; el ms., «por la camisa y por el espinazo».

que me echasen á mí otra, que luego volverían á echársela a don Diego. Yo resistíame, y al fin no me valió, porque teniéndome Cabra y otros, me la echó la vieja, a la cual de retorno dí con ella en toda la cara. Enojóse Cabra conmigo, y dijo que él me echaría de su casa, que bien se echaba de ver que era bellaquería todo. Yo rogaba a Dios que se enojase tanto que me despidiese; mas no lo quiso mi ventura.

Quejábamonos nosotros al padre de don Diego, y el Cabra le hacía creer que lo hacíamos por no asistir al estudio. Con esto no nos valían plegarias. Metió en casa la vieja por ama, para que guisase de comer, y sirviese a los pupilos; despidió al criado porque le halló un viernes a la mañana con unas migajas de pan en la ropilla. Lo que pasábamos con la vieja, Dios lo sabe; era tan sorda, que era menester desgañitarnos, y casi ciega de todo punto; y tan gran rezadera, que un día se le desensartó el rosario sobre la olla, y nos trajo el caldo más devoto que he comido. Unos decían: «estos

4-5. Prescindiendo de las críticas del *Tribunal de la Justa venganza*—obra de apasionados enemigos—ha habido quien censure tales porquerías: «La *Vida del Gran Tacaño*... está salpicada de voces baxas y soeces, que hoy estomagan a nuestra delicadeza de costumbres, y en las de aquel tiempo acaso serían un plato regalado al paladar de los lectores». (CAPMANY, *Teatro histórico crítico de la Eloquencia española*, 1794, V, 46.)

12. *asistir al estudio*, 'estar en el colegio', y no sólo, como hoy se entendería, 'ir al estudio'.

21. El ms., «el más».

sin duda son garbanzos negros de Etiopia; otros, garbanzos con luto. ¿Quién se les habrá muerto?» Mi amo fué el primero que se encajó una cuenta, y al mascarla se le quebró un diente. Los viernes solía enviar unos huevos, con tantas barbas, a fuerza de pelos y canas suyas, que pudieran pretender corregimiento o abogacía. Pues meter el badil por cucharón, y enviar una escudilla de caldo empedrada, era muy ordinario. Mil veces topé yo sabandijas y palos, y estopa de la que hilaba, en la olla; y todo lo metía para que hiciese presencia en las tripas.

Pasamos con este trabajo hasta la cuaresma, y a la entrada della estuvo malo un compañero. Y Cabra, por no gastar, detuvo el llamar médico hasta

1. Acentúo *Etiopia*, por decirse así en tiempo de Quevedo:» «Y siendo cosa a mi humildad impropia... Cuando abrasa los campos de Etiopia. (LOPE, *Conendadores de Córdoba*, ed. Ac., XI, 272). También riman *Etiopia* y *propria* en *La prudencia en el castigo* de Rojas Zorrilla, ed. 1678, p. 333.

7. *podían pretender corregimiento o abogacía*, porque los letrados acostumbraban a llevar muy crecida barba, lo que dió lugar a sátiras: «Mira allí—prosiguió el Cojuelo—cómo se está quejando... un letrado, tan ancho de barba y tan espeso, que parece que saca un delfín la cola por las almohadas». (VÉLEZ DE GUEVARA, *Diablo Cojuelo*, tranco II; vol. 38 de esta Colección, p. 40.) «Un letrado bien frondoso de mejillas, de aquellos que con barba negra y bigote de buces traen la boca con sotana y manteo...» (QUEVEDO, *Hora de todos*, Rivad., XXIII, 393 *b*.) «Deseado he desde niño, | ver un médico sin guantes | y un abogado lampiño». (ID., *Rivad.*, LXIX, 89.) «El bien barbado cabrío, letrado de las dehesas». (*Bibl. Andal.*, II, 247.)

que ya él pedia confesión. Llamó entonces un platicante, y tomándole el pulso, dijo que la hambre le había ganado por la mano en matar aquel hombre. Diéronle el Santísimo Sacramento, y el pobre cuando le vió—que había un día que no hablaba—, dijo: «Señor mío Jesucristo, necesario ha sido el veros entrar en esta casa para persuadirme que no es el infierno». Imprimiéronseme estas razones en el corazón. Murió el pobre mozo; enterrámosle muy pobremente, por ser forastero, y quedamos asombrados todos. Divulgóse por el pueblo el caso atroz; llegó a oidos de don Alonso Coronel, y como no tenía otro hijo, desengañóse de los embustes de Cabra, y comenzó a dar más crédito a las razones de dos sombras, que ya estábamos reducidos a tan mísero estado. Vino a sacarnos del pupilaje, y teniéndonos delante, nos preguntaba por nosotros; y tales nos vió, que sin aguardar a más, tratando muy mal de palabra al licenciado Vigilia, nos mandó llevar en dos sillas a casa. Despedímonos de los compañeros, que

4. Son conocidas las sátiras contra los médicos, durante el siglo XVII; las de Quevedo son de las más violentas. Véase p. ej.: «Entonces Júpiter severo pronunció estas razones...: está decretado irrevocablemente que en el mundo, en un día y en una propia hora, se hallen de repente todos los hombres con lo que cada uno merece... En aquel propio instante, yéndose a ojeo de calenturas, paso entre paso, un médico en su mula, le cogió la *hora*, y se halló de verdugo perneando sobre un enfermo, diciendo *credo*, en lugar de *récipe*, con aforismo escurridizo». (*La Hora de todos*, Rivad., XXIII, 385 *b*, 386 *a*.)

14-15. Así Z. 1626; el ms., «hombres» *y* «rendidos», por error.

nos seguían con los deseos y con los ojos, haciendo las lástimas que hace el que queda en Argel, viendo venir rescatados por la Trinidad a sus compañeros.

3 *La Trinidad*, 'los frailes trinitarios'.

3. Debe compararse este pupilaje de Cabra con aquel otro de Alcalá, que describe Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, parte II libro III, cap. IV: «La limitada y sutil ración de un señor maestro de pupilos, que había... de repartir la vianda para hacer porciones en los platos, con aquellos dedazos y uñas... sacando la carne a hebras... Decía el pupilero que daba la fruta tercianas, y que por nuestra salud lo hacía. En tiempo de invierno sacaban en un plato algunas pocas de pasas, como si las quisieran sacar a enjugar, extendidas por todo él; daba para postre una tajadita de queso, que más parecía viruta o cepilladura de carpintero, según salía de delgada, por que no entorpeciese los ingenios... Solía decirnos algunas veces.. que decía Marco Aurelio... que sólo el sabio, como sabio, aborrece los manjares». (*Rivad.*, III, 338 *b*, 339 *a*.). Como indicamos en la nota inicial de este capítulo, se trata más que de concreta realidad histórica, de un tema muy propio de la novela picaresca, que comienza en *Lazarillo*, se amplia en *Guzmán*, y en el *Buscón* adquiere el máximo relieve gracias al barroquismo quevedesco. En otras obras vuelve a aludirse a la miseria de los pupilajes: «Un gato de un pupilaje | se quejó de sus trabajos. | La hambre de cada día | me tiene tan amolado, | que soy punzón en el talle, | y sierra en el espinazo» (*Obras*, ed. Bibl. Andal., II, 364).

CAPITULO IV

DE LA CONVALECENCIA Y LA IDA A ESTUDIAR A ALCALA DE HENARES

Entramos en casa de don Alonso, y echáronnos en dos camas con mucho tiento, porque no se nos desparramasen los huesos, de puro roídos de la hambre. Trajeron exploradores que nos buscasen los ojos por toda la cara; y a mí, como había sido mi trabajo mayor y la hambre imperial—que al fin me trataban como a criado—, en buen rato no me los hallaron. Trajeron médicos, y mandaron que nos limpiasen con zorras el polvo de las bocas, como retablos, y bien lo éramos de duelos; ordenaron

9 *imperial:* «Se toma muchas veces por especial y grande en su línea». (*Dicc. Aut.*) Falta esta acepción en el *Dic. Acad.*; su origen se comprende fácilmente; hablando C. de Villalón, de Carlos V, dice: «apareja poner en ejecución imperiales pensamientos para el servicio de Dios». (*Ingeniosa comparación*, Bibl. Esp., XXXIII, 168.)

13 *retablo de duelos*: «Al que tiene muchos trabajos suelen decir que es un retablo de duelos». (Covarrubias.) «*Dueña*... Tu eres mi dulce esqueleto. | *Viejo*. Tú mi fantasma alcorzada. | *Dueña*. Tú mi retablo de duelos». (QUIÑONES DE BENAVENTE, *La Dueña*, edic. Ro-

que nos dieran sustancias y pistos. ¿Quién podrá contar, a la primera almendrada y a la primera ave, las luminarias que las tripas pusieron de contento? Todo les hacía novedad. Mandaron los doctores que por nueve días no hablase nadie recio en nuestro aposento, porque como estaban huecos los estómagos, sonaba en ellos el eco de cualquier palabra. Con estas y otras prevenciones comenzamos a volver y cobrar algún aliento; pero nunca podían las quijadas desdoblarse, que estaban magras y alforzadas, y así se dió orden que cada día nos las ahormasen con la mano del almirez. Levantámonos a hacer pinicos dentro de cuarenta días, y aún parecíamos sombras de otros hombres; y en lo amarillo y flaco, simiente de los padres del yermo. Todo el día gastábamos en dar gracias a Dios por habernos rescatado de la captividad del fierísimo Cabra, y rogábamos al Señor que ningún cristiano cayese en sus manos crueles. Si acaso, comiendo, alguna vez

sell, pág. 216.)—«Miró las prendas el triste, | y al momento, suspirando, | a su retablo de duelos | las puso por nuevo marco». (QUEVEDO, *En la simulada figura de unas prendas ridículas. Obras*, edic. Bibliof. Andaluc., tomo III, pág. 189.)

1 *pisto*: «La sustancia que se saca del ave, habiéndola primero majado y puesto en una prensa; y el jugo que de allí sale, volviéndolo a calentar, se da al enfermo que no puede comer cosa que haya de mascar». (COVARRUBIAS, *Tesoro*, 1611.)

2 «Cierta bebida que se hace del jugo o leche de las almendras, se llama almendrada». (Covarrubias.)

19 *Comiendo*, en Z. 1626, falta en el ms.

nos acordábamos de las mesas del mal pupilero, se nos aumentaba la hambre tanto, que acrecentábamos la costa aquel día. Solíamos contar a don Alonso cómo al sentarse a la mesa nos decía mil males de la gula, no la habiendo él conocido en su vida; y reíase mucho cuando le contábamos que en el mandamiento de *No matarás* metía perdices, capones y gallinas y todas las cosas que no quería darnos, y, por el consiguiente, la hambre, pues parecía, que tenía por pecado, matarla y aún herirla, según regateaba el comer.

Pasáronsenos tres meses en esto, y al cabo trató don Alonso de enviar a don Diego, su hijo, a Alcalá a estudiar lo que le faltaba de la gramática. Díjome a mí si quería ir; y yo, que no deseaba otra cosa sino salir de tierra donde se oyese el nombre de aquel malvado perseguidor de estómagos, ofrecí de servir a su hijo como vería. Y con esto dióle un criado para mayordomo, que le gobernase la casa y tuviese cuenta del dinero del gasto, que nos daba remitido en cédulas para un hombre que se llamaba Julián Merluza. Pusimos el hato en el carro de un Diego Monje; era una media camita y otra de cordeles, para meterla debajo de la otra mía y del mayordomo, que se llamaba Tomás de Baranda; cinco col-

23 Un carretero de ese apellido aparece también en la *Vida y milagros de Montilla*: «Junté diferentes muebles | en el carro de Antón Monje, | y a la villa de Madrid | encomendé mis talones». (QUEVEDO, *Obras*, ed. Bibl. Andal., III, 200.)

chones, ocho sábanas y ocho almohadas, cuatro tapices, un cofre con ropa blanca y las demás zarandajas de casa.

Nosotros nos metimos en un coche, salimos a la tardecita, una hora antes de anochecer, y llegamos a la media noche poco más a la siempre maldita venta de Viveros. El ventero era morisco y ladrón, que en mi vida vi perro y gato juntos con la paz de aquella noche; hízonos gran fiesta, y como él y los ministros del carretero iban horros—que ya había

7 La *venta de Viveros* estaba situada en el camino de Madrid a Alcalá, y era frecuentada por estudiantes y mujeres alegres: «En la venta de Viveros Encontraron con sus marcas ['queridas']; Allí habló Marianilla Como hiza ['ramera'] más anciana». (QUEVEDO, *Rivad.* LXIX, 121 *a*.) La menciona Pero Juan de Villuga en el *Repertorio de todos los caminos de España* (Medina del Campo, 1546), no muy preciso en sus mediciones: «Ay de Guadalaxara a Madrid X [leguas]; [a] Alcalá de Henares, IIII; a Torrejoncillos II; a la venta de Biueros, III; a Madrid, III y media». Era lugar famoso por los peligros y aventuras que en ella se corrían: «Pues la venta de Viveros, | ¿es la canal de Bahama, | la Bermuda o las Sirenas, | donde hay peligros tan grandes?» (LOPE, *Al pasar del arroyo*, ed. 1619, folio 98.) «*Don Mendo*.—Tenme el coche de camino | a la puerta de Alcalá; | parta al punto el repostero, | y encárgales, por mi vida, | que esté a punto la comida | en la venta de Viveros». (ALARCÓN, *Las Paredes oyen*, Rivad., XX, 45 *c*). «Venta de Viveros, | dichoso sitio, | si el ventero es cristiano | y es moro el vino. | Sitio dichoso, | si el ventero es cristiano | y el vino es moro». (*Ibid.*, 55 *a*.) Hoy Viveros es sólo un despoblado en el término de Alcalá.

8 *perros* se llamaba a los moriscos, y *gatos* a los ladrones; comp. pág. 25, nota 2.

10 «*Ir horros en el juego*, es no llevarse uno a otro jugando con tercero; y este partido se hace antes de ver las cartas». (Covarrubias). «*Ir horro*. Frase que más regularmente se usa en el juego, y es cuan-

llegado con el hato media hora antes, porque nosotros veníamos despacio—, pegóse al coche, dióme a mí la mano para salir del estribo. Preguntó si iba a estudiar; yo le respondí que sí. Metióme adentro, y estaban dos rufianes con unas mujercillas, y un cura rezando al olor; y un viejo, mercader y avariento, estaba procurando olvidarse de cenar; y dos estudiantes fregones, de los de mantillinas, buscando trazas para engullir. Mi amo, pues, como más nuevo en la venta y muchacho dijo:

«Señor huésped, deme lo que hubiere, para mí y

do tres o cuatro están jugando y dos traen el partido de no tirar en los envites la parte que el otro tuviese puesta si perdiese; lo que se pacta antes de ver las cartas». *(Dicc. Aut.)*—Es decir, el ventero iba a la parte con los del carro. *Horro* quiere decir «libre».

5 *Z. 1626*, «donde estaban», que es mejor texto.

8 *mantillinas*. Según Covarrubias (*Tesoro*, 1611) *mantellina* es «diminutivo de manta, por ser corta, que no cubre aún el medio cuerpo». Pero este sentido no ayuda a entender nuestra frase. Llamábase *mantellina* a la criada fregona: «Panegíricos cantara | a la invención arquiteta | de Juan Fernández, que aquí, | refugio de mantellinas, | labró pilas cristalinas». (TIRSO, *Huerta de Juan Fernández*, Rivad. V, 646 *b*.) A esa huerta iban las criadas a lavar la ropa. De otra parte, Quevedo describe a un estudiante pobre, sopón de Salamanca: «un licenciado fregón, Bachiller de mantellina» (*Rivad.* LXIX, 119 *b*): como si dijéramos, bachiller de friega platos. Además: «Un doctorazo.., atisba por esas calles | una picarilla rota.... | Por leyes dice requiebros, | barba ofrece para escoba, | y por una mantellina, | desprecia futuras togas». (*Rivad.* LXIX, 227 *a*). La mantellina sería prenda que usaban las criadas, y de ahí les vino el nombre. Según el autor, los estudiantes pobres eran, pues, como fregonas; no sé si alguna prenda del traje estudiantil dió pie a la comparación.

mis criados». «Todos lo somos de v. m. (dijeron al punto los rufianes), y le hemos de servir. Hola, huésped, mirad que este caballero os agradecerá lo que hiciéredes; vaciad la despensa». Y diciendo esto llegóse el uno y quitóle la capa, y dijo: «Descanse v. m., mi señor», y púsola en un poyo. Estaba yo con esto desvanecido y hecho dueño de la venta. Dijo una de las ninfas: «¡Qué buen talle de caballero! ¿Va a estudiar? ¿Es v. m. su criado?» Yo respondí, creyendo que era así, que yo y el otro lo éramos. Preguntóme por su nombre, y no se lo hube bien dicho, cuando uno de los estudiantes se llegó a él medio llorando, y, dándole un abrazo apretadísimo, le dijo: «¡Oh mi señor don Diego! ¡Quién me dijera a mí, agora diez años, que había de ver a v. m. desta manera! ¡Desdichado de mí, que estoy tal, que no me conocerá v. m.» El se quedó admirado y yo también, que juramos entrambos no haberle visto en nuestra vida. El otro compañero andaba mirando a don Diego a la cara, y dijo a su amigo:

«¿Es este señor de cuyo padre me dijistes vos tantas cosas? ¡Gran dicha ha sido encontrarle, según está de grande! Dios le guarde». Y empezó a santiguarse. ¿Quién no creyera que se habían criado con nosotros? Don Diego se le ofreció mucho, y preguntándole su nombre, salió el ventero y puso los manteles; y oliendo la estafa, dijo: «Dejen eso, que des-

8 «Hombre de buen talle es lo mesmo que gentilhombre y agraciado». (Covarrubias.)

pués de cenar se hablará, que se enfría». Llegó un rufián y puso asientos para todos y una silla para don Diego, y el otro trajo un plato. Los estudiantes dijeron: «Cene v. m., que entre tanto que a nosotros nos adrezan lo que hubiere, le serviremos a la mesa».

«¡Jesús! (dijo don Diego), vs. ms. se sienten si son servidos». Y a esto dijeron los rufianes (no hablando con ellos): «Luego, mi señor, que no está todo a punto». Yo cuando vi a los unos convidados y a los otros que se convidaban, afligíme, y temí lo que sucedió; porque los estudiantes tomaron la ensalada, que era un razonable plato, y mirando a mi amo, dijeron: «No es razón que donde está un caballero tan principal, se queden estas damas sin comer: mande v. m. que alcancen un bocado». Él, haciendo del galán, convidólas; sentáronse, y entre los dos estudiantes y ellas no dejaron sino un cogollo, en cuatro bocados, el cual se comió don Diego; y al dársele aquel maldito estudiante, le dijo: «Un abuelo tuvo v. m., tío de mi padre, que en viendo lechugas se desmayaba; ¡qué hombre era tan caball» Y diciendo esto, sepultó un panecillo; y el otro, otro. Pues las putas daban ya cuenta de un pan; y el que más comía era el cura, con el mirar sólo. Sentáronse los rufianes con medio cabrito asado y dos lonjas de tocino y un par de palomas cocidas, y dijeron: «Pues, padre, ¿ahí se está? Llegue y alcance, que mi señor don Diego nos hace merced a todos». No bien

se lo dijeron, cuando se sentó. Ya cuando vió mi amo que todos se le habían encajado, comenzó a afligirse. Repartiéronlo todo, y a don Diego dieron no sé qué huesos y alones; lo demás engulleron el cura y los otros.

Decían los rufianes: «No cene mucho, señor, no le haga mal». Replicaba el maldito estudiante: «Y más que es menester hacerse a comer poco para la vida de Alcalá». Yo y el otro criado estábamos rogando a Dios que les pusiese en corazón dejasen algo. Y ya que lo hubieron comido todo, y que el cura repasaba los huesos de los otros, volvió el un rufián y dijo: «¡Oh pecador de mí, que no hemos dejado nada a los criados. Venga acá v. m., señor huésped, déles todo lo que hubiere». Tan presto saltó el descomulgado pariente de mi amo (digo el escolar):

«Aunque v. m. me perdone, señor hidalgo, debe de saber poco de cortesía; ¿conoce por dicha a mi señor primo? El dará a sus criados, y aun a los nuestros si los tuviéramos, como nos ha dado a nosotros»; y volviéndose a don Diego, que estaba pasmado, dijo: «No se enoje v. m., que no le conocían». Maldiciones le eché cuando vi tan grande disimulación, que no pensé acabar.

Levantaron las mesas, y todos dijeron a don Die-

10. El ms. «que le».
11. En el ms. falta el segundo «y».

go que se acostase; él quería pagar la cena, y dijéronle que no lo hiciese, que a la mañana habría lugar. Estuviéronse un rato parlando; preguntóle su nombre al estudiante, y él dijo que se llamaba Pedro Coronel. En malos infiernos arda, dondequiera que está. Vió el avariento que dormía, y dijo: «¿V. m. quiere reir? Pues hagamos alguna burla a este mal viejo, que no ha comido sino un pero en todo el camino, y es riquísimo.» Los rufianes dijeron: «Bien haya el licenciado; que es razón, hágalo». Con esto se llegó, y sacó al pobre viejo (que dormía) de debajo de los pies unas alforjas, y desenvolviéndolas halló una caja; y como si fuera de guerra, hizo gente. Llegáronse todos, y abriéronla, la cual estaba llena de alcorzas. Sacó todas cuantas había, y en su lugar puso piedras, palos y cuanto halló; luego se proveyó sobre lo dicho, y encima de la suciedad puso hasta una docena de yesones. Cerró la caja y dijo: «Pues aún no basta, que bota tiene el viejo». Sacó el vino, y desenfundando una almohada de nuestro coche, después de haber echado un poco de vino debajo, se la llenó de lana y estopa, y la cerró. Con

3. *parlar*, 'hablar sin ton ni son' tiene sentido peyorativo como el francés *hâbler*; comp.: «os habéis hecho más honra con esto solo que habéis dicho, que yo con todo lo que he parlado» (J. DE VALDÉS, *Diálogo de la lengua*, ed. Böhmer, p. 379).

6. *El avariento* es objeto de *vió*; en el siglo XVII era frecuente que el objeto directo de persona no llevara preposición. V. mi estudio sobre Rojas Zorrilla en *Teatro antiguo español*, II, pág. 204. Este avariento es el mencionado antes, pág. 54, lín. 6.

esto se fueron todos a acostar para una hora que quedaba; púsolo todo en las alforjas, y en la capilla del gabán echó una gran piedra, y fuése a dormir.

Llegó la hora del caminar, despertaron todos, y el viejo todavía dormía. Llamáronle, y al levantarse no podía levantar la capilla del gabán; miró lo que era, y el mesonero adrede le riñó, y dijo: «¡Ah, cuerpo de Dios!, ¿no halló otra cosa que llevarse, padre, sino esa piedra? ¿Qué les parece a vs. ms., si yo no lo hubiera visto? Cosa es que estimo en más de cien ducados, porque es contra el dolor de estómago». Jurábase y perjurábase diciendo que él no había metido tal piedra en la capilla.

Los rufianes hicieron la cuenta, y vino a montar sesenta reales, que no entendiera Juan de Leganés la suma. Decían los estudiantes: «¡Cómo hemos de servir a v. m. en Alcalá!». Quedamos asustados de ver el gasto. Almorzamos un bocadillo, y el viejo tomó sus alforjas; y porque no viésemos lo que sacaba, por no partir con nosotros, desatólas a escuras debajo de la capa; y agarrando un yesón untado, echósele en la boca; fuele a hincar un diente y media muela que tenía, y por poco los perdiera. Comenzó a escupir y hacer gestos de asco. Llegamos todos a él, y el cura el primero, diciéndole que

15 *Juan de Leganés*. Era un famoso aritmético del que habla Luis Zapata en su *Miscelánea;* v. J. MILLÉ Y JIMÉNEZ, *Revista del Ateneo Hispanoamericano*, 1918, I, 150.

qué tenía; empezó a ofrecerse a Satanás, y dejó caer las alforjas; llegóse a él el estudiante, y dijo: «Arriedro vayas, Satán, cata la cruz». El otro abrió un breviario, y hiciéronle creer que estaba endemoniado, hasta que él mismo dijo lo que era, y pidió que le dejasen enjuagar la boca con un poco de vino que él traía. Dejáronle, y sacando y abriendo la bota, echó en un vaso un poco de vino; salió con lana y estopa un vino salvaje, tan barbado y velloso, que no se podía beber ni colar. Entonces el viejo acabó de perder la paciencia; comenzaron todos a descomponerse de risa; tuvo por bien de callar y meterse en el carro con los rufianes y las mujeres. Los estudiantes y el cura se ensartaron en un borrico, y nosotros nos metimos en nuestro coche; y apenas habíamos comenzado a caminar, cuando unos y otros nos empezaron a dar vaya, declarando

1. El ms. «ofrecerle».

17 *dar vaya*, 'burlarse de alguien diciéndole o cantándole cosas de mofa'. La expresión debe ser de origen italiano: «dar la baia a uno», por no aparecer en época antigua. He aquí un ejemplo de *vaya:*

«¿Quieres que una vaya demos
a tu hermano?...
Vaya, vaya, una vaya vaya
al que está en el palacio real,
que pues dice que lo oye todo,
desde aquí nos podrá escuchar.
Todos dicen, que dicen todos,
todos dicen que es liberal,
y si da de pan un bocado,
dice que no hay más que dar».

(F. Rojas Zorrilla, *El gran patio de palacio*, edic. 1655, f.° 54.)

la burla; y el ventero decía: «Señor nuevo, a pocas estrenas como ésta, envejecerá». El cura decía: «Sacerdote soy, allá se lo dirán de misas». Y el estudiante maldito voceando decía: «Señor primo, otra vez rásquese cuando le coma, y no después». Y otro decía: «Sarna dé v. m., señor don Diego». Nosotros dimos en no hacer caso: Dios sabe cuán corridos íbamos.

Con estas y otras cosas llegamos a Alcalá a las nueve, y en todo el día acabamos de contar la cena pasada, y nunca pudimos sacar en limpio el gasto.

2 *estrena*, en el sentido de 'novatada o iniciación' Comp. el refrán: «San Juan dé buena estrena: buena comida y mejor cena. (El primer día que entra el mozo con el amo halla esto, o lo desea)». (Correas, *Vocabulario de refranes*, p. 244.)

6 El ms. y Z. 1626 coinciden en la lección «Sarna dé v. m.,» y por eso la conservo; Z. 1628 dice: «Sarna dé a v. m.», que parece mejor sentido.

CAPITULO V

DE LA ENTRADA EN ALCALÁ, PATENTE Y BURLAS QUE ME HICIERON POR NUEVO

Antes que anocheciese salimos del mesón a la casa que nos tenían alquilada, que era fuera de la puerta de Santiago, patio de estudiantes donde hay muchos juntos, aunque ésta teníamos entre tres moradores diferentes. Era el dueño y huésped de los que creen en Dios por cortesía o sobre falso; moriscos los llaman en el pueblo, que hay muy grande cosecha desta gente y de la que tiene sobradas narices, y sólo les faltan para oler tocino; digo esto,

6 *puerta de Santiago*: Hoy no existe; se encontraba al Norte de la ciudad, cerca de la iglesia y calle que hoy llevan ese nombre. V. la *Historia de la ciudad de Cómpluto*, por el Dr. D. Miguel de Portilla, Alcalá, 1725, tomo I, págs. 242 y 263.

6 *patio de estudiantes*, una a modo de casa de vecindad, cuyas viviendas dan a un patio; *donde hay muchos* debe entenderse 'donde suele haber muchos', porque sino no se explicaría el *aunque* siguiente. En Alcalá significaba *patio* 'vivienda de estudiantes' a juzgar por la frase: «anduvieron todos los patios, reconociendo las caras», al final del cap. VI.

confesando la mucha nobleza que hay entre la gente principal, que cierto es mucha. Recibióme, pues, el huésped con peor cara que si yo fuera el Santísimo Sacramento; ni sé si lo hizo porque le comenzásemos a tener respeto, o por ser natural suyo: que esta gente no es mucho tenga mala condición no teniendo buena ley. Pusimos nuestro hatillo, acomodamos las camas y lo demás, y durmimos aquella noche. En amaneciendo, helos aquí en camisa a todos los estudiantes de la posada a pedir la patente a mi amo. Él, que no sabía lo que era, preguntó que qué querían. Y yo, entretanto, por lo que podía suceder, me acomodé entre dos colchones, y sólo tenía la media cabeza de fuera, que parecía tortuga. Pidieron dos docenas de reales; diéronselos, y luego comenzaron una grita del dia-

11 *Patente*: «La contribución que hacen pagar, por estilo, los más antiguos al que entra de nuevo en algún empleo u ocupación. Es como entre los estudiantes en las universidades...» (*Dicc. Aut.*) En más de un lugar de nuestros picarescos hállanse descripciones de la vida estudiantil en Alcalá, muy semejantes a la que a continuación hace Quevedo: «¡Oh dulce vida la de los estudiantes! Aquel hacer de obispillos, aquel dar trato a un novato, meterlo en rueda, sacarlo nevado, darle garrote al arca, sacarle la patente, o no dejarle libro seguro ni manteo sobre los hombros..., el empeñar de prendas en cuanto tarda el recuero...; los Scotos en el buñolero, los Aristóteles en la taberna...» (*Guzmán de Alfarache*, Rivad., III, 340 *b*.)

15 La comparación era grata al autor: «Tendido sobre un pavés, | cubierto con su rodela, | sacando, como tortuga, | de entre conchas la cabeza». (*Testamento de Don Quijote*, Rivad., LXIX, 191 *a*.)

blo, diciendo: «Viva el compañero, y sea admitido en nuestra amistad, y goce de las preeminencias de antiguo: pueda tener sarna, ande manchado y padezca la hambre que todos». ¡Mire v. m. qué privilegios! Volaron por la escalera, y al momento nos vestimos nosotros.

Tomamos el camino para escuelas. A mi amo apadrinároнle unos colegiales conocidos de su padre, y entró en su general; pero yo, que había de entrar en otro diferente, fuí solo. Comencé a temblar; entré en el patio, y no hube metido bien el pie, cuando me encararon y comenzaron a decir: «¡Nuevo!» Yo, por disimular, di en reirme, como que no hacía caso; mas no bastó, porque llegándose a mí ocho o nueve, comenzaron a reirse. Púseme colorado; nunca Dios lo permitiera, pues al instante

9. *general*: «En Salamanca las aulas se llaman generales por ser comunes y admitirse en ellas todos los que quieren entrar a oir liciones.» (Covarrubias, s. v. *aula*.).

11. «Las burlas que padecen los novatos, no sólo son exquisitas, sino de mucho pesar, en cuyo sufrimiento suele quebrarse la correa del más fino redomado. Para remedio de esta perturbación conviene proceder de manera que en cosa os diferenciéis de los que ha mucho tiempo que cursan; el habla sea despejada, libre y por ningún caso encogida y modesta; procurad en los generales tener con ligera ocasión alguna pesadumbre, llevándola meditada antes con los amigos. Será bien desnudar la daga a las palabras primeras... Con esta rencillosa entrada obligaréis a que todos os miren con recato... En los estudios entraréis blandamente, que con menos riesgo de salud se consigue lo que se va adquiriendo con medios proporcionados y suaves». (C. Suarez de Figueroa, *El Pasajero*, Madrid, 1617, pág. 137.)

se puso uno que estaba a mi lado las manos en las narices, y apartándose, dijo: «Por resucitar está este Lázaro, según hiede», y con esto todos se apartaron, tapándose las narices. Yo, que me pensé escapar, puse las manos también, y dije: «Vs. ms. tienen razón, que huele muy mal». Dióles mucha risa, y apartándose, ya estaban juntos hasta ciento. Comenzáronse a descarar y a tocar al arma, y en las toses y abrir y cerrar de las bocas vi que se me aparejaban gargajos. En esto un manchegazo acatarrado hízome alarde de una onza. Yo entonces, que me vi perdido, dije: «Juro a Dios que ma...»; iba a decir «te», pero fué tal la batería y lluvia de los gargajos que llovía sobre mí, que no pude acabar la razón. Eché de ver que unos parecían tripas de los que los tiraban, según eran de largos; otros acabándoseles la saliva, pedían prestados a las narices sus tuétanos, y venían con algunas balas de mocos secos, tan recios que hacían batería y señal en la capa. Yo estaba cubierto el rostro con ella, y tan blanco, que todos tiraban a mí; era de ver cómo tomaban la puntería. Estaba ya nevado de pies a cabeza; pero un bellacón viéndome cubierto, y que no tenía en la

11. *onza* sería uno de los nombres del gargajo en la jerga estudiantil.

22. *nevado*; recuérdese el «sacarlo nevado» de la cita hecha antes del *Guzmán de Alfarache*, (pág. 63), lo que prueba que se trataba de una inmunda costumbre. Como puede verse en las variantes finales, *Z. 1626* suprimió algunas de estas porquerías, que yo no suprimo por no ser lícito mutilar el texto.

cara cosa, vínose para mí, diciendo con gran cólera: «Bastan gargajos, no le matéis». Yo, que según me maltrataban, creí dellos que lo harían, destápeme por ver lo que era, y al mismo punto el que daba las voces traía empuñado un moco verdinegro, y sacándole de revés, me le clavó en los dos ojos. Aquí se han de considerar mis angustias; levantó la infernal gente una grita sobre mí, que me aturdieron; y yo, según lo que echaron sobre mí de sus estómagos, pienso que por ahorrar médicos y boticas aguardaban nuevos para purgarse. Quisieron tras esto darme de pescozones; pero no había dónde, sin llevarse en las manos la mitad del afeite de mi negra capa, ya blanca por mis pecados. Dejáronme, y fuíme a casa, que apenas acerté; y tuve ventura en ser de mañana, que topé solos dos o tres muchachos, que debían de ser bien inclinados, porque no me tiraron más de cinco o seis estropajos, y luego me dejaron. Entré en casa, y el morisco, en viéndome, comenzóse a reir y hacer como que queria escupirme. Yo, que temí que lo hiciese, dije: «Huesped, mire que no soy *Ecce-Homo*». Nunca lo dijera, porque me sacudió lindos golpazos en estos hombros con unas pesas que tenía. Con esta ayuda de costa, medio derrengado, subí arriba; y en buscar de dónde asir para quitarme el manteo y la sotana se pasó

2. El ms. «yo, según».

22. *Ecce-Homo*: Más bien convendría esto si el huésped fuese judío; popularmente se confundirián, a veces, moriscos y judíos.

gran rato; al fin me le quité y echéme en la cama, y colguélo en una azutea. Vino mi amo, y como me halló durmiendo y no sabía la asquerosa aventura, enojóse, y comenzó a darme tantos repelones y con tanta priesa, que a dos más despertara calvo. Levantéme dando voces y quejándome, y él con más cólera dijo: «¿Es buen modo de servir este, Pablos? Ya es otra vida.» Yo, cuando oí decir otra vida, entendí que ya era muerto, y dije: «Bien me anima v. m. en mis trabajos; vea cuál está aquella sotana y manteo que ha servido de pañizuelo a las mayores narices que se han visto jamás en paso, y míreme estas costillas», y con esto empecé a llorar. Viendo mi llanto, creyólo, y buscando la sotana y hallándola, se compadeció de mí, y dijo: «Pablo, abre el ojo que asan carne; mira por ti, que aquí no tienes otro padre ni madre.» Contéle todo lo que había pasado, y mandóme desnudar y llevar a mi aposento, que era donde dormían cuatro criados de los huéspedes de casa.

Acostéme y dormí, y con esto a la noche, después de haber comido y cenado bien, me hallé fuerte como si no hubiera pasado nada por mí. Pero cuando comienzan desgracias en uno, nunca parece

12. Z. 1626: «paso de Semana Santa»; las *narices* se refieren a las de los judíos que salen en el paso; el judío solía representarse con gran nariz, como en los cuadros de Juan de Juanes.

16 *Abrir el ojo, que asan carne* es proverbio que trae CORREAS, *Vocabulario*, p. 60.

que han de acabar, que andan encadenadas, y unas traen a otras. Viniéronse a acostar los otros, y saludándome todos, me preguntaron si estaba malo, y cómo estaba en la cama. Yo les conté el caso, y al punto, como si en ellos no hubiera mal ninguno, se comenzaron a santiguar diciendo: «No se hiciera esto entre luteranos. ¡Hay tal maldad!» Otro decía: «El retor tiene la culpa en no poner remedio. ¿Conocerá v. m. a los que eran?» Yo respondí que no, agradeciéndoles la merced que me mostraban hacer. Con esto se acabaron de desnudar, acostáronse, mataron la luz, y dormíme yo, que me parecía estaba con mi propio padre y con mis hermanos.

Y a cosa de las doce, el uno de ellos me despertó a puros gritos, diciendo: «¡Ay, que me matan! ¡Ladrones!» Sonaban en su cama entre estas voces unos golpazos de látigo. Yo levanté la cabeza y dije: «¿Qué es eso?»; y apenas lo hube dicho, cuando con una maroma me asentaron un azote con hijos en todas las espaldas. Comencé a quejarme, quíseme levantar; comenzó a quejarse el otro, también y dá-

2 El ms. «y viniéronse».

14 Una escena algo semejante ocurre a Guzmán de Alfarache en Italia; pero allí los aporreadores están disfrazados extrañamente, y mantean al muchacho hasta dejarle sin sentido. (Rivad., III, 240 *b*.) Es esta una de tantas analogías con aquella novela.

17 Así Z. 1626: el ms. «y levanté».

19 *hijos*: canelones, que son los extremos de los ramales de las disciplinas, más gruesos y retorcidos que ellos. (Véase *Dicc. Aut.*) Falta esta acepción en el *Dic. Acad.*

banme a mí solo. Yo comencé a decir: «¡Justicia de Dios!» Pero menudeaban tanto los azotes sobre mí, que ya no me quedó—por haberme tirado las frazadas abajo—otro remedio sino meterme debajo de la cama. Hícelo así, y al punto los tres que dormían empezaron a dar gritos también; y como sonaban los azotes, yo creí que alguno de afuera nos sacudía a todos. Entre tanto, aquel maldito que estaba junto a mí se pasó a mi cama, y se proveyó en ella, y puso la ropa; y pasándose a la suya, cesaron los azotes, y levantáronse con grandes gritos todos cuatro diciendo: «Es gran bellaquería, y no ha de quedar así». Yo todavía estaba debajo de la cama, quejándome como perro cogido entre puertas, tan encogido, que parecía galgo con calambre. Hicieron los otros que cerraban la puerta, y yo luego salí de donde estaba, y subíme a mi cama, preguntando si acaso les habían hecho mal: todos se quejaban de muerte.

Acostéme y entréme, y torné a dormir; y como entre sueños me revolcase, cuando desperté halléme sucio hasta las trencas. Levantáronse todos, y yo

15 Así Z. 1626; el ms. «con la hambre».

20 *entréme*, 'tapéme con las mantas'.

22 *trencas*: «Dos cañas atravesadas en el tercio postrero de la colmena, las cuales sirven de señal que al castrarlas no se pase de allí. Cuando alguno se ha metido en algún lodazal hasta darle en los pechos, solemos decir que entró en él hasta las trencas». (Covarrubias). El ms. *trenzas*, y así también en todas las ediciones, sin que hasta ahora se haya advertido el error. El *Dic. Acad.*, Covarrubias y

tomé por achaque los azotes para no vestirme; no había diablos que me moviesen de un lado. Estaba confuso, considerando si acaso con el miedo y la turbación, sin sentirlo, había hecho aquella vileza, o si entre sueños; al fin yo me hallaba inocente y culpado, y no sabía cómo disculparme. Los compañeros se llegaron a mí, quejándose y muy disimulados, a preguntarme cómo estaba; yo les dije que muy malo, porque me habían dado muchos azotes. Preguntábales yo que qué podría haber sido, y ellos decían: «A fe que no se escape, que el matemático nos lo dirá. Pero dejando esto, veamos si estáis herido, que os quejábades mucho». Y diciendo esto, fueron a levantar la ropa, con deseo de afrentarme. En esto mi amo entró diciendo: «¿Es posible, Pablos, que no he de poder contigo? Son ya las ocho,

todos los otros, traen bien la forma *trenca*, la cual se leería con ç por algún copista, y de ahí pasó a todos los textos posteriores, por tratarse sin duda de una expresión poco usada. No creo verosimil que el error proceda de Quevedo.

10 *y ellos decían*, falta en el ms.

11 El *matemático* (o sea el profesor o estudiante de matemáticas), podía averiguar aquel misterio, recurriendo a la adivinación astrológica. La cátedra de matemáticas se llamaba de «astrología», y en ella se leía, en efecto, junto a Euclides y otros autores, libros astrológicos (*Esfera* de Sacrobosco, p. e.). V. ESPERABÉ, *Historia de la Universidad de Salamanca*, p. 262, y *La última reformación que por mandato del rey N. S. se ha hecho en la Universidad de Alcalá* (año 1615), f.° 44. En otro lugar alude Quevedo a lo mismo: «En cada canilla suya | un matemático está, | y anda el pronóstico nuevo | por sus huesos sin parar» (*Rivad.*, LXIX, 163 *b*); se trata de una muchacha con mal francés, cuyos miembros se transforman y deterioran.

¿y estáste en la cama? Levántate en noramala». Los otros, por asegurarme, contaron a don Diego el caso todo, y pidiéronle que me dejase dormir. El uno decía: «Si v. m. no lo cree, levántate amigo», y agarraba de la ropa. Yo la tenía asida con los dientes por no mostrar la caca; y cuando ellos vieron que no había remedio por aquel camino, dijo uno: «¡Cuerpo de Dios, y cómo hiede!» Don Diego dijo lo mismo, porque era verdad; y luego tras él comenzaron todos a mirar si había en el aposento algún servicio; decían que no se podía estar allá. Dijo uno: «Pues es muy bueno esto para haber de estudiar». Miraron las camas, quitáronlas para ver debajo; dijeron: «Sin duda en la de Pablos hay algo; pasémosle a una de las nuestras, y miremos debajo de ella». Yo, que veía poco remedio en el negocio y que me iban a echar la garra, fingí que me había dado mal de corazón; agarréme a los palos, hice visajes. Ellos, que sabían el misterio, apretaron conmigo, diciendo: «¡Gran lástima!» Don Diego me tomó el dedo de corazón, y al fin entre los cinco me levantaron; y al alzar las sábanas fué tanta la risa de todos, viendo no los palominos, sino palomos grandes, que se hundía el aposento. «Pobre dél», decían los bellacos; y yo hacía del desmayado: «Tírele v. m. muy recio de ese dedo del corazón»; mi amo, entendiendo hacerme bien, tanto tiró que me le desconcertó. Los otros trataron de darme un garro-

2 *asegurarme*, 'protegerme'.

te en los muslos, y decían: «El pobrecito agora sin duda se ensució cuando le dió el mal». ¡Quién dirá lo que yo pasaba entre mí, lo uno con la vergüenza, descoyuntado un dedo y a peligro de que me diesen garrote! Al fin, de miedo de que me le dieran—que ya me tenían los cordeles en los muslos—, hice que había vuelto en mí; y por presto que lo hice, como los bellacos iban con malicia, ya me habían hecho dos dedos de señal en cada pierna. Dejáronme, diciendo: «¡Jesús, y qué flaco sois!» Yo lloraba de enojo, y ellos decían adrede: «Más va, amigo, en vuestra salud que en haberos ensuciado; callá». Y con esto me pusieron en la cama después de haberme lavado, y se fueron.

Yo no hacía a solas sino considerar cómo casi era peor lo que había pasado en Alcalá en un día, que todo lo que me sucedió con Cabra. A mediodía me vestí, limpié la sotana lo mejor que pude—lavándola como gualdrapa—, y aguardé a mi amo, que en llegando, me preguntó cómo estaba. Comieron todos los de casa, y yo, aunque poco y de mala gana; y después, juntándonos todos a parlar en el corredor, los otros criados después de darme vaya, declararon la burla. Riéronse todos; doblóseme mi afrenta, y dije entre mí: «Ea, Pablos, alerta.» Propuse de hacer nueva vida. Y con esto, hechos amigos, vivimos de allí adelante todos los de la casa como hermanos, y en las escuelas nadie me inquietó más.

9 *de* falta en el ms.

CAPITULO VI

DE LAS CRUELDADES DEL AMA, Y TRAVESURAS QUE YO HICE

«Haz como vieres» dice el refrán, y dice bien. De puro considerar en él, vine a resolverme en ser bellaco con los bellacos, y más que todos, si más pudiese. No sé si salí con ello; pero yo aseguro a v. m. que hice todas mis diligencias posibles. Lo primero, yo puse pena de la vida a todos los cochinos que se entrasen en casa, y a los pollos del ama, que del corral pasasen a mi aposento. Sucedió que un día entraron dos puercos del mejor garbo que he visto en mi vida; yo estaba jugando

2 Dos modos de vida solían tener los estudiantes en las ciudades universitarias, no siendo colegiales de algún Colegio: el hospedaje en casa del maestro de pupilos (v. antes nota de la pág. 49), bajo la inspección rectoral, o bien el más independiente de tomar un ama, «peores que llama, pues lo abrasan todo», según *Guzmán de Alfarache*, parte II, lib. III, cap. IV: «Son perjudiciales, indómitas y sisantes... Jamás vino a casa cuarto de carnero, que poco a poco no le faltase un quinto y le quitase el riñón, diciendo que a devoción del bienaventurado San Zoilo, y así nunca comían... Dichoso aquel que las puede escusar...»

7 *No sé si salí con ello* falta en el ms.

con los otros criados, y oílos gruñir; y dije al uno: «Vaya y vea quien gruñe en nuestra casa». Fué, y dijo que dos marranos. Yo que lo oí, enojéme tanto, que salí allá diciendo que era mucha bellaquería y atrevimiento el venir a gruñir a casas ajenas; y diciendo esto, envaséle a cada uno—a puerta cerrada—la espada por los pechos, y luego los acogotamos; y por que no se oyese el ruído que hacían, a la par dábamos grandísimos gritos, como que cantábamos, y así espiraron en nuestras manos. Sacamos los vientres y recogimos la sangre; y a puros jergones medio los chamuscamos en el corral; de suerte que cuando vinieron los amos, ya estaba todo hecho, aunque mal, sino eran los vientres, que aun no estaban acabadas de hacer las morcillas, y no por falta de priesa, que en verdad que por no detenernos, las habíamos dejado la mitad de lo que ellas se tenían dentro. Supo, pues, don Diego y el mayordomo el caso, y enojáronse conmigo de manera que obligaron a los huéspedes—que de risa no se podían valer—a volver por mí. Preguntábame don Diego que qué había de decir, si me acusaban y me prendía la justicia. A lo cual respondí yo que me

4 El ms. *y salí*; *Z.* 1626, *que s.*

6 El ms. *envasóle*; *Z.* 1626. *envaséle.*

11 *a puros* 'a fuerza de'. Comp.: «Convirtióse a puros gritos» (*Rivad.*, LXIX, 99 *b*).

18 *Supo* en lugar de *supieron*, como suele acontecer cuando el verbo precede a varios sujetos unidos por *y*. (V. BELLO-CUERVO, § 832).

llamaría a hambre, que es el sagrado de los estudiantes; y si no me valiese, diría que como se entraron sin llamar a la puerta, como en su casa, que entendí que eran nuestros». Riéronse todos de la disculpa, y dijo don Diego: «A fe, Pablos, que os hacéis a las armas». Era de notar ver a mi amo tan quieto y religioso, y a mí tan travieso; que el uno exageraba al otro o la virtud o el vicio.

No cabía el ama de contento conmigo, porque éramos dos al mohino; habíamonos conjurado contra la despensa. Yo era el despensero Judas, que desde entonces yo heredé no sé qué amor a la sisa en este

1 *me llamaría a hambre* 'el hambre sería mi refugio, es decir mi disculpa'. (V. pág. 20, n. 9). Comp. además: «A Iglesia me llamo. (El que huye de la ley del rey.)» (G. CORREAS, *Vocabulario*, pág. 1 *b*.)

6 «*Hacerse a las armas*. (Acostumbrarse a las cosas.)» (CORREAS, *Vocabulario*, pág, 629 *b*.)

6 En el ms. falta *ver a*.

11 El refrán antiguo era «*dos a dos y tres al mohino*... Tomamos algunas veces *mohino* por desgraciado o desdichado en el juego» (J. DE VALDÉS, *Diál. leng.*, ed. Böhmer, p. 400). La forma *dos al mohino* es rara; cítala, entre otros vulgarismos Pedro de Espinosa en su novela *El perro y la calentura*, (1625), edie. Rodríguez Marín, p. 196. Lo corriente es *tres al mohino*: «Seremos dos a dos, e como dicen, tres al mohino». (*Celestina*, acto I). «Tres al mohino» (*Guzmán de Alfarache*, Rivad., III, 344 *a*). Según Covarrubias (*Tesoro de la lengua castellana*, 1611): «este refrán tuvo origen de lo que cada día acontece cuando juegan cuatro, cada uno para sí, y alguno dellos perdiendo se amohina: los demás se hacen a una, y cargan sobre él». Creo esta explicación más verosimil que la de CORREAS, *Vocabulario*, p. 427: «Tres al mohino es subir tres en el asno, con que irá muy cargado».

12 *en* falta en el ms.

oficio. La carne no guardaba en manos de la ama la orden retórica, porque siempre iba de más a menos; y la vez que podía echar cabra o oveja, no echaba carnero; y si había huesos, no entraba cosa magra; hacía unas ollas éticas, de puro flacas; unos caldos, que, a estar cuajados, se pudieran hacer sartas de cristal. Las Pascuas, por diferenciar y que estuviese gorda la olla, solía echar cabos de velas de sebo. Ella decía—cuando yo estaba delante—a mi amo: «Por cierto que no hay servicio como el de Pablos, si él no fuese travieso; consérvele v. m., que bien se le puede sufrir el ser bellaquillo por la fidelidad; lo mejor de la plaza trae». Yo, por el consiguiente, decía della lo mismo; y así teníamos engañada la casa. Comprábanse algunas cosas de por junto, y escondíamos la mitad del carbón y del tocino; y cuando nos parecía, decíamos el ama y yo: «Modérense vs. ms. en el gasto, que en verdad, que si se dan tanta priesa, que no baste la hacienda del rey. Ya se ha acabado el aceite y el carbón; pero tal priesa se han dado. Manden vs. ms. comprar más,

7 Las ediciones antiguas, y Fernández Guerra, imprimen: «Sartas de cristal de las dos pascuas»; en mi edición anterior, enmendé «Sartas de cristal de[llos]. Las dos Pascuas»; F.-D. pone en su edición: «Sartas de cristal dellos. Las Pascuas». Mi ms. dice en efecto «Las Pascuas», pero en cambio no trae «dellos», que yo supuse para corregir el mal texto de las ediciones antiguas. Sea como fuere, lo cierto es que tenemos una lección perfectamente clara, que habíamos previsto.

21 El ms. *le han*; Z. 1626, *se han*. Queda suelta la frase, *pero tal priesa se han dado*, cosa explicable dado el estilo familiar y descui-

y a fe que se ha de lucir de otra manera; denle dineros a Pablos». Dábanmelos, y vendíamosle la mitad sisada; y de lo que comprábamos, sisábamos la otra mitad, y esto era en todo. Y si alguna vez compraba yo algo en la plaza, por lo que valía reñíamos adrede el ama y yo. Ella decía: «No me digas tú a mí, Pablicos, que estos son dos cuartos de ensalada». Yo hacía que lloraba, y daba voces; íbame a quejar a mi señor, y apretábale para que enviase al mayordomo a saberlo, para que callase el ama, que adrede porfiaba. Y iba y sabíalo, y con esto asegurábamos al amo y al mayordomo, y quedaban agradecidos: de mí, de las obras; y del ama, del celo de su bien. Decíale don Diego muy satisfecho de mí: «Así fuese Pablicos aplicado a virtud como es de fiar».

Tuvímoslos desta manera chupándolos como sanguijuelas. Yo apostaré que v. m. se espanta de la suma de dinero que montó al cabo del año. Ello fué mucho, pero no debía de obligar a restitución, porque la ama confesaba y comulgaba de ocho a

dado de muchos pasajes; debe entenderse: 'mucho aceite y carbón había, ¡pero tal priesa se han dado!'.

4 Muy parecida descripción hállase en *Guzmán de Alfarache*, una prueba más del carácter esencialmente literario de muchos de los temas del *Buscón*: «Ama solíamos tener que sisaba siempre, de todo lo que se le daba, un tercio; porque del carbón, de las especias, de los garbanzos y de todas las más cosas, ya cuando no podía hurtar el dinero, guardábalos en especie, y en teniéndolo en junto, nos lo vendían». (*Rivad.* III, 339 *a*.)

ocho días, y nunca la vi rastro ni imaginación de volver nada ni hacer escrúpulo, con ser, como digo, una santa. Traía un rosario al cuello siempre, tan grande, que era más barato llevar un haz de leña a cuestas. Dél colgaban muchos manojos de imágenes, cruces y cuentas de perdones; en todas decía que rezaba cada noche por sus bienhechores. Contaba ciento y tantos santos abogados suyos, y en verdad que había menester todas estas ayudas para desquitarse de lo que pecaba. Acostábase en un aposento encima del de mi amo, y rezaba más oraciones que un ciego. Entraba por el Justo Juez y

3 Comp. el cap. XVI: «Traía todo ajuar de hipócrita: un rosario con unas cuentas frisonas». Y también: «No tardó mucho cuando entraron dos viejos [vestidos] de bayeta, con antojos que los hacían graves y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de sonadoras cuentas en las manos». (*Riconete y Cortadillo*, edic. R. Marín, 1920, p. 262).—Es característico del pícaro (tal como lo concibe este género de novelas), la mezcla de religiosidad exterior y de bellaquería; la misma dualidad encuéntrase en la vida del tiempo, y, aun podía decirse, en nuestro autor, que da su espada para defensa del patronato de Santiago en contra del de Santa Teresa, y mancilla su pluma con escritos de rara obscenidad, unos publicados y otros aun inéditos En la literatura se refleja ese complejo dualismo, a favor del espíritu de la Contrareforma; v. nuestro libro *El pensamiento de Cervantes*, cap. VI.

11 Así *Z.*, 1626; en el ms. falta *del*.

12 *Justo Juez*: había una oración muy popular en los siglos XVI y XVII que comenzaba con esas palabras, y solían rezarla ciegos: «No dejé oración de cuantas sabía, que del ciego había deprendido, que no recé con mucha devoción: la del Conde, la de la Emparedada, el Justo Juez y otras muchas que tienen virtud contra los peligros del agua». (*Lazarillo*, seg. parte. Rivad. III, 934.) No conozco texto español de esa oración, pero sí portugués: «Justo Juiz divinal, | Filho

acababa por el *Cunquibult* y la *Salve, Regina*. Decía las oraciones en latín, adrede por fingirse inocente; de suerte que nos despedazábamos de risa todos. Tenía otras habilidades: era adquiridora de voluntades y corcheta de gustos, que es lo mismo que alcahueta; pero disculpábase conmigo diciendo que la venía de casta, como al rey de Francia sanar lamparones.

da Virgem Maria, | Que nascestes en Belem, | Nos valles de Lazaria, | Peço-vos, Senhor meu, | Pelo vosso santo dia | O corpo de F.» etcétera. (*Tradições populares e linguagem de Villa Real*, en «Revista Lusitana». vol. IX, pág. 232.)

1 *Cunquibult*, y en *Z.*, 1626, *Conquibules*, es deformación popular, que grotescamente recoge Quevedo, de las primeras palabras del símbolo o credo de San Atanasio, antes muy rezado, y que comienza: «Quicumque vult salvus esse, etc.» Gil Vicente estropeó burlescamente ese texto en la comedia *Rubena*: «Que quinque vultos salmus es» (ed. 1852, II, 22.) También Quiñones de Benavente en el entremés de *Las civilidades*: «y yo ando por cantaros | de *quinquibul* el psalmo, | con la lengua de un palmo, | porque sois un pelmazo» (ed. Rosell, p. 49). Hoy no se usa este rezo, supervivencia medieval en el siglo XVII; hay un *Tractatus in simbolum Quicumque vult una cum textu per* P. de Castrovol, Pamplona, 1499.

1 En *Z.*, 1626, *Salve, regina* está deformado en *Salve rehila*.

7 *lamparones*: «enfermedad conocida que nace en la garganta; dánle diversos nombres: *struma*... *scrofula*... Los reyes de Francia dicen tener gracia de curar los lamparones, y el primer rey inglés, que fué Eduardo, tuvo la misma gracia; y de algunos particulares también se ha dicho». (Covarrubias.)—Comp.: «Déjame, don Cleofás, responder a mí [al francés], que soy español por la vida, y con quien vengo, vengo; que les quiero, con alabanzas del rey de España, dar un tapabocas a estos borrachos, que si leen las historias della, hallarán que por rey de Castilla tiene virtud de sacar demonios, que es más generosa cirugía que curar lamparones» (*Diablo*

Pensará v. m. que siempre estuvimos en paz; pues ¿quién ignora que dos amigos, como sean cudiciosos, si están juntos se han de procurar engañar el uno al otro? Sucedió que el ama tenía gallinas en el corral; yo tenía gana de comer una; tenía doce o trece pollos grandecitos, y un día, estándolos dando de comer, comenzó a decir: «pío, pío». Yo que oí el modo de llamar, comencé a dar voces: «¡Oh cuerpo de Dios, ama, no hubiérades muerto un hombre o hurtado moneda al rey, cosa que yo pudiera callar, y no haber hecho lo que habéis hecho, que es imposible dejarlo de decir! ¡Mal aventurado de mí y de vos!» Ella, como me vió hacer extremos con tantas veras, turbóse algún tanto y dijo: «Pues, Pablos, ¿yo qué he hecho? Si te burlas, no me aflijas más». «¿Cómo burlar, pese a tal? No puedo dejar de dar parte a la Inquisición, porque si no, estaré descomulgado». «¿Inquisición?», dijo ella ,y empezó a temblar; «¿pues yo he dicho algo contra la fe?» «Eso es lo peor», decía yo; «no os burléis con los inquisidores; y decid que fuistes una boba, y que os desdecís; y no neguéis la blasfemia y desacato». Ella con el miedo dijo: «Pues, Pablos, si me desdigo, ¿castigaránme?» Dije: «No, que luego os absolverán». «Pues yo me desdigo», dijo; «pero dime tú de qué, que aun no

cojuelo, tranco V). Para el origen de esta superstición y su influencia en la literatura, véase ahora M. Bloch, *Les rois Thaumaturges*, Estrasburgo, 1924.

24 Texto mejor que el de *Z.*, 1626: *porque sólo os absolverán.*

lo sé yo; ansí tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos». «¿Es posible que no advertis en qué? No sé cómo lo diga, que el desacato es tal que me acobarda. ¿No os acordáis que dijistes a los pollos «pío, pío», muchas veces, y es Pío nombre de papas, vicarios de Dios y cabezas de la Iglesia? Papáos el pecadillo».

Ella quedó como muerta, y dijo: «Pablos, yo lo dije, pero no me perdone Dios si lo dije con malicia, y me desdigo: mirad si hay camino como se pueda escusar el acusarme, que me moriré si me veo en la Inquisición». «Como vos juréis en una ara consagrada que no tuvisteis malicia, podré dejar de acusaros; pero será necesario que esos dos pollos que comieron llamándolos con el santísimo nombre de los pontífices, me los deis para que yo los lleve a un familiar que los queme, porque están dañados; y tras esto habéis de jurar de no reincidir de ningún modo». Ella muy contenta dijo: «Pues llévate los pollos ahora, que mañana juraré». Yo, por más asegurarla, dije: «Lo peor es, Cipriana—que así se llamaba—, que voy a riesgo: que me dirá el familiar que si soy yo, y entre tanto me podrá hacer vejación. Llevadlos vos, que yo, por Dios que temo». «Pablos—decía cuando me oyó esto—, por amor de Dios, que te duelas de mí y los lleves, que a ti no te puede suceder nada».

6 El ms. *vicarios de la Igl.*, en vez de *cabezas*, *Z.*, 1626.

Dejéla que me lo rogase mucho; determinéme y tomé los pollos, escondílos en mi aposento; hice que iba fuera. Volví diciendo: «Mejor se ha hecho de lo que pensaba: quería el familiarito venirse tras mí a ver la mujer, pero lindamente lo he negociado».

Dióme mil abrazos y otro pollo para mí; yo con él fuíme a mi aposento; hice hacer en casa de un pastelero una cazuela, y comímelos con los compañeros. Supo el ama y mi amo la maraña; toda la casa lo celebró con estremo, y el ama llegó tan al cabo de pena, que por poco se muriera; y después con el enojo no estuvo dos dedos—a no tener por que callar—de decir mis sisas.

Yo, que ya estaba mal con el ama, y que no la podía burlar, busqué nuevas trazas de holgarme, y di en lo que llaman los estudiantes correr o arrebatar. En esto me sucedieron cosas graciosísimas, porque yendo una noche a las nueve—que anda poca gente—por la calle Mayor de Alcalá, vi en una

8 *Cazuela:* Martínez Montiño (cocinero de Felipe II), en su *Arte de cocina*, da entre varias, esta receta de cazuela de pollo: «Tomarás una ave y la cocerás; y después de cocida la cortarás a pedacitos; luego freirás un poco de tocino en dados, muy menudo, y le echarás un poco de cebolla picada muy menuda. Luego asentarás el ave en una cazuela, y echa sobre ella el tocino y la cebolla frita... Luego sazonarás con todas especias, y échale caldo de la olla, cuanto se bañe... Cuajarás la cazuela con cuatro yemas de huevo batidos con un poquito de vinagre. Luego ponle unas rebanadillas de pan angostillas, hincadas al derredor de los bordes de la cazuela... y si la quieres hacer agridulce, échale un poco de azúcar y canela.»

confitería un serón de pasas sobre el tablero; agarréle y di a correr; el confitero dió tras mí, y otros criados y vecinos. Y como yo iba cargado, consideré que aunque les llevaba ventaja, me habían de alcanzar; y al volver una esquina sentéme sobre él, y envolví la capa a la pierna de presto, y empecé a decir con la pierna en la mano, figiéndome pobre: «¡Ay! Dios se lo perdone, que me ha pisado». Oyéronme esto, y en llegando comencé a decir: «Por tan alta Señora», y lo ordinario de «la hora menguada» y «aire corruto». Ellos venían desgañifándose, y dijéronme: «¿Va por aquí un hombre, hermano?» «Ahí va adelante, que aquí me pisó, loado sea el Señor».

Arrancaron con esto, y fuéronse. Quedé solo, lle-

1 *Z.*, 1626, en lugar de *serón*, trae, por juzgarlo quizá más propio, *cofin*, «un género de cesto o espuerta, tejido de esparto, en que suelen llevar higos y pasas a vender los moriscos; pero los cofines antiguos dicen eran de mimbres». (Covarrubias.) Un serón parece, en efecto, demasiado grande para salir corriendo con él.

10 *Por tan alta Señora*, es decir por la Virgen, solía pedirse la limosna: «Denme, nobles cristianos, Por tan alta Señora, (Ansí nunca se vean), Su bendita limosna» (QUEVEDO, *Rivad.* LXIX, 124 *a*).—En funesta hora, y a causa de un aire corrompido decían, además, los mendigos haberles sobrevenido sus desdichas; era un lugar común de la época: «En un carretoncillo, | y al cuello unas alforjas, | Pallares con casquete, | y torcida la boca; | y el Ronquillo a su lado, | fingiendo la temblona, | cada cual por su acera, | desataron la prosa. | Y levantando el grito, dijeron con voz hosca, | lo del aire corruto, | y aquello de la hora». (QUEVEDO, *Baile*, Rivadeneyra, LXIX, 124 *b*.) Dice Covarrubias: «Hora menguada, hora infeliz, la cual calidad ponen en los grados de las mismas horas». Las horas a punto de acabarse eran propicias para ciertas hechicerías; v. la edición del *Quijote*, por Rodríguez Marín, 1916, t. I. p. 468.

13 Comp.: «Corrí joyas, y decía, | por disimular, a voces: | «¡Tengan al ladrón!», yo mismo, | con su «¡justicia, señores!». (QUEVEDO, *Vida y milagros de Montilla*, Bibl. Andal., III, 300.)

véme el lío a casa, conté la burla, y no quisieron creer que había sucedido ansí, aunque lo celebraron mucho, por lo cual les convidé para otra noche a verme correr cajas.

Vinieron, y advirtiendo ellos que estaban las cajas dentro de la tienda, y que no las podía tomar con la mano, tuviéronlo por imposible, y más por estar el confitero—por lo que sucedió al otro de las pasas—alerta. Vine, pues, y metiendo, doce pasos atrás de la tienda, mano a la espada, que era un estoque recio, partí corriendo; y en llegando a la tienda, dije: «Muera», y tiré una estocada por delante del confitero; y se dejó caer pidiendo confesión; y yo di la estocada en una caja, y la pasé y saqué en la espada; y me fuí con ella. Quedáronse espantados de ver la traza, y muertos de risa de que el confitero decía que le mirasen, que sin duda estaba herido, y que era un hombre con quien él había tenido palabras; pero volviendo los ojos, como quedaron desbaratadas al salir de la caja las que estaban alrededor, echó de ver la burla, y empezó a santiguarse, que no pensó acabar. Confieso que en mi vida me supo cosa tan bien. Decían los compañeros, que yo solo podía sustentar la casa con lo que corría, que es lo mismo que hurtar en nombre rebozado.

26 *rebozado. Z.*, 1626 y todos los editores, *revesado*, error, al que malamente tratábamos de dar sentido. *Correr*, en la jerga de estudiantes y pícaros, era un eufemismo por robar; véase el texto de la

Yo, como era muchacho y vía que me alababan el ingenio con que salía de estas travesuras, animábame para hacer muchas más. Cada día traía la pretina llena de jarras de monjas, que las pedía para beber, y me venía con ellas; introduje que no diesen nada sin prenda primero. Y ansí, prometí a don Diego y a todos los compañeros, una noche, de quitar las espadas a la misma ronda. Señalóse cuál había de ser; fuimos juntos, yo delante, y en columbrando la justicia, lleguéme yo con otro de los criados de casa, muy alborotado, y dije: «¿Justicia?» Respondieron: «Sí». «¿Es el señor corregidor?» Dijéronme que sí. Hinquéme de rodillas y dije: «En manos de v. m. está mi remedio y mi venganza, y mucho provecho de la república; mande v. m. oirme dos palabras a solas, si quiere una gran prisión». Apartóse, y ya los corchetes empuñaban sus espadas y sus varitas, y le dije: «Señor, yo he venido

nota anterior. Describiendo aquellas costumbres, había dicho Mateo Alemán: «¿Qué fiesta o regocijo se iguala con un *correr* de un pastel?» (*Guzmán*, Rivad., III 340 *a*.)

4 Existe aún la costumbre (por lo menos hace unos treinta años existía en Granada), de que los muchachos y la gente del pueblo se acerquen a los tornos de los conventos de monjas en demanda, tras el ritual «Deo gracias», de un trago de agua; la cual, en Granada, daban, en efecto, en una jarra.

17-18 *Z.*, 1626, amplía el texto (v. variantes finales), y atribuye las espadas a los corchetes y las varitas a los alguaciles. El corchete era distinto del alguacil; éste es el jefe de aquéllos. «Corchete .. se llamaron los ministros de justicia, que llevan agarrados a la cárcel los presos... porque asen como estos ganchillos». (Covarrubias.)—

siguiendo desde Sevilla seis hombres los más facinorosos del mundo, todos ladrones y matadores de hombres; y entre ellos viene uno que mató a mi madre y a un hermano mío por saltearlos, y les está probado esto; y vienen acompañando, según he oído decir, a una espía francesa, y aun sospecho, por lo que les he oido, que es—y bajando la voz dije—de Antonio Pérez».

Con esto el corregidor dió un salto hacia arriba, y dijo: «¿Dónde están?» «Señor, en la casa pública—dije yo—; no se detenga v. m., que las ánimas de mi madre y de mi hermano se lo pagarán en oraciones, y el rey acá». «¡Jesús, no nos detengamos!»—dijo—«¡Hola!, seguidme todos, dadme una rodela». Yo entonces le dije, aparte: «Señor, perderse ha v. m., si hace eso; porque antes importa que todos vs. ms. entren sin espadas y uno a uno, que ellos están en los aposentos, y traen pistolas; y en viendo

«El escribano hacía la causa, mientras el alguacil con los corchetes (que son podencos del verdugo, que siguen ladrando) iban tras [el ladrón], y no lo podían alcanzar». (QUEVEDO, *Mundo por dentro*, Rivadeneyra, XXIII, 329 *a*.)

1 *Facinorosos*: el ms. *famossos* por error de copia.

8 *Dije de*: el ms. *dijo*, olvidando que el relato va en primera persona, y omitiendo *de*.

8 *Antonio Pérez*.—Murió éste en 1611, refugiado en Francia, adonde huyó en 1593, como es sabido. Al citarlo, nos da noticia Quevedo de la época de redacción de su libro, y de la alarma que causaban las andanzas del inquieto ex secretario de Felipe II.

13 Esta es una de las excelentes correcciones del ms. *Z.*, 1626: *hacia Jesús*, en vez de *acá*.

entrar una espada, como saben que no las pueden traer sino la justicia, dispararán. Con dagas es mejor, y cogerlos por detrás los brazos, que demasiados vamos».

Cuadróle al corregidor la traza, con la cudicia de la prisión. En esto llegamos cerca, y el corregidor, advertido, mandó que debajo de unas hierbas pusiesen todos las espadas escondidas, en el campo que está enfrente casi de la misma casa: pusiéronlas y caminaron. Yo, que había avisado al otro, ellos dejarlas y él tomarlas y irse a casa fué todo uno; y al entrar todos, yo quedéme atrás el postrero; y en entrando ellos mezclados con otra gente que entraba, di cantonada, y emboquéme por una callejuela que va a dar a la Victoria, que no me alcanzara un

1 A los estudiantes les estaba prohibido llevar espadas, según dicen una y otra vez las ordenanzas universitarias, no obstante lo cual, las llevaban. Al describir las costumbres del estudiante alcalaino, dice Mateo Alemán: «La cota entre los colchones; la espada debajo de la cama; la rodela en la cocina; el broquel con el tapadero de la tinaja». (*Rivad.*, III, 340 *b*.) Pero nuestro texto exagera un poco, porque había en Alcalá quien no era estudiante, y podía traer espada.

2 *pueden traer* en plural, pensando en el complemento *espadas* y no en el sujeto *justicia*.

5 *cudicia* se usa por Quevedo otras veces: «La cudicia del bárbaro avariento». (*Bibl. Andal.*, II, 204).

14 *dar cantonada*, 'dar esquinazo.'

15 *La Victoria* fué un convento de Mínimos de Santa Ana, convertido hoy, parcialmente, en hospital militar. Data del siglo XVI. Se encuentra junto a la antigua Puerta del Postigo, llamada luego de Santa Ana por la vecindad del convento. La plazoleta frente a la en-

galgo. Ellos que entraron y no vieron nada, porque no había sino estudiantes y pícaros, que es todo uno, comenzaron à buscarme, y no me hallando, sospecharon lo que fué; y yendo a buscar sus espadas, no las hallaron. ¿Quién pudiera contar las diligencias que con el retor hizo el corregidor aquella noche? Anduvieron todos los patios, reconociendo

trada principal del convento y la calle que desemboca en ella se llaman también «de la Victoria». La mancebía quizá se hallaba extramuros, no lejos de la puerta del Postigo. Quevedo habla de ella en la jácara que empieza «Zampuzado en un banasto» (*Rivadeneira*, LXIX, 106):

«Dios perdone al padre Esquerra,
pues fué su paternidad
mi suegro más de seis años
en la *cueva* de Alcalá,
en el mesón de la ofensa,
en el palacio mortal,
en la casa de más cuartos
de toda la cristiandad.»

Las notas que puso a este pasaje Janer, editor del tomo LXIX de la Biblioteca de Rivadeneira, son de gran simplicidad, por pensar que el padre Esquerra era un fraile, y que se trataba de una cárcel. Esquerra era el «padre» o jefe de la mancebía (llamada *cueva* por los jaques), y «suegro» del que frecuentaba a sus «hijas», según desvergonzadamente escribe Quevedo. *Ofensa* tiene sentido obsceno, según veremos más adelante; los *cuartos* se refieren a los «cuatro cuartos» que pagaba el visitante (v. *Rivad.* LXIX, 108 *b*). Esta jácara fué editada en *Bibl. Andal.*, III, 276, aunque sin notas que la hagan comprensible. Haría falta una edición de estas jácaras, ininteligibles ahora, y que dan la mejor descripción de la vida infrasocial de la época.

7 *Patio*, v. pág. 62, nota 6.

las caras y mirando las armas. Llegaron a casa, y yo, por que no me conociesen, estaba echado en la cama con un tocador, y con una vela en la mano y un cristo en la otra, y un compañero clérigo ayudándome a morir; los demás, rezando las letanías. Llegó el retor y la justicia, y viendo el espectáculo, se salieron, no persuadiéndose que allí podía haber habido lugar para tal cosa. No miraron nada, antes el rector me dijo un responso; preguntó si estaba ya sin habla; dijéronle que sí. Y con tanto se fueron, desesperados de no hallar rastro, jurando el rector de remitírsele si le topase; y el corregidor, de ahorcarle, aunque fuese hijo de un grande. Levantéme de la cama, y hasta hoy no se ha acabado de solemnizar la burla en Alcalá.

1 *Z.* 1626, y todas las ediciones, *camas* en vez de *caras*. Es mejor texto el del ms. La justicia anduvo reconociendo las caras a ver si encontraba al burlador; y las armas, por si eran las suyas.

3 *tocador*; 'el ornamento de la cabeza... que usa el hombre de noche'. (Covarrubias). El *tocador* que Pablos se ha puesto para desfigurar su aspecto, era prenda de gente acomodada; y alude a esto Quevedo: «Esteren sus casas Estos recoletos, Que a la chimenea Pasan todo el tiempo. Vistan de tapices Salas y aposentos, Gasten tocadores Y grana en el pecho». (*Rivad.* LXIX, 232 *b*). En un poema burlesco, el Sol, al ponerse, «pide el tocador medio dormido A Tetis, un jergón y dos frazadas». (*Bibl. Andal.*, III, 118).

7 Así Z., 1626; el ms., *lugar para cosa*.

15 «Puede presumirse y aun creerse haber sido verdad, y ser Quevedo quien la hizo», dicen con su saña y arbitrariedad habituales los autores del *Tribunal de la justa venganza*, pág. 62, quienes tachan además de impía e irreligiosa la escena de la simulada agonía.

Por no ser largo, dejo de contar cómo hacía monte la plaza del pueblo, pues de cajones de tundidores y plateros, y mesas de fruteras—que nunca se me olvidará la afrenta de cuando fuí rey de gallos—sustentaba la chimenea de casa todo el año. Callo también las pensiones que tenía sobre las viñas y huertas en todo aquello de alrededor. Con estas y otras cosas comencé a cobrar fama de travieso y de agudo entre todos. Favorecíanme los caballeros, y apenas me dejaban servir a don Diego, a quien siempre tuve el respeto que era razón, por el mucho amor que me tenía.

Thurs

CAPITULO VII

DE LA IDA DE DON DIEGO, Y NUEVA DE LA MUERTE DE MIS PADRES, Y LA RESOLUCIÓN QUE YO TOMÉ

En este tiempo vino a don Diego una carta de su padre, en cuyo pliego venía otra de un tío mío, llamado Alonso Ramplón, muy conocido en Segovia por lo allegado que era a la justicia, pues cuantas allí se han hecho, de cuarenta años a esta parte, han pasado por sus manos. Verdugo era, si va a decir verdad, pero una águila en el oficio. Vérsele hacer, daba gana a uno de dejarse ahorcar. Este, pues, me escribió una carta a Alcalá, de Segovia, en esta forma:

CARTA

«Hijo Pablos» (que por el mucho amor que me tenía me trataba así): «Las ocupaciones grandes desta plaza en que me tiene ocupado su majestad,

7 *Z.* 1626, *cuatro*, en lugar de *cuarenta*, error evidente, porque sería extraño que la sólida fama de Ramplón, se hubiese fabricado en tan poco tiempo.

no me han dado lugar a hacer esto; que si algo tiene malo el servir al rey, es el trabajo, aunque se desquita con esta negra honrilla de ser sus criados. Pésame de daros nuevas de poco gusto. Vuestro padre murió, ocho días ha, con el mayor valor que murió hombre en el mundo; dígolo como quien le guindó. Subió en el asno sin poner pie en el estribo; veníale el sayo baquero que parecía haberse hecho para él; y como él tenía aquella presencia, nadie le veía con los cristos delante, que no le juzgase por ahorcado. Iba con gran desenfado mirando a las ventanas y haciendo cortesías a los que dejaban sus oficios por mirarle; hízose dos veces los bigotes; mandaba descansar a los confesores, alabándoles mucho lo que decían. Puso un pie en la escalera, no subió a gatas ni despacio, y viendo un escalón hendido, volvióse a la justicia, y dijo que le mandase adrezar para otro, que no todos tenían sus hígados. No sabré encarecer cuán bien pareció a

1 *han dado lugar a hacer* en *Z.* 1626; el ms., *ha dado lugar el hacer.*
10 *no* falta en el ms., y está en todos los impresos.
17 El ms.. *volvió*; *Z.*, 1626, *volvióse.*
19 Estas descripciones eran tema en la literatura de pícaros. Comp.: «Prendieron dos hombres por salteadores...; fueron condenados a ahorcar y a hacer cuartos... Y acertó a cabelle al postrero un hábito no tan bueno ni tan a gusto como él quisiera; y habiéndolo mirado, se lo quiso quitar, jurando a Dios de no llevalle si no le daban otro... Llevándolos, pues, por las calles acostumbradas, y llegando a la plaza de San Francisco, uno de ellos alzó la cara y vido a un mancebo un rosario en la mano... y a voces le dijo: «¡Señor soldado, ah caballero!, ese rosario que voarcé tiene es mío: démelo».

todos. Sentóse arriba, tiró las arrugas de la ropa atrás; tomó la soga y púsola en la nuez; y viendo que el teatino le quería predicar, vuelto a él, le dijo: «Padre, yo lo doy por predicado; vaya un poco de Credo y acabemos presto, que no querría parecer prolijo». Hízose así; encomendóme que le pusiese la caperuza de lado, y que le limpiase las barbas; yo lo hice así. Cayó sin encoger las piernas ni hacer gesto; quedó con una gravedad, que no había más que pedir. Hícele cuartos, y dile por sepultura los caminos; Dios sabe lo que a mí me pesa de verle en ellos, haciendo mesa franca a los grajos; pero yo entiendo que los pasteleros desta tierra le acomodarán en los de a cuatro, por consuelo de sus

Y el que lo tenía alargó la mano, y se lo dió. Digo esto, para que se entienda que a esta gente atrasada y perdida, cuando van a morir, les parece que van a boda; porque con este modo de hablar tan sin pesadumbre, sacan los abanicos hechos, otros se ponen los bigotes, otros se componen y enderezan mucho de cuerpo, haciendo de la gentileza». (CRISTOBAL DE CHAVES, *Relación de la cárcel de Sevilla*, en GALLARDO. *Ensayo*, I., col. 1361-62.) En otro lugar ha descrito Quevedo la muerte de un pícaro, con parecidos términos: «Ahogado con zaragüelles | Murió Lumbreras el bravo, | Con su poquito de credo, | Sin sermón y sin desmayo. | Pareció muy bien a todos.» (*Bibl. And.*, III, 266.) «Ahogado con zaragüelles» alude a que el verdugo se montaba en los hombros del reo, para hacer más peso y abreviar el suplicio: los zaragüelles o calzones del verdugo son los que «ahogan» en este caso.

14 *los de a cuatro*, 'los pasteles de a cuatro maravedís'. Estos pasteles eran de hojaldre, rellenos de carne. V. el Paso primero de *El Deleitoso* de Lope de Rueda: «Aquellos pasteles estaban mal cocidos, y el suelo áspero; debía de ser puro afrecho... Habías de comer primero el hojaldrado y después la carne, y así te supiera me-

deudos. De vuestra madre, aunque está viva ahora, casi os puedo decir lo mismo; porque está presa en la Inquisición de Toledo, porque desenterraba los muertos, sin ser murmuradora. Díjose que daba paz cada noche al cabrón, en el ojo que no tiene niña. Hallaron en su casa más piernas, brazos y cabezas que en una capilla de milagros; y lo menos que hacía era sobrevirgos y contrahacer doncellas. Dicen

jor». (Edic. «Clás. Castell.» p. 186.) Los de a cuatro maravedís eran los más baratos; comp. «Un rico avariento, que... se da muy mala vida, siendo esclavo de su dinero y no comiendo más que un pastel de a cuatro». (*Diablo Cojuelo*, tranco III). Quevedo señala complacido las porquerías que solían contener tales pasteles: «Con las manos en la masa Está Domingo Tiznado, Haciendo tumbas a moscas En los pasteles de a cuatro». (*Jácara*, Rivad., LXIX, 100 *b*.) Repetidas veces nos dice que los pasteleros empleaban carne de ajusticiado, chiste grato a lo poco afinada sensibilidad de la época: «Pero tales voces como venían tras de un malaventurado pastelero, no se oyeron jamás de hombres hechos cuartos; y pidiéndole que declarase en qué les había acomodado sus carnes, confesó que en los pasteles; y mandaron que les fuesen restituídos sus miembros de cualquier estómago en que se hallasen». (*Sueño de las calaveras*, Rivad., XXIII, 300). En el cap. XI vuelve sobre lo mismo: «y así, siempre que como pasteles, rezo una avemaría por el que Dios haya». Resulta bufo que don Luis Pacheco de Narváez, en su *Memorial* contra Quevedo, escrito en 1630, denunciándolo a la Inquisición (*Obras*, edic. Bibl. Andal., tomo I, pág. 316) no entendiera el macabro chiste, y le achacara que «a los animales irracionales, cuyas carnes comemos en los pasteles, los supone con las almas racionales, capaces de gozar de la gloria».

3 Desenterraría los muertos, por ejemplo, para quitar las muelas a los ahorcados, muy apreciadas por brujas y hechiceras; v. LOPE DE VEGA, *El Caballero de Olmedo*, Rivad., XXXIV, 373 *b*.

4 *dar paz*, 'besar'.

que representará en un auto el día de la Trinidad, con cuatrocientos de muerte; pésame que nos deshonra a todos, y a mí principalmente, que al fin soy ministro del rey, y me están muy mal estos parentescos. Hijo, aquí ha quedado no sé qué hacienda escondida de vuestros padres, que será hasta cuatrocientos ducados; vuestro tío soy, y lo que tengo ha de ser para vos. Vista ésta, os podréis venir por aquí, que con lo que vos sabéis de latín y retóricas, seréis singular en el arte de verdugo. Responded-

1 El ms., *representar un auto; Z.*, 1626, *representar en un auto*, es decir, figurar en un auto de fe juntamente con cuatrocientos (!) destinados a morir, cifra burlescamente exagerada. Para conocer la índole del espectáculo, léase el *Auto de fe celebrado en la ciudad de Logroño en los días 6 y 7 de noviembre de 1610*, que con discretísimo comento publicó Moratín (*Rivad.*, II, 617 y sigs.): «Este auto de fe es de las cosas más notables que se han visto en muchos años, porque a él concurrió gran multitud de gente de todas partes de España y de otros reinos... Salieron de la Inquisición. Lo primero, cincuenta y tres personas que fueron sacadas al auto en esta forma: Veinte y un hombres y mujeres que iban en forma y con insignias de penitentes, descubiertas las cabezas, sin cinto y con una vela de cera en las manos, y los seis de ellos con sogas a la garganta, con lo cual se significa que habían de ser azotados... Y las últimas iban seis personas con sambenito y corozas de relajados, y cada una de las dichas cincuenta y tres personas, entre dos alguaciles de la Inquisición, con tan buen orden y lucidos trajes los de los penitentes, que era cosa muy de ver». Una gran parte de la descripción va dedicada a las artes de brujería con que delinquieron muchas de las castigadas, y el relato conviene con lo atribuído por Quevedo a Aldonza de San Pedro.

9 *retóricas* está con doble sentido, aludiendo al de 'argucias, sofisterías'; comp.: 'Tratándole uno muchas retóricas'. (MAL LARA, *Filosofía vulgar*, 1568, VIII, 6.)

me luego, y entre tanto Dios os guarde como deseo».

No puedo negar que sentí mucho la nueva afrenta, pero holguéme en parte: tanto pueden los vicios en los padres, que consuelan de sus desgracias, por grandes que sean, a los hijos. Fuíme corriendo a don Diego, que estaba leyendo la carta de su padre, en que le mandaba que se fuese y no me llevase en su compañía, movido de las travesuras mías que había oído decir. Díjome cómo se determinaba de ir, y todo lo que le mandaba su padre: a él le pesaba de dejarme. Díjome que me acomodaría con otro caballero amigo suyo. Yo riyéndome, le dije: «Señor, ya yo soy otro, y otros mis pensamientos; más alto pico y más autoridad me importa tener, porque si hasta ahora tenía, como cada cual, mi piedra en el rollo, ahora tengo mi padre». Declaréle cómo había muerto tan honradamente como el más estirado; cómo le trincharon y

1 *tanto* repetido en el ms.

17 *mi piedra en el rollo*: «Es costumbre en la villa irse a sentar a la grada del rollo a conversación, y los honrados tienen ya particular asiento que ninguno se lo quita; y vale tanto como ser hombre de honra». (Covarrubias.)—Sobre el rollo, como picota y signo jurisdiccional de la villa, véase mi volumen de Tirso en esta Colección (2.ª edic., 1922, p. 43). Como el rollo servía también de picota, en la que exponían las cabezas de los ajusticiados, se comprende el juego de palabras.

18 *tengo mi padre:* para la falta de *a* ante el complemento directo, v. pág. 102, nota 10. Comp.: «madres que se comen sus hijas» *(Rivad.*, XXIII, 475 *a)*.

le hicieron moneda; cómo me había escrito mi señor tío, el verdugo, desto y de la prisioncilla de mama; que a él, como quien sabía quien yo era, me podía descubrir sin vergüenza. Lastimóse mucho; preguntóme que qué pensaba hacer; díle cuenta de mis determinaciones. Y con tanto, él al otro día fué a Segovia harto triste, y yo me quedé en la casa disimulando mi desventura. Quemé la carta, porque, perdiéndoseme, acaso no la leyese alguno, y comencé a disponer mi partida para Segovia con fin de cobrar mi hacienda y conocer mis parientes, para huir de ellos.

2 Acentúo *mama* y no *mamá*, porque esta última es pronunciación moderna (del siglo XVIII), que comenzó en las clases altas por imitación francesa. Los campesinos de Andalucía y de América conservan los tradicionales *mama* y *papa*. (V. CUERVO, *Apuntaciones sobre el lenguaje bogotauo*, 1907, p. 36.) V. este verso de un entremés del siglo XVII:

«*Niño I.º* ¡Mama, mama!
Rollona. Este es mi hijo».

Debe acentuarse así, y no con *mamá* agudo, como hace E. Cotarelo (edic., NBAAEE, I, 224); compárese con este verso de Tirso de Molina:

quién es a quien dice mama
(*Amor por señas*, II, 10.)

En el drama de costumbres argentinas *Barranca abajo* (de Florencio Sánchez), dicen *mama*, y no *mamá*.

9-10 Así *Z.*, 1626; el ms., *yo comencé*.

CAPITULO VIII

DEL CAMINO DE ALCALÁ PARA SEGOVIA, Y LO QUE ME SUCEDIÓ EN ÉL HASTA REJAS, ADONDE DORMÍ AQUELLA NOCHE

Llegó el día de apartarme de la mejor vida que hallo haber pasado. Dios sabe lo que sentí el dejar tantos amigos y apasionados, que eran sin número. Vendí lo poco que tenía, para el camino, y con ayuda de unos embustes, hice hasta seiscientos reales. Alquilé una mula; salíme de la posada, adonde ya no tenía más que sacar de mi sombra. ¿A quién contaré las angustias del zapatero por lo que dió fiado, las solicitudes de la ama por el salario, las voces del huésped de la casa por el arrendamiento? Uno decía: «Siempre me lo dió el corazón». Otro: «Bien decía yo que éste era un trapacista». Al fin, yo salí tan bienquisto del pueblo, que dejé con mi ausencia la mitad dél llorando, y la otra mitad riyéndose de los que lloraban.

7 Z. 1626: *Vendí lo poco que tenía, de secreto, para el camino.*

Yo me iba entreteniendo por el camino, considerando en estas cosas, cuando, en pasando Torote, encontré con un hombre en un macho de albarda, hablando entre sí con gran priesa, y tan embebecido, que aun estando a su lado, no me veía. Saludéle y saludóme. Preguntéle dónde iba, y después que nos pagamos las respuestas, comenzamos a tratar de si bajaba el turco y de las fuerzas del rey; comenzó a decir de qué manera se podía conquistar la Tierra Santa, y cómo se ganaría Argel; en los cuales discursos eché de ver que era loco repúblico y de gobierno. Proseguimos en la conversación pro-

2 *Torote:* arroyo que nace en la provincia de Guadalajara y desagua en el Henares, entre Alcalá y Torrejón. «Es temible en tiempo de lluvia por sus grandes avenidas, que han dado una triste nombradía al arroyo». (MADOZ, *Dicc. Geográfico.*) Obsérvese la falta del artículo ante nombres de río, como más adelante *de Tajo*, pág. 102. Es uso antiguo de la lengua: «sobre Tajo», *P. del Cid*, verso 1954; y en la época clásica, Mariana: «la ribera de Ebro»; Argensola: «el oro de Tajo». (MENÉNDEZ PIDAL, *Cantar de Mio Cid*, I, 301.) Los nombres de muchos pueblos conservan esa sintáxis; «Miranda de Ebro», «Alba de Tormes», «Alcalá de Henares», etc.

8 *si bajaba el turco.*—Comp.: «Pero el cura... vino a contar algunas nuevas que habían venido de la corte; y entre otras dijo que se tenía por cierto que el turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabía su designio, ni adónde había de descargar tan gran nublado». (*Quijote*, II, 1.) Era conversación típica de gente ociosa. El que se dijera *bajar* supone noción algo confusa de hacia donde estaban los turcos.

11-12 *loco repúblico y de gobierno.* El desconcierto de los negocios públicos dió origen a multitud de obras y folletos, en que se aconsejaba al rey de muy diversos modos; en muchos escritores hallamos sátiras contra estos arregladores del país, verdadera plaga en su época. V. p. ej.: «En Dinamarca había un señor de una isla... Castigó el

pria de pícaros; vinimos a dar, de una cosa en otra, en Flandes. Aquí comenzó a suspirar y a decir: «Más me cuestan a mí esos estados que al rey, porque ha catorce años que ando en un arbitrio que, si como es imposible, no lo fuera, estuviera todo sosegado.»

—«¿Qué cosa puede ser—le dije yo—que, conviniendo tanto, sea imposible y no se pueda hacer?»

—«¿Quién le dice a v. m. que no se puede hacer? —dijo luego;—«hacer se puede, que ser imposible es otra cosa. Y si no fuera por dar pesadumbre, le contara a v. m. lo que es; pero allá se verá, que ahora lo pienso imprimir con otros trabajillos, entre los

cielo a los vecinos y naturales de esta isla con inclinación casi universal a ser arbitristas. En este nombre hay mucha diferencia en los manuscritos: en unos se lee *arbitristes;* en otros *arbatristes*, y en los más *armachismes*... Por esta causa esta tierra era habitada de tantas plagas como personas». (QUEVEDO, *Hora de todos*, Rivad., XXIII, 391 *b*.)—«A la puerta de una [de las celdas] estaba un hombre, muy bien tratado de vestido, escribiendo sobre la rodilla y sentado sobre una banqueta, sin levantar los ojos del papel, y se había sacado uno con la pluma sin sentillo. El Cojuelo le dijo: «Aquel es un loco arbi»trista, que ha dado en decir que ha de hacer la reducción de los »cuartos, y ha escrito sobre ello más hojas de papel que tuvo el plei»to de don Alvaro de Luna». «Bien haya quien le trujo a esta »casa—dijo don Cleofás—, que son los locos más perjudiciales de la república». (*Diablo Cojuelo*, tranco III. Para más detalles v. la edición de Bonilla, pág. 123, y A. CÁNOVAS DEL CASTILLO, *Problemas contemporáneos*, I, 305.)

11 Así Z, 1626; el ms. *que es imposible otra cosa*, con la cual se suprime el chiste.

cuales le doy al rey modo de ganar a Ostende por dos caminos».

Roguéle que me los dijese, y, al punto, sacando de las faltriqueras un gran papel, mostró pintado el fuerte del enemigo y el nuestro, y dijo:

—«Bien ve v. m. que la dificultad de todo está en este pedazo de mar; pues yo le doy orden de chuparle todo con esponja, y quitarle de allí».

Di yo con este desatino una gran risada; y él entonces, mirándome a la cara, dijo:

—«A nadie se lo he dicho que no haya hecho otro tanto; que a todos les da tan gran contento».

—«Ese tengo yo por cierto—le dije—de oir cosa tan nueva y tan bien fundada; pero advierta v. m. que ya que chupe el agua que hubiere entonces, tornará luego la mar a echar más».

—«No hará la mar tal cosa, que lo tengo eso muy apurado—me respondió—, y no hay que tratar; fuera de que yo tengo pensada una invención para hundir la mar por aquella parte doce estados».

No le osé replicar de miedo, porque no me dijese que tenía arbitrio para echar el cielo acá abajo. No vi en el mundo mayor orate; decíame que Juanelo

1 *ganar a Ostende*.—El sitio de esta plaza por el Marqués de Spínola duró desde julio de 1601 a setiembre de 1604.

9 *Risada* aparece en otros textos: «No ha de haber condenado sin risada». (*Rivad.*, LXIX, 145 *a*.).

23 *Juanelo*.—Juanelo Turriano, natural de Cremona, logró elevar las aguas del Tajo a lo más alto de Toledo mediante un complicado *artificio*, que funcionó con éxito durante un tercio de siglo en

no había hecho nada; que él trazaba agora de subir toda el agua de Tajo a Toledo de otra manera más fácil; y sabido lo que era, dijo que por ensalmo. ¡Mire v. m. quién tal oyó en el mundo! Y al cabo me dijo: «Yo no lo pienso poner en ejecución, si primero no me da el rey una encomienda, que la puedo tener muy bien, que tengo una ejecutoria muy honrada». Con estas pláticas, llegamos a Torrejón, donde se quedó, que venía a ver una prima suya.

Yo pasé adelante, pereciéndome de risa de los arbitrios en que pasaba el tiempo, cuando, Dios y enhorabuena, vi una mula suelta desde lejos y un hombre junto a ella a pie, que, mirando a un libro, hacía unas rayas que medía con un compás. Daba vueltas y saltos a un lado y a otro, y de rato en rato, poniendo un dedo sobre otro, hacía con ellos mil

tiempo de Felipe II. (V. CONDE DE CEDILLO, *Toledo en el siglo XVI*, págs. 93 y 150.) Es curioso que Quevedo pensase que Juanelo era flamenco: «Vi el artificio espetera, | pues en tantos cazos pudo, | mecer el agua Juanelo, | como si fuera en columpios. | Flamenco dicen que fué». (*Rivad.*, LXIX, 209 *b.*).

2 *de Tajo.*—Comp. para la falta del artículo, pág. 99, n. 2.

10 *Mirando a un libro.*—Es frecuente en la lengua del siglo XVII que el complemento directo de cosa lleve preposición, y que en cambio carezca de ella el complemento de persona. Comp.: «No se desprecia de tomar por instrumento... a una cosa tan baja». (J. DE AVILA, *Epistolario*, «Clásicos Castellanos», pág. 11.) «Desprecian a todo lo que con Dios se autoriza». (QUEVEDO, *Providencia de Dios*, Rivad., XLVIII, 169 *b*).

15 *media;* el ms., por error *miraba.*

cosas saltando. Yo confieso que entendí por gran rato—que me paré desde lejos a verlo—que era encantador, y así no me determinaba a pasar. Al fin, llegándome más cerca, sintióme y cerró el libro; y al poner el pie en el estribo, resbalósele y cayó, y al levantarse dijo: «No tomé bien el medio de proporción para hacer la circunferencia al subir». Yo no le entendí lo que me dijo, y luego temí lo que era, porque más desatinado hombre no ha nacido de las mujeres. Preguntóme si iba a Madrid por línea recta, o si iba por camino circunflejo. Yo, aunque no lo entendía, le dije que circunflejo. Preguntóme cúya era la espada que llevaba al lado; respondíle que mía; y, mirándola, dijo: «Esos gavilanes habian de ser más largos, para reparar los tajos que se forman sobre el centro de las estocadas.» Y empezó una parola tan grande, que me obligó a preguntarle qué materia profesaba. Díjome que él era diestro verdadero, y que lo haría bueno en cualquiera parte. Yo, movido a risa, le dije: «Pues en

13 *cúya era la espada.*—Le pregunta el diestro por el nombre del espadero. V. *Rinconete*, ed. Rodríguez Marín, pág. 399.

17 *parola:* 'charla falaz, inútil o con poco sentido'.—Comp.: «Hay muchos géneros de fulleros..., gastan linda parola, son cortesísimos... con que atraen estos leones a los corderitos». (QUEVEDO, *Capitulaciones de la vida de la corte*, Rivad., XXIII, 463 *a.*) «¿Oye, señor bribón? Menos parola». (Rivad., LXIX, 284 *b.*)

19 *diestro*, 'maestro de esgrima'. Sobre los tratadistas que querían reducir la esgrima a reglas, véase la nota de Fernández Guerra, Rivad., XXIII, 499.

verdad que por lo que yo vi hacer a v. m. endenantes en el campo, que más le tenía por encantador, viendo los círculos».

—«Eso—me dijo—era que se me ofreció una tre-
5 ta por el cuarto círculo por el compás mayor, cautivando la espada, para matar sin confesión al contrario, porque no diga quién lo hizo. Y estaba poniéndolo en términos de matemática».

—«¿Es posible—dije yo—que hay matemática en
10 eso?»

—«No solamente matemática, mas teología, filosofía, música y medicina».

—«Esa postrera no lo dudo, pues se trata de matar en esa arte».

1 Así Z., 1626; el ms., por error, *en lo que*.

1-2 *endenantes* úsase aún por nuestros campesinos; en América, óyese *denantes* a personas cultas, por ejemplo, en Colombia (Cuervo, *Apuntaciones*, § 374) y en Chile (Román, *Dicc. Chilen.)*

5-6 F.-D., p. 13, *continuando la espada*, lección que adopté en mi edición de Nelson, 1917 p. 112, por pensar que el ms. lo diría así; ahora el ms. al coincidir con el impreso, obliga a mantener *cautivando;* el sentido es 'cautivando o aprisionando la espada del adversario'.

7 Todos los editores hemos puesto comillas después de *hizo*; pero es un dislate, porque la frase siguiente está dicha también por el diestro, y no por el narrador.

9 *hay*, en lugar de *haya*, de rigor actualmente. Comp.: «¡Oh santo Dios!—dijo a este tiempo dando una gran voz Sancho—. ¿Es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores?» *(Quij.* II, 23.)

14 Abundan en otros escritores ataques a los médicos, sobre todo en Tirso: «—Don Diego, hele de matar. —¿Sois vos médico?» (*Marta la piadosa*, Rivad., V, 459 *c.*) V. antes pág. 48, n. 4.

—«No os burléis—me dijo—, que ahora aprendo yo la limpiadera contra la espada, haciendo los tajos mayores que comprehenden en sí las aspirales de la espada».

—«No entiendo cosa de las que decís, chica ni 5
grande».

—«Pues este libro las dice—me respondió—, que se llama *Grandezas de la espada*, y es muy bueno y

1 *aprendo yo* es buena corrección del ms. por *aprendéis*, disparate evidente, ya que el interlocutor del diestro hasta ahora no ha aprendido nada.

2 *limpiadera*: «instrumento con que se limpian las ropas o los vestidos» (Covarrubias); el diestro está aprendiendo, como si dijéramos, a usar el «sacudidor» contra los golpes enemigos. Del mes de mayo dice Quevedo, por las peticiones de dinero que se hacen el día de la Cruz: «mes de eche mano a la bolsa, | con limpiadera y con plato» (*Rivad.*, LXIX, 159 *a*), con juego de palabra, usando *limpiadera* no por cepillo de limpiar, sino por cepo para limosnas.

3 *aspirales*, por *espirales*, que traen los impresos. Comp. los vulgarismos *asperar*, *ascuchar*, etc.

8 Todo este pasaje va contra don Luis Pacheco de Narváez, «natural de la ciudad de Baeza, y vecino en la isla de Gran Canaria y Sargento mayor de la de Lanzarote»; así reza la portada de su obra, *Libro de las Grandezas de la espada, en que se declaran muchos secretos del que compuso el comendador Gerónimo de Carranza* (Madrid, 1600), dirigida a Felipe III, y en la cual, por ciencia matemática, se pretende aleccionar y formar al *diestro*, sin «tener necesidad de maestro que le enseñe.» Quevedo se burla, principalmente, de la parte matemática. Pacheco estudia «cómo se ha de elegir el medio de proporción con espadas desiguales»; «los ángulos rectilíneos» y «el paso geométrico o compás doblado» conforme, esto último, «a cosmografía y destreza». Un precepto importante es el relativo al movimiento recto y circular (fol. 72), donde se demuestra, con la autoridad de Euclides, que «llegará con más presteza al lugar deter-

dice milagros. Y, para que lo creáis, en Rejas, que durmiremos esta noche, con dos asadores me veréis hacer maravillas; y no dudéis que cualquiera que leyere en este libro, matará a todos los que quisiere: compúsolo un gran sabio, y aún estoy por decir más».

minado... el movimiento que se hiciere por vía de sagita...» (v. luego página 110, lín. 2.) Los *asadores* (v. pág. 107 lín. 9) aluden, sin duda, a las muchas figuras de espadas que Pacheco inserta en su texto.—Una disputa en casa del Conde de Miranda hizo enemigos a Pacheco y Quevedo; discutiendo la legitimidad de una suerte de esgrima, metieron mano a las espadas, y Quevedo venció a su contrario. Pacheco, años más tarde, escribió con el P. Niseno y con Montalbán el *Tribunal de la justa venganza* (1635); Quevedo había puesto en ridículo a su adversario en este y otros pasajes de sus obras. (V. su biografía por A. Fernández Guerra, en *Obras* edic. Bibliof. Andal. pág. 73.) Comp también: «Mandáronle que se fuese por línea recta al infierno; a lo cual replicó, que le debían tener por diestro de los del libro matemático.» (QUEVEDO, *Sueño de las calaveras*, Rivad., XXIII, 300 *n.*)—En un poema burlesco, sobre las *necedades y locuras de Orlando*, escrito en 1635 y publicado póstumamente, tornó Quevedo a atacar a Pacheco, respondiendo al *Tribunal de la justa venganza* (1635): «estaba | más infame que azote de verdugo, | un maestro de esgrima, que enseñaba | nueva destreza, a huevo y a mendrugo: | don Hez, por su vileza, se llamaba, | descendiente de carda y de tarugo, | a quien por lo casado y por lo vario, | llamó el emperador, *cuco canario.* | Era embelecador de geometría, etc.» (*Bibl. Andal.*, III, 100.) No todos opinaban así; Luis Vélez dice en su *Diablo Cojuelo*, tranco VI: «...Acordándose don Cleofás de lo que dice el ingeniosísimo Quevedo en su *Buscón*, pensó perecer de risa, bien que se debe al insigne don Luis Pacheco de Narváez, haber sacado de la oscura tiniebla de la vulgaridad a luz, la verdad deste arte, y del caos de tantas opiniones, las demostraciones matemáticas desta verdad». Para Cervantes, v. nuestro libro *El pensamiento de Cervantes*, p. 60.

En estas pláticas llegamos a Rejas; apeámonos en una posada, y, al apearnos, me advirtió con grandes voces que hiciese un ángulo obtuso con las piernas, y que, reduciéndolas a líneas paralelas, me pusiese perpendicular en el suelo. El huésped que me oyó reir, y le oyó, preguntóme que si era indio aquel caballero, que hablaba de aquella suerte. Pensé con esto perder el juicio; y llegóse luego al huésped, y díjole: «Señor, déme dos asadores para dos o tres ángulos, que luego se los volveré».

—«¡Jesús!—dijo el huésped—, déme v. m. acá los ángulos, que mi mujer los asará, aunque aves son que no las he oído nombrar».

—«¡Que no son aves!—dijo volviéndose a mí.—Mire v. m. que cosa es no saber. Déme los asadores, que no los quiero sino para esgrimir; que quizá le valdrá más lo que me viere hacer hoy, que cuanto ha ganado en su vida».

En resolución, los asadores estaban ocupados, y tomamos dos cucharones. No se ha visto cosa tan digna de risa en el mundo. Daba un salto y decía: «Con este compás alcanzo más, y alcanzo los gra-

3 En otro libro de PACHECO DE NARVÁEZ, *Modo fácil y nuevo para examinarse los maestros en la destreza de las armas*, Madrid, 1625, se leen frases análogas a las del texto: «El cuerpo del hombre en el todo y sus partes está compuesto de ángulos, los unos siempre formados y otros que puede formar... Angulo obtuso es este que formo ahora, subiendo el brazo y la espada hacia arriba, etc.» Edic «Libros raros Vindel», 1898, págs. 18 y 20.

12 *Asará*; el ms. *hará*.

dos del perfil; ahora me aprovecho del movimiento remiso para matar el natural; ésta había de ser cuchillada, y ésta tajo». No llegaba a mí desde una legua, y andaba alrededor con el cucharón; y como yo me estaba quedo, parecían tretas contra olla que se sale. Díjome: «Al fin, esto es lo verdadero, y no las bellaquerías que enseñan estos picarones maestros de esgrima, que no saben sino beber».

No lo había acabado de decir, cuando de un aposento salió un mulatazo mostrando las presas, con

2 *Remiso*; ms. *y emito*.—Según el citado *Modo para examinarse los maestros*, de Pacheco de Narváez, el movimiento de la espada puede ser: «violento, natural, remiso, de reducción, extraño y accidental... Si estuviera la espada en una de las cuatro rectitudines, alta, baja, atrás o adelante, el primer movimiento ha de ser remiso... Si los cuerpos estuvieren perfilados, y correspondiendo los hombros derechos, sólo se podrá hacer movimiento mixto remiso, etc.» El lector que quiera profundizar en esta jerigonza seudomatemática, v. la edic. antes cit. en la nota de la pág. 107, en sus páginas 26 y sigs.

5 *tretas contra olla*. Los maestros de esgrima solían servirse de maniquíes para ensayar los golpes o tretas. Comp.: «Eso no harás tú por mi consejo—replicó la Gananciosa—, porque se extenderá y ensanchará, y hará tretas en ti como en cuerpo muerto». (CERVANTES, *Rinconete*, Rivad., I, 141.) Como aquí hay cucharón en vez de espada, el objeto de las tretas se dice que es una olla.

10 Fernández Guerra creyó ver aquí alusión al diestro Francisco Hernández el Mulato, ya muy conocido hacia 1601, y a quien más tarde trató mal Pacheco de Narváez en su obra *Engaño y desengaño de los errores que se han querido introducir en la destreza de las armas*, 1635. (*Rivad.*, XXIII, 500 n.) Más bien pienso que lo de mulato va dicho porque, según Quevedo, eran matones y pendencieros; comp.: «En la feria de Torrijos | me empeñé con un mulato | ... barba y bigotes de ganchos». (*Carta de la Perala a Lampuga, su bravo*. Rivad. LXIX, 100 *b*.) «Mujeres destas que son amulatadas, y riñen cuando se les ofrece» (*Rivad.*, XXIII, 466, nota 7).

10 *presas*; 'colmillos'.

un sombrero enjerto en quitasol, y un coleto de ante, debajo de una ropilla suelta y llena de cintas, zambo de piernas a lo águila imperial; la cara con un *per signum crucis de inimicis suis*; la barba, de ganchos, con unos bigotes de guardamano, y una daga con más rejas que un locutorio de monjas; y mirando al suelo, dijo: «Yo soy examinado y traigo la carta; y por el sol que calienta los panes, que haga tajadas a quien dijere mal de tanto buen hijo como profesa la destreza». Yo, que vi la ocasión, metíme en medio, y dije que no hablaba con él, y que así no tenía por qué picarse. «Meta mano a la blanca—dijo—si la trae, y apuremos cuál es la verdadera destreza, y déjese de cucharones». El pobre de mi compañero abrió el libro, y dijo a altas voces:

4 *per signum crucis*, 'chirlo, cuchillada'. Era expresión plebeya según Correas (*Vocabulario*, p. 345), y la usa Don Quijote (v. edic. R. Marín, 1916, t. V, p. 92); procede de la fórmula de persignarse: «Per signum crucis, de inimicis nostris libera nos, etc.» Quevedo remplaza «nostris» por «suis». *Per signum* (que por cierto falta en el *Dic. Acad.*) transformado en *porsino* y con el sentido de 'chichón', vive aun en el campo andaluz.

5 La barba y el bigote se comparan a la guarnición de la espada; el jaque llamaba la atención por el aguzado bigote y por la barba mefistofélica. Hay otras alusiones. Magañón el de Valencia tenía «las barbas de guardamano» (*Rivad.*, LXIX, 112 *b*); «Si quieres, aunque seas un pollo, ser respetado por valiente, trae barba de ganchos y bigote de guardamanos». (*Libro de todas las cosas*, Rivad., XXIII, 482 *a*.)

8 *los panes*, 'los trigos', según se dice aún por Castilla la Vieja.

11 El sujeto de *hablaba* es el diestro.

12 *blanca*, la espada blanca, por oposición a las negras mencionadas arriba, usadas en los asaltos.

«Este libro lo dice, y está impreso con licencia del rey, y yo sustentaré que es verdad lo que dice, con el cucharón y sin el cucharón, aquí y en otra parte; y si no, midámoslo». Y sacó el compás. Y empezó a decir: «Este ángulo es obtuso». Entonces el maestro sacó la daga y dijo: «Yo no sé quien es Angulo ni Obtuso, ni en mi vida oí decir tales hombres; pero con ésta en la mano le haré yo pedazos». Acometió al pobre diablo, y empezóle a herir; y daba saltos por la casa diciendo: «No me puede dar, que le he ganado los grados del perfil». Metímoslos en paz el huesped y yo y otra gente que había, aunque de risa no me podía mover.

Metieron al buen hombre en su aposento, y a mi con él. Cenamos, y acostámonos todos los de la casa; y a las dos de la mañana levantóse en camisa, y empezó a andar a escuras por el aposento, dando saltos y diciendo en lengua matemática mil disparates. Despertóme a mí; y, no contento con esto, bajó al huésped diciendo que le diese luz, porque había hallado objeto fijo a la estocada sagita por la

1 El ms. *hice* en lugar de *dice*

3 *Aqui* falta en el ms.

11 Comp.: «Mas Ferragut, que en sueños vió a Carranza, | la espada le libró con ligereza, | y los perfiles de un compás le avanza, | dándole una estocada por los pechos». (QUEVEDO, *Necedades de Orlando*, Bibl. Andal., III, 125.)

21 *sagita*, 'Porción de recta comprendida entre el punto medio del arco de círculo y el de su cuerda'. Esta palabra se usa burlescamente en otros casos: «Zamborondón, que de líneas | ninguna palabra

cuerda. El huésped se daba a los diablos de que lo despertase; y tanto le molestó, que le llamó loco, y con esto se subió a mi [aposento], y me dijo que si me quería levantar, vería la treta tan famosa que había hallado contra el turco y sus alfanjes; y decía que luego se la quería ir a enseñar al rey, por ser en favor de la fe católica. En esto amaneció; vestímonos todos; pagamos la posada. Hicimóslos amigos a él y al maestro, el cual se apartó diciendo que el libro que llevaba mi compañero era bueno; pero que hacía más locos que diestros, porque los más no lo entendían.

entiende, | y esgrime a lo colchonero, | le rasgó en la geta un palmo, | le cortó en la cholla un jeme. | El otro, con la sagita, | le dió en el brazo un piquete.» (*Rivad.*, LXIX, 109 *b*.) V. la nota a la pág. 106.

1 *Cuerda*; el ms. *venda*.

3 *aposento* falta en el ms.

5 Hay un capítulo en el libro de Pacheco que enseña «cómo se defenderá el que trajere espada, de un turco y su alfanje. Es punto muy importante y curioso» (fol. 233 del *Libro de las Grandezas de la espada*).

11 *Hacia*; el ms. *había*.

CAPITULO IX

DE LO QUE ME SUCEDIÓ HASTA LLEGAR A MADRID CON UN POETA

Yo tomé mi camino para Madrid, y él se despidió de mí por ir diferente jornada. Y ya que estaba apartado, volvió con gran priesa; y llamándome a voces, estando en el campo, donde no nos oía nadie, me dijo al oído: «Suplico a v. m. no diga nada de todos los altísimos secretos que le he comunicado en materia de destreza, y guárdelo para sí, pues tiene buen entendimiento». Yo le prometí hacerlo; tornóse a apartar de mí, y yo empecéme a reir del secreto tan gracioso.

Con esto caminé más de una legua que no topé persona. Iba yo pensando en las muchas dificultades que tenía para profesar honra y virtud, pues había menester tapar primero la poca de mis padres; y luego tener tanta, que me desconociesen por ella; y parecíanme a mí tan bien estos pensamientos honra-

5 *priesa* Z., 1626 el ms. *risa*.
7 *me dijo* falta en el ms.
8 *nada*, en Z., 1626, falta en el ms.
18 La falta de *tan bien* en todas las edics. dejaba trunca la frase

dos, que yo me los agradecía a mí mismo. Decía a solas; «Más se me ha de agradecer a mí, que no he tenido de quien aprender virtud, ni a quien parecer en ella, que al que la heredó de sus abuelos».

En estas razones y discursos iba, cuando topé un clérigo muy viejo en una mula, que iba camino de Madrid. Trabamos plática, y luego me preguntó que de dónde venía. Yo le dije que de Alcalá. «Maldiga Dios—dijo él—tan mala gente como hay en ese pueblo, pues falta entre todos un hombre de discurso». Preguntéle cómo o por qué se podía decir tal del lugar donde asistían tantos y tan doctos varones; y él muy enojado, me dijo: «¿Doctos? Yo le diré a v. m. que tan doctos, que habiendo mas de catorce años que hago yo en Majalahonda—donde he sido sacristán—, las chanzonetas al Corpus y al Nacimien-

15 *Majalahonda*, hoy Majadahonda, provincia de Madrid, era citada como prototipo de ignorancia. Comp.: «El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro, está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda». (*Quijote*, II, 19).

16 Se ha pensado si Quevedo se refirió aquí al maestro José de Valdivielso, capellán de la capilla mozárabe de Toledo, que en 1612 publicó la *Primera parte del romancero espiritual*. La obra es propia de un espíritu candoroso; hay en ella una «seguidilla a una conversión»,una «ensaladilla al Santísimo Sacramento», etc. Aunque nuestro autor pudo conocer algunas de las obras de Valdivielso antes de aquella fecha, no creo probable que atacara tan burdamente al suave poeta toledano, a cuya buena amistad alude en la *Perinola* (*Rivadeneyra*., XLVIII, 469 *a*). No obstante, en el *Auto famoso sacramental entre día y noche*, publicado en 1664, mucho después de la muerte de Valdivielso (1638), en la colección *Navidad y Corpus Christi festejados por los mejores ingenios de España*, encuentro algunos pasajes en los que, tal vez por mera coincidencia, hay cierta analogía con los

to, no me premiaron en el cartel unos cantarcitos; y por que vea v. m. la sinrazón, se los he de leer, que yo sé que se holgará». Y, diciendo y haciendo, desenvainó una retahila de coplas pestilenciales; y por la primera, que era ésta, se conocerán las demás:

Pastores, ¿no es lindo chiste,
que es hoy el señor san Corpus Christe?
Hoy es el día de las danzas
donde el Cordero sin mancilla
tanto se humilla,
que visita nuestras panzas,
y entre estas bienaventuranzas
entra en el humano buche.
Suene el lindo sacabuche,
pues nuestro bien consiste.
Pastores, ¿no es lindo chiste, etc.

versos de Quevedo: «En día que el Dios de amor, | con el divino disfraz, | en cuerpo a enamorar almas, | por esas calles se va; | ...en día que su poder, | en la breve cantidad, | epiloga de un bocado, | carne, sangre, alma, y deidad, | ...llegad hombres, | ...llegad deshechos de amor, | adonde os comais a Dios, | que os hartará sin hartar». (Fol. 309.) E. Mérimée, *Essai...*, pág. 151, cree más bien que las alusiones se refieren a Juan López de Ubeda, *Vergel de flores divinas*, Alcalá, 1586, y a Francisco de Avila, *Villancicos y coplas curiosas al nacimiento del Hijo de Dios*, Alcalá, 1606.

1 *Cartel*: «el escrito que se pone en tiempo de fiestas por los que han de ser mantenedores de justas y torneos o juegos de sortijas, al pie del cual firman los aventureros». (Covarrubias, s. v. *Carta*); aunque aquí *cartel* significa, más precisamente, 'el escrito en que se anuncia el resultado de la fiesta poética'.

13 *entra*; el ms. *entre*.

14 *suene*; el ms. *si con*.

14 *sacabuche*: «instrumento de metal que se alarga y recoge en sí mesmo; táñese con los demás instrumentos de chirimías, cornetas y flautas. Díjose así porque, cualquiera que no estuviese advertido, le parecería cuando se alarga sacarle del buche.» (Covarrubias).

—«¿Qué pudiera decir más—me dijo—el mismo inventor de los chistes? Mire qué misterios encierra aquella palabra *pastores;* más me costó de un mes de estudio».

Yo no pude tener con esto la risa, que a borbotones se me salía por los ojos y narices; y dando una gran carcajada, dije: «¡Cosa admirable!; pero sólo reparo en que llama v. m. señor san Corpus Christe, y Corpus Christi no es santo, sino el día de la institución del Sacramento».

—«¡Oh, qué lindo es eso!—me respondió haciendo burla—. Yo le daré en el calendario, que está canonizado». Y apostaba a ello la cabeza.

No pude porfiar, perdido de risa de ver la suma ignorancia; antes le dije cierto que eran dignas de cualquier premio, y que no había visto cosa tan graciosa en mi vida. Dijo al mismo punto: «Pues oiga v. m. un pedacillo de un librito que tengo hecho a las once mil vírgines, y a cada una tengo hechas cincuenta octavas, cosa rica».

Yo, por escusarme de oir tanto millón de octavas, le supliqué que no me dijese cosa a lo divino; y así me empezó a recitar una comedia que tenía más jornadas que el camino de Jerusalén. Decíame: «Hícela en dos días, y este es el borrador», y sería hasta cinco manos de papel. El título era *El arca de*

26 *Arca de Noé*—Cita Fernández Guerra (Rivad., XXIII, 501) una comedia de este nombre posterior al *Buscón*. No he hallado ninguna de este título que sea anterior; se tratará de un mero chiste.

Noé. Hacíase toda entre gallos, ratones, jumentos, raposas, lobos y jabalíes, como fábulas de Isopo. Yo le alabé la traza y la invención, a lo cual me respondió: «Ello cosa mía es, pero no se ha hecho otra tal en el mundo; y la novedad es más que todo; y si no, salgan a representarla; será cosa muy famosa».

—«¿Como se podrá representar—le dije yo—, si han de entrar los mismos animales, y ellos no hablan?»

—«Esa es la dificultad, que, a no haber ésa ¿había cosa más alta? Pero yo tengo pensado de hacerla toda de papagayos y tordos, que hablan, y meter para el entremés monas».

—«Por cierto, alta cosa es esa,»—le dije.

—«Otras más altas he hecho yo—dijo—por una mujer a quien amo, y vea aquí v. m. novecientos y un sonetos y doce redondillas (que parecía que contaba escudos por maravedís) hechos a las piernas de mi dama».

Yo le dije que si se las había él visto, y díjome que no había hecho tal por las órdenes que tenía; pero que iban en profecía los sonetos. Yo confieso la verdad, que aunque me holgaba de oirle, tuve miedo a tantos versos malos, y así, comencé a echar la plática a otras cosas. Decíale que veía liebres, y él saltaba: «pues comenzaré por uno en que la comparo a ese animal». Empezaba, y yo por divertirle, decía:

27 *divertir*, 'desviar, apartar'.

«¿No vé v. m. aquellas estrellas que se ven de día?» Él me dijo: «En acabando éste, le diré el soneto treinta y tres, en que la llamo estrella, que no parece sino que sabe los intentos de ellos». Afligíme tanto de ver que no podía nombrar cosa en que él no hubiese hecho algún disparate, que cuando vi que llegábamos a Madrid, no cabía de contento, entendiendo que de vergüenza callaría; pero fué al revés, que por mostrar que era poeta, alzó la voz en entrando por la calle. Yo le supliqué que lo dejase, poniéndole por delante que si los muchachos le olían poeta, no quedaría troncho que no se viniese por sus pies tras nosotros, por estar declarados por locos en una premática que había salido contra ellos, de uno que lo fué y se recogió a buen vivir. Pidióme que se la leyese si la tenía, muy congojado. Prometí de hacerlo en la posada. Fuimos a una, donde él se acostumbrada a apear, y hallamos a la puerta más de doce ciegos; unos le conocieron por el olor, y otros por la voz; diéronle una barahunda de bienvenido. Abrazólos a todos, y luego comenzaron a pedir unos la oración para el Justo Juez en

5 *que no* en Z., 1626; el ms. *y no*.

20 *barahunda*. Todas las ediciones traen *barbanca*, que el *Diccionario de Autoridades* define como 'vocería, rociada o habla de muchos'. Como no se citan, ni conozco, otras autoridades de esta palabra, y el *Dic. Acad.* no la incluye, es seguro que se trata de una voz inexistente, fruto de una errata, y que la definición se hizo en vista de este alterado pasaje del *Buscón*.

22 Esto supone que la oración del Justo Juez (v. pág. 78), después de una fórmula inicial común, podia tener redacciones diversas.

verso grave y sonoro, tal que provocase a gestos; otros pidieron de las Animas, y por aquí discurrió, rescibiendo ocho reales de señal de cada uno. Despidiólos; díjome: «Más me han de valer de trecientos reales los ciegos; y así, con licencia de v. m., me recogeré agora un poco para hacer alguna de ellas, y en acabando de comer, oiremos la premática». ¡Oh vida miserable! Que ninguna lo es más que la de los locos que ganan de comer con los que lo son.

7 Esta Premática, cuyo texto comienza en la siguiente página, fué escrita como obra aparte, e incluída luego en el *Buscón*. (V. *Rivad*, XXIII, 437). *Z.* 1626 suprimió algunos trozos. Cervantes alude probablemente a ella al llamar a Quevedo «flagelo de poetas memos» en el *Viaje del Parnaso*, Rivad., I, 684 *a*; y en los *Privilegios, ordenanzas y advertencias, que Apolo envía a los poetas españoles*, al final de aquella obra, hay algunas reminiscencias de esta Premática, compuesta necesariamente antes del *Viaje del Parnaso* y de sus adiciones, que salieron en 1614. Cervantes tenía que mirar con especial simpatía al crítica de Quevedo (v. *El Pensamiento de Cervantes*, 1925, página 47-48). En *La Gitanilla* (Rivad., I, 101) vuelve a aludirse a los «poetas para ciegos, que les fingen milagros, y van a la parte de la ganancia». Quevedo, a su vez, elogió las novelitas de Cervantes en forma notable para su tiempo; censura las de Montalbán, porque las hizo «tan largas como pesadas, con poco temor y reverencia de las que imprimió el ingeniosísimo Miguele de C«rvantes *(Rivad.*, XLVIII, 472 *a*).

CAPITULO X

DÉ LO QUE HICE EN MADRID Y DE LO QUE ME SUCEDIÓ EN CERECEDILLA, DONDE DORMÍ AQUELLA NOCHE.

Recogióse un rato a estudiar herejías y necedades para los ciegos. Entre tanto se hizo hora de comer; comimos, y luego pidióme le leyese la premática. Yo, por no haber otra cosa que hacer, la saqué y se la leí; la cual pongo aquí, por haberme parecido conveniente a lo que se quiso reprehender en ella, que decía así:

Premática del desengaño contra los poetas güeros, chirles y hebenes.

Dióle al sacristán la mayor risa del mundo, y dijo:

4 Así Z., 1626; el ms. *en estudiar*.

11 *chirle* es propiamente el estiércol del ganado lanar; de ahí han derivado sentidos peyorativos, como el de *aguachirle*.

11 *hebén*, 'especie de uva blanca, que hace el racimo largo y ralo, y los granos gordos y vellosos... Metafóricamente se toma por cosa de poca substancia y utilidad'. *(Dicc. Aut.)*

«¡Hablara yo para mañana! Por Dios que entendí que hablaba conmigo, y es sólo contra los poetas hebenes». Cayóme a mí muy en gracia oirle decir esto, como si él fuera muy albillo o moscatel. Dejé el prólogo, y comencé por el primer capítulo, que decía:

«Atendiendo a que este género de sabandijas que llaman poetas son nuestros prójimos y cristianos, aunque malos; viendo que todo el año adoran cejas y dientes, listones, cabellos y zapatillas, haciendo otros pecados más inormes;—mandamos que la Semana Santa recojan a los poetas públicos y cantoneros, como a malas mujeres, y que los prediquen

1 *¡Hablara yo para mañana!*, expresión irónica que equivale a «¡haberlo dicho antes!» Comp.: «¡Hablara yo para mañana!—dijo don Quijote—; y ¿hasta cuándo aguardábades a decirme vuestro afán?» (*Quijote*, I, 19). Covarrubias (*Tesoro*, 1611) explica pintorescamente el origen de esta expresión: «Aplican este dicho a un gobernador, que habiendo mandado ahorcar a uno, cuando ya tenía la soga a la garganta, le llamó al oído en secreto, y le aseguró cantidad de coronas que tenía que darle. Entonces el señor gobernador dijo en alta voz: «¡Hablara yo para mañana!; si sois de corona, no quiero yo quedar descomulgado». Y volviéronle a la cárcel». (V. también Quevedo, *El alguacil alguacilado*, Rivad., XXIII, 306 *b*.)

7 Comp.: «Se da aviso que si algún poeta fuese favorecido de algún príncipe, ni le visite a menudo ni le pida nada, sino déjese llevar de la corriente de su ventura, que el que tiene providencia de sustentar las *sabandijas* de la tierra y los gusarapos del agua, la tendrá de alimentar a un poeta, por sabandija que sea». (Cervantes. *Privilegios* citados antes, pág. 118, nota 7).

10 *listón*. 'cinta de seda'.

sacando Cristos para convertirlos. Y para esto señalamos casa de arrepentidos.

»Item, advirtiendo los grandes bochornos que hay en las caniculares y nunca anochecidas coplas de los poetas de sol—como pasas a fuerza de los soles y estrellas que gastan en hacerlas—, les ponemos perpetuo silencio en las cosas del cielo, señalando meses vedados a las musas, como a la caza y pesca, por que no se agoten con la priesa que las dan.

»Item, habiendo considerado que esta seta infernal de hombres condenados a perpetuo concepto, despedazadores de vocablos y volteadores de razones, han pegado el dicho achaque de poesía a las

4 El ms., *los caniculares*, por recuerdo de este sustantivo; comp.: «Y ya que su venida dispusieron | tantos caniculares y buchornos» (Quevedo, *Necedades de Orlando*, Bibl. Andal. III, 104).

5 En muchos lugares se repiten por Quevedo estas sátiras de la vulgaridad poética. Comp.: «Soles me han muerto, y también | sereno de dos estrellas; | mucha nieve en cuerpo y manos; | mucho incendio de oro en trenzas». (*Alegórica enfermedad y medicina de un amante*, Bibl. Andal., III, 206). Lo cual no impide que el autor, en momentos de erotismo, recurra a esas semejanzas: «Pues besara en tus ojos | soberbios con despojos, | y en tus mejillas (no hay igual), tan bellas, | sin prado rosas, y sin cielo estrellas» (*Bibl. Andal.*, II, 186). «Pues eres sol, aprende a ser ausente. | Concédele a mi noche y a mi ruego | el fuego de tu sol...» (ib. 192).

6 Comp.: «Y de las estrellas, signos y planetas pueda servirse del modo, que, cuando menos lo piense, la tenga [a su dama] hecha una esfera celeste.» (Cervantes, lug. cit., pág. 118, nota 7).

11 *perpetuo concepto*. Crítica del lenguaje oscuro y afectado de los poetas cultos, la cual dió origen a *La culta latiniparla* (Rivad., XLVIII, 418), *Aguja de navegar cultos* (Rivad., XXIII, 482), y a multitud de alusiones humorísticas dispersas en sus obras.

mujeres, declaramos que nos tenemos por desquitados con este mal que les han hecho, del que nos hicieron en Adam. Y por cuanto el siglo está pobre y necesitado de oro y plata, mandamos quemar las coplas de los poetas, como franjas viejas, para sacar oro y plata, pues en los más versos hacen sus damas de todos metales como estatuas de Nabuco». Aquí no lo pudo sufrir el sacristán, y levantándose en pie, dijo: «¡Mas no, sino quitarnos las haciendas! No pase v. m. adelante, que sobre eso pienso ir al Papa, y gastar lo que tengo. Bueno es que yo, que soy eclesiástico, había de padecer ese agravio. Yo probaré que las coplas del poeta clérigo no están sujetas a tal premática, y luego lo quiero ir a averiguar ante la justicia». En parte me dió gana de reir; pero por no detenerme—que se hacía tarde—, le dije: «Señor, esta premática es hecha por gracia, que no tiene fuerza ni apremia, por estar falta de autoridad». «¡Pecador de mí!—dijo muy alborotado.—Avisára-

5 Comp.: «y como a franjas traídas, | ha ordenado que os abrasen, | para sacaros el oro» (*Bibl. Andal.* II, 317). Pero Quevedo, ha visto también oro y perlas en la belleza; léanse, p. e., los sonetos: «Tú, que la paz del mar; ¡oh navegante!» (*Rivad.*, LXIX, 73,) y «En crespa tempestad del oro undoso» (*ib.*, 74).

7 *Nabuco*, 'Nabucodonosor'. Son frecuentes las alusiones a la estatua de este rey de Babilonia, según el relato bíblico. Entre las *Cosas más corrientes de Madrid* cita Quevedo: «*Favores* con los remos de la estatua de Nabuco» (*Rivad.*, XXIII, 475 *a*); los pies de la estatua eran de barro.

11 La mención del Papa fué suprimida en *Z.* 1626.

me v. m., y hubiérame ahorrado la mayor pesadumbre del mundo. ¿Sabe v. m. qué es hallarse un hombre con ochocientas mil coplas, y oir eso? Prosiga v. m., y Dios le perdone el susto que me dió». Y proseguí, diciendo:

«Item, advertimos que la mitad de lo que dicen lo deben a la pila del agua bendita, por mentiroso; y que sólo dicen verdad, cuando dicen mal unos de otros.

»Item, habiendo advertido que han remitido todos el juicio al valle de Josafá, mandamos que anden señalados en la república, y que a los furiosos los aten, concediéndoles los privilegios de los locos, para que en cualquier travesura, llamándose a poetas, como prueben que lo son, no sólo no los castiguen por lo que hicieren, sino les agradezcan el no haber hecho más».

«Item, advirtiendo que después que dejaron de ser moros—aunque todavía conservan reliquias de ello—se han metido a pastores, por lo cual andan los ganados flacos, de beber sus lágrimas, y cha-

5 Desde la línea 6 a la 17 falta en Z. 1626, pero está en el texto aparte de la *Premática*, Rivad. XXIII, 437.

14 *llamándose a poetas;* v. pág. 75, n. 1.

20 *moros y pastores.*—Conocida es la difusión en esta época de los asuntos moriscos y pastoriles, en el *Romancero* particularmente. Pero Quevedo «se metió a pastor» alguna vez; por ejemplo en la *Canción amorosa a los rigores de Aminta:* «Flacas van mis manadas, | que sienten el dolor que tú no sientes» (*Bibl. Andal.*, II, 193).

muscados del fuego de sus amores, y tan embebecidos en su música, que no pacen, mandamos que dejen el tal oficio, señalando ermitas a los amigos de soledad, y a los demás—por ser oficio alegre y de pullas—, se acomoden en mozos de mulas».

—«Algún puto, bujarrón, cornudo y judío, (dijo en altas voces), ordenó tal cosa, y si supiera quién era, yo le hiciera una sátira con tales coplas que le pesara a él y a todos. ¡Miren qué bien le estuviera a un hombre lampiño como yo una ermita, o a un hombre vinojeroso y sacristando ser mozo de mulas! Ea, señor, que son grandes pesadumbres esas».

—«Ya le he dicho a v. m.—repliqué—que son burlas, y que las tome como tales». Proseguí diciendo:

—«Item, por evitar los grandes hurtos, mandamos

10 El ermitaño había de tener gran barba: «Mojarrilla acomodó | su barbaza de ermitaño» (QUEVEDO, *Bibl. Andal.*, III, 266). Hay siempre asomo de ironía en las alusiones a los ermitaños: «Los reos presos o desterrados suelen dejar criar el cabello y barba por indicio de tristeza, y nuestros ermitaños: que si bien habrá alguno bueno entre ellos, temo no sean los más de aquellos filósofos fingidos que murmura Juvenal» (B. JIMÉNEZ PATÓN, *Discurso de los tufos*, 1639, f.º 6 *r*). V. la poesía de QUEVEDO, *Los santeros*, en que describe las dudosas costumbres de aquellas gentes (Bibl. Andal., III, 245); para época anterior, v. *El pensamiento de Cervantes*, p. 289.

11 Z., 1626, *vinajeroso* y *sacristán;* conservo el texto del ms., por si se tratara de una deformación intencional y cómica de estas palabras.

15 Comp.: «Se advierte que no ha de ser tenido por ladrón el poeta que hurtare algún verso ajeno y lo encajase entre los suyos, como no sea todo el concepto y toda la copla entera, que en tal caso tan ladrón es como Caco». (CERVANTES, lug. cit. en la pág. 118, nota.)

que no se pasen coplas de Italia a España, ni de Aragón a Castilla, pena de andar bien vestido el poeta; y si reincidiere, de andar limpio una hora». Esto le cayó muy en gracia, porque traía una sotana con canas, de puro vieja; y con tantas cazcarrias, que para enterrarle no era menester más que estregárselas encima; pues el manteo, bien se podían estercolar con él dos heredades.

Y así, medio riyéndome, le dije que los mandaban «tener entre los desesperados que se ahorcan y despeñan (y que como a tales mandaban que no enterrasen en sagrado), a las mujeres que se enamoran de poeta a secas.

«Item, advirtiendo la gran cosecha de redondillas, canciones y sonetos que había habido en estos años fértiles de coplas, se manda que los legajos, que por sus deméritos escapasen de las especierías, fuesen a las necesarias sin apelación». Y por acabar, llegué al postrer capítulo, que dice así:

«Pero advirtiendo con ojos de piedad, que hay tres géneros de gente en la república tan sumamente miserables que no pueden vivir sin los poetas, como son ciegos, farsantes y sacristanes, mandamos que pueda haber algunos oficiales públicos deste arte, con tal que tengan carta de examen del cacique de los poetas que fuere en aquella parte; limitando a los poetas de comedias que no acaben los

9 *los mandaban* debía ser *las mandaban*, puesto que se refiere a *las mujeres*, pero ha influído el género masculino de *desesperados*.

entremeses con palos ni con diablos, ni las comedias en casamiento, ni hagan las trazas con papeles y bandos; y a los de ciegos que no sucedan los casos en Tetuán, y que para decir *la presente obra* no digan *zozobra*, desterrándoles estos vocablos: *cristiano amado*, *humanal* y *pundonores;* y a los de sacristanes, que no hagan los villancicos con *Gil* ni *Pascual*, ni jueguen del vocablo ni hagan los pensamientos de tornillo que mudándoles el nombre, se vuelven a cada fiesta.

»Y finalmente, mandamos a todos los poetas en común que se descarten de Jupiter, Venus, Apolo y otros dioses, so pena de que los tendrán por abogados a la hora de su muerte».

A todos cuantos oyeron la premática les pareció muy bien; y me pidieron traslado de ella; sólo el sacristán empezó a jurar por vida de las vísperas solemnes, *introibo* y *kiries*, que era sátira contra él, por lo que decía de los ciegos, y que él sabía lo que había de hacer mejor que nadie. Y últimamente

3 El ms., *los ciegos; los de ciegos* en el texto independiente de la *Premática* (Rivad., XXIII, 438 *b*).

5 El ms.; *desterrándolas.*

6 El ms., *los sacristanes; los de sacristanes*, en Z., 1626.

7 En su sátira del pelícano dice Quevedo: «Concepto de los poetas, Vinculado a villancicos, Que entre Giles y Pascuales Te están deshaciendo a gritos» *(Rivad.*, LXIX, 170). En uno de los *Sueños* un poeta picaresco dice en defensa de su arte: «¿Es mejor que *Gil* y *Pascual* anden siempre en los villancicos, el uno con *mil* y el otro con *portal*, tirando las navidades, envueltos en consonantes sin pelo?» *(Rivad.* XXIII, 372).

dijo: «Hombre soy yo que he estado en una posada con Liñán, y he comido más de dos veces con Espinel»; y que había estado en Madrid tan cerca de Lope de Vega como lo estaba de mí, y que había visitado a don Alonso de Ercilla mil veces, y que tenía en su casa un retrato del *divino* Figueroa, y que había comprado los gregüescos que dejó Padilla cuando se metió fraile, y que todavía los traía, aunque malos. Enseñólos, y dióles esto a todos tanta risa, que no querían salir de la posada.

Al fin, ya eran las dos, y como era forzoso el camino, salimos de Madrid. Yo me despedí de él, aunque me pesaba, y comencé a caminar para el puerto. Quiso Dios que, porque no fuese pensando en

2 *Liñán*: Pedro Liñán de Riaza, († 1607) gozó de bastante celebridad; fué incluído por Pedro de Espinosa en sus *Flores de poetas ilustres* (1605). V. *Rimas*, de P. L. de Riaza, Zaragoza, 1876; RODRÍGUEZ MARÍN, *Pedro de Espinosa*, págs. 171 a 173.

3 El ms. repite por error: *y últimamente me dijo que había estado en Madrid.*

6 *Figueroa*: Francisco de Figueroa (1536-1617?) sobrenombrado el *divino*, calificativo que se aplicaba entonces con un criterio que hoy sorprende: fueron *divinos* Figueroa, Herrera, el pintor Morales; y no lo fueron Lope, Cervantes o Velázquez. Parece que Figueroa destruyó muchas de sus poesías. No es figura de excepcional relieve.

7 *Padilla*: Pedro de Padilla, famoso como repentizador de versos, coleccionó el *Jardín Espiritual* (1585), y tomó el hábito de carmelita en Madrid, el 6 de Agosto de 1585; poco más se sabe de él sino que nació en Linares y siguió estudios en Granada (V. RODRÍGUEZ MARÍN, *Barahona*, pág. 36).

13 Se trata del puerto de la Fuenfría, en el Guadarrama, por donde iba la calzada romana.

mal, me topase con un soldado; luego trabamos plática; preguntóme si venía de la Corte; dije que de paso había estado en ella.

«—No está para más—me dijo luego—, y más quiero, ¡voto a Cristo! estar en un sitio la nieve hasta la cinta, hecho un reloj, comiendo madera, que sufriendo las supercherías que en la Corte se hacen a un hombre de bien».

Díjele que en la Corte había de todo, y que estimaban mucho a cualquiera hombre de bien y de suerte.

—¡Qué estiman—me dijo muy enojado—, si he estado yo ahí seis meses pretendiendo una bandera, tras veinte años de servicios y haber perdido mi

6 *hecho un reloj*, es decir armado y amenazador como las figuras que en los relojes de torre daban la hora: «Armado como un reloj, | un repostero dió un salto» (*Bibl. Andal.*, III, 315). «Saldrá con el [morrión] y con la capa de brocado por esas calles, hecho un reloj». (*Quijote* de Avellaneda, *Riv.*, XVIII, 10.) «Este coronista don Francés fué armado..; y pelearon tan duramente, que el coronista daba al diablo la guerra...; parecía hombrecico de reloj de Valdeiglesias». (*Crón. de D. Franc. de Zúñiga*, Riv., XXXVI, 14). «Como hombres de reloj, que amagan a quebrar la campana». (*Pícara Justina*, ed. Puyol, II, 278.)

6 *comiendo madera*, exageración comparable a «comer piedras» o a otras expresiones por el estilo.

7 *supercheria* 'engaño' y también 'atropello, abuso de fuerza o de superioridad numérica': «Subí, y apenas estuve en el coche, cuando se alborotaron los caballos por una superchería que usó un hombre de a caballo con un hidalgo de a pie...» ESPINEL, *Marcos de Obregón*, Rivad., XVIII, 396 *b*.)—«¡Ah, traidores, que sois muchos y yo solo!; pero con todo eso, no ha de valeros vuestra

sangre en servicio del rey, como lo dicen estas heridas!»

Y enseñóme en una ingle una cuchillada de a palmo, que así era de incordio como el sol es claro. Luego, en los carcañales, me enseñó otras dos señales, y dijo que eran balas; y yo saqué, por otras dos mías que tengo, que habían sido sabañones. Quitóse el sombrero, enseñóme el rostro: calzaba diez y seis puntos de cara, que tantos tenía en una cuchillada que le partía las narices. Tenía otros tres chirlos, que se la volvían mapa a puras líneas.

—«Estas me dieron—dijo—defendiendo a París en servicio de Dios y del rey, por quien veo trinchado mi gesto; y no he recibido sino buenas palabras, que agora tienen en lugar de malas obras. Lea estos papeles—me dijo—, por vida del licenciado, que no ha salido a campaña, ¡voto a Cristo! hombre, ¡vive Dios! tan señalado».

Y decía verdad, porque lo estaba a puros golpes. Comenzó a sacar cañones de hoja de lata, y a enseñarme papeles, que debían de ser de otro a quien había tomado el nombre. Yo los leí, y dije mil co-

superchería.» (CERVANTES, *La Señora Cornelia*. Procede del italiano *soperchieria*. V. otros ejemplos en M. PIDAL, *Teatro antiguo español*, I, pág. 163).

9 *diez y seis puntos de cara:* comp. «con la obra que se le encomendó de la cuchillada de a catorce». (*Rinconete y Cortadillo*).

12 Iría el alférez con las tropas de Alejandro Farnesio, que obligaron al hugonote Enrique IV a levantar el sitio de París en 1590.

sas en su alabanza, y que el Cid ni Bernardo no habían hecho lo que él. Saltó en esto y dijo:

«—¿Cómo lo que yo, voto a Dios?; ni lo que García de Paredes, Julián Romero y otros hombres de bien. ¡Pese al diablo! Sé que entonces no había artillería. Voto a Dios, que no hubiera Bernardo para una hora en este tiempo. Pregunte v. m. en Flandes por las hazañas del Mellado, y verá lo que le dicen».

«—¿Es v. m. acaso»?—dije yo.

Y él respondió: «¿Pues qué otro? ¿No me ve la mella que tengo en los dientes? No tratemos desto, que parece mal alabarse el hombre».

Yendo en estas conversaciones, topamos, en un borrico, un ermitaño con una barba tan larga, que hacía lodos con ella, macilento y vestido de paño pardo. Saludónos con el *Deo gratias* acostumbrado, y comenzó a alabar los trigos, y en ellos la misericordia del Señor. Saltó el soldado diciendo: «¡Ah,

3 *Diego García de Paredes* (1466-1530), natural de Trujillo, tomó parte en las guerras que sostuvieron en Italia el Rey Católico y el Emperador. Su vida fué escrita por don Tomás Tamayo de Vargas en 1621. V. L. DE TORRE, *Revista de Archivos*, 1911.

4 *Julián Romero*, maestre de campo en Flandes, con don Luis de Requeséns (1573). V. F. BARADO, *Discurso de recepción en la Academia de la Historia*, 1906.

15 *Hacer lodos*, 'coger o levantar barro', es frase no recogida por el *Dicc. Acad.* Comp.: «Tan largos y tendidos cuernos tienes, Que si no los enfaldas, harás lodos». (QUEVEDO, *Musa Sexta*, Rivad., LXIX, 143 *b.)* «Cubrióse con su manteo, Que dicen que fué de paño, Y partióse haciendo lodos En la arena con el llanto». (*Obras*, edic. Bibl. Andal., III, 190.)

padre! Más espesas he visto yo las picas sobre mí; y, ¡voto a Cristo! que hice en el saco de Amberes lo que pude; sí, ¡juro a Dios!» El ermitaño le reprehendió que no jurase tanto, a lo cual dijo: «Padre, bien se echa de ver que no es soldado, pues que me reprehende mi propio oficio». Dióme a mí gran risa de ver en lo que ponía la soldadesca; y eché de ver que era algún picarón gallina, porque ya entre soldados no hay costumbre más aborrecida de los de más importancia, cuando no de todos. Llegamos a la falda del puerto, el ermitaño rezando el rosario en una carga de leña; echaba las cuentas de manera, que a cada avemaría sonaba un cabe; el soldado iba comparando las peñas a los castillos que había visto, y mirando cuál lugar era fuerte y adónde se había de plantar la artillería.

Yo los iba mirando, que temía tanto el rosario

2 Tuvo lugar el saco de Amberes el 18 de noviembre de 1576, durante el mando de don Juan de Austria. Las tropas españolas entraron en la ciudad, «y la mayor parte amotinada no fué posible que el saco se les resistiese, si bien se echó un bando que nadie saquease so pena de la vida...» (GACHARD, *Correspondance de Philiphe II*, tomo V, pág. 50).

12 Tan grande como el de la vieja que llevaba «Un rosario al cuello De bolas de bolos» (*Obras*, edic. Bibl. Andal., III, 200). Comp. pág. 78, n. 1.

13 *Cabe* es el golpe que un bolo pega a otro en el juego de la argolla. El bolo se lanzaba con una paleta a través de una argolla clavada en el suelo, a fin de pasar de cierta raya. El bolo tenía que quedar separado de los demás en forma que por lo menos cupiera entre ellos la paleta. De ahí el nombre de *cabe*. V. Covarrubias, s. v. *cabe*.

del ermitaño con las cuentas frisonas, como las mentiras del soldado.

«—¡Oh, cómo volaría, yo con pólvora gran parte de este puerto—decía—, y hiciera buena obra a los caminantes!»

En estas y otras conversaciones llegamos a Cerecedilla. Entramos en la posada todos tres juntos ya anochecido; mandamos adrezar la cena (era viernes); y, entre tanto, el ermitaño dijo: «Entretengámonos un rato, que la ociosidad es madre de los vicios; juguemos avemarías»; y dejó caer de la manga el desencuadernado. Dióme a mí gran risa el ver aquello, considerando las cuentas. El soldado dijo: «No, sino juguemos hasta cien reales que yo traigo, en amistad». Yo, cudicioso, dije que jugaría otros tantos, y el ermitaño, por no hacer mal tercio, aceptó, y dijo que allí llevaba el aceite de las lámparas, que serían hasta doscientos reales. Yo

1 Como vimos (pág. 30, n. 8) *frisón* significaba 'grande'. Es uno de tantos neologismos del autor, partiendo del gran tamaño de los caballos frisones. En nuestro texto hay nabos y piojos frisones; pero hay además «patas frisonas» (*Rivad.*, LXIX, 153 *a*); «cara frisona» (*ib.* 158 *a*); «castañetaza frisona» (*ib.*, 122 *a*); «frisones nogales» (*Bibl. Andal.*, II, 29).

6 El ms:. *Cercedilla*. Es un diminutivo de *Cereceda*, nombre que lleva un pueblo próximo.

8 Z., 1626 trae también *adrezar*, que no sé si referir al autor o al amanuense e impresor aragoneses. Habría que hallar esta palabra en un autógrafo de Quevedo para decidir la cuestión. En aragonés se dice *dreito*, los valencianos pronuncian *drecho*, etc.

12 *el desencuadernado*, 'la baraja'.

confieso que pensé ser su lechuza; pero así le sucedan todos sus intentos al turco. Fué el juego al parar; y lo bueno fué que dijo que no sabía el juego, y hizo que se lo enseñásemos. Dejónos el bienaventurado hacer dos manos, y luego nos la dió tal, que no dejó blanca en la mesa. Heredónos en vida; retiraba el ladrón con las ancas de la mano, que era lástima: perdía una sencilla, y acertaba doce maliciosas. El soldado echaba a cada suerte doce «votos» y otros tantos «peses», aforrados en «por vidas». Yo me comí las uñas, y el fraile ocupaba las suyas con mi moneda. No dejaba santo que no llamaba, y nuestras cartas eran como el Mesías, que nunca venían y las aguardábamos siempre. Acabó de pelarnos; quisímosle jugar sobre prendas; y él—tras haberme a mí gánado seiscientos reales, que era lo que llevaba, y al soldado los ciento—dijo que

1 Z., 1626, *su lechuza* y *beberselo*.

1 *Suceder*, en el sentido latino de 'salir bien, tener éxito', que no registran los diccionarios.

2 *parar*, «poner el dinero contra el otro, que llaman el juego del parar» (Covarrubias). Era juego parecido al monte. V. una escena a base de este juego en Tirso, *Tanto es lo demás como lo de menos*, NBAAEE, IV, 133 *b*.

7 Las ediciones *retiróla*, en vez de *retiraba*, disparate evidente; el sentido es que el ermitaño ni se molestaba en coger el dinero con los dedos; lo empujaba con la parte posterior de la mano.

8 *sencilla y maliciosa:* el ermitaño perdía las cartas con poco dinero, y ganaba las que iban bien cargadas.

11 El ms., *corte* en vez de *comí*.

13 Este pasaje del Mesías no figura en los impresos; Quevedo pensaría, «como el Mesías para los judíos»; pero no lo dijo.

aquello era entretenimiento, y que eran sus prójimos, y que no había que tratar de otra cosa.

«—No juren—nos decía—; que a mí porque me encomendaba a Dios, me ha sucedido bien». Y como nostros no sabíamos la habilidad que tenía de los dedos a la muñeca, creímoslo; y el soldado juró de no jurar más, y yo de la misma suerte.

«—¡Pese a tal!—decía el pobre alférez (que él me dijo entonces que lo era)—, entre luteranos y moros me he visto; pero no he padecido tal despojo».

El se reía. Tornó a sacar el rosario para rezar. Yo, que no tenía ya blanca, pedíle que me diese de cenar, y que pagase hasta Segovia la posada, porque los dos íbamos *in púribus*. Prometió hacerlo. Metió setenta huevos; no he visto tal en mi vida. Dijo que se iba a acostar: durmímonos todos en una sala, con otra gente que estaba allí, porque los aposen-

3 Es recomendación propia de gariteros: «piden que ninguno jure por la amor de Dios, porque en haciéndolo, cerrarán su puerta» (*Rivad.*, XXIII, 462 *a*).

7 Todas las ediciones, por error, *jugar más*.

14 *in púribus*, 'en cueros, sin nada' .—Comp.: «Un locutorio de monjas | es guarnición de la daga | que en *púribus* trae al lado, con más hierro que Vizcaya». (QUEVEDO, *Baile*, Rivad., LXIX, 117 *a*). Expresión muy usada por Quevedo.

15 Z., 1626, *metióse sesenta huevos*. Es tan exagerado el rasgo que lega a dudarse de que lo dijera así el autor. Habrá que suponer en el original una cifra muy inferior. Ya hemos visto antes cantidades erradas en Z., 1626: *dos* en lugar de *veinte* (pág. 28), *cuatro* por *cuarenta* (pág. 9),. Quién sabe qué cifra pudo ser aquí la mal interpretada por el copista de nuestro manuscrito y por el impresor de 1626.

tos estaban tomados para otros. Yo me acosté con harta tristeza, y el soldado llamó al huesped, y le encomendó sus papeles en las cajas de lata, y un envoltorio de camisas jubiladas. Acostámonos; el padre se persinó, nosotros nos santiguamos dél. El durmió; yo estuve desvelado, trazando cómo quitar el dinero al padre. El soldado entre sueños hablaba de los cien reales, como si no estuvieran sin remedio.

Hízose hora de levantar; pedí yo luz muy apriesa; trajéronla, y el huésped el envoltorio al soldado, y olvidáronsele los papeles. El pobre alférez hundió la casa a gritos, pidiendo que le diese los servicios. El huésped se turbó; y como todos decíamos que se los diese, fué corriendo y trajo tres bacines y dijo: «Vé ahí para cada uno el suyo; ¿quieren más servicios?»; que él entendió que nos habían dado cámaras. Aquí fué ella, que se levantó el soldado con la espada contra el huésped, en camisa, jurando que le había de matar porque hacía burla dél, que

16 *vé ahí*, 'ved ahí', con supresión de la *d* de la segunda persona de plural, arcaísmo que dura en el español vulgar de América: *mirá*, *vení*, etc. En la lengua del siglo XVII se inició la fusión de este imperativo con *aquí* y *ahí* como en francés *voci*, *voilà*, pero no prosperó; «vé aquí que no quiero perdonar» (F. ROJAS ZORRILLA, *Trabajo de Tokías*, ed., suelta, p., 19); «vé aquí la luz» (QUEVEDO, *Rivad.*, LXIX, 504 *a*); «darme la mano de ser mío, y véis aquí os la doy de ser vuestro» (CERVANTES, *Las dos doncellas*).

17 *Cámaras*, 'disentería'.

se había hallado en la Naval, San Quintín y otras, trayéndole servicios en lugar de los papeles que le había dado. Todos salimos tras él a tenerle, y no podíamos. El huésped decía: «Señor, su merced pi-
5 dió servicios; yo no estoy obligado a saber que en lengua soldadesca se llamen así los papeles de las hazañas». Apaciguámoslos, y tornamos al aposento. El ermitaño, receloso, se quedó en la cama, diciendo que le había hecho mal el susto. Pagó por
10 nosotros, y salimos del pueblo para el puerto, enfadados del término del ermitaño, y de ver que no habíamos podido quitarle el dinero.

Topamos con un ginovés—digo con uno destos antecristos de las monedas de España—que subía
15 el puerto con un paje detrás, y él con su guardasol, muy a lo dineroso. Trabamos conversación con él; todo lo llevaba a materia de maravedís, que es gente que naturalmente nació para bolsas. Comenzó a

1 *la Naval*, 'la batalla de Lepanto'.

6 El mismo chiste hace Quevedo en otra ocasión: «En sus manos bestiales | tantos servicios traía | como un capitán de Flandes» (*Pinta lo que sucedió a una fregona*, Ms. Bib. Nac., 10387, f.ª 236 *v.*)

14 Ya en sus primeras poesías lo decía el autor: «Nace [el Oro] en las Indias honrado, | viene a morir en España, | y es en Génova enterrado» (*Obras*, Bibl. And., II, 8). «Ginovés harpía, | para hacer que un real para ducados» (*Ib.*, 269). «Más vale para la rueda | que mueve los intereses, | el bajar los ginoveses, | que no subir la moneda» (*Rivad.*, LXIX, 90 *b*).

15 *guardasol*. Comp.: «Si yo camino con fieltro; | se abrasa en fuego la tierra; | y en llevando guardasol, | está ya de Dios que llueva». *Rivad.*, LXIX, 165 *a*). El fieltro era un capote o capucha para el agua: «Es gusto ver un castaño, | de miedo de los diluvios, | con su fieltro y su gabán | por agosto muy ceñudo» (*Rivad.*, LXIX, 210 *a*).

nombrar a Visanzón, y si era bien dar dineros o no a Visanzón; tanto que el soldado y yo le preguntamos que quien era aquel caballero; a lo cual respondió riyéndose: «Es un pueblo de Italia donde se juntan los hombres de negocios (que acá llamamos 5
fulleros de pluma), a poner los precios por donde se gobierna la moneda»; de lo cual sacamos que en Visanzón se llevaba el compás a los músicos de uña. Entretúvonos por el camino; contónos que estaba perdido porque había quebrado un cambio que le 10

2 *Besanzón*, capital del Franco Condado, sometido a España en tiempos de Quevedo, fué un importante centro bancario durante el siglo XVI. Celebrábase allá una feria, no de mercaderías, sino de numerario. Fué aquélla instituída por Carlos V, para contrarrestar las ferias de Lyón, donde Francisco I obtenía recursos; y habiendo el rey francés perseguido a algunos genoveses de Lyón por haber prestado dinero al Emperador, aquellos marcharón a Besanzón hacia 1530. Durante medio siglo estuvo muy floreciente esta feria de letras de cambio, y decae luego por trasladarse a Piacenza y a Santa Margarita. A tales reuniones acudían los mercaderes extranjeros para saldar sus letras. En la época en que aparece *El Buscón* la importancia de Besanzón era, pues, escasa o nula como centro bancario, pero la gran importancia de que había gozado explica las alusiones. (V. R. EHRENBERG, *Das Zeitalter der Fugger*, 1896; S. DROZ, *Recherches historiques sur la ville de Besançon*, 1856). Quevedo vuelve a aludir a los genoveses de Besanzón en una letrilla: «¿Cuál tendrá más opinión | con ella en la poesía, | yo con una letra mía | o él con dos de Bisanzón? | La letra de cambio traga, | no escucha la que yo llevo; | yo la quiero como debo, | y un ginovés como paga». (*Rivad.*, LXIX, 96 *a*). Algo extraño resulta que esta ciudad aparezca situada en Italia; o sencillamente se equivocó el autor, o le hizo confundirse lo italiano de los genoveses..

8 El ms., *músicos de agua*, por error de copia, en lugar de *músicos de uña*. La *uña* desempeña gran papel en la lengua de Que-

tenía más de sesenta mil ducados; y todo lo juraba por su conciencia, aunque yo confieso que conciencia en mercader es como virgo en puta, que se vende sin haberle. Casi nadie tiene conciencia de todos los de este trato, porque como oyen decir que muerde por muy poco, han dado en dejarla con el ombligo en naciendo.

En estas pláticas vimos los muros de Segovia, y a mí se me alegraron los ojos, a pesar de la memo-

vedo, y da lugar a frases que en vano buscaremos en los diccionarios. Partiendo de *gato* 'ladrón' y sus conexos *miz*, *maullar*, etcétera, la *uña* es máximo símbolo del robo y la rapiña. Los gatos son «la gente de la uña» (*Rivad.* LXIX, 157 *a*); burlándose de los poéticos elogio de la belleza femenina, dice que son «soles con uñas los ojos, | que se van tras la moneda» (*Bibl. Andal.*, III, 292); la obsesión quevedesca contra toda socaliña, le hace elogiar en la hembra «un muslo que nunca *aruñu*», es decir que da placer y no pide dinero (*Ibid.*, 291); el ladrón Montilla, que se pone en camino, dirá: «A Granada enderecé | las *uñaradas* y el trote» (*Ibid*, 299). Leemos en un romance de 1605: «Son sus ternezas con uñas, | pues se me muestra amorosa, | con fondos en pedigüeña» (*Bibl. Andal.* II, 34); y en el baile de *Las estafadoras*: «Botes de botica | no hacen tanto mal, | como los de uña | que en las tiendas dan» (*Rivad.*, LXIX, 126 *b*). Así se comprende que en las *Alabanzas irónicas a Valladolid* se diga hablandode su Ochavo: «De su castillo y león | son uñas y son troneras | los mercaderes que hurtan, | y lo oscuro de las tiendas» (*Bibl. Andaluces* II, 49). En un soneto se habla «del *aruñón* de bolsas cortesano». (*Rivad.* LXIX, 133 *b*). En fin, en el *Entremés del niño:* «Cuando te pidieren las *doncellas de uña* | que te acuerdes del angel de tu guarda» (*Ibid.* 275 *a*). Ahora se comprende la frase de nuestro texto; los banqueros de Besanzón regulan o *llevan el compás* del valor del dinero; *llevar el compás* suscita, por asociación, verbal *músicos*, los cuales en este caso son *de uña*, es decir, de robo.

7 El ms. *con omblígo.*

ria que, con los sucesos de Cabra, me contradecía el contento. Llegué al pueblo, y a la entrada vi a mi padre en el camino, aguardando a ir en bolsas, hecho cuartos, a Josafá. Enternecíme, y entré algo desconocido de como salí, con punta de barba, bien vestido. Dejé la compañía; y considerando en quién conocía a mi tío (fuera del rollo) mejor en el pueblo, no hallé a nadie de quien echar mano. Lleguéme a mucha gente a preguntar por Alonso Ramplón, y nadie me supo dar razón dél, diciendo que no le conocían. Holguéme mucho de ver tantos hombres de bien en mi pueblo, cuando, estando en esto, oí al precursor de la penca hacer de garganta, y a mi tío de las suyas. Venía una procesión de desnudos, todos descaperuzados, delante de mi tío; y él, muy haciéndose de pencas, con una en la mano, tocando un pasacalles públicas en las costillas de cinco laúdes, sino que llevaban sogas por cuerdas. Yo, que estaba notando esto con un hombre (a quien había dicho, preguntando por él, que era yo un gran caballero), veo a mi buen tío; que poniendo en mí los ojos, arremetió a abrazarme, llamándome sobrino. Penséme morir de vergüenza; no volví a despedirme de aquél con quien estaba. Fuíme con

10 El ms. *de como solía.*

13 *precursor de la penca*, 'el pregonero' Comp.: «Hecho nadador de penca, | desnudo fué la mitad, | tocándole pasacalles | el músico de «quien tal». (*Bibl. Andal.*, III, 280).

16 Se *hacía de pencas*, es decir, daba los azotes remoloneando, por lo que se dice luego, pag. 141, nota 1.

él, y díjome: «Aquí te podrás ir, mientras cumplo con esta gente; que ya vamos de vuelta, y hoy comerás conmigo». Yo, que me vi a caballo, y que en aquellas cosas parecería punto menos de azotado, dije que le aguardaría allí; y así, me aparté tan avergonzado, que a no pender la cobranza de mi hacienda, no le hablara más en mi vida, ni pareciera entre gentes.

Acabó de repasarles las espaldas, volvió y llevóme a su casa, donde comimos.

6 El ms., *a no perder*, por error.

CAPITULO XI

DEL HOSPEDAJE DE MI TÍO, Y VISITAS; LA COBRANZA DE MI HACIENDA Y VUELTA A LA CORTE.

Tenía mi buen tío el alojamiento junto al matadero, en casa de un aguador; entramos en ella, y díjome: «No es alcázar la posada, pero yo os prometo, sobrino, que es a propósito para dar expidiente a mis negocios». Subimos por una escalera, que sólo aguardé a ver lo que me sucedía en lo alto, por si se diferenciaba en algo de la de la horca. Entramos en un aposento bajo, y tan bajo, que íbamos por él como quien recibe bendiciones, con las cabezas muy bajas. Colgó la penca en un clavo que estaba con otros de que colgaban muchos cordeles, lazos, cuchillos, escarpias y otras herramientas del oficio. Díjome que por qué no me quitaba el manteo y me sentaba; yo le dije que no lo tenía de costumbre. Dios sabe cuál estaba yo de ver la infamia de mi tío; el cual me dijo que había tenido ven-

13 «*penca* se llama el azote del verdugo, por ser ancha como la penca del cardo». (Covarrubias).

tura en topar con él en tan buena ocasión, porque comería bien, que tenía convidados unos amigos.

En esto entró por la puerta, con una ropa hasta los pies, morada, uno de los que piden para las ánimas, y haciendo son con una cajita, dijo: «Tanto me han valido a mí las ánimas como a ti los azotes; encaja». Hiciéronse la mamona el uno al otro; arremangóse el desalmado animero, y quedó con unas piernas zambas, en gregüescos de lienzo, y empezó a bailar y decir que si había venido Clemente. Dijo mi tío que no, cuando Dios y norabuena, devanado en un trapo y muy sucio, entró un chirimía de la bellota, digo un porquero: conocíle por el—hablando con acatamiento—cuerno que traía en la mano;

8 *mamona:* lo mismo que «hacer la mamola». «Vulgarmente se toma por una postura de los cinco dedos de la mano en el rostro de otro, y por menosprecio solemos decir que le hizo la mamona. Diéronle este nombre porque el ama cuando da la teta al niño, suele con los dedos recogerla para que salga la leche». (Covarrubias.)

12 *devanado*, 'liado, envuelto'. Comp.: «Devanado en un capote» (*Bibl. Andal.*, III, 297). «Devanado en una manta | este miserable cuerpo». (*Ib.* II, 258.) Foulché Delbosc, p. 93, imprime *devanando*, que no quiere decir nada.

13 De acuerdo con la manera quevedesca de ver la vida, el porquero es interesante por el *cuerno*, símbolo del adulterio, tema obsesionante para el autor. Con *chirimía de la bellota* debe compararse «la lira de Medellín», o sea, el cuerno de los porqueros de Medellín, ciudad extremeña, en cuyo campo se crían muchos cerdos. (*Bibl. Andal.* III, 271.) Así, el marido que se ausenta, «lleva a Medellín la frente | váyase donde se va». (*Rivad.*, LXIX, 156 *a*).

que para andar al uso, sólo erró en no traerle sobre la cabeza. Saludónos a su manera; y tras él entró un mulato zurdo y bizco, un sombrero con más falda que un monte y más copa que un nogal, la espada con más gavilanes que la caza del rey y un coleto de ante. Traía la cara de punto, porque a puros chirlos la traía toda hilvanada. Entró y sentóse; y saludando a los de casa, y a mi tío, le dijo: «A fe, Alonso, que lo han pagado bien el Romo y el Gairoso.» Saltó el de las ánimas, y dijo: «Cuatro ducados di yo a Flechilla, el verdugo de Ocaña, porque aguijase el borrico, y porque no llevase la penca de tres suelas cuando me palmearon».

«—¡Vive Dios!—dijo el corchete—que se lo pagué yo sobrado a Lobuzno en Murcia; mas iba el borrico de manera que parecía remedaba el paso de la tortuga, y el bellaco me los asentó de manera, que no se levantaron sino ronchas.» Y el porquerizo concomiéndose, dijo: «Con virgo tengo mis espaldas».

«—A cada puerco le viene su san Martín»—dijo el demandador. Y mi buen tío: «de eso me puedo alabar yo, entre cuantos manejan la zurriaga, que al que se me encomienda, hago lo que debo: sesenta

6 *cara de punto:* v. pág. 129 n. 9.

7 El ms., *hirvanada.*

11 El ms., *aguijarse el verdugo.*

me dieron los de hoy, y llevaron unos azotes de amigo, con penca sencilla.»

Yo, que vi cuán honrada gente era la que hablaba con mi tío, confieso que me puse colorado, de suerte que no pude disimular la vergüenza; echómelo de ver el corchete, y dijo: «¿Es el padre el que padeció el otro día, a quien se dieron ciertos empujones en el envés?» Yo dije que no era hombre que padecía. En esto se levantó mi tío, y dijo: «Es mi sobrino, maeso en Alcalá, gran supuesto». Pidiéronme perdón, y ofreciéronme toda caricia. Yo rabiaba ya por comer y por cobrar mi hacienda, y huir de mi tío.

1 Estos condenados a azotes callejeros sobornaban al verdugo, para que los azotes fueran de «amigo»; o al pregonero, para que fuera recitando lentamente la sentencia (terminada con el habitual «quien tal hace, que tal pague»), durante cuya lectura se suspendían los azotes. Así se explica este otro pasaje de Quevedo: «El gangoso es pregonero, | tiple de los azotados,—abreviando el «quien tal hace» | al que no le paga el canto.» (*Bibl. Andal.*, III, 265).

2 Falta *con* en el ms.

8 *empujones en el envés* 'azotes'. Comp.: «en cuatro años que ha que tiene el cargo de ser nuestro mayor y padre, no han padecido sino cuatro en el *finibus terræ* ['horca'], y obra de treinta envesados.» *(Rinconete y Cortadillo)*.

9 *maeso*, 'maestro' era voz anticuada y plebeya en esta época.

9 *supuestos*, 'persona de alta posición o suposición'. Comp.: «Desta manera, después de haber oído las artes y metafísica, me dieron el segundo en licencias, con agravio notorio en voz de toda la universidad, que dijeron haberme quitado el primero, por anteponer un hijo de un grave supuesto della.» (*Guzmán de Alfarache*. (Rivad., III, 340 *a*.)—«Por buen supuesto se tienen | pues te envían a bogar». (QUEVEDO, *Bibl. Andal.*, II, 255.

Pusieron la mesa, y por una soguilla en un sombrero (como suben la limosna los de la cárcel), subieron la comida de un bodegón que estaba a las espaldas de la casa, en unos mendrugos de platos y retacillos de cántaros y tinajas: no podrá nadie encarecer mi sentimiento y afrenta. Sentáronse a comer, en cabecera el demandador, los demás sin orden. No quiero decir lo que comimos, sólo que eran todas cosas para beber. Sorbióse el corchete tres de puro tinto, brindándome a mí; pero yo agüélo. El porquero hacía más razones que decíamos todos. No había en ellos memoria de agua, ni voluntad de ella.

Parecieron en la mesa cinco pasteles de a cuatro; y tomando un hisopo, después de haber quitado las hojaldres, dijeron un responso todos, con un *requiem æternam*, por el ánima del difunto cuyas eran aquellas carnes. Dijo mi tío: «Ya os acordáis, sobrino, lo que os escribí de vuestro padre»: vínoseme a la memoria. Ellos comieron, pero yo pasé con los suelos solos; quedéme con la costumbre, y ansí, siempre que como pasteles, rezo una avemaría por el que Dios haya.

10 *El porquero* falta en el ms., pero está en el impreso; el impresor, en cambio, no debió entender *agüelo* (Pablos corresponde al brindis, bebiendo el vino aguado), y puso: *el porquero me las cogía al vuelo*, variando el sentido.

11 *razón* con el doble sentido de beber correspondiendo a un brindis (v. pág. 40), y de frase.

14 *suelo* 'la parte inferior del pastel'.

15 v. pág. 94, nota.

Dieron fin a dos jarros, que hacían casi cinco azumbres; y así, el corchete y el de las ánimas se pusieron las suyas tales, que trayendo un plato de salchichas, que parecían de dedos de negros, dijo uno que para qué traían pebetes guisados. Ya mi tío estaba tal, que alargando la mano y asiendo una, dijo—con la voz media áspera y ronca, y los ojos nadando en mosto—: «Sobrino, por este pan de Dios, que crió a su imagen y semejanza, que no he comido mejor cosa en mi vida». Yo—que vi al corchete que, alargando la mano, tomó el salero, y dijo: «Caliente está este caldo», y que el porquero se llenó el puño de sal, diciendo: «es bueno el apetitillo para beber», y se lo chocló en la boca—, comencé a reir por una parte, y a rabiar por otra. Trajeron caldo, y el de las ánimas tomó con entrambas manos una escudilla, diciendo: «Dios bendijo la limpieza»; y alzándola para sorberla, por llevarla a la boca, la llevó al carrillo; y volcándola, se puso todo de arriba abajo que era vergüenza; y él, como se vió así, fuése a levantar; y como pesaba algo la cabeza, quiso ahirmar sobre la mesa (que era destas movedizas), trastornóla toda y manchó a los demás; tras esto decía que el porquero le había empujado. El porquero que vió que el otro se le caía encima, levan-

5 *pebete*, 'vírgula (varilla) aromática conficionada de polvos odoríferos, que encendida echa de sí un humo odorífero' (Covarrubias).

13 *apetitillo*, de *apetite* 'aperitivo'.

22 *ahirmar* 'afirmar'.

tóse, y alzando el instrumento de hueso, le dió con él una trompetada, y asiéronse a puños; y estando juntos los dos, y teniéndole el demandador mordido de un carrillo, con los vuelcos y alteración, el porquerizo vomitó cuanto había comido en las barbas del demandador. Mi tío, que estaba más en juicio, decía que quién había traído a su casa tantos clérigos. Yo que los ví, que ya en suma multiplicaban, metí en paz la brega, desasí a los dos, y levanté del suelo al corchete, el cual estaba llorando con gran tristeza. Eché a mi tío en la cama, el cual hizo cortesía a un velador de palo que tenía, pensando que era uno de los convidados. Quité el cuerno al porquerizo, el cual, ya que dormían los otros, no había hacerle callar, diciendo que le diesen su cuerno, porque no había habido jamás quien supiese en él más tonadas; que le quería poner con el órgano. Al fin, yo no me aparté de ellos hasta que vi que dormían.

Salíme de casa, entretúveme en ver mi tierra toda la tarde, pasé por la casa de Cabra, tuve nueva de que ya era muerto de hambre. Torné a casa a la noche, habiendo pasado cuatro horas, y hallé al uno

5 Escenas análogas de embriaguez pueden verse en el *Poema de las necedades de Orlando*, Bibl. And., III, 102, y en el romance *Los borrachos*, Rivad., LXIX, 165.

7 Es decir, que multiplicaban en vez de sumar, que veían visiones.

17 *poner con el órgano*, 'ponerlo en competencia con el órgano'. Los impresos dicen *tañer con el órgano*, con sentido menos claro.

despierto y que andaba a gatas, buscando la puerta y diciendo que se les había perdido la casa. Levantéle, y los demás durmieron hasta las once de la noche; y desperezándose, mi tío preguntó que qué hora era. Respondió el porquerizo, que aún no la había desollado y aún duraba la siesta, porque hacía grandes bochornos. El demandador, como pudo, dijo que le diesen su cajilla; y tomándola, dijo:

«Mucho han holgado las ánimas para tener a su cargo mi sustento». Y fuese; pero en lugar de ir a la puerta del aposento, se fué a la ventana; y como vió estrellas, comenzó a llamar a los otros con grandes voces, diciendo que el cielo estaba estrellado siendo medio día, y que había un gran eclipse. Santiguáronse todos, y besaron la tierra. Yo, que vi la bellaquería del demandador, escandalicéme mucho, y propuse guardarme de semejantes hombres. Con estas infamias y vilezas que yo veía, crecíame por instantes el deseo de verme entre gente principal y caballeros. Despachélos a todos uno a uno, lo mejor que pude; pero mi tío, aunque no tenía zorra, tenía raposa. Acomodéme lo mejor que pude sobre mis vestidos y sobre algunas ropas de los que Dios tenga en su gloria, que estaban por allí.

6 *desollado:* desollar la zorra es 'dormir la borrachera'

15 se besaba el suelo para conjurar un peligro: «¡Jesús, Jesús!» dicen todos, «Señor líbranos a malo»; Y el suelo besan las viejas, Poniendo el envés muy alto». (*Rivad.*, LXIX, 528 *a*). «Yo dije la confesión, | Y besé después la tierra» (*Ib.*, 260 *b*).

21 *zorra*, 'borrachera'.

Pasamos desta manera la noche, y a la mañana traté con mi tío de reconocer mi hacienda. Despertó diciendo que estaba molido, y que no sabía de qué. El aposento estaba—ya de las enjaguaduras de las monas, ya de las aguas que habían hecho de noche—hecho una pecina. Al fin, en levantándose mi tío, tratamos largo de mis cosas, y tuve harto trabajo, por ser hombre tan gran borracho y rústico. Al fin le reduje a que me diese noticia de parte de mi hacienda—aunque no de toda—, y así me la dió de unos trecientos ducados que mi buen padre había ganado por sus puños y dejados en confianza de una buena mujer, a cuya sombra se hurtaba diez leguas a la redonda. En conclusión, cobré mi dinero, el cual mi tío no había bebido, que fué harto; porque pensaba que con ello me graduaria, y que estudiando podía ser cardenal; que como estaba en su mano hacerlos, no lo tenía por dificultoso. Díjome, en viendo que los tenía: «Hijo Pablos, mucha culpa tendrás si no medras y eres bueno, pues tienes a quien parecerte; dinero llevas, yo no te he de faltar, que cuanto tengo y cuanto sirvo, para ti lo quiero». Agradecíle mucho la oferta; gastamos el día en pláticas desatinadas; y la tarde pasaron en jugar a la taba mi tío y el porquerizo; y el demandador jugaba las misas como si fuera otra cosa. Era

12 *dejados* concierta incorrectamente con *ducados*.

19 *los*, 'los ducados'.

de ver cómo se barajaban la taba: cogiéndola en el aire al que la echaba, y meciéndola en la muñeca, se la tornaban a dar. Sacaban de la taba como de naipe, para la fábrica de la sed, porque había siempre un jarro en medio. Vino la noche; ellos se fueron; acostámonos mi tío y yo, cada uno en su cama, que ya había prevenido para mí un colchón. Amaneció, y antes que él despertase, me levanté y me fuí a una posada sin que me sintiese; torné a cerrar la puerta por defuera, y eché la llave por una gatera, y fuíme a un mesón a esconder y aguardar comodidad para ir a la corte. Dejéle en el aposento una carta cerrada, que contenía mi ida y las causas, avisándole que no me buscase, porque eternamente no me había de ver.

2 El ms., *metiéndola;* es preferible la lección de Z., 1626, *meciéndola.*

4 *fábrica*; otra broma a base de cosas eclesiásticas, pues *fábrica* es el 'fondo que suele haber en las iglesias para los gastos del culto'.

11 Esta inútil repetición de *y fuíme* se salva en Z., 1626, diciendo: *Como he dicho, me fuí.*

CAPÍTULO XII

DE MI IDA, Y SUCESOS HASTA LA CORTE

Partía aquella mañana un arriero del mesón con cargas a la corte; llevaba un jumento, alquilómele, y salí a aguardarle a la puerta fuera del lugar; salió, espetéme en él, y empecé mi jornada. Iba entre mí diciendo: «Allá quedarás, bellaco, deshonra buenos, jinete de gaznates».

Consideraba yo que iba a la corte, donde nadie me conocía—que era la cosa que más me consolaba—, y que había de valerme por mi habilidad allá. Propuse de colgar los hábitos en llegando, y de sacar vestidos cortos al uso. Pero volvamos a las cosas que el dicho mi tío hacía, ofendido con la carta, que decía así:

«Señor Alonso Ramplón: Con haberme Dios hecho tan señaladas mercedes—de quitarme de delante a mi buen padre y tener a mi madre en Toledo, donde, por lo menos, sé que hará humo—, no me faltaba sino ver hacer en v. m. lo que en otros hace. Yo pretendo ser uno de mi linaje, que dos es impo-

6 Para *jinete de gaznates,* v. pág. 93, nota.

sible, si no es que vengo a manos de v. m., y trinchándome, como hace a otros. No pregunte por mí, ni me nombre, porque me importa negar la sangre. Sirva a Dios y al rey».

No hay que encarecer las blasfemias y oprobios que diría contra mí. Volvamos a mi camino. Yo iba espetado en el rucio de la Mancha, y muy deseoso de no topar a nadie, cuando desde lejos veo venir un hidalgo de portante, y su espada y capa bien puesta, calzas atacadas, sus botas, cuello abierto y bien puesto; el sombrero de lado. Sospeché que era algún caballero que dejaba atrás su coche; y así, en emparejando, le saludé. Miróme y dijo:

«Irá v. m., señor licenciado, en ese borrico con harto más descanso que yo con todo mi aparato».

Yo, que entendí que lo decía por coche y criados que dejaba atrás, dije:

«En verdad, señor, que lo tengo por más apacible caminar que el del coche; porque— aunque

6 El ms. *dijo*; Z., 1626, *diría*.

9 *portante*, 'el paso ligero de las caballerías'; *de portante* quiere decir que el hidalgo iba a buen paso. Comp.: «Hemos de ir a comer a la venta de Durazután, que es en Sierra Morena, 22 o 23 leguas de aquí».—«No importa—dixo Don Cleofás—si eres demonio de portante, aunque cojo». *(Diablo Cojuelo*, tranco V.)—«Un entierro en esta forma: venían... las órdenes y tras ellos los clérigos, que galopeando los responsos, cantaban de portante, abreviando, por que no se derritiesen las velas y tuviesen tiempo de sumir otro». (Quevedo, *Mundo por de dentro*, Rivad., XXIII, 327, nota.)

10 *cuello abierto*, v. pág. 162, n.

v. m. vendrá en el que trae atrás con regalo—, aquellos vuelcos que dan, inquietan».

—¿Qué coche detrás?, dijo él muy alborotado.

Y al volver atrás, como hizo fuerza, se le cayeron las calzas, porque se le rompió una agujeta que traía, la cual era tan sola, que, con verme tan muerto de risa de verle, me pidió una prestada. Yo, que vi que de la camisa no se le veía sino una ceja, y que traía tapado el rostro, de medio ojo, le dije:

—Por Dios, señor, si v. m. no aguarda a sus criados, no puedo socorrerle, porque vengo también atacado únicamente.

—Si hace v. m. burla—dijo él con las cachondas en la mano—, vaya; porque no entiendo eso de los criados.

Y declaróseme tanto—en materia de ser pobre—, que me confesó, a media legua que anduvimos, que si no le hacía merced de dejarle subir en el borrico un rato, no le era posible pasar adelante, por ir cansado de caminar con las bragas en los puños. Yo, movido de compasión, me apeé; y él, como no podía soltar las calzas, húbele yo de subir; y espantóme lo que descubrí en el tocamiento, porque por

5 *agujeta*: «La cinta que tiene dos cabos de metal, que, como aguja, entra por los agujeros» (Covarrubias).

12 *atacado*, 'sujetas las calzas con una agujeta'.

13 *cachondas*, 'calzas', en lenguaje plebeyo. Comp.: «La cara, Que unas cachondas parece, A poder de cuchilladas» *(Rivad.*, LXIX, 219 *b)*. «El vestido era un enjerto, De cachondas y botarga» *(Ib.*, 204 *a)*. Falta esta palabra en el *Dic. Acad.*

la parte de atrás, que cubría la capa, traía las cuchilladas con entretelas de nalga pura. El, que sintió lo que había visto, como discreto, se previno diciendo:

—Señor licenciado, no es oro todo lo que reluce; debióle de parecer a v. m., en viendo el cuello abierto y mi presencia, que era el duque de Arcos o el conde de Benavente. Como destas hojaldres cubren en el mundo lo que v. m. ha tentado.

Yo le dije que le aseguraba que me había persuadido a muy diferentes cosas de las que veía.

—Pues aún no ha visto nada v. m.—replicó—; que hay tanto que ver en mí como tengo, porque nada cubro. Veeme aquí v. m. un hidalgo hecho y derecho, de casa y de solar montañés, que, si como sustento la nobleza, me sustentara, no hubiera más que pedir; pero ya, señor licenciado, sin pan ni carne, no se sustenta buena sangre, y por la misericordia de Dios todos la tienen colorada, y no puede ser hijo de algo el que no tiene nada. Ya he caído en la cuenta de las ejecutorias, después que hallándome en ayunas un día, no me quisieron dar sobre ella en un bodegón dos tajadas. ¡Pues decir que no tienen letras de oro! Pero más vale ya el oro en las pildoras que en las letras, que de más provecho es;

7 En Z., 1626, fueron sustituídos estos nombres de aristócratas de la época por el del *Conde de Irlos*, personaje del Romancero. (V. Menéndez Pelayo, *Antología*, tomo IX, pág. 7.)

20 *hijo de algo*, 'hidalgo'.

y con todo, hay muy pocas letras con oro. He vendido hasta mi sepultura por no tener ni aún en qué caer muerto; que la hacienda de mi padre D. Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero—que todos estos sobrenombres tenía—se perdió en una fianza; sólo el don me ha quedado por vender, y soy tan desgraciado, que no hallo nadie con necesidad dél, pues quien no le tiene por ante, le tiene por postre, como el remendón, azadón, blandón, bordón y otros así.

Confieso que, aunque iban mezcladas con risa, las calamidades del dicho hidalgo me enternecieron. Preguntéle cómo se llamaba, y adónde iba y a qué; dijo que todos los nombres de su padre: Don Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero y Jordán. No se vió jamás nombre tan campanudo, porque acababa en dan y empezaba en don, como son de badajo. Tras esto dijo que iba a la corte, porque un mayorazgo roído como él, en un pueblo corto olía mal a dos días, y no se podía sustentar; y que por eso se iba a la patria común, adonde ca-

6 La crítica del afán de usar *don* era muy frecuente en esta época: «Habiendo advertido la multitud de dones que hay en nuestros reinos y repúblicas, y considerando el cáncer pernicioso que es, y cómo se va extendiendo, pues hasta el aire ha venido a tenerle y llamarse *don-aire;* y mirando que imitan el pecado original en no escaparse de él nadie, si no es Jesucristo y su Madre, mandamos recoger los dones...» *(Premáticas y aranceles generales,* Rivad., XXIII, 436 *b.)* Quevedo ya no recordaba el «don Jesucristo» de Berceo y otros autores medioevales.

ben todos, y adonde hay mesas francas para estómagos aventureros; «nunca cuando entro en ella me faltan cien reales en la bolsa, cama, de comer y refocilo de lo vedado, porque la industria en la corte es piedra filosofal, que vuelve en oro cuanto toca».

Yo vi el cielo abierto, y en son de entretenimiento para el camino, le rogué que me contase cómo y con quiénes y de qué manera vivían en la corte los que no tenían, como él; porque me parecía dificultoso en este tiempo, que no sólo se contenta cada uno con sus cosas, sino que aun solicita las ajenas.

—Muchos hay de esos—dijo—y muchos destotros: es la lisonja llave maestra que abre a todas voluntades en tales pueblos. Y porque no se le haga dificultoso lo que digo, oiga mis sucesos y mis trazas, y se asegurará de su duda.

10 Debe entenderse: 'no se contenta sólo con sus cosas'.

CAPITULO XIII

QUE PROSIGUE SU VIDA Y COSTUMBRES

«Lo primero has de saber que en la corte hay siempre el más necio y el más sabio, y el más rico y el más pobre, y los extremos de todas las cosas; que disimula los malos y esconde los buenos, y que en ella hay unos géneros de gentes (como yo), que no se les conoce raíz ni mueble ni otra cepa de la que decienden los tales. Entre nosotros nos diferenciamos con diferentes nombres: unos nos llamamos caballeros hebenes; otros hueros, chanflones, chirles, traspillados y caninos. Es nuestra abogada la indus-

11 *Chanflón*, decíase de la moneda falsa. Comp.: «Mi señora doña Tomasa de Vitigudiño, doncella chanflona, que se pasaba de noche como cuarto falso». *(Diablo Cojuelo*, tranco I.) «Que como es su amor chanflón, | sólo pasa entre dos luces» (ROJAS ZORRILLA, *No hay amigo*, Rivad., LIV, 87 *a*).

12 *traspillado*, 'desvanecido, desfallecido de hambre'. «El médico le tomó el pulso, y se lo halló concertado; y se quedó espantado, porque estaba traspillado y como si estuviera muerto, deteniendo el resuello para mejor fingirlo». (PÉREZ DE HERRERA, *Discursos del amparo de los legítimos pobres*, 1598, fol. 9 *r.)*. Usase aún vulgarmente: «Los hijos se me traspellan» (Fuentes, Cuenca).

12 *Canino*, 'hambriento'. Comp.: «Señoría, si es Venecia | o Génova, buenas son; | que hay señorías caninas | y título ladrador» *(Bibl. Andal.*, III, 255).

tria; pasamos las más veces los estómagos de vacío, que es gran trabajo traer la comida en manos ajenas. Somos asistencia de los banquetes, polilla de los bodegones y convidados por fuerza; sustentámonos casi del aire, y andamos contentos. Somos gente que comemos un puerro, y representamos un capón. Entrará uno a visitarnos a nuestras casas, y hallará los aposentos llenos de huesos de aves y de carnero, mondaduras de frutas, y la puerta embarazada con pluma de gallinas y capones, y pellejos de gazapos; todo lo cual cogemos de noche por el pueblo, por honrarnos con ello de día. Reñimos, en entrando, el huésped: «¿Es posible que no he de ser yo poderoso para que barra esa moza?—Perdone v. m. por amor de Dios, que han comido aquí unos amigos, y estos criados son tales...» etc. Quien no nos conoce, cree que es ansí, y pasamos por convite.

Pues ¿qué diré del modo de comer en casas ajenas? En hablando a uno media vez, sabemos su casa, y vámosle a ver cuando es hora de comer, y se quiere sentar a la mesa. Decimos que nos llevan sus amores, porque tal entendimiento y tal nobleza no le hay en el mundo. Si nos preguntan si hemos comido, si ellos no han empezado, decimos que no; y si nos convidan, no aguardamos segundo envite, porque destas aguardadas nos han sucedido grandes vigilias. Si han comenzado, decimos que sí, y que parte su merced muy bien el ave, pan o carne, o lo que fuere; por tomar ocasión de engullir un bocadillo, decimos: «Ahora deje v. m., que le quiero servir de mastresala; que solia, Dios le tenga en el cielo... (el duque, marqués o conde, de tal parte), que era gran señor mío, gustar más de verme partir que de comer». Diciendo esto, tomamos el cuchillo, y partimos bocaditos; y al cabo decimos: «¡Oh qué bien huele! Cierto que haría yo muy grande agravio a la cocinera en no probarlo: ¡qué buena mano tiene!; ¡qué buena sazón le da!» Y diciendo y haciendo, se va en pruebas el medio plato; el nabo porque es nabo, el tocino porque es tocino, y todo por lo que es. Cuando esto nos falta, ya tenemos sopa de algún convento aplazada; no la tomamos en público, sino a lo escondido, haciendo creer a los frailes que es más devoción que necesidad.

Es de ver uno de nosotros, en una casa de juego, con el cuidado que sirve y despabila las velas, trae orinales, ayuda a meter naipes, y solemniza las cosas del que gana, todo por un triste real de barato.

Tenemos de memoria para lo que toca a vestirnos toda la ropería vieja; y como en otras partes hay hora señalada para oración, la tenemos nosotros para remendarnos. Es de ver a las mañanas: que

19 *barato.* «Sacar los que juegan, del montón común o del suyo, para dar a los que sirven o asisten al juego» (Covarrubias). A. Liñán y Verdugo, en la *Guía y avisos de forasteros* (1620), refiere cómo había gentes que ganaban su vida acercando orinales a los jugadores. Para los garitos o tablajes, V. F. Luque Fajardo, *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*, Madrid, 1603; F. de Navarrete y Ribera, *La Casa de juego*, 1640.

como tenemos por enemigo declarado al sol, por cuanto nos descubre los remiendos, puntadas y trapos, nos ponemos abiertas las piernas a su rayo, y en la sombra del suelo vemos la que hacen los andrajos y las hilachas de las entrepiernas; y con unas tijeras hacemos la barba a las calzas; y como siempre gastan tanto las entrepiernas, quitamos cuchilladas de atrás para poblar lo de adelante; y solemos traer la trasera tan pacífica por falta de cuchilladas, que se queda en las puras bayetas: sábelo sola la capa, y guardámonos de días de aire, y de subir por escaleras claras o a caballo. Estudiamos posturas contra la luz, porque en día claro andamos las piernas muy juntas, y hacemos las reverencias con solos los tobillos, porque si abrimos las rodillas, se descubre el ventanaje. No hay cosa en todos nuestros cuerpos que no haya sido otra cosa, y no tenga historia; *verbi gratia*: bien ve v. m. —dijo— esta ropilla; pues primero fué gregüescos, nieta de una capa y biznieta de un capuz, que fué en su principio; y agora espera salir para soletas y otras cosas. Los escarpines primero han sido pañizuelos, habiendo sido toallas y camisas, hijas de las sábanas; y después

4 *la que* se refiere a *raya*, pensado por asociación con *rayo*, pero no expresado; es concordancia muy frecuente en los escritores clásicos, aunque viciosa. Comp.: «Llevando determinación de *aventurar*lo todo a *la* de un solo golpe» (*Quijote*, I, 8).

21 *soleta*, 'planta de la media'.

22 *escarpín*, «La funda de lienzo que ponemos sobre el pie debajo de la calza, como la camisa debajo del jubón» (Covarrubias).

de todo los aprovechamos para papel, y en el papel escribimos; y después hacemos dél polvos para resucitar los zapatos, que de incurables los he visto revivir con semejantes medicamentos. Pues ¿qué diré del modo con que de noche nos apartamos de las luces porque no se vean los ferreruelos calvos, las ropillas lampiñas? Que no hay más pelo en ellas que en un guijarro; que es Dios servido de dárnosle en la barba y quitárnosle en la capa. Y por no gastar con barberos, esperamos a que otro de los nuestros tenga también pelambre, y entonces nos la quitamos el uno al otro, conforme a lo del Evangelio: «Ayudaos como buenos hermanos». Es de ver cómo andan los estómagos en celo.

Estamos obligados a andar a caballo una vez al mes, aunque sea en pollino, por las calles públicas; y obligados a ir en coche una vez en el año, aunque sea en la arquilla o trasera; pero si alguna vez vamos dentro del coche, es de considerar que siempre es al estribo, con todo el pescuezo de fuera, haciendo cortesías a todos por que nos vean, y hablando a los amigos y conocidos aunque miren a otra parte.

2 Véase el romance al origen del papel (*Rivad.* LXIX, 160 *b*).

13 V. variantes finales.

20 *estribo*, asiento y ventanilla correspondientes a la portezuela del coche, y la misma portezuela. Comp.: «A esta gallarda viuda, | en un coche vi una tarde; | hícela una reverencia, | y ella con algún melindre | sacó del estribo afuera | todos los pechos de un cisne» (Lope, *Viuda valenciana*, Rivad., XXIV, 71 *c*). Cuenta el portugués

Si nos come delante de algunas damas, tenemos traza para rescarnos sin que se vea, aunque sea en público: si es en el muslo, contamos que vimos un soldado atravesado desde tal parte a tal parte, y señalamos con las manos donde nos come, rascándonos en vez de señalar; si es en la iglesia, y nos come en el pecho, dámonos *santos* aunque sea al *introibo;* si en las espaldas, levantámonos y, arrimándonos a una esquina y en son de empinarnos para ver alguna cosa, nos rascamos.

¿Qué diré del mentir? Jamás se halla verdad en nuestra boca: encajamos duques y condes, unos por amigos y otros por deudos, en las conversaciones, y advertimos que los tales señores, o estén muertos o muy lejos. Y lo que más es de notar, que nunca nos enamoramos sino es de *pane lucrando*, que veda la orden damas melindrosas, por lindas que sean; y así, siempre andamos en recuesta con una bodegonera por la comida, con la huéspeda por la posada, con la que abre los cuellos por los que trae

Pinheiro da Veiga en su *Fastiginia* (descripción de las costumbres de Valladolid durante la estancia allá de Felipe III): «Estando nos quedos, passaram molhadas umas embuçadas, e uma disse ás outras: «Aleluya, coche de hombres»; e abrindo o estribo e entrando, disse: «perdonen V. Mds.» (pág. 65).

20 «*Abrir el cuello*: componerle, como hoy día se hace, de que hay gente que lo tiene por oficio y no se corre mal» (COVARRUBIAS, *Tesoro*, 1611). En 1601, «lavar, almidonar, abrir y pegar un cuello» costaba 26 mrs. (R. Marín, edic. *Quijote*, V, 21). Se trata de los cuellos apanalados, llamados abiertos (v. antes página 152), como se ven en los retratos del siglo XVI y comienzos del XVII (caballeros

el hombre; y aunque comiendo tan poco y viviendo tan mal no se puede cumplir con tantas, por su tanda todas están contentas.

Quien ve estas botas mías, ¿cómo pensará que andan caballeras en las piernas en pelo, sin media ni otra cosa? Y quien viere este cuello, ¿por qué ha de pensar que no tengo camisa? Pues todo esto le puede faltar a un caballero, señor licenciado; pero cuello abierto y almidonado, no; es grande ornato de la persona, y después de haberle vuelto de una par-

del Greco, retrato de Felipe III por Velázquez). Eran de tono azulado, complicados y caros; hacían falta para ir correctamente vestido: «El día siguiente vino el mozuelo más temprano de lo que solía, puesto un cuello al uso, como hombre que se veía favorecido de tan gallarda mujer» (*Marcos de Obregón*, Clás. Cast., t. 43, p. 68). Quevedo presenta en los *Sueños* un caballero con «un cuello tan grande, que no se le echaba de ver si tenía cabeza...; fué remitido a los verdugos para que le moliesen, y él solo reparó en que le ajarían el cuello» (*Rivad.*, XXIII, 301). En 1622 nombró Felipe IV una junta para restringir el lujo, que decide «se quite el azul, y reformen los cuellos o traigan valonas, por ser grande el gasto que desto se sigue, y mucho el oro y plata que sale cada año de estos reinos por trueco de los lienzos y azul» (*Cartas de Andres de Almansa*, «Libros raros», XVII, 146). En febrero de 1623 salió una premática prohibiendo los cuellos, y sustituyéndolos por la valona sencilla que muestran algunos retratos de Felipe IV por Velázquez; Quevedo escribió entonces el romance: «Yo, cuello azul pecador, Arrepentido confieso A vos, premática santa, Mis pecados, pues me muero» (*Bibl. Andal.* II, 323). Esas valonas armadas sobre un cartón, fueron la golilla, prenda típica del español del siglo XVII, como se ve en el retrato ecuestre de Felipe IV por Velázquez; fué desplazada luego por la corbata francesa (v. MOREL-FATIO, *La golille et l'habit militaire*, en «Etudes sur l'Espagne», III, 231). La valona se miró como moda extranjera: «valona francesa» (QUEVEDO, *Rivad.* XXIII, 461, n. 17).

te a otra, es de sustento, porque se cena el hombre el almidón, chupándole con destreza. Y al fin, señor licenciado, un caballero de nosotros ha de tener más faltas que una preñada de nueve meses, y con esto vive en la corte. Y ya se ve en prosperidad y con dineros, y ya en el hospital; pero, al fin, se vive, y el que se sabe bandear es rey, con muy poco que tenga».

Tanto gusté de las estrañas maneras de vivir del hidalgo, y tanto me divertí, que embebecido con ellas y con otras, llegué a pie hasta las Rozas, adonde nos apeamos aquella noche. Cenó conmigo el dicho hidalgo: que no traía blanca, y yo me hallaba obligado a sus avisos, porque con ellos abrí los ojos a muchas cosas, inclinándome a la chirlería. Declaréle mis deseos antes que nos acostásemos: abrazóme mil veces, diciendo que siempre esperó que habían de hacer impresión sus razones en hombre de tan buen entendimiento. Ofrecióme favor para introducirme en la corte con los cofrades de la estafa, y posada en compañía de todos. Acetéla, no declarándole los escudos que llevaba, sino hasta cien reales solos; los cuales bastaron, con la buena obra que le había hecho y hacía, a obligarle a mi amistad.

Compréle tres agujetas de cuero, atacóse, dormimos aquella noche, madrugamos y dimos con nuestros cuerpos en Madrid.

4 *falta:* juego de palabras a base de la 4.ª acepción que da a *falta* el *Dicc. Acad.*, 1925.

15 *chirlería*, 'estafa', 'merodeo'; falta en el *Dic. Acad.*

CAPÍTULO XIV

DE LO QUE SUCEDIÓ EN LA CORTE LUEGO QUE LLEGAMOS HASTA QUE ANOCHECIÓ.

Entramos en la corte a las diez de la mañana: fuímonos a apear a casa de los amigos de don Toribio. Llegó a la puerta, y llamó; abrióle una vejezuela muy pobremente abrigada y muy vieja. Preguntó por los amigos, y respondió que habían ido a buscar. Estuvimos solos hasta que dieron las doce, pasando el tiempo, él en animarme a la profesión de la vida barata, y yo en atender a todo. A las doce

1 En todas las ediciones (menos en la de Bruselas, 1660) comienza aquí el «Libro segundo de la Vida del Buscón», con nueva numeración de los capítulos. Como esa división no responde a motivos internos, ya que el relato sigue perfectamente unido; ni a simetría, porque el libro primero tiene trece capítulos y el segundo diez, he mantenido el orden de capítulos que trae el manuscrito.

8 *buscar*, en el sentido que hoy se da vulgarmente a «buscarse la vida». El *Dicc. Acad.* da la acepción germanesca de 'hurtar', que no trae Juan Hidalgo en su *Vocabulario* (de Cristóbal de Chaves, según Rodríguez Marín), y que sólo debe basarse en este pasaje de nuestro texto, no muy bien entendido. De este sentido de *buscar*, sale *buscón* 'caballero de industria'.

y media entró por la puerta una estantigua vestida de bayeta hasta los pies, más raída que su vergüenza. Habláronse los dos en germanía, de lo cual resultó darme un abrazo y ofrecérseme. Hablamos un rato, y sacó un guante con diez y seis reales, y una carta, con la cual (diciendo que era licencia para pedir para una pobre) los había allegado; y habiendo vaciado el guante, sacó el otro, y doblólos a usanza de médico. Yo le pregunté que por qué no se los ponía, y dijo que por ser entrambos de una mano, que era treta para tener guantes.

1 *estantigua*, según el *Dic. Acad.*, sería en este caso 'persona muy alta y seca, mal vestida'. Más exactamente es 'fantasma o espantajo'; describiendo a una mula dice Cervantes: «Nunca a medroso pareció estantigua | mayor, ni menos buena para carga, | grande en los huesos, y en la fuerza exigua». (*Viaje del Parnaso*, I.) «Fué un coco, una estantigua, un espantajo de todos los vasallos del gran duque de Moscovia» (Salas Barbadillo, *El curioso y sabio Alejandro*, Rivad., XXXIII, 5 *b*). Hoy esta palabra tiene el vago sentido de 'facha o esperpento'; pero antes significó 'procesión de demonios que iban por los aires': «estantiguas llama el vulgo español a semejantes apariencias o fantasmas que el vaho de la tierra forma en el aire bajo, como se ven en el alto las nubes formadas en varias figuras y semejanzas». (Mendoza, *Guerra de Granada*, libro III; v. Menéndez Pidal, *Rev. Hisp.*, 1900, p. 5, y mi libro *Lengua, enseñanza y literatura*, p. 90.

3 *germanía*, 'jerga usada por pícaros y germanes'. (V. Salillas, *El delincuente español*, pág. 79 y sig., y el excelente estudio de M. L. Wagner, *Notes sur l'argot barcelonais*, Barcelona, 1924.)

9 Comp.: «Si quieres ser famoso médico, lo primero linda mula, sortijón de esmeralda en el pulgar, guantes doblados, ropilla larga; y en verano, sombrerazo de tafetán. Y en teniendo esto, aunque no hayas visto libro, curas y eres doctor; y si andas a pie, aunque seas Galeno, eres platicante». (*Libro de todas las cosas*, Rivad., XXIII, 481 *a*.)

A todo esto noté que no se desarrebozaba, y pregunté (como nuevo), para saber la causa de estar siempre devanado en la capa; a lo cual respondió: «Hijo, tengo en las espaldas una gatera, acompañada de un remiendo de lanilla y de una mancha de aceite; este pedazo de rebozo la cubre, y así se puede andar.» Desarrebozóse, y hallé que debajo de la sotana traía gran bulto; yo pensé que eran calzas, porque era a modo de ellas, cuando él, para entrarse a espulgar, se arremangó, y vi que eran dos rodajas de cartón, que traía atadas a la cintura y encajadas en los muslos, de suerte que hacían apariencia debajo del luto, porque el tal no traía camisa ni gregüescos; que apenas tenía que espulgar, según andaba desnudo. Entró al espulgadero, y volvió una tablilla—como la que ponen en las sacristías—que decía: «Espulgador hay», porque no entrase otro. Grandes gracias di a Dios, viendo cuánto dió a los hombres en darles industria, ya que les quitase la riqueza.

3 *devanado*, V. pág. 142 n 12.

13 El traje de luto consistía en llevar capuz, «una capa cerrada larga que hoy traen algunos por luto». (Covarrubias.) En *El mundo por de dentro* (Rivad., XXIII, 327 *b*) con motivo de la descripción de un entierro, se dice del traje de un viudo: «Detrás seguía larga procesión de amigos que acompañaban en la tristeza y luto al viudo, que, anegado en capuz de bayeta y devanado en una chía, perdido el rostro en la falda de su sombrero, de suerte que no se le podían hallar los ojos...» El luto sufrió bastantes cambios. Las viudas llevaban tocas blancas.

16 La tablilla de la puerta del espulgadero se parecía a las que ponen en las sacristías que dicen: «Hoy se saca ánima», etc.

—«Yo (dijo mi buen amigo) vengo del camino con mal de calzas; y así, me habré menester recoger a remendar». Preguntó si había algunos retazos; y la vieja (que recogía trapos dos días en la semana por las calles, como las que tratan en papel, para acomodar incurables cosas de los caballeros) dijo que no, y que por falta de trapos se estaba, quince días había, en la cama, don Lorenzo Iñiguez del Pedroso.

En esto estábamos cuando vino uno con sus botas de camino y su vestido pardo, con un sombrero prendidas las faldas por los dos lados: supo mi venida de los demás, y hablóme con mucho afecto. Quitóse la capa, y traía—mire v. m. quién tal pensara—la ropilla, de paño pardo la delantera, y por detrás de lienzo blanco y los fondos en sudor. No

5 *las que tratan en papel*. V. pág. 161 lín. 4.

8 Z., 1626: *en la cama, de mal de ropilla*. Comp.: «Todos a las bodas van; | yo solo en la cama quedo, | enfermo de mal de ropa, | peligrosísimo enfermo». *(Bibl. And.* II, 259.)

11 El traje de camino no era negro como el de ciudad. Comp.: «Ojos de rua, vestidos de negro: que las niñas de color miran de camino» (*Perinola*, Rivad., XLVIII, 465).

16 De frases como *los fondos en* hay que partir para comprender, la forma en singular *el fondo en*, y luego *fondo en:* «damas, fondo en ángel» (LOPE, *La moza de cántaro);* «bruja, fondo en agorera», TIRSO, *Las amazonas)*, etc. (V. MORLEY, *Modern Languages Notes*, 1917, p. 501).No creo que ofrezca dificultad el sentido; *fondo en* se adverbializó, y significa 'fundamentalmente' 'a base de', etc. V. para el origen de la expresión, «el fondo es en majadero» (ROJAS, *Lo que son mujeres*, Rivad., LIV, 196, *a)*. Creo inexacta la explicación de Perott en *Modern Languages Notes*, 1918, p. 311. El *Dic. Acad.* no recoge esta frase. Quevedo usa *fondos en* como esos otros autores *fondo*

pude tener la risa; y él con gran disimulación dijo: «Haráse a las armas, y no se reirá; yo apostaré que no sabe por qué traigo yo este sombrero con la falda presa arriba».

Yo dije que por galantería y por dar lugar a la vista. «Antes por estorbarla—dijo—; sepa que es porque no tiene toquilla, y que así no lo echan de ver». Y diciendo esto, sacó más de veinte cartas y otros tantos reales, diciendo que no había podido dar aquéllas. Traía cada una un real de porte, y eran hechas por él mismo; ponía la firma de quien le parecía; escribía nuevas, que inventaba, a las personas más honradas; y dábalas en aquel traje, cobrando los portes; y esto hacía cada mes: cosa que me encantó de ver la novedad de la vida.

en: «una fantasma, | fondos en tintero» *(Bibl. Andal.*, III, 129). «Un mancebo | con fondos en tonto» (*ib.*, 202). «Un mulato, | corchete fondos en zurdo» (*ib.*, 265). «Mujer con fondos en fraile» *(ib.*, 293).

2 Comp.: pág. 75, n. 6.

7 *toquilla*, 'cinta o adorno alrededor de la copa del sombrero'

10 A ese género de estafa, alude el autor otras veces: «Introdújeme en caleta, | con cartas de no sé dónde; | o el achaque daba lumbre, | o cobraba dellas portes» *(Vida y milagros de Montilla*, Rivad., LXIX, 105 *b*); es decir: 'entraba en las casas sin ser visto, con cartas fingidas, y aprovechaba la ocasión para robar algo, o las cobraba'. Se dice que el mismo Quevedo fué víctima de una burla de este género (Rivad., XXIII, 453); pero es tal vez una de tantas invenciones en torno a nuestro autor.

13 *honradas*, 'distinguidas'; entregaba las cartas, como diríamos hoy, en «las mejores casas». Falta esta acepción, que es muy frecuente, en el *Dic. Acad.* V. *Rev. de Filol. Españ.*, 1916. p. 45.

14 El no existir el correo como servicio público y regular permitía estos y otros abusos. Dice C. Suárez de Figueroa, en su *Plaza*

Entraron luego otros dos, el uno con una ropilla de paño, larga hasta la mitad del calzón, y su capa de lo mismo, levantado el cuello, por que no se viese el anjeo, que estaba roto. Los valones eran de chamelote, mas no eran más de lo que se descubría, y lo demás de bayeta colorada. Este venía dando voces con el otro, que traía valona y no cuello abierto; y un tahalí con frascos por no tener capa; y una

universal de todas ciencias, Madrid, 1615: «Tampoco los señores correos se hallan faltos de vicios y defetos; porque sin la infidelidad que reina en muchos en abrir cartas ajenas, en descubrir sus sellos, en revelar secretos, son también inventores de mil embelecos, rompiendo las maletas, y fingiendo haber sido desvalijados en pasos peligrosos» (f.° 198).

2 El ms.: *ropilla negra*.

4 *anjeo*, 'tela de estopa o lino basto, de la que se hacían cuellos' (v. QUEVEDO, *Bibl. Andal.*, II, 323). Se traía de Anjou, llamado antes *Angeo* («duque de Angeos», PÉREZ PASTOR, *Imprenta en Toledo*, 59).

4 *valones* 'género de zaragüelles o de gregüescos, al uso de los valones' (Covarrubias). Comp. «Quedó en valones y en jubón de camuza» (*Quijote*, II, 18). Para nuestro texto son sinónimos, calzones y valones.

5 *chamelote:* era tejido de seda, muy estimado, que hacía visos: «Vino con aguas, como chamelotes» (*Rivad.*, XXIII, 475 *b*), v. el *Dicc. Autoridades*.

7 Para la diferencia entre valona y cuello abierto o apanalado, v. pág. 162 n. 20. La valona era prenda modesta, y la usaba don Quijote: «el cuello era valona a lo estudiantil, sin almidón y sin randas». (II, 18). No hay que confundir esta valona sencilla con la plana, acartonada y azulada (golilla), que se usa al suprimirse los cuellos abiertos en 1623. Comp.: «Casi todos andaban ya con platillos y valonas al uso y azules, con que parecían sus cabezas y caras imágenes de milagro, presentadas en un plato azul» (*Casa de locos de amor*, Rivad., XXIII, 354 *b*, nota).

muleta, con una pierna liada en trapajos, por no tener más de una calza. Hacíase soldado, y habíalo sido, pero malo y en partes quietas; contaba estraños servicios suyos, y a título de soldado entraba en cualquiera parte. Decía el de la ropilla y casi gregüescos:

«La mitad me debéis por lo menos, o mucha parte; y si no me la dais, juro a Dios...

—No jure a Dios—dijo el otro—, que en llegando a casa no soy cojo, y os daré con esta muleta mil palos».

No daréis, si daréis, y en los mentises acostumbrados, arremetió el uno al otro, y asiéndose, se salieron con los pedazos de los vestidos en las manos a los primeros estirones. Metímoslo en paz, y preguntamos la causa de la pendencia. Dijo el soldado:

«¿A mí chanzas? No llevaréis ni medio. Han de saber vs. ms. que estando hoy en San Salvador, llegó un niño a este pobrete, y le dijo que si era yo el alférez Juan de Lorenzana, y le dijo que sí, atento a que le vió no sé qué cosa que traía en las manos. Llevómelo, y dijo (nombrándome alférez): «Mire v. m. qué le quiere este niño»; yo, que luego entendí, dije que yo era. Recibí el recado, y con él doce pañizuelos; respondí a su madre, que era quien los inviaba a alguno de aquel nombre. Pídeme agora la mitad; yo antes me haré pedazos que tal dé; todos los han de romper mis narices».

Juzgóse la causa en su favor; sólo se le contradijo el sonarse con ellos, mandándose que los entregase a la vieja para honrar la comunidad, haciendo de ellos unos cuellos y remates de mangas que se viesen y representasen camisa; que el sonarse estaba vedado en la orden, si no era en el aire; y las mas veces sorbimiento; cosa de sustancia y ahorro. Quedó esto así.

Era de ver, llegada la noche, cómo nos acostamos en dos camas, tan juntos, que parecíamos herramienta de estuche. Pasóse la cena de claro en claro; no se desnudaron los más, que con estarse como andaban de día, cumplieron con el precepto de domir en cueros.

CAPITULO XV

EN QUE SE PROSIGUE LA MATERIA COMENZADA, Y OTROS RAROS SUCESOS.

Amaneció el Señor, y pusímonos todos en arma. Ya estaba yo tan hallado con ellos, como si todos fuéramos hermanos—que esta facilidad y dulzura se halla siempre en las cosas malas. Era de ver a uno ponerse la camisa de doce veces, dividida en otros tantos trapos, diciendo una oración a cada uno, como sacerdote que se viste; a cuál se le perdía una pierna en los callejones de las calzas, y la venía a hallar asomada donde menos convenía; otro pedía guía para ponerse el jubón, y en media hora no se podía averiguar con él.

Acabado esto, que no fué poco de ver, todos empuñaron agujas y hilo para hacer un punteado,

1 Al llegar aquí, el copista de nuestro manuscrito se cansó de escribir el título del capítulo; pone sólo *En que prosigue* en éste y en el capítulo siguiente; luego, nada. Hemos conservado los epígrafes de Z., 1626.

con extrañas posturas, remendándose por cien mil partes; y la vieja les iba dando los materiales, trapos y arrapiezos de diferentes colores, los cuales había traído el soldado. Acabóse la hora del remedio—que así la llamaban ellos—, y fuéronse miran-

1 Es muy importante la ampliación de Z., 1626: «Todos empuñaron aguja y hilo para hacer un punteado en un rasgado y otro. Cuál, para culcusirse debajo del brazo, estirándole se hacía L; uno, hincado de rodillas, remedaba [*quizá* remedando] un 5 de guarismo, socorría a los cañones ['pliegues abullonados de las calzas']; otro, por plegar las entrepiernas, metiendo la cabeza entre ellas, se hacía un ovillo. No pintó tan extrañas posturas Bosco como yo ví».

Bosco: Jerónimo van Aken (1459-1516), pintor holandés, nacido en Bois le Duc, de donde su sobrenombre de «el Bosco». Hay cuadros suyos en El Escorial y en el Prado. Dice el P. José de Sigüenza en su *Historia de la orden de San Jerónimo*, 1605, edic. NBAAEE, páginas 557 y 636: «Jerónimo Bosque, extraño hombre en la pintura... hizo una pintura como de burla, macarrónica, poniendo en medio de aquellas burlas muchos primores y extrañezas, así en la invención como en la ejecución y pintura, descubriendo algunas veces cómo valía en aquel arte... Los demás procuraron pintar al hombre cual parece por de fuera, éste sólo se atrevió a pintarle cual es dentro». Quevedo vuelve a citarlo en *El alguacil alguacilado*: «poco ha que fué Jerónimo Bosco allá, y preguntándole por qué había hecho tantos guisados de nosotros [de los demonios] en sus sueños, dijo: «Porque no había creído nunca que había demonios de veras» (*Rivad.*, XXII, 305). En la Introducción hemos hablado de la influencia de este pintor en el arte de Quevedo.

4 Z., 1626, *remiendo*, que debe ser error, porque entonces no tendría sentido lo de «así la llamaban ellos».

do unos a otros por si quedaba algo mal parado. Determinaron de irse fuera; yo dije que antes trazasen mi vestido, porque yo quería gastar mis cien reales en uno, y quitarme la sotana. «Eso no—dijeron ellos—; el dinero se dé al depósito, y vistámosle de lo reservado; y señalémosle luego su diócesi en el pueblo, adonde él solo busque y apolille».

Parecióme bien: deposité el dinero, y en un instante, de la sotanilla me hicieron ropilla de luto, de paño; y acortando el ferreruelo, quedó bueno; y lo que sobró, trocaron a un sombrero viejo reteñido; pusiéronle por toquilla unos algodones de tintero muy bien puestos. El cuello y los valones me quitaron, y en su lugar me pusieron unas calzas atacadas, con cuchilladas no más que por delante, porque lados y traseras eran de unas gamuzas. Las medias calzas de seda aún no eran medias, porque no llegaban más de cuatro dedos más abajo de la rodilla, los cuales cuatro dedos cubría una bota justa sobre la media colorada que yo traía. El cuello estaba abierto todo, de puro roto; pusiéronmele, y dijeron:

11 *trocar* se construía con *a*: «Tu vida me han trocado a cien doblones» (Lope, *Perro del hortelano*, Rivad., XXIV, 357 *c*). «Yo he trocado los paveses | a aqueste pobre vestido» (Rojas Zorrilla, *Santa Isabel*, Rivad., LIV, 255 *a*). Influyen aquí construcciones del tipo de «a dinero», «pagar a dinero» (*Quijote*, II, 4); «trocar a dinero» (Alarcón, *Rivad.*, XX, 35). Estos dos últimos ejemplos son de Cuervo. *Diccionario*, I, 24 *a*.

14 «*Atacar*, atar las calzas al jubón con las agujetas». (Covarrubias).

21 *abierto*: hay juego de palabras; v. pág. 170, n. 7.

«El cuello está trabajoso por detrás y por los lados. Si mirare uno a v. m., vuélvase con él de rostro, como la flor del sol con el sol; si fueren dos y miraren por los lados, saque pies; y para los de atrás, traiga siempre el sombrero caído sobre el cogote, de suerte que la falda cubra el cuello y descubra toda la frente; y al que preguntare que por qué anda así, respóndale que porque puede andar con su cara descubierta por todo el mundo».

Diéronme una caja con hilo negro y blanco, seda, cordel, agujas, dedal; paño, lienzo, raso y otros retacillos, y un cuchillo; pusiéronme una esquela en la pretina, yesca y eslabón en una bolsa de cuero, diciendo: «Con esta caja puede ir por todo el mundo, sin haber menester amigos ni deudos: en ésta se encierran todos nuestros remedios; tómela y guárdela». Señaláronme por cuartel, para buscar mi vida, el de San Luis; y así empecé mi jornada, saliendo de casa con los otros; aunque por ser nuevo, me dieron (para empezar la estafa, como a misacantano) por padrino al mismo que me trajo y convirtió.

Salimos de casa con paso tardo, los rosarios en la mano; tomamos el camino para mi barrio señalado. A todos hacíamos cortesías; a los hombres quitábamos el sombrero, deseando hacer lo mismo con sus capas; a las mujeres hacíamos reverencias, que se

20 El ms., *estafeta*, lección sin duda errónea.

huelgan con ellas. A uno decía mi buen ayo: «Mañana me traen dineros»; a otro: «Aguárdeme v. m. un día, que me trae en palabras el banco». Cuál le pedía la capa, cuál la pretina: por donde conocí que era tan amigo de sus amigos, que no tenía cosa suya. Andábamos haciendo culebra de una acera a otra, por no topar con casas de deudores. Ya le pedía uno el alquiler de la casa, otro el de la espada, otro el de las sábanas y camisas: de manera que eché de ver que era caballero de alquiler, como mula. Sucedió, pues, que vió desde lejos un hombre que le sacaba los ojos—según dijo—por una deuda; y porque no le conociese, soltó de detrás de las orejas el cabello, que traía recogido, y quedó nazareno, entre Verónica y caballero lanudo; plantóse un parche en un ojo, y púsose a hablar italiano conmigo. Esto pudo hacer mientras el otro venía, que aún no le había visto, por estar ocupado hablando a una vieja; y digo de verdad que vi al hombre dar vueltas alrededor, como perro que se quiere echar; hacíase más cruces que un ensalmador, y fuése diciendo: «¡Jesús, Jesús! Quien bueyes ha perdido, cencerros se le antojan»; yo, muriéndome de risa de ver la figura de mi amigo. Entróse en un portal a recoger la melena y el parche, y dijo: «Estos son los adrezos

1 Z. 1626, añade, después de *ellas*: *y las paternidades mucho más.*
12 Z., 1626 añade después de *deuda*: *mas no podía el dinero.*
23 *yo, muriéndome*, 'yo me fuí muriéndome'.

de negar deudas. Aprended, hermano, que veréis mil cosas de estas en el pueblo».

Pasamos adelante, y en una esquina, por ser de mañana, tomamos dos tajadas de letuario, y agua ardiente, de una picarona que nos las dió de gracia; y después de dar a mi adiestrador el bienvenido, díjome: «Con esto vaya el hombre descuidado de comer hoy; y por lo menos esto no puede faltar». Afligíme yo, considerando que aún teníamos en duda la comida; y repliqué por parte de mi estómago. A lo cual respondió:

«Poca fe tienes con la religión y orden de los caninos; no falta el Señor a los cuervos ni a los grajos, ni aun a los escribanos, ¿y había de faltar a los traspillados? Poco estómago tienes.

—Es verdad —dije—, pero temo mucho tener menos y nada en él».

En esto estábamos, cuando dió un reloj las doce; y como yo era nuevo en el trato, no les cayó en

4 *letuario.* Era no sólo una preparación farmaceútica (como dice el *Dic. Acad.*), sino además y en este caso, fruta confitada. Los judíos de Marruecos hacen todavía letuario de naranja, berenjena, etc. Ya en la Edad Media significaba esto, según digo en *Rev. de Filología*, 1922, p. 273, El pregón del letuario y el aguardiente a la mañana, era rasgo típico de Madrid. Describiendo Lope de Vega el amanecer dice: «La mula el médico ensilla, | da la purga el boticario, | pregónase el lectuario, | huele a tocino el bodego» (*Justa poética de San Isidro*, en nuestra edición *Jardinillos de San Isidro*, 1918, p. 59). V. también LOPE, *Pedro Carbonero*, ed. Acad., XI, 143.

13 *canino*: v. pág. 157 n. 12.

15 *traspillado:* v. pág. 157 n. 12.

gracia a mis tripas el letuario; y tenía hambre como si tal no hubiera comido. Renovada, pues, la memoria con la hora, volvíme al amigo y dije:

«Hermano, este de la hambre es recio noviciado. Estaba un hombre hecho a comer más que un sabañón, y hanme metido a vigilias. Si vos no lo sentís, no es mucho, que criado con hambre desde niño —como el otro rey con ponzoña—, os sustentáis ya con ella. No os veo hacer diligencia vehemente por mascar; y así yo determino de hacer lo que pudiere.

—¡Cuerpo de Dios—replicó—con vos! Pues dan agora las doce, ¿y tanta prisa? Tenéis muy puntuales ganas y ejecutivas, y han menester llevar en paciencia algunas pagas atrasadas. ¡No sino comer todo el día! ¿Qué más hacen los animales? No se escribe que jamás caballero nuestro haya tenido cá-

1 En lugar de *letuario*, el ms. trae *alcotín*, palabra que no conozco, y que supongo una errata.

5 *un hombre* en el sentido indefinido de 'uno'.

8 *el otro*, 'aquél, el consabido', sentido que no registran las gramáticas; comp.: «el otro que nos vendió el rocín» (*Picara Justina*, ed. Puyol, I, 154). En la lengua familiar se usa mucho: «el otro día», «ya salió el otro con su tema». En estos casos, «otro» deja de ser indefinido, no se opone a «uno», y es un mero demostrativo, por causa del artículo.

8 Se cuenta que Mitridates, rey del Ponto (123-63 a. C.), se familiarizó con los venenos más violentos, para inmunizarse contra su efecto.

17 Parece que hay en esta frase reminiscencia de otras del *Quijote*: «no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de

maras; que antes, de puro mal proveídos, no nos proveemos. Ya os he dicho que a nadie falta Dios; y si tanta priesa tenéis, yo me voy a la sopa de San Jerónimo, adonde hay aquéllos frailes de leche como capones, y allí haré el buche. Si vos queréis seguirme, venid; y si no, cada uno a sus aventuras.

—Adiós—dije yo,—que no son tan cortas mis faltas, que se hayan de suplir con sobras de otros; cada uno eche por su calle».

Mi amigo iba pisando tieso, y mirándose a los pies; sacó unas migajas de pan (que traía para el efecto siempre en una cajuela), y derramóselas por la barba y vestido: de suerte que parecía haber comido. Ya yo iba escarbando a ratos los dientes, limpiándome los bigotes, limpiándome las migajas con la capa, de manera que cuantos me veían, me juzgaban por comido; y si fuera de piojos, no erraran.

Iba yo fiado en mis escudillos de oro, aunque me remordía la conciencia comer a su costa, quien vive

los caballeros andantes que ninguno las hubiese traído. A esto dijo el ventero, que, puesto caso que en las historias no se escribía», etcétera (I, 3).

4 *frailes de leche*, es decir, gordos como capones de leche. Comp.: «D. Tello, mi señor, pide | un capón de leche asado | y unas guindas en conserva» (LOPE, *Vargas de Castilla*, ed. Acad., X, 308).

11 Recuérdese, para las migas en la barba, al escudero del *Lazarillo*, antecedente de éste, como de los demás hidalgos hambrientos de nuestra literatura y el don Mendo de *El Alcalde de Zalamea*, entre otros.

15 Z., 1626, da mucho mejor texto; véanse las variantes finales.

de tripas horras: yo me iba determinando a quebrar el ayuno. Llegué con esto a la esquina de la calle de San Luis, donde vivía un pastelero; asomábase uno de a ocho tostado, y con aquel resuello del horno tropezóme las narices; y al instante me quedé (del modo que andaba) como el perro perdiguero con el aliento de la caza; puestos en él los ojos, le miré con tanto ahinco, que se secó el pastel como un niño aojado. Allí es de contemplar las trazas que yo daba para hurtarle; resolvíame otras veces a pagarlo. En esto me dió la una; angustiéme de manera, que me determiné a meterme en un bodegón de los que están por allí. Yo, que iba haciendo punta en uno, Dios que lo quiso, topo con un licenciado Flechilla, amigo mío, que venía haldeando por la calle abajo, con más barros que la cara de un sangui-

1 *horras* 'libres, que hacen lo que quieren, comer o ayunar'.

4 *ocho* maravedís.

13 *hacer punta*, propiamente es 'volar el halcón en diversas direcciones, subiendo y bajando, antes de lanzarse sobre la presa': «Y quizá vamos tomando puntas [dice don Quijote sobre Clavileño], y subiendo en alto, para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre o neblí sobre la garza, para cogerla, por más que se remonte».—«Haciendo tan alta punta los dos halcones, salvando a Guadalcázar, que dieron sobre el rollo de Ecija» *(Diablo Cojuelo*, tranco VI). «Aunque vuela a otra parte, es hacer punta: | el volverá a la garza, y lo hará llano» (TIRSO, *Marta la Piadosa*, Rivad., V, 458 *c*). Comp. SUÁREZ DE FIGUEROA, *Pasajero*, ed. Renacimiento, pág. 203. El *Dic. Acad.* ignora esta acepción.

21 *barro*: al mismo tiempo 'salpicaduras de lodo' y 'grano de la cara'.

no, y tantos rabos como un chirrión con sotana; arremetió a mí en viéndome (que, según estaba, fué mucho conocerme); yo le abracé; preguntóme cómo estaba; dije luego:

«¡Ah señor licenciado, qué de cosas tengo que contalle! Sólo me pesa, de que me tengo de ir esta noche, y no habrá lugar.

—De eso me pesa a mí—replicó—, y si no fuera por ser tarde, con priesa por comer, me detuviera más, porque me aguarda una hermana casada y su marido.

—¿Que aquí está mi señora doña Ana? Aunque lo deje todo, vamos; que quiero hacer lo que estoy obligado».

Abrí los ojos oyendo que no había comido; fuíme con él, y empecéle a contar que una mujercilla—que él había querido mucho en Alcalá—, sabía yo dónde estaba, y que le podía yo dar entrada en su casa. Pegósele al alma luego el envite, que fué industria tratarle de cosas de su gusto. Llegamos tratando en ello hasta su casa; entramos, y yo me ofrecí mucho a su cuñado y hermana; y ellos, no persuadiéndose a otra cosa sino a que yo venía convidado, por venir

1 *rabos*: 'las salpicaduras del lodo en las ropas largas' (Covarrubias). «Ocupadas en mirar no hiciesen rabos los mantos, que era invierno» (*Pícara Justina*, ed. Puyol, p. I, 119).

Chirrión 'carreta cuyas ruedas chirrían'. «Hecho chirrión de tu casa, | la mudas y la trasiegas», se dice de un caracol en *Rivad.*, LXIX, 216.

23 todas las ediciones traen *con cuidado*, error manifiesto, en vez de *convidado*.

a tal hora, comenzaron a decir que si supieran que habían de tener tal huésped, que hubieran prevenido algo. Yo cogí la ocasión y convidéme, diciendo que yo era de casa y amigo viejo, y que se me hiciera agravio en tratarme con cumplimiento. Sentáronse y sentéme; y porque el otro lo llevase mejor (que ni me había convidado, ni pasádole por la imaginación), de rato en rato le pegaba yo con la mozuela, diciéndole algo entre dientes de que me había preguntado por él y otras mentiras; con lo cual llevaba mejor el verme engullir, porque tal destrozo como yo hice en el ante, no le hiciera una bala en el de un coleto. Vino la olla, y comímela en dos bocados casi toda, sin malicia; pero con priesa tan fiera, que parecía que aun en los dientes no la tenía bien segura. Dios es mi padre, que no come un cuerpo

3 Pensaría aquella familia, que había acontecido como con «los muy amigos, que sin prevención, dadas las doce, dice el uno al otro: Veníos a comer conmigo». (J. Rufo, *Apotegmas*, 1596; ed. Bibl. Esp., p. 42.)

12 *ante:* «el principio o principios que se sirven en la comida, como en el pupilaje está obligado el bachiller de pupilos a dar, fuera de la porción de carne, su ante y pos» (Covarrubias).—El *ante* solía consistir en frutas: «Llegó un plato de fruta, del ante» (*Quij.*, II, 47). «Aquel ante, vilísimo, mezquino, | de las pasas y almendras» (Quevedo, *Bibl. Andal.*, III, 99). La palabra es tal vez un italianismo; Torres Naharro habla del *ante pasto* y el *pospasto* (*Propaladia*, I, 8). Por llamarse «principio» lo que se comía fuera del plato fundamental (olla o cocido), se denominó también así aunque se comiera después. En Méjico llámase *ante* a una clase de postre, por análoga razón.—Hay juego de palabras entre *ante*, en la significación dicha, y la «piel de ante» de un coleto.

más presto el montón de la Antigua de Valladolid— que lo deshace en veinticuatro horas —, que yo despaché el ordinario, pues fué con más priesa que un extraordinario el correo. Ellos bien debieron de notar los fieros tragos de caldo y el modo de agotar la escudilla, la persecución de los huesos y el destrozo de la carne; y, si va a decir verdad, entre burla y juego empedré la faltriquera de mendrugos. Levantóse la mesa, y levantámonos el licenciado y yo a hablar en la ida a casa de la dicha, y se lo facilité mucho; y estando hablando con él a una ventana, hice que me llamaban de la calle, y dije: «¿A mí, señora? Ya bajo». Pedí licencia, y dije que luego volvería; quedóme aguardando hasta hoy, porque desparecí por lo del pan comido y la compañía deshecha. Topóme otras muchas veces, y disculpéme con él, diciéndole mil embustes, que no importan para el caso.

Fuíme por esas calles de Dios; llegué a la puerta

1 *montón de la Antigua de Valladolid.* Era fama entre el vulgo que la tierra del cementerio de la iglesia de Nuestra Señora de la Antigua había sido traída por los cruzados del Campo Damasceno, y que consumía rápidamente los cadáveres. V. F. PINHEIRO DA VEIGA, *Fastiginia*, p. 327, y N. ALONSO CORTÉS, *Rev. Hispan.*, 1918, página 30.

3 *ordinario*, 'el gasto que uno tiene para su casa cada día' (Covarrubias).

19 *la puerta de Guadalajara* estaba en la calle Mayor, junto a la de Platerías. Era lugar de muchas tiendas y punto de reunión para los ociosos: «Las mañanas se le pasan en oir misa y en estarse en la puerta de Guadalajara murmurando, sabiendo nuevas, diciendo y escuchando mentiras». (CERVANTES, *El Juez de los divorcios.*)

de Guadalajara, y sentéme en un banco de los que tienen en sus tiendas los mercaderes. Quiso Dios que llegaron a la tienda dos, de las que piden prestado sobre sus caras, tapadas de medio ojo, con su vieja y pajecillo. Preguntaron si había algún terciopelo de labor extraordinaria; yo empecé luego, por trabar conversación, a juzgar del vocablo terciopelado, pelo. apelo, y por pelo, y no dejé hueso sano a la razón. Sentí que les había dado mi libertad algún seguro de algo de la tienda; y yo, como quien no aventuraba a perder nada, ofrecílas lo que quisiesen. Regateaban, diciendo que no tomaban de quien no conocían. Yo me aproveché de la ocasión, diciendo que había sido atrevimiento ofrecerles nada, pero que me hiciesen merced de aceptar unas telas que me habían traído de Milán, que a la noche llevaría un paje (que les dije que era mío, por estar enfrente aguardando a su amo, que estaba en otra tienda, por lo cual estaba descaperuzado)

8 Comp. *Perinola* (Rivad. XLVIII, 470 *a*): «Me acuerdo de haber leido en una comedia del Sastre de Toledo, esta copla al pelo de una dama: «Si de aquese *pelo apelo* | *pelícano*, vendré a ser | la piel del diablo, Riselo; | y pues tercio en tu querer, | quiero ser tu *terciopelo*». De este popular sastre habla Suárez de Figueroa en *El Pasajero*, 1617 (alivio III): «Sastre conocí que entre diversas representaciones que compuso, duraron algunas quince o veinte días. Ese fué el que llamaron de Toledo: sin saber leer ni escribir, iba haciendo coplas hasta por la calle, pidiendo a boticarios, y a otros donde había tintero y pluma, se las notasen en papelitos».

10 *seguro*, 'seguridad, confianza'.

12 *regateaban*, 'rehusaban'.

Y para que me tuviesen por hombre de partes y conocido, no hacía sino quitar el sombrero a todos los oidores y caballeros que pasaban, sin conocer a ninguno, como si los tratara familiarmente. Ellas se regocijaron con esto, y aun se cegaron con unos cien escudos en oro que yo saqué de los que traía, con achaque de dar limosna a un pobre que me la pidió, delante de ellas. Parecióles irse, por ser ya tarde; y así me pidieron licencia, advirtiéndome con el secreto que había de ir el paje. Yo las pedí, por favor y como en gracia, un rosario engarzado en oro que llevaba la más bonita, en prenda de que las había de ver a otro día sin falta. Regatearon dármele; yo les ofrecí en prenda los cien escudos; dijéronme su casa, con intento de estafarme en más; se fiaron de mí, y preguntáronme la posada, diciendo que no podía entrar paje en la suya a todas horas, por ser gente principal. Yo las llevé por la calle Mayor, y al entrar por la de las Carretas, escogí la casa más grande y mejor que me pareció; tenía un coche sin caballos a la puerta; díjeles que aquélla era, y que allí estaba el coche y el dueño para servirlas. Llaméme don Alvaro de Córdoba, y entréme por la

1 *partes*, 'buenas prendas'.

6 El escudo de oro valía 11 reales de la época, de valor muy vario; había monedas hasta de cuatro escudos. Pablos había cobrado de su tío el verdugo, 300 ducados o escudos.

16 *posada* significaba, en general, la casa o morada. Comp.: «Vivía en lo alto de una casa cierta señora principal... y en cuarto bajo de la misma posada, una pública ramera» (J. Rufo, *Apotegmas*, ed. Bibl. Esp., p. 20).

puerta delante de sus ojos. Y acuérdome que cuando salimos de la tienda, llamé uno de los pajes (con grande autoridad) con la mano; hice que les decía que se quedasen todos y me aguardasen allí, que así dije yo que lo había dicho; y la verdad fué que le pregunté si era criado del comendador mi tío. Dijo que no; y con tanto, acomodé los criados ajenos como buen caballero.

Llegó la noche obscura, y recogímonos a casa todos. Entré y hallé al soldado de los trapos con una hacha de cera que le dieron para acompañar un difunto, y se vino con ella. Llamábase éste Marguso, natural de Olías; había salido capitán en una comedia, y combatido con moros en una danza. A los de Flandes decía, que había estado en la China; y a los de la China, en Flandes. Trataba de formar un campo, y nunca supo sino espulgarse en él; nombraba castillos, y apenas los había visto en los ochavos. Celebraba mucho la memoria del señor don Juan, y oíle decir muchas veces de Luis Quijada que había sido honrado amigo. Nombraba turcos, galeones y capitanes, todos los que había leído en unas

13 Probablemente, *Olías del Rey* (Toledo) y no *Olías* (Málaga).

20 Luis Méndez de Quijada, de quien pretendía haber sido «amigo» el bueno de Marguso, fué ayo de don Juan de Austria, y desempeñó cargos importantes cerca del Emperador. Murió en 1570 en la guerra contra los moriscos de Granada. Escribía don Juan de Austria a Felipe II, informando de su muerte: «Sin él yo me hallo agora tan sólo y necesitado de otra persona a quien acudamos los que aprendemos, cuanto V. M. puede considerar». (*Colección de documentos inéditos para la historia de España*, XXVIII, 54.)

coplas que andan desto; y como él no sabía nada de mar—porque no tenía de naval más que el comer nabos—, dijo, contando la batalla que había vencido el señor don Juan en Lepanto, que aquel Lepanto era un moro muy bravo: no sabía el pobrete que era nombre del mar. Pasábamos con él lindos ratos.

Entró luego mi compañero, deshechas las narices y toda la cabeza entrapajada, lleno de sangre y muy sucio. Preguntámosle la causa, y dijo que había ido a la sopa de San Jerónimo, y que pidió ración doblada, diciendo que era para unas personas honradas y pobres. Quitáronselo a los otros mendigos para dársela, y ellos siguiéronle, y vieron que en un rincón detrás de la puerta estaba sorbiendo con gran valor; y sobre si era bien engañar por engullir y quitarlo a los otros para sí, se levantaron voces, y tras ellas palos, y tras los palos chichones y tolondrones en su pobre cabeza. Embistiéronle con los jarros, y el daño de las narices se le hizo uno con una escudilla de palo, que se la dió a oler con más priesa que convenía. Quitáronle la espada; salió a las voces el portero, y aun no los podía meter en paz. En fin: se vió en tanto peligro el pobre, que decía: «Yo volveré lo que he comido»; y aun no bastaba, porque ya no reparaban sino en que pedía para otros, y no se preciaba de la sopa.

—¡Miren el todo trapos como muñeca de niñas, más triste que pastelería en Cuaresma, con más agu-

jeros que una flauta y más remiendos que una pía y más manchas que un jaspe y más puntos que un libro de música—decía un estudiante destos de la capacha, gorronazo—, que hay hombre en la sopa del bendito santo, que puede ser obispo, y se afrenta un

1 *pía*, 'jaca o yegua de piel manchada como a remiendos, sobre fondo blanco'.

3 *capacha*, como dice el *Dicc. Aut.*, «se llama en Andalucía una esportica manual hecha de palma». La *capacha* servía para designar además a la Orden de San Juan de Dios; sus religiosos eran los hermanos de la capacha: «Dos perros que andan de noche con los Hermanos de la Capacha cuando piden limosna» (CERVANTES, *Casamiento engañoso*). «Dame tu que se te incline, | aunque más hermanos tenga, | que hay en la Capacha» (LOPE, *El mayor imposible*, Rivad. XXXIV, 468). No me parece que en nuestro texto aluda a estos hermanos de San Juan de Dios, sino sencillamente a estudiantes pobres, provistos de la capacha de pedir limosna. Pobres (no sé si de San Juan de Dios) eran los que llevaban al muerto en el *Mundo por de dentro*: «Seguíanse doce galloferos, hipócritas de la pobreza, con doce hachas, acompañando el cuerpo y abrigando a los de la Capacha, que, hombreando, testificaban el peso de la difunta». (Rivad., XXIII, 327 *b*). Pero quedan aún oscuridades en lo de la *capacha*, como en tantos vocablos quevedescos: «*Emperador*. Antes voy a ser sin tacha | hermano de la Capacha | del nieto de Celestina» (*Entremés de la infanta Palancona*, Rivad., LXIX, 518 *b*); variante: «Antes voy a ser garnacha, | o niño de la doctrina, | o hermano de la capacha», 558 *b*). «Dicen que habiendo de ser | los que os rondan sacristanes, | la Capacha y la Doctrina, | andáis sonsacando amantes» (*Comisión contra las viejas*, Bibl. And., II, 315). «Por la garganta y el pecho | se ve, cuando quiere hablar, | muchos siglos de capacha | en pocos años de edad» (romance a una moza con mal francés, *Rivad.* LXIX, 163 *b*).

El *gorronazo* es el estudiante pobre, de capa y gorra: «Según se hace en una universidad de estos reinos, que en poniéndose un muchacho manteo y bonete se llama señor, y se sirve de los que traen capa y gorra, mejores que él, más sabios» (MAL LARA, *Filosofía vulgar*, IX, 84).

don Peluche de comer! Graduado estoy de bachiller en artes por Siguenza». Metióse el portero de por medio, viendo que un vejezuelo que allí estaba decía que, aunque acudía al brodio, era descendiente del Gran Capitán.

Aquí lo dejo, porque el compañero estaba ya fuera desaprensando los huesos.

1 *Peluche* sería, de la jerga del tiempo, como el actual *pelanas*, *pelado*, etc.,

4 *brodio*: «el caldo con berzas y mendrugos que se da a la portería de los monasterios de los relieves de las mesas» (Covarrubias). Pero este sentido, que aun conserva la mal pergeñada definición del *Dic. Acad.*, no es el más antiguo, ni el fundamental: «No hay quien mejor lo entienda que amas y pupilos de Salamanca; que las amas, por la mayor parte, de la olla que tienen guisada, sacan un puchero, que ellas dicen, aparte, de mejor *brodio* (que así llaman el caldo por allá)» (MAL LARA, *Filosofía vulgar*, 1568, f. 128 *r*). Se trata pues, de un derivado del ital. *brodo* 'caldo', que tomó luego significados secundarios.

CAPÍTULO XVI

EN QUE PROSIGUE LA MISMA MATERIA, HASTA DAR CON TODOS EN LA CÁRCEL

Entró Merlo Díaz, hecha la pretina una sarta de vidrios y búcaros, que pidiendo en los tornos de monjas de beber, con poco temor de Dios, se había quedado con ellos. Mas sacóle de la puja don Lorenzo del Pedroso, el cual entró con una capa muy buena que había trocado en una mesa de trucos a la suya: que no se le cubrirá pelo al que la llevó,

5 V. antes pág. 85 n. 4.

6 *sacar de la puja*, 'dejar chiquito o atrás a alguien'. Comp.: «Hasta topar otra dama | que la saque de la puja» (TIRSO, *Amor médico*, Rivad., V, 396 *a*).

9 *no se le cubrirá pelo*. Esta frase corresponde a las usuales «buen pelo le va a lucir, va a echar buen pelo», etc.; no le luciría pelo al que se llevó la capa, por no tenerlo ésta, estando raída o calva; comp.: «La capa más memoriosa | que se sabe de varón, | pues, calva y vieja, se acuerda | del propio rey que rabió» (*Bibliófilos Andal.* III, 258). En el poema de *Las necedades de Orlando* dice Ferragut, al ver desaparecer a Angélica por los aires: «Si acaso en los infiernos te has sumido, | no se le cubrirá al infierno pelo» (*Bibliófilos Andal.* III, 132). Dice un calvo: «Catalina, una vez que mi mollera | se arremangó, le sucedió, ¿direlo? | Sí, que no se le pudo cubrir pelo» (*Rivad.* LXIX, 131 *b*). Entre las frases coleccionadas en el *Cuento de cuentos* figura ésta (*Rivad.* XVIII, 412 *b*). Hasta ahora ningún editor entendió este pasaje; los impresos antiguos, Fernández Guerra y

por ser desbarbada. Usaba este caballero quitarse la capa, como que quería jugar, y ponerla con las otras; y luego, como que no hacía partido, iba por su capa, y tomaba la que mejor le parecía y salíase. Usábalo en los juegos de argolla y bolos.

Mas todo fué nada para ver entrar a don Cosme, cercado de muchachos con lamparones, cáncer, lepra; heridos y mancos; el cual se había hecho ensalmador con unas santiguaduras que había aprendido, y unas oraciones de una vieja. Ganaba éste por todos, porque si el que venía a curarse no traía bulto debajo de la capa, o no sonaba dinero en la faltriquera, o no piaban algunos pollos e capones, no había lugar. Tenía asolado medio reino; hacía creer cuanto quería, porque no ha nacido tal artífice en el mentir; tanto, que aun por descuido no decía verdad. Hablaba del Niño Jesús; entraba en las casas con *Deo gratias*; decía lo de «el Espíritu Santo sea con todos». Traía todo ajuar de hipócrita: un rosario con unas cuentas frisonas, y al descuido hacía que se le viese por debajo de la capa un trozo de disci-

yo estampamos *no se la cubría pelo*, declarando yo no comprenderlo; Foulchè-Delbosc, en *Rev. Hisp.*, 1917 («Notes sur le Buscón», p. 28 de la tirada aparte), da como enmienda importante *no se la cubriera pelo*, como si él y el lector entendieran lo que eso significa.

5 *argolla*, v. pág. 113 nota 13.

7 V. pág. 79, n. 7.

20 V. pág. 182, n. 1. Véase además este ejemplo: «Era frisona en el cuerpo, | y mayor que un elefante» (QUEVEDO, *Lo que sucedió a una fregona*, ms. Bib. Nac., 10.387, f.° 236).

plina, salpicada con sangre de narices; hacía creer, concomiéndose, que los piojos eran cilicios, y la hambre canina eran ayunos voluntarios; contaba tentaciones; en nombrando al demonio decía: «Dios nos libre y nos guarde»; besaba la tierra al entrar en la iglesia; llamábase indigno; no levantaba los ojos a las mujeres, pero las faldas sí. Con estas cosas traía el pueblo tal, que se encomendaban a él, y era como encomendarse al diablo; porque él era jugador, y lo otro diestro (que llaman por mal nombre fullero). Juraba el nombre de Dios unas veces en vano y otras en vacío. Pues en lo que toca a mujeres, tenía siete hijos, y preñadas dos santeras. Al fin, de los mandamientos de Dios, los que no quebraba, hendía.

Vino Polanco haciendo gran ruido, pidiendo su saco pardo, cruz grande, la barba larga postiza y campanilla. Andaba de noche desta suerte, diciendo:

10 Comp.: «Hay muchos géneros de fulleros: unos son diestros por garrote, y otros por una ida» (*Rivad.*, XXIII, 463 *a*). Z., 1626, en lugar de *diestro*, pone *cierto:* «Los gariteros son los encubridores y sabidores de la flor ['trampa'] de los ciertos, y tienen parte en lo que se gana... Hay en cada cuadrilla tres interlocutores: el primero es el *cierto*, el cual anda siempre con naipes hechos, unos por la barriguilla, otros por la ballestilla, otros por morros y otros por todas partes, para que si el bueno ['el incauto'] no come de uno y se escalda, se le dé con el otro» (*Ibid.*, 462 *b*).

13 v. *Los santeros y santeras manifiestan sus interiores* (Rivad., LXIX, 174 y Bib. And., III, 245), donde describe Quevedo las costumbres de estos fingidos devotos.

«Acordaos de la muerte, y haced bien, hermanos, por las ánimas, etc». Con esto cogía mucha limosna, y entrábase en las casas que veía abiertas; y si no había testigos, robaba cuanto había; y si le topaban, tocaba la campanilla, diciendo: «Acordaos, hermanos, etc.».

Todas estas trazas de hurtar y modos extraordinarios conocí en ellos por espacio de un mes.

Volvamos agora a que les enseñé mi rosario; contéles el cuento; celebraron mucho la traza, y recibióle la vieja con su cuenta y razón para venderle; la cual se iba por las casas diciendo que era de una doncella pobre, y que se deshacía dél para comer; y ya tenía para cada cosa su embuste y su traza. Lloraba la vieja a cada paso; enclavijaba las manos, y suspiraba de lo amargo; llamaba hijos a todos; traía (encima de muy buena camisa, jubón, ropa, sayas y manteo) un saco de sayal roto, de un amigo ermitaño que tenía en las cuestas de Alcalá. Esta gobernaba el hato, aconsejaba y encubría. Quiso, pues, el diablo—que nunca está ocioso en cosas tocantes a sus siervos—, que yendo a vender no sé qué ropa y otras cosillas a una casa, conoció uno no sé qué hacienda suya; trajo un alguacil, y agarróme la vieja, que se llamaba la madre Lepruscas. Confesó

18 *manteo*, 'falda exterior de lana'; aún se llama así por León.
25 Para la falta de *a* ante el objeto directo de persona v. pág. 58, n. 6; y CUERVO, *Diccionario de Construcción*. I, 12 *b*.

luego todo el caso, y dijo de la manera que vivíamos todos, y que éramos caballeros de rapiña.

Dejóla el alguacil en la cárcel; vino a nuestra casa, hallónos en ella a todos. Traía media docena de corchetes—verdugos de a pie—, y dió con todo el colegio buscón en la cárcel, adonde se vió la caballería en gran peligro.

CAPITULO XVII

EN QUE SE DESCRIBE LA CÁRCEL Y LO QUE SUCEDIÓ EN ELLA HASTA SALIR LA VIEJA AZOTADA, LOS COMPAÑEROS A LA VERGÜENZA, Y YO EN FIADO.

Echáronnos, en entrando, a cada uno dos pares de grillos, y sumiéronnos en un calabozo. Yo, que me vi ir allá, aprovechéme del dinero que traia conmigo, y sacando un doblón, díjele al carcelero: «Señor, óigame v. m. en secreto»; y para que lo hiciese, dile escudos como cara: en viéndolos me apartó. «Suplico a v. m.—le dije— que se duela de un hombre de bien». Busquéle sus manos, y como las palmas estaban hechas a llevar semejantes dátiles, cerró con los dichos escudillos, diciendo: «Yo averiguaré la enfermedad, y si no es urgente, bajará al

12 *palmas* de las manos y palmeras.

13 *escudillos*: los que entraban en el doblón. Z., 1626, *los dichos veinte y cuatro*, lo cual supondría que se trataba de medio doblón, de valor de dos escudos, y que estos valían cada uno doce reales, y no once. Comp.: antes pág. 186. Falta aún un estudio preciso del valor de las monedas españolas en cada época.

calabozo». Respondíle humilde. Dejóme fuera, y a los amigos descolgáronlos abajo.

Dejo de contar la risa tan grande que en la cárcel y por las calles había con nosotros; porque, como nos traían atados y a empellones, y unos sin capas y otros con ellas arrastrando, era de ver unos cuerpos pías remendados, y otros aloques de tinto y blanco; y para asir a alguno seguramente, como estaba tan manido el vestido, le agarraba el corchete de las puras carnes, y aun no hallaba de qué asir. Otros iban dejando a los corchetes en las manos los pedazos de ropillas y gregüescos; y al quitar la soga en que veníamos ensartados, se salían pegados los andrajos.

Al fin, diéronme para dormir la sala de los linajes. Diéronme mi camilla. Era de ver a algunos dormir envainados, sin quitarse nada; otros desnudarse de un golpe todo cuanto traían encima; otros jugaban. Y al fin, cerrados, se mató la luz. Olvidamos todos los grillos.

1 En Z., 1626 dice Pab os: «Yo conocí la deshecha», es decir que el carcelero hablaba simuladamente.

9 *manido*, 'ajado, pasado'. Comp.: «Las calzas, que de puro manidas, no pudiendo resistir...» (*Marcos de Obregón*, Rivad., XVIII, 394 *a*.). Esta acepción figura ya en el *Dic. Acad.*; la echábamos de menos en la anterior edición del *Buscón*, p. 186.

15 *sala de los linajes*, 'cámara común, menos molesta que los calabozos' (?). No poseemos una descripción de la cárcel de Madrid, como la que el Ldo. Chaves hizo de la de Sevilla (v. GALLARDO, *Ensayo*, I, 1341), y es difícil descifrar siempre la jerga carcelaria.

Estaba el servicio a mi cabecera, y a la media noche no hacían sino venir presos y soltar presos. Yo, que oí el ruido, al principio—pensando que eran truenos—comencé a santiguarme y a llamar a santa Bárbara; mas viendo que olían mal, eché de ver que no eran truenos de buena casta. Hedía tanto, que pensé morirme. Unos traían cámaras; otros, aposentos. Al fin, yo me vi forzado a decirles que mudasen a otra parte el vidriado; y sobre si «viene muy ancho», o no, tuvimos palabras. Usé de oficio de adelantado (que es mejor serlo de un cachete que de Castilla), y metíle media pretina en la cara. El, por levantarse apriesa, derramó el almidón. Despertó el concurso; asábamonos a pretinazos a escuras; y era tanto el mal olor, que hubieron de levantarse todos. Alzóse el grito; el alcaide, pensando que se le iban algunos vasallos, subió corriendo, armado, con toda su cuadrilla. Abrió la sala, entró luz, informóse del caso. Condenábanme todos; yo me disculpaba con decir que en toda la noche no me habían dejado cerrar los ojos, a puro abrir los suyos. El carcelero, pareciéndole que por no dejarme zabullir en el horado le daría otro doblón, asió

2 Comp.: «Ya sueltan, Juanilla, presos | las cárceles y las nalgas» (QUEVEDO, *Romance burlesco*, Bibl. Andal. III, 303).

7 V. pág 135, n. 17.

9 *viene muy ancho:* probablemente es frase chulesca (que diríamos hoy) que le dicen a Pablos: 'viene exigente, trae humos'; a no ser que se refiera al «vidriado».

23 *horado*, 'calabozo'.

del caso y mandóme bajar allá. Determinéme a consentir, antes que a pellizcar el talego más de lo que estaba. Fuí llevado abajo; recibiéronme con arbórbola y placer los amigos.

Dormí aquella noche algo desabrigado. Amaneció el Señor, y salimos del calabozo. Vímonos las caras, y lo primero que nos fué notificado fué dar para la limpieza—y no de la Virgen sin mancilla—, so pena de culebrazo fino. Yo di luego seis reales; mis compañeros no tuvieron qué dar, y así quedaron remitidos para la noche.

Había en el calabozo un mozo tuerto, alto, bigotado, mohino de cara, cargado de espaldas y de azotes en ellas; traía más hierro que Vizcaya, dos pares de grillos y una cadena de portada. Llamábanle el Jayán; decía que estaba preso por cosas de aire, y así sospechaba yo si era por alguna fuelle o chirimia o abanico. Y preguntándole yo si era por algo desto, respondía que no, que eran cosas de atrás; yo pensé que eran pecados viejos, y averigüé que por puto. Cuando el alcaide le reñía por alguna

3 *arbórbola*, 'albórbolas, gritos de alegría'.

9 *culebrazo*, 'paliza, con correa o cuerdas, que daban en las cárceles y galeras'. V. mi edición de Tirso, en «Clás. Cast.», 1922, p. 276. Añádase este ejemplo: «Muy introducidos hallo | en el calabozo fuerte | los huéspedes, sin habernos | pagado antes la patente. | Que la paguen, o si no, | haya culebra y culebra» (ROJAS ZORRILLA, *Catalán Serrallonga*, Rivad., LIV, 582 *a*).

17 *fuelle*, femenino; el *Dicc. Acad.* sólo da el género masculino, pero aun se dice *las fuelles* en muchos lugares.

travesura, le llamaba botiller del verdugo y depositario general de culpas. Había confesado ya éste, y era tan maldito, que nos obligaba a traer las traseras con carlancas, como mastines, y no había quien se osase ventosear, de miedo de acordarle dónde tenía las asentaderas. Este hacía amistad con uno que llamaban Robledo, y por otro nombre el Trepado. Decía que estaba preso por liberalidades, y he entendido que eran de manos, en pescar lo que topaba. Este había sido más azotado que postillón; ni había verdugo que no hubiese probado la mano en él; la cara, toda acuchillada. Tenía nones las orejas y pegadas las narices, aunque no tan bien como la cuchillada que se las partía. A éstos se llegaron otros cuatro hombres—rapantes como leones de armas—, todos agrillados y condenados al hermano de Rómulo. Decían ellos que presto podrían decir que habían servido a su rey por mar y por tierra. No se podrá creer la notable alegría con que aguardaban su despacho.

omit to here

Todos estos, mohinos de ver que mis compañeros no contribuían, ordenaron a la noche de darlos

1 *botiller*: «el que tiene a su cargo la botillería, la despensa de un señor, y tomó el nombre de las botas o cubetas del vino, aunque haya en ella todo género de vitualla». (Covarrubias.) El alcaide es pues, el despensero del verdugo. El *Dicc. Acad.* dice sólo, que botiller es el «que hace bebidas heladas y el que las vende».

10 *postillón*, es decir 'caballo de postillón'.

15 *rapantes*, de 'rapiña, ladrones'.

17 'a Remo, a galeras'.

culebrazo bravo con una soga dedicada al efecto. Vino la noche; fuímos ahuchados a la postrera faldriquera de la casa; mataron la luz; yo metíme luego debajo de la tarima. Empezaron a silbar dos de ellos, y otro a dar sogazos. Los buenos caballeros (que vieron el negocio de revuelta), se apretaron de manera las carnes ayunas (cenadas, comidas y almorzadas de sarna y piojos), que cupieron todos en un resquicio de la tarima; estaban como liendres en cabello o chinches en cama. Sonaban los golpes en las tablas, callaban los dichos. Los bellacos que vían que no se quejaban, dejaron de dar azote, y empezaron a tirar ladrillo y cascote que tenían recogido. Allí fué ello, que uno le halló el cogote a don Toribio, y le descalabró. Comenzó a dar voces que le mataban, y los bellacones, porque no se oyesen sus aullidos, cantaban todos juntos y hacían ruído con las prisiones. El, por esconderse, asía de los otros para meterse debajo; y con la fuerza que hacían, les sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro. Acabaron su vida las ropillas; no quedaba andrajo en pie; menudeaban tanto las piedras y cascotes, que dentro de poco tiempo tenía el pobre de don Toribio más golpes en la cabeza que una ropilla abierta. Vídose tan sin remedio mo-

20 V. pág. 36, n. 3.

24 *golpes*: «Se llaman las portezuelas que se echan en las casacas, chupas y otros vestidos, y sirven de cubrir y tapar los bolsillos». (*Dicc. Aut.*)

rir como San Esteban (pero no tan santo), que dijo llorando le dejasen salir, que él pagaría luego, y daría sus vestidos en prendas. Consintiósele, a pesar de los otros que se defendían con él; descalabrado y como pudo, se levantó y pasó a mi lado. Los otros, por presto que acordaron a ofrecer lo mismo, ya tenían las chollas con más tejas que pelos. Ofrecieron también sus vestidos, haciendo cuenta que era mejor estar en la cama por desnudos que por heridos; y así, aquella noche los dejaron; y a la mañana los pidieron que se desnudasen, y se halló que de todos sus vestidos juntos no se podían echar unas soletas. Quedáronse los pobretes envueltos en una manta, que llaman la ruana, que es donde se espulgan todos. Comenzaron luego a sentir el abrigo de la manta, porque había piojo con hambre canina; había piojos frisones, y otros que se podían echar a la oreja de un toro. Pensaron aquella mañana ser comidos de ellos; quitáronse la manta, maldiciendo su fortuna, deshaciéndose a puras uñadas.

1 La cita de *San Esteban* fué suprimida en *Z.*, 1626.

14 *ruanu*, 'manta ruana', tal vez por venír la tela de Ruán. En Colombia y Venezuela aun se llama *ruana* el capote de monte. (V. CUERVO, *Apunt. leng. bogotano*, 1907, p. 435.) Quede como una suposición si *manta ruana* no se dijo por usarse a diario, por ser prenda para llevar puesta. El significado americano apoyaría esto. Véase además:

«Los paños del moro ¿yo dellos qué haría?
Los que son ruanos, tráelos, María;
los que son de grana, tráelos, María».
(*Romance de D. Bueso*, «Antología», X, 56.)

Yo salíme del calabozo, diciéndoles que me perdonasen, si no les hiciese mucha compañía, porque me importaba no hacérsela. Torné a repasarle las manos con tres de a ocho al carcelero; y sabiendo quién era el escribano de la causa, invié a llamarle con un picarillo. Vino, metíle en un aposento, y empecéle a decir—después de haber tratado de la causa—, cómo yo tenía no sé qué dinero; supliquéle que me lo guardase, y que en lo que hubiese lugar favoreciese la causa de un hijodalgo desgraciado, que por engaño había incurrido en tal delito. «Crea v. m.—dijo, después de haber pescado la mosca—, que en nosotros está todo el juego; y que si uno da en no ser hombre de bien, puede hacer mucho mal. Más tengo yo en galeras de balde por mi gusto, que hay letras en el proceso. Créase v. m. de mí, y fíe que le sacaré a paz y á sálvo».

Fuése con esto, y volvióse desde la puerta a pedirme algo para el buen Diego García, el alguacil, que importaba acallarle con mordaza de plata, y apuntóme no sé qué del relator, para ayuda de co-

4 de *a ocho*, 'reales de a ocho'.

6 *picarillo*: recuérdese que pícaro significó antes 'aquellos mozos que se introducen a servir en los ministerios inferiores, para que le den algo de lo que sobre, por no tener... sueldo'. (*Dicc. Aut.*)

17 Como es natural, las leyes prohibían estos pactos: «Ha de tener en cuenta asímismo en informarse [el visitador de la cárcel] si los escribanos toman de los presos cuando salen de la cárcel más de lo que conforme a lo que estuviere ordenado poder llevar, y no tener cuenta con aprovecharles, porque sean sus aliados». (T. CERDÁN DE TALLADA, *Visita de la cárcel*, Valencia, 1574, p. 80.)

merse la cláusula entera; y dijo: «Un relator, señor, con arquear las cejas, levantar la voz, dar una patada (para hacer atender al alcalde divertido), hacer una acción, destruye un cristiano». Dime por entendido, y añadí otros cincuenta reales; y en pago me dijo que enderezase el cuello de la capa, y dióme dos remedios para el catarro que tenía (de la frialdad del calabozo); y últimamente me dijo mirándome con grillos: «Ahorre v. m. de pesadumbres, que con ocho reales que dé al alcaide, le aliviará; que esta es gente que no hace virtud, si no es por interés»: cayóme en gracia la advertencia. Al fin, él se fué; yo di al carcelero un escudo; quitóme los grillos.

Dejábame entrar en su casa. Tenía una ballena por mujer y dos hijas del diablo, feas, necias y putas, a pesar de sus caras. Sucedió que el carcelero (se llamaba Tal Blandones de San Pablo, y la mujer doña Ana de Mora) vino a comer muy enojado y bufando, estando yo allí; no quiso comer; y la mujer, recelando una gran pesadumbre, se llegó a él, y le enfadó tanto, que dijo: «¿Qué ha de ser, si el bellaco ladrón de Almendros, el aposentador, me

1 «ayuda de costa» es lo que se daba fuera del salario como recompensa; por analogía con esa frase dice el autor *ayuda de comerse...*

23 *aposentador*: dada la escasez y la pobreza de las viviendas de la corte, había un servicio oficial de aposentadores, que corrían con el alojamiento de los funcionarios y de las personas importantes que llegaban a Madrid.

ha dicho—teniendo palabras con él sobre el arrendamiento—que vos no sois limpia?»

—¿Tantos rabos me ha quitado el bellaco?—dijo ella—. Por el siglo de mi abuela que no sois hombre, pues no le pelastes las barbas. ¿Llamo yo a sus criadas que me limpien?

Y volviéndose a mí, dijo: «Que no podrá decir que soy judía como él, que de cuatro cuartos que tiene, los dos son de villano, y los otros ocho maravedís de hebreo. A fe, señor don Pablos, que si yo lo oyera, que yo le acordara que tiene las espaldas en el aspa de san Andrés».

Entonces, muy afligido el alcaide, respondió: «¡Ay, mujer!, que callé porque dijo que en esa aspa teníades vos dos o tres madejas; que lo sucio no os lo dijo por lo puerco, sino por no lo comer».

—¿Luego judía dijo que era? ¿Y con esa paciencia lo decís, buenos tiempos? ¿Así sentís la honra de doña Ana de Mora, siendo nieta de Esteban Rubio y hija de Juan de Madrid, que sabe Dios y todo el mundo?

3 *rabos*, v pág. 182 n. 1.

15 En el *aspa* se recoge lo hilado para ponerlo en madejas; pero el *aspa de San Andrés* es «la cruz de paño o bayeta colorada que en el capotillo amarillo del mismo material manda poner el Santo Oficio... a los reconciliados con la Iglesia, en penitencia». *(Dicc. Aut.)* Fué introducida 1514 por Cisneros. (V. LEA, *History of the Inquisition*, III, 163.)

17 Comp. pág. 44 n. 5

18 *buenos tiempos*, 'alma de cántaro, calzonazos'.

—¿Cómo hija—dije yo—de Juan de Madrid?

—De Juan de Madrid hija, el de Auñón.

—Voto a Dios—dije yo—que el bellaco que tal dijo es un judío, puto y cornudo; porque Juan de Madrid, mi señor (que esté en el cielo), fué primo hermano de mi padre, y daré yo probanza de quién es y cómo; y esto me toca a mí; y si salgo de la cárcel, yo le haré desdecir cien veces al bellaco; ejecutoria tengo en el pueblo tocante a entrambos con letras de oro.

Alegráronse, y cobraron ánimo con lo de la ejecutoria; y ni yo la tenía, ni sabía quiénes eran. Comenzó el marido a quererse informar del parentesco por menudo. Yo, porque no me cogiese en mentira, hice que me salía de enojado, votando y jurando. Tuviéronme, diciendo que no se trataría más de ello. Yo, de rato en rato, salía muy al descuido, diciendo: «¡Juan de Madrid! Burlandillo es la probanza que yo tengo suya». Otras veces decía: «Juan de Madrid, el mayor, fué casado con Ana de Acebedo, la gorda»; callaba otro poco.

Y con estas cosas, el alcaide me daba de comer y cama en su casa; y el escribano—solicitado de él, y cohechado con el dinero—, lo hizo tan bien, que sacaron la vieja delante de todos en un palafrén

25 La vieja va en un pollino *(palafrén pardo)* que llevan del ronzal *(a la brida)*. Pero *a la brida* significa propiamente el modo de cabalgar con bridas y estribos largos; comp.: «Todos traen la espada a la jineta, la daga a la brida, con listón» (*Rivad.*, XXIII, 460 *b*); es

pardo, a la brida, con un músico de culpas delante. Era el pregón: «A esta mujer por ladrona». Llevábale el compás en las costillas el verdugo, según lo que le habían recetado los señores de los ropones. Luego siguieron todos mis compañeros, a la jineta, sin sombreros y las caras descubiertas. Sacábanlos a la vergüenza, y cada uno, de puro roto, llevaba las suyas de fuera. Desterráronlos por seis años. Salí en fiado por virtud del escribano; y el relator no se descuidó, porque habló mucho, quedo y ronco; brincó razones, y mascó cláusulas enteras.

decir, la espada recogida, y la daga pendiente de una cinta. Se dice que iban a la jineta los compañeros de Pablos, creo que por mera oposición verbal con *a la brida*, por no ir del ronzal sus caballerías. Para la jineta v. *Libro de la jineta*, Bibl. Esp., XIV.

1 *músico de culpas* 'pregonero'.

4 *los señores de los ropones*, los alcaldes o magistrados. Comp.: «Pujamiento de garnachas | pienso que os han de acabar». (*Bibl. Andal.* III, 280). La garnacha es el ropón o toga; pensamiento es algo así como 'acceso, erupción'. (V. *Bibl. Andal.*, III, 265.)

Thurs April 16

CAPITULO XVIII

DE CÓMO TOMÉ POSADA, Y LA DESGRACIA QUE ME SUCEDIÓ EN ELLA.

Salí de la cárcel, halléme solo y sin los amigos; aunque me avisaron que iban camino de Sevilla a costa de la caridad, no los quise seguir. Determiné de irme a mi posada, donde hallé una moza rubia y blanca, miradora, alegre, entremetida, y a veces entresacada y salida; y ceceaba un poco. Tenía miedo a los ratones, preciábase de manos, y por enseñarlas, despabilaba las velas y partía la comida en

6 *a mi posada* (Z., 1626, *a una posada*). Conservo el *mi*, a primera vista incorrecto (ya que Pablos no tenía ningún alojamiento que pudiera llamar suyo), recordando el frecuente uso afectivo del posesivo: «me voy a comprar mis buenos zapatos»; «le dieron su gran paliza», etc. El posesivo en estos casos añade valor afectivo (bueno o malo) a una atribución posesiva.

7 Comp.: «Marica,... | de entradas diste en ser entremetida | , y salístete, al fin, con ser salida». (QUEVEDO, *Bibl. And.*, II, 27.)

8 Debió ser presunción, infantilismo lo del *ceceo;* en el capítulo XX se dice de otra bonita muchacha: «lindas manazas y zazosita» (var. de Z., 1626). De una vieja cuenta Suárez de Figueroa: «con lengua llena de donosidad, por ser con frenillo y ceceosa, aunque de sesenta años, comenzó a denostarle». (*Pasajero*, 1617, alivio VI.)

9 Comp.: «Si tiene buenas manos, tanto las esgrime y las galopea por el tocado... que amohinará los difuntos». (*Rivad.*, XXIII, 489 *a*.)

la mesa; señalaba lo que era cada cosa; en la iglesia siempre tenía puestas las manos; por las calles iba enseñando qué casa era de uno y cuál de otro; en el estrado, de continuo tenía un alfiler que prender en el tocado; si se jugaba a algún juego, era siempre al de pizpirigaña, por ser cosa de mostrar manos; hacía que bostezaba—adrede, sin tener gana—, por mostrar los dientes y las manos haciendo cruces en la boca. Al fin toda la casa tenía ya tan manoseada, que enfadaba a sus mismos padres. Hospedáronme muy bien en su casa, porque tenían trato de alquilarla. Había tres moradores: yo, el uno de ellos, y el otro un portugués y un cata-

2 Comp. pág. 19, n. 14.

4 *estrado*, 'lugar donde las señoras se asientan sobre cojines y reciben las visitas' (Covarrubias). No existiendo aún una historia de la vida privada en el siglo XVII, he aquí alguna bibliografía: *Quijote*, I, 33: «mejor reposaría en el estrado que en la silla» (v. comentarios de Clemencín y Rodríguez Marín); *Coloquio de los perros*, edic. Amezúa, pág. 393; LOPE, *Dama boba*, ed. Schevill, pág. 287; C. BOURLAND, *Homenaje a M. Pidal*, II 359.

6 *pizpirigaña:* juego de niños; uno de ellos pellizca las manos a los demás y dice: «Pizpirigaña, | mata la araña, | un cochinito | muy peladito | ¿quién lo peló? | La pícara vieja | que está en el rincón. | Alza la mano | que te pica un gallo, | un moñito azul | y otro colorado» (De Málaga). Una buena descripción de este juego, con muchas variantes, trae S. HERNÁNDEZ DE SOTO, *Juegos infantiles de Extremadura*, en «Biblioteca de las tradiciones populares españolas», t. II, 1884, p. 134».

12 'trataban en alquilar sus habitaciones'.

13 correctamente debiera decir *los otros;* pero el adjetivo concierta sólo con el primer sustantivo que sigue, según acontece a veces.

lán; hiciéronme muy buena acogida. A mí no me pareció mal la moza para el deleite, y lo otro la comodidad de hallármelo en casa. Puse en ella los ojos; contábales cuentos que yo tenía estudiados para entretener; traíales nuevas, aunque nunca las hubiese; servíales en todo lo que era de balde. Díjeles que sabía encantamentos; que haría que pareciese que se ardía la casa, y otras cosas que ellas—como buenas creedoras—tragaron. Granjeé una voluntad en todos muy agradecida, pero no enamorada; que como no estaba tan bien vestido como era razón—aunque ya me había mejorado por medio del alcaide, a quien visitaba siempre, conservando la sangre a pura carne y pan que le comía—, no hacían de mí el caso que era razón.

Di, por acreditarme, en enviar a mi casa amigos que me buscasen cuando no estaba en ella. Entró el primero preguntando por el señor don Ramiro de Guzmán, que así dije que era mi nombre, porque los amigos me habían dicho que no era de costa el mudárselos, y que era útil; al fin preguntó por don Ramiro, «un hombre de negocios, rico, que hizo

6 *lo que era* falta en el ms.

7 *que haría* falta en el ms.

17 Farsa análoga, a propósito de los médicos, describe el autor: «De noche haz a tus amigos que vengan de rato en rato a llamar a tu puerta en altas voces, para que lo oiga la vecindad: «Al señor doctor que lo llama el duque; que está mi señora la condesa muriéndose»... y te verás acreditado». (*Libro de todas las cosas*, Rivad., XXIII, 481 *b*.)

ahora tres asientos con el rey». Desconociéronme en esto los huéspedes, y dijeron que allí no vivía sino don Ramiro de Guzmán, más roto que rico, pequeño de cuerpo, feo de cara y pobre. «Ese es—replicó—por quien pregunto, y no quisiera más renta a servicio de Dios de la que tiene más de dos mil ducados». Contóles ciertos embustes; quedáronse espantadas, y él las dejó una cédula de cambio fingida, que traía a cobrar de mí, de nueve mil escudos; dijo que me la diesen para que la aceptase. Creyeron la riqueza la niña y la madre, y acotáronme luego para marido. Vine yo muy disimulado, y en entrando me dieron la cédula, diciendo: «Dineros y amores mal se encubren, señor don Ramiro; ¿cómo que nos esconda v. m. quién es, debiéndonos tanta voluntad?» Yo hice como que me había disgustado por el dejar de la cédula, y fuíme a mi aposento. Era de ver cómo, en creyendo que tenía dinero, decían que todo me estaba bien; celebraban mis palabras: no había tal donaire como el mío. Yo, que las vi tan cebadas, declaré mi voluntad a la muchacha, y ella me oyó contentísima, diciéndome mil lisonjas. Apartámonos; y una noche, para confirmarlas más en mi riqueza, cerréme en mi aposento, que estaba dividi-

1 *asiento*, 'contrata de un servicio público'. «[Los mercaderes extranjeros] han hecho entre nosotros sospechoso este nombre de asientos, que como significan otra cosa que me corro de nombrarla, no sabiendo cuándo hablan a lo negociante y cuándo a lo deshonesto». (*Alguacil alguacilado*, Rivad., XXIII, 306 *a*.)

do del suyo solo con un tabique muy delgado, y sacando cincuenta escudos, estuve contándolos en la mesa tantas veces, que oyeron contar hasta seis mil escudos. Viéndome con tanto dinero de contado, dieron en desvelarse para regalarme y servirme.

El portugués se llamaba *o senhor* Vasco de Meneses, *fidalgo* de la orden de Christus. Traía su capa de bayeta larga, botas, cuello pequeño y mostachos grandes. Moría por la doña Berenguela de Robledo, que así se llamaba; enamorábala sentándose a conversación, y suspirando más que beata en sermón de Cuaresma. Cantaba mal, y siempre andaba apuntado con el catalán, el cual era la criatura más triste y miserable que Dios crió; comía a tercianas, de tres en tres días, y el pan tan duro, que apenas lo pudiera morder un maldiciente; pretendía por lo bravo, y si no era el poner huevos, no le faltaba otra cosa para ser gallina, porque cacareaba notablemente. Como vieron los dos que iba tan adelante, dieron en decir mal de mí. El portugués decía que era un piojoso, pícaro, desarrapado; y el catalán me trataba de cobarde y vil. Yo lo sabía todo, y a veces lo oía; pero no me hallaba con ánimo de responder.

Al fin la moza me hablaba, y respondía a mis billetes. Comenzaba por lo ordinario: «Este atrevimiento, su mucha hermosura de v. m.»; ofrecíame por esclavo, firmaba el corazón con la saeta. Al fin llegamos a los túes; y yo, para alimentar más el crédito de mi calidad, salíme de casa y alquilé una mula; y rebozado y mudando la voz, vine a mi posada, y pregunté por mí mismo, diciendo si vivía allí su merced del señor don Ramiro de Guzmán, señor de Valcerrado y Velorete. «Aquí vive—respondió la niña—, un caballero de ese nombre, pequeño de cuerpo». Y por las señas dije yo que era él, y la supliqué que le dijese que Diego de Solórzano, su mayordomo que fué de las depositarías, pasaba a la cobranza, y le había venido a besar las manos. Con esto me fuí, y volví a casa de allí a un rato. Recibiéronme con la mayor alegría del mundo, diciendo que para qué les tenía escondido el ser señor de Valcerrado y Velorete; diéronme el recado.

Con esto la muchacha se remató, cudiciosa de marido tan rico, y trató de que la fuese a hablar, a la una de la noche, por un corredor que caía a un tejado, donde estaba la ventana de su aposento. El diablo, que siempre es agudo, ordenó que, venida la noche, yo, deseoso de gozar la ocasión, me subí al corredor; y por pasar desde él al tejado, vánse-

7 *orden de Christus*, orden portuguesa bien conocida.

9 Los portugueses tenían fama de ser blandos, sentimentales y enamorados; v. nuestro volumen de Tirso de Molina en esta colección, edic. 1922, págs. 55, 277 y 349.

9 Se trata de lugares supuestos; al menos no aparecen en los diccionarios geográficos.

24 *subí* debía ser *subiera:* usábase a veces el indicativo por el subjuntivo según explicamos más adelante (v. índice alfabético).

me los pies, y dí en el de un vecino escribano tan desatinado golge, que quebré todas las tejas. Al ruido despertó toda la casa, y pensando que eran ladrones—como lo son los de este oficio—, subieron al tejado. Yo, como lo ví, quíseme esconder detrás de una chimenea, y fué aumentar la sospecha, porque el escribano y un hermano y dos criados me molieron a palos, y me ataron a vista de mi dama, sin bastarme diligencia. Mas ella se reía mucho, porque, como yo la había dicho que sabía hacer burlas y encantamentos, pensó que había caído por gracia y nigromancia, y no hacía sino decirme que subiese que bastaba ya. Con esto, y con los palos y puñadas que me daban, daba aullidos; y era lo bueno que ella pensaba que todo era artificio, y no acababa de reir.

Comenzó luego a hacer la causa, y porque me sonaron unas llaves en la faltriquera, dijo y escribió que eran ganzúas; y aunque las vió, no hubo remedio de que no lo fuesen. Díjele que era don Ramiro de Guzmán, y rióse mucho. Yo, triste,—que me había visto moler a palos delante de mi dama, y me había de llevar preso sin razón, con mal nombre—, no sabía qué hacerme. Hincábame de rodillas, y ni por esas ni por esotras bastaba con el escribano.

12 *y nigromancia* falta en el ms.

23 Entiéndase: 'y veía que me había de llevar'; hay anacoluto. Z., 1626: *me ví llevar.*

Todo esto pasaba en el tejado; que los tales, aun de las tejas arriba, levantan testimonios. Dieron orden de bajarme abajo, y lo hicieron por una ventana, que caía a una pieza que servía de cocina.

CAPITULO XIX

EN QUE PROSIGUE LO MISMO, CON OTROS VARIOS SUCESOS.

No cerré los ojos en toda la noche, considerando mi desgracia, que no fué dar en el tejado, sino en las manos del escribano; y cuando me acordaba de lo de las ganzúas, y las hojas que había escrito en la causa, echaba de ver que no hay cosa que tanto crezca como culpa en poder de escribano. Pasé toda la noche en revolver trazas; unas veces me determinaba rogárselo por Jesucristo, y considerando lo que él pasó con ellos vivo, no me atrevía; mil veces me quise desatar, pero sentíame luego, y levantábase a visitarme los ñudos, que más velaba él en cómo forjaría el embuste, que yo en mi proveeho. Madrugó al amanecer, y vistióse a hora que en toda su casa no había otros levantados sino él y los testimonios;

8 *determinaba rogársela*, sin preposición ante el infinitivo como en estos otros casos: «Determinéme, adestrado con estas consideraciones, desembarazar mi ánimo y descansar de todos estos odios». (QUEVEDO, *Rivad.*, XXIII, 366 *a.*)— «Por aquí entienda el que se determina seguir este partido, cuán grande y cuán gloriosa sea la empresa que ha tomado». (GRANADA, *Guía de pecadores*, Rivad., VI, 122 *a.*)

agarró de la correa, y tornóme a repasar las costillas; reprehendióme el mal vicio de hurtar, como quien también le sabía. En esto estábamos, él dándome, y yo casi determinado de darle a él dineros —que es la sangre del cordero con que se labran semejantes diamantes—, cuando, incitados y forzados de los ruegos de mi querida, que me había visto caer y apalear, desengañada que no era encanto, sino desdicha, entraron el portugués y el catalán; y en viendo el escribano que me hablaban, desenvainando la pluma, los quiso espetar por cómplices en el proceso. El portugués no lo pudo sufrir, y tratóle algo mal de palabra, diciéndole que él era un caballero *fidalgo de casa du rey*, y que yo era un *home muito fidalgo*, y que era bellaquería tenerme atado. Comenzóme a desatar y al punto el escribano clamó: «¡Resistencia!»; y dos criados suyos—entre corchetes y ganapanes—pisaron las capas, deshiciéronse los cuellos, como lo suelen hacer para representar

5 *del cordero* fué suprimido en Z., 1626, como alusión irreverente a Cristo.

6 *diamante:* «Con ningún instrumento se labra, si no es con otro diamante y con la sangre del cabrón, caliente». (Covarrubias.)

7 *querida:* el *Dic. Acad.* trae como única acepción la de 'mujer con quien se tienen relaciones ilícitas'. Pero este sentido exclusivamente péyorativo es moderno; en autores del siglo XIX (Bretón, Mesonero, etc.) se halla aun *querida* con el significado de 'novia' que le da Quevedo.

14 *du rey* refleja la pronunciación portuguesa de *do rey*.

17 Foulché-Delbosc (*l. c.*, p. 13), no cree buena esta puntuación; pero comp.: «clamaron: «Venga el fraile en hora buena» (cap. XX).

las puñadas que no ha habido; pedían favor al rey. Los dos, al fin, me desataron, y viendo el escribano que no había quien le ayudase, dijo. «Voto a Dios, que esto no se puede hacer conmigo, y que a no ser vs. mercedes quien son, les había de costar muy caro: manden contentar estos testigos, y echen de ver que les sirvo sin interés». Yo vi luego la letra; saqué ocho reales y díselos, y aun estuve por volverle los palos que me había dado; pero por no confesar que los había recibido, lo dejé y me fuí con ellos, dándoles gracias de mi libertad y rescate; y entré en casa con la cara rebozada de puros mojicones, y las espaldas algo mohinas de los varapalos.

Reíase el catalán mucho, y decía a la niña que se casase conmigo para volver el refrán al revés, y que no fuese tras cornudo apaleado, sino tras apaleado cornudo. Tratábanme de resuelto y sacudido (por los palos), y traíanme afrentado con estos equívocos. Si entraba a visitarlos, trataban luego de varear, otras veces de leña y madera. Yo, que me

7 *vi la letra*: 'comprendí el sentido'. Comp., cap. XIX: «Yo entendí la letra».

11 *ellos* se refiere a la vez a los palos y a los libertadores.

13 *mojicón* es curiosa palabra, cuyo origen silencian los diccionarios; viene del italiano *moccicone* 'mocoso'; para el cambio de sentido, comp. *soplamocos*; para el significado de 'bollo', comp. el paso inverso de *torta* a *tortazo*.

18 *sacudido:* doble sentido de 'decidido' y 'golpeado'.

vi corrido y afrentado, y que ya me iban dando en la flor de lo rico, comencé a trazar de salirme de casa; y para no pagar comida, cama ni posada, (que montaba muchos reales), y sacar mi hato libre, tracé con un licenciado Brandalagas, natural de Hornillos, y con otros dos amigos míos, que me viniesen una noche a prender. Llegaron a la señalada, y requirieron a la huéspeda que venían de parte del Santo Oficio, y que convenía el secreto. Temblaron todas luego, y creyeron la prisión, por lo que yo me había hecho nigromántico con ellos. Al sacarme a mí callaron; pero al ver sacar el hato, pidieron embargo de la deuda, y respondieron que eran bienes de la Inquisición. Con esto no chistó alma terrena: dejáronme salir, y quedaron diciendo que siempre lo temieron. Contaban al catalán y al portugués lo de aquellos que me venían a buscar; decían entrambos que eran demonios, y que yo tenía familiar; y cuando les contaban del dinero que yo había contado, decían que parecía dinero, pero que no lo era de ninguna suerte: persuadiéronse a ello. Yo saqué mi ropa y comida horra.

Di traza, con los que me ayudaron, de mudar de

2 *flor*, 'trampa o fullería': «Hame parecido comenzar estas flores de corte o ardides de mal vivir por el juego, como capitán y caudillo de todos los vicios...» (*Capitulaciones de la vida de la corte*, Rivad., XXIII, 461 *b*).

5 *Hornillos* (Valladolid).

hábito y ponerme calza de obra y vestido al uso, cuello abierto, y un lacayo en menudos (dos lacayuelos), que entonces era uso. Animáronme a ello, poniéndome por delante el provecho que se me seguiría de casarme con la ostentación a título de rico; y que era cosa que sucedía muchas veces en la corte; y aun añadieron que ellos me encaminarían parte conveniente, y con algún arcaduz por donde se guiase. Yo, negro, cudicioso de pescar mujer, determinéme.

Visité no se cuantas almonedas, y compré mi adrezo de casar; supe donde se alquilaban caballos, y espetéme en uno. El primer día, no hallé lacayo. Salíme a la calle Mayor, y púseme enfrente de una tienda de jaeces, como quien concertaba alguno.

1 *Calza de obra*, 'labradas, adornadas' (?). Comp.: «que las calzas que se hicieren para vender, de raso, o de terciopelo.. no intervenga en ellas ningún género de terciopelo ligero, en guarnición ni cumplimiento dellas, si no fueren en los tafetanes que llevan por dentro en lugar de rasos» (*Ordenanzas de Toledo*, de 1562).

2 *en menudos* 'en fracciones, en calderilla'. Comp.: «Salió trocada en menudos, | la luna en su negro coche, | y diónos su luz en cuartos» (*Rivad.* LXIX, 265 *a*). V. también *Bibl. Andal.*, III, 323. Falta esta expresión en el *Dic. Acad.*

7 *me encaminarían parte conveniente* 'me proporcionarían buena ocasión'. Comp.: «y el me encaminó gentecita a propósito» (final del cap. XXI). «Un fraile de la Merced, que las mujercillas que digo me encaminaron» (*Lazarillo*, trat. IV). Esta acepción de *encaminar* falta en los diccionarios. Comp.: *endilgar* con el doble significado de 'encaminar' y de 'proporcionar algo desagradable a alguien'.

8 *arcaduz*, metafóricamente 'medio por donde se consigue algo'.

9 *negro*, 'astuto, taimado', en lenguage de germanía. Comp.: *Rivadeneyra*, XXIII, 464 *a*, nota.

Llegáronse dos caballeros, cada cual con dos lacayos; preguntáronme si concertaba uno de plata que tenía en las manos. Yo solté la prosa, y con mil cortesías les detuve un rato; y al fin, dijeron que se querían ir al Prado a bureo un rato; y yo, que si no lo tenían a enfado, que los acompañaría. Dejé dicho al mercader que si llegasen allí mis pajes y un lacayo, que los encaminase al Prado; di señas de la librea, y metiéndome los dos en medio, caminamos. Yo iba considerando que a nadie que nos veía era posible determinar cúyos fuesen los lacayos, ni cuál era el que no los llevaba. Empecé a hablar muy recio de las cañas de Talavera y de un caballo que tenía porcelana; encarecíales mucho el roldanejo que esperaba de Córdoba. En topando algún paje, caballo o lacayos, hacía parar, y preguntaba cúyo era, y decía de las señas, etc., y si le querían vender; hacíale dar dos vueltas en la calle, y, aunque no la tuviese, le ponía una falta en el freno, y decía lo que había de hacer para remediarlo; y quiso mi ventura que topé muchas ocasiones de hacer esto.

5 *y yo* les dije.

14 *porcelana*, 'blanco mezclado de azul'. Comp.: «Dejo aparte los tordillos azules, marmoleños y melados, rucios porcelanas, que aunque son vistosos, no son para tanto como los demás, y son de estima por haber pocos» (*Pintura de un potro*, «Bibl. Españ.», XIV, 10).

14 *roldanejo*: no conozco otro ejemplo de esta palabra, que en esta forma sorprende mucho menos que *roldaneso*, *roldanesco*, que traen todas las ediciones.

16 *cúyo era* el lacayo; *las señas* son las de la librea.

Y porque los otros iban embelesados, y, a mi parecer, diciendo: «¿Quien será este tagarote escuderón?» (porque el uno llevaba un hábito en los pechos, y el otro una rica cadena de diamantes, que era hábito y encomienda todo junto), dije yo que andaba en busca de buenos caballos para mí y para otro primo mío, que entrábamos en unas fiestas.

Llegamos al Prado, y en entrando, saqué el pie del estribo, y puse el talón por defuera, y empecé a pasear. Llevaba la capa echada sobre el hombro y el sombrero en la mano. Mirábanme todos; cuál decía: «Este yo le he visto a pie»; otro: «¡Hola!, lindo va el buscón». Yo hacía como que no oía nada, y pasaba.

Llegáronse a un coche de damas los dos, y pidiéronme que picardease un rato; dejéles el estribo de las mozas, y tomé el estribo de madre y tía. Eran las vejezuelas alegres: la una de cincuenta, y la otra de punto menos. Decíalas mil ternezas, y oíanme, que no hay mujer, por vieja que sea, que tenga tantos años como presunción. Prometílas regalos, y preguntélas por el estado de aquellas señoras, y dijeron que doncellas: y se les echaba de ver

2 *tagarote*, es una clase de halcón, de calidad inferior; pero también «suelen llamar tagarotes unos hidalgos pobres que se pegan adonde pueden comer, y esto si hallan que harán buena riza ['destrozo']» (Covarrubias).

9 *estribo*: v. pág. 161 n. 20.

19 *punto:* el autor piensa en los tantos de los juegos de naipes

en la plática. Yo dije lo ordinario: que las viese colocadas como merecían; y agradóles mucho esto de *colocadas*. Preguntáronme tras esto que en qué me entretenía en la Corte; yo les dije, que en huir de un padre y madre que me querían casar contra mi voluntad con mujer fea y necia y mal nacida, por el mucho dote: «y yo, señoras, quiero más una mujer limpia, en cueros, que una judía poderosa; que, por la bondad de Dios, mi mayorazgo vale al pie de cuatro mil ducados de renta. Y si salgo con un pleito que traigo en buenos puntos, no habré menester nada». Saltó tan presto la tía y dijo: «¡Ay, señor, y como le quiero bien! No se case sino con su gusto y mujer de casta; que le prometo que con ser yo no muy rica, no he querido casar mi sobrina, con haberla salido ricos casamientos, por no ser de calidad. Ella pobre es, que no tiene sino seis mil ducados de dote; pero no debe nada a nadie en sangre».

—«Eso creo yo muy bien», dije yo.

Con esto las doncellitas remataron la conversación con pedir de merendar a mis amigos:

Mirábase el uno al otro, y a todos tiembla la barba.

3 *colocadas*, vocablo que sonaría a culto y pedantesco, como tantos otros que hoy hallamos naturales, y merecieron la burla de Quevedo: *estupor*, *frustrar*, *fausto*, etc. (*Rivad.* XLVIII, 421).

10 Las ediciones, *cuarenta mil*, cifra disparatada.

23 Estos versos son del conocido romance a la «muerte de don Alonso de Aguilar» (*Rivad.*, XVI, 102):

«Estando el rey don Fernando en conquista de Granada,
Donde están duques y condes y otros señores de salva,

Yo, que vi ocasión, dije que echaba menos mis pajes, por no tener con quién enviar a casa por unas cajas que tenía. Agradeciéronmelo; yo las supliqué se fuesen el día siguiente a la Casa del Campo; y que las enviaría algo fiambre. Acetaron luego; dijéronme su casa, y preguntaron la mía; y con tanto se apartó el coche, y yo y los compañeros comenzamos a caminar a casa. Ellos, que me vieron largo en lo de la merienda, aficionáronse; y por obligarme, me suplicaron cenase con ellos aquella noche; híceme algo de rogar, aunque poco, y cené con ellos, haciendo buscar mis criados, y jurando de

Con valientes capitanes de la nobleza de España,
Desque la hubo ganado, a su capitanes llama.
Cuando los tuviera juntos, desta manera les habla:
—¿Cuál de vosotros, amigos, irá a la Siera mañana,
A poner el mi pendón encima de la Alpujarra?—
Mirábanse unos a otros, y ninguno el sí le daba,
Que la ida es peligrosa y dudosa la tornada;
Y con el temor que tienen a *todos tiembla la barba*,
Si no fuera don Alonso que de Aguilar se llamaba», etc.

Durante el siglo XVI y comienzo del siguiente era costumbre salpicar los escritos, y aun la conversación, con frases del Romancero. V. MENÉNDEZ PIDAL, *El romancero español*, Nueva York, 1910, p. 74.

1 *echar menos* es un portuguesismo: *echar menos* = *hallar menos*. Luego se asimiló ese *echar* a nuestro verbo «echar» y se dijo *echar de menos*. (V. CUERVO, *Apuntaciones*, 1907, p. 293). Al mismo tiempo que esta construcción se usaba la tradicional castellana *hallar menos*: «hallando menos ciertos pilones de azúcar» (*Marcos de Obregón*. Clás. Cast., t. II, p. 55); «hallando menos tantos de sus conocidos» (J. RUFO, *Apotegmas*, Bibl. Esp., p. 19).

3 *caja;* se sobreentendía, de dulce o de conserva. V. LOPE, *Dama boba*, ed. Schevill, p. 254.

10 *obligar*, 'ganar la voluntad'.

echarlos de casa. Dieron las diez, y yo dije que era plazo de cierto martelo, y que así me diesen licencia. Fuíme, quedando concertado de vernos a la tarde en la Casa del Campo.

Fuí a dar el caballo al alquilador, y desde allí a mi casa; hallé a los compañeros jugando quinolicas. Contéles el caso y el concierto hecho, y determinamos enviar la merienda sin falta y gastar docientos reales en ella. Acostámonos con estas determinaciones; y yo confieso que no pude dormir en toda la noche con el cuidado de lo que había de hacer con el dote: y lo que más me tenía en dudas era hacer dél una casa o darlo a censo, que no sabía yo cual sería mejor y de más provecho.

2 *martelo*, es el ital. *martello* 'martillo' (en frases como «il martello della gelosía»); significó 'celos' y luego 'enamoramiento' y 'aventura galante'. Hoy se usa sólo el derivado *amartelado*.

6 *quinolicas*: «*Quinola*. Juego de naipes en que el lance principal consiste en reunir cuatro cartas de distinto palo; si la hacen dos, gana la quínola el que reune más puntos». (Está equivocada la definición del *Dic. Acad.*) «¿Pues qué haremos [de la sortija]?»—dijo un mercader. «Echarla a una quínola»—dijo el fullero... Con mucho gusto echaron la rifa a cuatro quínolas. El fullero les dejó llegar a cada uno a tres sin haber tomado ninguna para sí, y en dos pasantes que echó, una de su mano y otra del que tenía al lado, hizo las cuatro, y arrebató la sortija...» (*Marcos Obregón*, «Clás. Castell.», t. I, págs. 202 y 204). Más adelante tratamos de esto.

CAPITULO XX

EN QUE SE PROSIGUE EL CUENTO, CON OTROS SUCESOS Y DESGRACIAS NOTABLES.

Amaneció, y despertamos a dar traza en los criados, plata y merienda. En fin, como el dinero ha dado en mandarlo todo, y no hay quien le pierda el respeto, pagándoselo a un repostero de un señor, me dió plata, y la sirvió él y tres criados. Pasóse la mañana en adrezar lo necesario; y a la tarde ya yo tenía alquilado mi caballito. Tomé el camino a la hora señalada para la Casa del Campo; llevaba toda la pretina llena de papeles, como memoriales, y desabotonados seis botones de la ropilla, y asomados unos papeles. Llegué, y ya estaban allá las dichas y los caballeros y todo: recibiéronme ellas con mucho amor, y ellos llamándome de vos, en señal

14 *y todo*, 'también'. La última edic. del *Dic. Acad.* recoge por fin esta acepción: v. *Rev. de Filolog. Españ.*, 1917, p. 285.

15 *Vos* era mirado como un tratamiento demasiado familiar: «El primero [título] y más bajo es *tu*, que se da a los niños o a las personas que queremos mostrar grande familiaridad o amor. *Vos* se dice a los criados o vasallos» (JUAN DE LUNA, *Diálogos familiares*, 1619).—«Finalmente: con una no vista arrogancia llamaba de *vos* a sus igua-

de familiaridad. Había dicho que me llamaba don Felipe Tristán, y en todo el día había otra cosa sino don Felipe acá, don Felipe allá. Yo comencé a decir que me había visto tan ocupado en un negocio de su majestad y cuentas de mi mayorazgo, que había temido el no poder cumplir; y que así, las apercibía a merienda de repente. En esto llegó el repostero con su jarcia, plata y mesas; los otros y ellas no ha-

les y a los mismos que le conocían». *(Quijote*, I, 51),—«De *merced* usamos llamar a las personas a quien respetamos... De *vos* tratamos a los criados y mozos... y entre amigos, adonde no hay gravedad ni cumplimiento, se tratan de *vos*» (CORREAS, *Arte grande de la lengua castellana*, 1626). Estos y muchos más datos trae CUERVO, *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, 1907, p ágs.205 a 207.-Comp. además en el mismo Quevedo: «Supuesto que nuestra lengua vulgar, a diferencia de la latina, tiene un *vuesamerced* y otros varios títulos, mayormente cuando no conoce la calidad y estado de la persona con quien se habla..., me ha parecido tratar a vuesamerced con este lenguaje y término, bien diferente de cuantos yo he podido ver en todos los prólogos» (Prólogo a los *Sueños*, en la edic. de Pamplona, 1613, Rivad., XXIII, 296).—«El entremetido... *voseábase* con los precitos, llamábase de *tu* con los verdugos y los dañados». *(Entremetido*, Rivad., XXIII, 361 *b*.) La cuestión de los tratamientos tuvo enorme importancia (v. J. PLA, *La evolución del tratamiento «vuestra merced»*, en Rev. Filol. Esp., 1923, p. 245). Recuerdo que Juan Rufo cuenta como «el duque de Alba, don Fernando, a poder de los cargos de importancia, que en paz y en guerra tuvo, y de la gravedad de su persona, salió con llamar *vos* a gente tan principal, que por vía ordinaria, solamente reyes se lo podían decir» *(Apotegmas*, 1596, ed. cit., p. 30). Por todo esto se explica que el español de América haya conservado, el uso del *vos*, vulgarmente, y como un arcaismo.

8 *jarcia*: «Los aderezos de la nave... y por ser muchas cosas y muy menudas llamamos jarcias los argadijos, cachivaches, instrumentos para pescar y otras cosas» (Covarrubias). V. edic. *Quijote*, Rodríguez Marín, IV, 123.

cían sino mirarme y callar. Mandéle que fuese al cenador y adrezase allí, que entre tanto nos íbamos a los estanques. Llegáronseme a mí las viejas a hacerme regalos, y holguéme de ver descubiertas las niñas, porque no he visto, desde que Dios me crió, tan linda cosa como aquella a quien yo tenía asestado el matrimonio: blanca, rubia, colorada, boca pequeña, dientes menudos y espesos, buena nariz, ojos rasgados y negros, alta de cuerpo, lindas manos. La otra no era mala, pero tenía más desenvoltura, y dábame sospechas de hocicada. Fuimos a los estanques, vímoslo todo, y por el discurso conocí que la mi desposada corría peligro en tiempo de Herodes, por inocente: no sabía; pero como yo no quiero las mujeres para consejeras ni bufonas, sino para acostarme con ellas, y si son feas y discretas, es lo mesmo que acostarse con Aristóteles o Séne-

9 En Z., 1626, los ojos son verdes; hubo también en esto sus modas, que la literatura ha ido reflejando y elaborando. Sería largo entrar ahora en ello.

9 Z., 1626: *lindas manazas* y *zazosita*. La niña ceceaba (v. antes pág. 207), y tenía manos grandes, que estaban de moda a la sazón: «las manos más largas como ahora se usan» (*Quijote*, II, 69). V. la nota de R. Marin en su edición, t. VI, pág. 367.

11 *hocicada:* «*Besucar:* besar descompuestamente... que otros dicen hocicar» (Covarrubias). «A ser lo que ella dice, no se anduviera hocicando con alguno» (*Quijote*, I, 46).

16 La idea es muy de Quevedo; la mujer fea y redicha, «tenga cátedra y no amante» (*Rivad.*, XXIII., 480 *a*); en la *Burla de los que enamoran a feas cultas* leemos: «Gran cosa será de ver | cuando a Platón requebrare | ...¿Qué gusto darán a un hombre | dos cláusulas elegantes?» (*Rivad.*, LXIX, 201 *a*).

ca o con un libro, procúrolas de buenas partes para el arte de las ofensas. Llegamos cerca del cenador, y al pasar por una enramada, prendióseme en un árbol la guarnición del cuello y desgarróse un poco. Llegó la niña, y prendiómelo con un alfiler de plata; y dijo la madre que enviase el cuello a su casa al otro día, que doña Ana le adrezaría, que así se llamaba la niña. Estaba todo cumplidísimo: mucho que merendar, caliente y fiambre, principios y postres.

Merendóse alegremente; regalélas yo a todas y ellas a mí. Levantaron los manteles; y estando en esto vi venir un caballero con dos criados por la güerta adelante; y cuando no me cato, conocí a mi buen don Diego Coronel. Acercóse a mí, y como

1 En el ms. falta: *procúrolas de b. p. p. e. a. d. l. ofensas*, sin lo cual queda trunca la frase. *Ofensa* dijimos (pág. 88) que tenía sentido obsceno. Dice un marido paciente: «Del que mi casa visita, | murmuradores villanos | dicen que me hace ofensa, | y el pobre me hace el gasto» (*Bibl. And.*, III, 291). La mancebía se llama «mesón de las ofensas» (*Rivad.*, LXIX, 108 *b*). «De pecadoras de viejo | quiso subir mi soberbia | a oficialas de obra prima | del arte de las ofensas» (*Romance burlesco*, ms. Bib. Nac., 10387, f.° 239). «Carnicero es mi apetito..., | no sé qué es pecar de viernes: ninguna ofensa de pesca | me tiene el demonio escrita» (*Bibl. Andal.*, III, 246). Ningún diccionario permitía entenderlo. *Ofensa*, de infracción de la ley religiosa, pasó en la jerga picaresca a significar 'pecado carnal.'

9 La merienda en estos casos era una abundantísima comida, y se servían platos fuertes; después de enumerar una larga lista de manjares, dice el cocinero de Felipe II, F. Martínez Montiño: «si la merienda fuese un poco tarde, con servir pastelones de ollas podridas, pasará por cena» (*Arte de cocina*, ed. 1705, p. 23).

estaba en aquel hábito, no hacía sino mirarme; habló a las mujeres y tratólas de primas, y a todo esto no hacía sino mirarme. Yo me estaba con el repostero hablando; y los otros dos, que eran sus amigos, estaban en gran conversación con él. Preguntóles —según se echó después de ver—mi nombre, y ellos dijeron: «don Felipe Tristán, un caballero muy honrado y rico». Víale yo santiguarse. Al fin, delante de ellas y de todos, se llegó a mí, y dijo: «V. m. me perdone; que por Dios que le tenía, hasta que supe su nombre, por bien diferente de lo que es; que no he visto cosa más parecida a un criado que yo tuve en Segovia, que se llamaba Pablos, hijo de un barbero». Riéronse todos mucho, y yo esforcéme, para que no me desmintiese la color; y díjele que tenía deseo de ver aquel hombre, porque me habían dicho infinitos que le era parecidísimo. «¡Iesús!—decía don Diego—¿Cómo parecido? En el talle, en la habla, en los meneos, no he visto tal cosa. Digo, señor, que es admiración grande, y que no se ha visto otra cosa tan parecida jamás». Entonces las viejas, tía y madre, dijeron que cómo era posible que a un caballero tan principal se pareciese un pícaro tan bajo como aquél; y porque no sospechase nada de ellas, dijo la una: «Yo le conozco muy bien al señor don Felipe, que es el que nos hospedó, por orden de mi marido, que fué grande amigo suyo, en Ocaña». Yo entendí la letra, y dije que mi voluntad era y sería de servirlas con mi

poca posibilidad en todas partes. El don Diego se me ofreció, y me pidió perdón del agravio que me había hecho en tenerme por el hijo del barbero, y añadía: «No creerá v. m.: su madre era hechicera, su padre ladrón, su tío verdugo, y él, el más ruin hombre y el más mal inclinado que Dios tiene en el mundo». ¿Qué sentiría yo, oyendo decir de mí en mi cara tan afrentosas cosas? Estaba—aunque lo disimulaba—como en brasas. Tratamos de venirnos al lugar. Yo y los otros dos nos despedimos, y don Diego se entró con ellas en el coche. Preguntólas que qué había sido la merienda y el estar conmigo; y la madre y tía le dijeron cómo yo era un mayorazgo de tantos mil ducados de renta, y que me quería casar con Anica; que se informase, y vería si era cosa, no sólo acertada, sino de mucha honra para todo su linaje. En esto pasaron el camino hasta su casa, que era en la calle del Arenal, a San Felipe.

Nosotros nos fuímos a casa juntos como la otra noche. Pidiéronme que jugase, cudiciosos de pelarme; yo entendí la flor y sentéme; sacaron naipes—estaban hechos—; perdí una mano, di en irme por

22 *hechos*, 'arreglados para la trampa'; Z.., 1626, dice *eran hechizos, como pasteles. Hechizo* es 'falsificado, contrahecho': «Esta gorra que parece | suelo de pastel hechizo» (LOPE, *Si no vieran las mujeres*, «Obras sueltas», X, 541).

22 *irme por abajo:* alude a la trampa llamada *ida:* «Hay muchos géneros de fulleros: unos son diestros por garrote, y otros por una ida» (*Capitulaciones de la vida de la Corte*, Rivad., XXIII, 463 *a*). No me represento cómo sea esta trampa, y prefiero no hacer conjeturas.

abajo, y ganéles cosa de trecientos reales; y con tanto me despedí y vine a mi casa.

Topé a mis compañeros, licenciado Brandalagas y Pero López, los cuales estaban estudiando en unos dados algunas tretas. En viéndome lo dejaron, cudiciosos de preguntarme lo que me había sucedido. Yo venía cariacontecido y encapotado; no les dije más de que me había visto en grande aprieto: contéles cómo había topado a don Diego, y lo que me había acontecido; consoláronme, aconsejándome que disimulase y no desistiese de la pretensión por ningún caso.

En esto supimos que se jugaba, en casa de un vecino boticario, juego de parar o pintas; entendíalo yo entonces razonablemente, porque tenía más flores que un mayo y barajas hechas, lindas. Determiné de irles a dar un muerto (que así se llama el enterrar una bolsa). Envié los amigos delante; entraron en la pieza, y dijeron que si gustarían jugar con un fraile benito, que acababa de llegar a curarse en casa de unas primas suyas, que venía enfermo y traía mucho del real de a ocho y escudos. Crecióles a todos el ojo, y clamaron:

14 *Porar, pintas* y *carteta* eran juegos iguales; v. más adelante lo que decimos de la carteta.

16 *mayo*, 'árbol de mayo'. V. *Dic. Acad.*, que copia el *Dic. Aut.* y da como actual una costumbre desaparecida.

16 *barajas hechas, lindas*, es decir, lindamente hechas o adobadas para la trampa, (V. arriba, pág. 231 lín. 22). | Puntuando así, adquiere sentido esta frase, ininteligible sin la coma.

«Venga el fraile en hora buena.

—Es hombre grave en la orden—replicó Pero López—, y como ha salido, se quiere entretener, que él más lo hace por la conversación.

—Venga por lo que fuere.

—No han de entrar más de fuera, por el recato...—dijo Brandalagas.

—No hay tratar más», dijo el huésped.

Con esto ellos quedaron ciertos del caso, y creída la mentira. Vinieron los acólitos, y ya yo estaba con un tocador en la cabeza y mi hábito de fraile benito, unos antojos y mis barbas, que por ser atusadas no desayudaban. Entré muy humilde, sentéme, empezóse el juego; ellos levantaban bien: iban tres al mohino; pero quedaron mohinos los tres, porque yo, que sabía más que ellos, les di tal gatada, que en espacio de tres horas me llevé más de mil y trecientos reales. Di baratos, y con mi «loado sea nuestro Señor» me despedí, encargándoles que no recibiesen escándalo de verme jugar, que era entretenimiento y no otra cosa. Los otros, como habían perdido cuanto tenían, dábanse a mil diablos; despedíme, salímonos fuera.

Venimos a casa a la una y media de la noche, y acostámonos después de haber partido la ganancia.

11 *tócador;* v. pág. 89, n. 3.

11 Z., 1926 añade *que en cierta ocasión vino a mi poder*, para explicar que Pablos tenga ese hábito.

15 *tres al mohino*: v. pág. 75, n. 11.

Consoléme con esto algo de lo sucedido, y a la mañana me levanté a buscar mi caballo, y no hallé por alquilar ninguno, por lo cual conocí que había otros muchos como yo. Pues andar a pie parecería mal y más agora, fuíme hacia San Felipe, y topé con un lacayo que tenía un caballo de un letrado, y le aguardaba, que se había acabado de apear a oir misa; metíle cuatro reales en la mano, porque mientras su amo estaba en la iglesia me dejase dar dos vueltas con el caballo por la calle del Arenal; dílas arriba y abajo, sin ver nada; y al dar la tercera vuelta, asomóse doña Ana. Yo, que la vi—y no sabía las mañas del caballo, ni era buen jinete—, quise hacer galanterías; díle dos varazos, tiréle de la rienda; empinóse, y dió luego dos coces; y apretó a correr, y dió conmigo por las orejas en un charco. Yo, que me vi así, y rodeado de niños que se habían allegado, y delante de mi señora, comencé a decir: «¡Oh hi de puta, no fuérades vos valenzuela! Estas teme-

11 Z., 1626, *calle arriba y calle abajo.*

19 *valenzuela*: hubo una casta de caballos de este nombre, de la cual trata D. Luis de Bañuelos y de la Cerda en su *Libro de la Jineta y descendencia de los caballos guzmanes, que por otro nombre se llaman valenzuelas*, 1605, (ed. Bibliof. Españoles, t. XIV, Madrid, 1877); el primer semental de dicha casta lo vendió un arriero de Córdoba a D. Luis Manríque, hijo de los duques de Nájera; aquel arriero se llamaba Guzmán, «de donde le quedó al caballo de allí adelante llamarse guzmán y a todos sus hijos guzmanes» *(ob. cit.*, pág. 13); eran caballos estimadísimos por su ligereza y su planta; distinguióse en su selección don Juan de Valenzuela, caballerizo mayor del duque de Sesa, del cual les quedó su segunda denominación. Véase:

ridades me han de acabar; habíanme dicho las mañas, y quise porfiar con él». Traía el lacayo ya el caballo, que se paró luego; yo torné a subir, y ya al ruido estaba a la ventana don Diego Coronel, que vivía en la misma casa de sus primas. Yo, que le vi, me demudé. Preguntóme si había sido algo; dije que no, aunque tenía estropeada una pierna. Dábame el lacayo priesa, porque no saliese su amo y le viese, que había de ir a palacio; y soy tan desgraciado, que estando en el caballo diciéndome que nos fuésemos, llega por detrás el letradillo, y conociendo su rocín, arremete al lacayo y empieza a darle de puñadas, diciendo en altas voces que qué bellaquería era dar su caballo a nadie; y lo peor fué que, volviéndose a mí, me dijo que me apease con Dios, muy enojado. Todo pasaba a vista de mi dama y de don Diego: no se ha visto en tanta vergüenza ningún azotado. Estaba tristísimo de ver dos desgracias tan grandes en un palmo de tierra. Al fin me hube de apear; subió el letrado, y fuese; y yo, por hacer la deshecha, quedéme hablando desde la calle con don Diego, y dije:

«En mi vida subí en tan mala bestia. Está ahí en San Felipe mi caballo el overo, y es desbocado y forzado en la carrera; dije cómo yo le corría y hacía parar; dijeron que allí estaba otro en que no lo

F. Rodríguez Marín, *Poesías de Vélez de Guevara*, «Rev. de Arch., Bibl. y Mus.», 1908, II, pág. 66, nota 2. Falta esta palabra en el *Dicc. Acad.*

haría (y era deste licenciado); quise probarlo: no se puede creer qué duro es de caderas; y con tan mala silla, fué milagro no matarme.

—Sí fué—dijo don Diego—; y con todo, parece que se siente v. m. de esa pierna.

—Sí siento—dije yo—, y me querría ir a tomar mi caballo».

La muchacha quedó satisfecha y con lástima de mi caída; mas el don Diego cobró mala sospecha de lo del letrado, y fué total causa de mi desdicha, fuera de otras muchas que me sucedieron. Y la mayor y fundamento de las otras fué que cuando llegué a casa, y fuí a ver un arca adonde tenía en una maleta todo el dinero que me había quedado de mi herencia y lo que había ganado—menos cien reales que yo traía conmigo—, hallé que el buen licenciado Brandalagas y Pero López habían cargado con ello, y no parecieron. Quedé como muerto, sin pensar qué consejo tomar de mi remedio. Decía entre mí: «¡Malhaya quien fía en hacienda mal ganada, que se va como se viene! ¡Triste de mí! ¿Qué háré?» Ni sabía si irme a buscarlos, si dar parte a la justicia. Esto no me parecía, porque si los prendían, habían de declarar lo del hábito y otras cosas, y era morir en la horca; pues seguirlos, no sabía por dónde.

4 y 6 *si fué, sí siento:* era frecuente la supresión del pronombre atributo o complemento en estas frases; v. A. Castro, *Teatro antiguo español*, 1917, II, p. 200.

Al fin, por no perder también el casamiento—que ya yo me consideraba remediado con el dote—, determiné de quedarme, y apretarlo sumamente. Comí, y a la tarde alquilé un caballo; y fuíme hacia la calle de mi dama. Y como no llevaba lacayo, por no pasar sin él, aguardaba a la esquina, antes de entrar, a que pasase algún hombre que lo pareciese; y en entrando partía detrás dél, haciéndole lacayo sin serlo; y en llegando al fin de la calle, poníame detrás de la esquina, aguardando a que volviese otro que lo pareciese.

Al fin yo no sé si fué la fuerza de la verdad de ser yo el mismo pícaro que sospechaba don Diego, o si fué la sospecha del caballo del letrado, o si fué que don Diego se puso a inquirir quién era y de qué vivía, y me espiaba; al fin, tanto hizo, que por el más extraordinario camino del mundo supo la verdad; porque yo apretaba lo del casamiento por papeles bravamente; y él, acosado de ellas, que tenían deseo de acabarle, andando en mi busca, topó con el licenciado Flechilla—que fué el que me convidó a comer cuando yo estaba con los caballeros—; y éste, enojado de como yo no le había vuelto a ver, hablando con don Diego, y sabiendo cómo yo había sido su criado, le dijo cómo había estado con él, y cómo había dos días que me había topado a caballo muy bien puesto, y le había contado cómo me casa-

25 *con él* en vez de «conmigo»: el narrador se olvida de que viene hablando de sí mismo.

ba riquísimamente. No aguardó más don Diego, y partiendo para su casa, encontró con aquellos dos caballeros amigos míos, el del hábito y el de la cadena, junto a la Puerta del Sol, y contóles lo que pasaba; y díjoles que se aparejasen, y que a la noche en viéndome en la calle, que me magullasen los cascos, y que me conocerían en la capa que él traía, que la llevaría yo. Concertáronse, y en entrando en la calle, topáronme; y disimularon de tal suerte los tres, que jamás pensé que éramos tan amigos como entonces. Estuvímonos en buena conversación, tratando de lo que sería bien hacer a la noche, hasta el avemaría. Entonces despidiéronse los dos, y echaron hacia abajo; y yo y don Diego quedamos solos, y echamos a San Felipe. Llegando a la entrada de la calle de la Paz, dijo don Diego:

—«Por vida de don Felipe, que troquemos capas, que me importa pasar por aquí y que no me conozcan.

13 *avemaría*, 'toque de campanas al anochecer, cuando se reza el angelus'. Falta esta acepción en el *Dic. Acad.*

15 *San Felipe:* iglesia que estaba situada a la entrada de la calle Mayor, frente a lo que fué Palacio de Oñate; sus gradas eran el célebre lugar de reunión llamado el «mentidero». Fué construído en 1547; se incendió en 1718; fué reedificado y desapareció definitivamente hacia 1835.

17 El trueque de capas era estratagema usual; v. Tirso, «Clás. Castell.», 1922 p., 269 y 278. Las capas aquí aludidas eran de color; comp:. «—¿Quieres capa de color? | —Nunca a las cosas de amor | va de color el discreto; | por el color se dan señas | de un hombre en un tribunal» (LOPE, *Peribañez*, ed. Rivad., p. 248).

—Sea en buen hora», dije yo. Tomé la suya inocentemente, y dile la mía; ofrecíle mi persona para hacerle espaldas; mas él—que tenía trazado el deshacerme las mías—dijo que le importaba el ir solo, que me fuese yo, y no me hube bien apartado, cuando ordena el diablo que dos que a él le aguardaban para darle de cintarazos por una mujercilla, entendiendo, por la capa, que era don Diego, levantan y empiezan una lluvia de cintarazos sobre mis espaldas y cabeza, que di voces; y en ellas y la cara conocieron que no era yo don Diego. Huyeron, y yo me quedé en la calle y con los palos; disimulé tres o cuatro chichones que tenía, y detúveme un rato, que no me atreví a entrar en la calle de miedo. Al fin, a las doce—que era la hora en que solía hablar con mi niña—, llegué a la puerta, y en emparejando, cierra uno de los dos que me aguardaban por don Diego, con un garrote, y dame dos palos en las piernas, que me derribó en el suelo; y llega el otro, y dame un chirlo de oreja a oreja, y quítanme la capa y déjanme en el suelo, diciendo: «Así pagan los pícaros embusteros mal nacidos». Comencé a dar gritos y a pedir confesión; y como no sabía lo que era—, aunque sospechaba por las palabras que acaso era el huésped de quien

17 El ms., *empezando* en vez de *emparejando* (*Z.*, 1626); esta última lección debe ser la buena, porque Pablos no ha comenzado a hablar con su novia; en otro caso ésta figuraría en la escena. Cuando Pablos «empareja» con los que le aguardaban, recibe el garrotazo.

me había salido con la traza de la Inquisición, o el carcelero burlado, o mis compañeros huídos; y al fin yo esperaba de tantas partes la cuchillada, que no sabía a quién echársela (pero nunca sospeché en don Diego ni en lo que era)—, daba voces: «¡A los capeadores!», y a ellas vino la justicia: levantáronme, y viendo mi cara con una cuchillada de un palmo y sin capa, ni saber lo que era, asiéronme para llevarme a curar. Metiéronme en casa de un barbero, curóme, preguntáronme donde vivía, y lleváronme allá.

Acostáronme y quedé aquella noche confuso, viendo mi cara partida en dos pedazos, y tan lisiadas las piernas, de los palos, que no me podía tener en ellas. Yo quedé herido, robado, y de manera que ni podía seguir a los amigos, ni tratar del casamiento, ni estar en la corte ni ir fuera.

6 *capeadores*: Comp.: «Comencé a dar voces diciendo: «¡Señor, que me quitan la capa; señor doctor Sagredo, que me capean ladrones!» *(Marcos de Obregón*, «Clás. Cast.», ed. Gilí, I, 71).«Si es caballero, | oblígale el buen hablar; | si es capeador, el dinero» (TIRSO» *Marta la Piadosa*, Rivad., V, 445 *c*).

6 Foulchè-Delbosc *(Rev. Hisp.*, 1917, p. 275) critica esta puntuación de «*¡a los capeadores!*»: «ce qui n' est certainement pas la manière dont Pablos criait. Cf. Ladrones ¡Asesino! etc. Il faut lire: «daba voces a los capeadores». Pero es bien sabido que en español se dice «¡a ésel», y que «*¡a los capeadores!*» es elipsis de «¡tengan a los capeadores!». V. antes. p. 83, n. 13, y CUERVO, *Dicc. de Constr.* I, 25 *a*.

CAPITULO XXI

DE MI CURA Y OTROS SUCESOS PEREGRINOS

He aquí a la mañana amanece a mi cabecera la húespeda de casa, vieja de buena edad (el mazo: cincuenta y cinco), con su rosario grande y su cara hecha en orejón o en cáscara de nuez, según estaba arrugada. Tenía buena fama en el lugar, y echábase a dormir con ella y con cuantos querían templar sus gustos. Llamábase María de la Guía; alquilaba su casa, y era corredora para alquilar otras. En todo

4 *el mazo*: el ms. corrige así la lección de todos lo impresos, que traen *edad de marzo*; *mazo* es una suerte del juego de la primera 'en que concurren el seis, el siete y el as de un palo, *que valen cincuenta y cinco puntos*' *(Dic. Acad.)*. Esta corrección fué ya propuesta por el Sr. Agostino (v. *Bull. Hispanique*, 1913, p. 227). Sin que yo dude de que esta lección *mazo* sea la buena y la original, es de notar que el mismo Quevedo, jugando del vocablo, llama en otro caso *marzo* al *mazo*:

«Mujer moza es mucho gasto
para envergonzante lindo;
marzo la quiero, no abril,
que cuente cincuenta y cinco.
Quiero ser pecaviejero», etc.
(*Rivad.*, LXIX, 212 *b.*)

el año no se vaciaba la posada de gente. Era de ver cómo ensayaba una muchacha en el taparse. Lo primero enseñábala cuáles cosas había de descubrir de su cara; a las de buenos dientes, que se riesen siempre, aunque fuese en los pésames; a las de buenas manos, se las enseñaba a esgrimir; a las rubias enseñaba un bamboleo de cabellos y un asomo de guedejas por el manto y por la toca; a las de buenos ojos, lindos bailes con las niñas y dormidillos, ce-

2 Sabido es que las mujeres solían andar tapadas con un manto (v. CALDERÓN, *El escondido y la tapada*); Tirso alude a ello: «¡Oh medio ojo que me aojó, | oh atisbar de basilisco, | oh tapada a lo morisco»!» (*Amor médico*, Rivad., V, 385 *a*). Desde fines del siglo XVI prohibía la Nueva Recopilación (ley 11, tit. III, lib. V) que las mujeres anduviesen cubiertas, aun dentro de la iglesia (v. BCURLAND, *Homen. M. Pidal*, II, 353). *Los Annales d' Espagne*, de Alvarez de Colmenar, que tan bien describen las costumbres de fines del siglo XVII, cuentan: «Celles qui veulent se trouver dans ces promenades sans être connues, se chargent de certaines «mantes», comme on les appelle, dont elles se couvrent la tête et le visage; mais elles savent se découvrir a propos à ceux qui leur plaisent.» (ed. Amsterdam, 1741, III, 327).

9 *dormidillos* es sustantivo, diminutivo de *dormido*: «La aguileña acostando la vista en el dormido de los ojos, dijo» (*Perinola*, Rivad., XLVIII, 471 *b*). Comp.: «Ninguna mujer que tuviere buenos ojos y buena boca y buenas manos, puede ser hermosa ni dejar de ser una pantasma; porque en preciándose de ojos, tanto los *duerme*, y los arrulla, y los *eleva*, y los mece, y los flecha, que no hay diablo que la pueda sufrir» (*Libro de todas las cosas*, Rivad., XXIII, 480 *a*); y el romance a una «Niña anciana de ojos dormidos»: «Tus dos ojos, Mari Pérez, | de puro dormidos roncan...» (*Rivad.*, LXIX, 172 *b*). Con la forma *dormidillos* compara Fernández Guerra «cernidillos» (Rivad., XXIII, 521 *n.*). Este coqueteo, con ojos lánguidos, debia estar más en moda que ahora, por otras alusiones que hallo: «Ojos negros, rasgados, y al descuido adormecidos» (*La tía fingida*, Rivad., I, 246 *a*). Se alude a ello en una copla: «Por tres cosas te he querido: | por morena, | por alegre | y por los ojos dormidos, | que aprisionados me tienen» (R. MARÍN, *Cantos populares*, II, 65).

rrándolos; y elevaciones, mirando arriba. Pues tratada en materia de afeites, cuervos entraban, y las corregían las caras de manera que, al entrar en sus casas, de puro blancas no las conocían los maridos; y en lo que ella era más extremada era en hacer doncellas no lo siendo. En solos ocho días que yo estuve en casa la vi hacer todo esto y (para remate de lo que era) enseñar a pelar, y refranes que dijesen, a las mujeres. Allí les decía cómo habían de encajar la joya: las niñas por gracia, las mozas por deuda, y las viejas por respeto y obligación. Enseñaba pediduras para dinero seco, y pediduras para cadenas y para sortijas. Citaba a la Vidaña, su concurrente en Alcalá, y a la Placiosa, en Burgos, mujeres de todo embuste. Esto he dicho para que se me tenga lástima de ver a las manos que vine, y se ponderen mejor las razones que me dijo; y empezó por estas palabras—que siempre hablaba por refranes—:

4 Dice Alvarez de Colmenar: "Las damas españolas se ponen todas colorete en el rostro; ni una deja de hacerlo... No miran esto como afeite; llaman así solamente a la mezcla del blanco con el colorete; se untan al acostarse y al levantarse» (*Annales d' Espagne*, ed. cit., III, 326). V. QUEVEDO, *Hora de todos* (Rivad., XXIII, 388 *b*), y nuestra edc. de Tirso, «Clas. Cast.» 1922, p. 23, nota.

7 'y para acabar de decir cómo era'.

8 *pelar*, 'comerle a uno su hacienda, como hacen las rameras que pelan a los mancebos' (Covarrubias).

10 *la joya*, 'la petición de la joya'.

«De do sacan y no pon, hijo don Felipe, presto llegan al hondón; de tales polvos, tales lodos; de tales bodas, tales tortas. Yo no te entiendo, ni sé tu manera de vivir; mozo eres, y no me espanto que hagas algunas travesuras, sin mirar que, durmiendo, caminamos a la huesa: yo, como montón de tierra, te lo puedo decir. ¿Qué cosa es que me digan a mí que has desperdiciado mucha hacienda sin saber cómo, y que te han visto aquí ya estudiante, ya pícaro, ya caballero, y todo por las compañías? Dime con quién andas, y diréte quién eres; cada oveja con su pareja; sábete hijo, que de la mano a la boca se pierde la sopa. Anda, bobilllo, que si te inquietaban mujeres, bien sabes tú que soy yo fiel perpetuo en esta tierra de esa mercadería, y fué mi sustento de las posturas. Hijo mío, lo fino y lo verdadero es no andarte con un pícaro y otro pícaro, tras una alcorzada y otra redomada, que

2 Así hablaban también Celestina, y Gerarda en *La Dorotea*, de Lope.

15 *fiel ejecutor:* «es cargo en las repúblicas del que tiene cuidado de mirar las mercaderías que se venden, y si se da en ellas el peso justo y fiel». (Covarrubias.)

16 *postura*, 'el precio en que se pone alguna cosa venal'. (Covarrubias.)

18 *alcorzada*, untada de afeites, dicho por la alcorza que recubría los dulces. Hay otro juego de palabras en *redomada*, que no significa sólo 'astuta', sino tambien 'untada con los ungüentos de las redomas'. Dice una dueña en *La casa de los celos*, de Cervantes: «¿Cuándo me veré, ¡ay de mi!, | con mi almohadilla, sentada | en estrado y

gaste las faldas con quien hace sus mangas. Yo te juro que hubieras ahorrado muchos ducados, si te hubieras encomendado a mí, porque no soy nada

descansada | , como algún tiempo me ví?... | ¿Cuándo de mis redomillas | veré los blancos afeites, | las unturas, los aceites, | las adobadas pasillas?» (Edic. Schevill-Bonilla, p. 150).

1 *que gaste las faldas con quien hace sus mangas*, 'que sólo conceda sus favores a quien ella despluma'. La frase es enredada *Manga* era obsequio o presente: «dándole mangas y otros favores» (*Marcos de Obregón*, ed., «Clás. Cast.», II, 95); «buenas son mangas después de Pascua» (*Quijote*, I, 31): «se dice cuando lo que deseamos se viene a cumplir algo después de lo que nosotros queríamos». (Covarrubias.) En el *Quijote*, I, 38, aparece una frase que a nadie se nos ocurrió comparar con la de nuestro texto: «porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos [los letrados] tienen en que entretenerse». Clemencín explicó así: «*mangas* suele significar lo mismo que regalos...; por oposición a estos provechos eventuales, denotados por mangas, *faldas* significa el estipendio señalado, los derechos corrientes y fijos». Los demás comentaristas se limitan a reproducir esta explicación, aunque sin citar su origen. Covarrubias nota algo curioso, no mencionado: «Aunque me cortaron las faldas largas, me quedaron lan mangas: cuentan haberlo dicho un señor que le habían quitado un pedazo de su hacienda, siendo ella toda mucha». En el *Quijote*, II, 51, vuelve a aparecer la expresión, al escribir Saneho a don Quijote: «aunque si me dura el oficio, yo buscaré que enviar, de haldas o de mangas». Con posterioridad a Covarrubias (1611) dice el *Vocabulario* de Franciosini (1620): «hacer un negocio de manga significa «far una cosa con subornazione», y este sentido de 'trampa, negocio sucio' es el que tiene en la *Pícara Justina*: «porque no había lugar de hacer mangas de lana» (ed., Puyol, II, 229, frase que el editor interpreta con duda). El origen de todo esto no está claro; ¿se trata de manga del vestido? ¿de la manga en que se envolvían las ropas y efectos? Leemos en *La Dorotea* de Lope: «Un vestido negro y alguna ropa blanca en una manga verde, que me prestó Ludovico» (mi edic., p. 42); y en *El remedio en la desdicha*: «Dame una manga bordada | de aljofar y oro, a dos haces» (t. 39 de

amiga de dineros; y por mis enterrados y difuntos (que ansi yo haya buen acabamiento), que aun lo que me debes de la posada, no te lo pidiera ahora, a no haberlo menester para unas candelicas y hierbas»; que trataba en botes sin ser boticaria, y si la untaban las manos, se untaba y salía de noche por la ventana del humo.

Yo que vi que acabó la plática y sermón en pedirme—que con ser su tema, acabó en él, y no empezó, como todos hacen—, no me espanté de la visita, que no me la había hecho otra vez mientras había sido su huésped, sino fué un día que me vino a dar satisfaciones de que había oído que me habían dicho no sé qué de hechizos, y que la quisieron prender, y se escondió. Al fin me vino a desenga-

«Clás. Cast.», p. 67,). ¿Se mandarían los regalos cohechadores en estas fundas o envoltorios? ¿O las mangas regaladas eran de verdad mangas, como quiere Rodríguez Marín, ed. *Quijote*, II, 469? Habría que ver otros textos además de ese de la *La lozana andaluza*. Recordemos aun aquel refrán de Correas: «Comeldo vosotras, mangas, que por vos honra me catan» (p. 358.)—De todas maneras, ya se comprende nuestro difícil pasaje; quizá en *gastar las faldas* haya doble sentido, y signifique a la vez 'conceder la mujeres sus favores' y 'gastar las faldas en el trato amoroso'; en *hacer sus mangas* hay alusión al regalo y a la trampa.

6 Acerca de estas unturas, v. la edic. del *Coloquio de los perros* de Cervantes, por A. G. de Amezúa, pág. 637. Solían emplearse la cicuta, el beleño, el solano y la mandrágora, drogas productoras del estado narcótico en que caían las brujas.

10 *espantar* significa sencillamente 'asombrar', no 'causar espanto', único sentido que hoy tiene este verbo.

ñar y a decir que era otra Guia; que no es de espantar, que con tales guías vamos todos descaminados. Yo la conté su dinero; y estándoselo dando, la desventura, que nunca me olvida, y el diablo, que se le acuerda de mí, trazó que la venían a prender por amancebada, y sabían que estaba el amigo en casa. Entraron en mi aposento, y como me vieron en la cama, y a ella conmigo, cerraron con ambos, y diéronme cuatro o seis empellones muy grandes, y arrastráronme fuera de la cama; a ella la tenían asida otros dos, tratándola de alcahueta y bruja. ¡Quién tal pensara de una mujer que hacía la vida referida! A la voz de el alguacil, y a mis quejas, el amigo, que era un frutero que estaba en un aposento de adentro, dió a correr. Ellos que lo vieron, y supieron—por lo que decía otro huésped de casa—, arrancaron tras el pícaro y asiéronle, y dejáronme a mí repelado y apuñeteado; y con todo mi trabajo, me reía de lo que los pícaros decían a la Guía, porque uno la miraba y la decía: «¡Qué bien os

1 Es decir que la mujer que buscaban era otra, apellidada *Guia* como ella; v. pág. 242, lin. 2.

2 *vamos* 'vayamos'. Aun se conserva ese subjuntivo etimológico (*vadamus*) en el español de América. Era de uso frecuente: «mira tú si puedes hacer cómo nos vamos». (*Quijote*, I, 40.)

5 *venían*; Z., 1626, *vinieron*; usábase entonces el indicativo en muchas oraciones subordinadas: «Es posible que no entiende v. m.» (*Quijote*, I, 48), casos en que la lengua actual impone rigurosamente el subjuntivo.

19 *trabajo*, 'sufrimiento'. Los inquisidores, antes de atormentar a sus víctimas, las exhortaban a decir la verdad para que no se viesen en «trabajo».

estará una mitra, madre, y lo que me holgaré de veros consagrar tres mil nabos a vuestro servicio!» Otro: «Ya tienen escogidas plumas los señores alcaldes, para que entréis bizarra». Al fin trajeron al picarón, y atáronlos a entrambos; pidiéronme perdón, y dejáronme solo.

Yo quedé algo aliviado de ver a mi buena huéspeda en el estado que tenía los negocios; y así, no tenía otro cuidado sino el de levantarme a tiempo que la tirase yo mi naranjazo; aunque—según las cosas que contaba una criada que quedó en casa—yo desconfié de su prisión, porque me dijo no sé qué de volar, y otras cosas que no me sonaron bien. Estuve en la casa curándome ocho días, y apenas podía salir; diéronme doce puntos en la cara, y hube de ponerme muletas.

4 V. antes págs. 18 y 31. A Quevedo le encanta aludir una y otra vez a este asunto. V. la letrilla: «Érase que se era | (y es cuento gracioso) | una viejecita | de tiempo de moros... | Y no paró aqui | este fiero monstro, | digno por la mitra | de obispar con tronchos... | Sacaron la vieja | en un asno romo, | con una montera | de papelón gordo... | Llovieron los niños | pepino y cohombros; | todos la acertaron, | tuertos y bisojos». (*Rivad.*, LXIX, 234 *a.*) «Los tres materiales que la justicia da a las alcahuetas en Castilla, que son, miel, pluma e coroza; y el cuarto, el asiento más alto en la picota». (G. Fernández de Oviedo, *Quinquagenas*, p. 65.)

Este suplicio de emplumamiento, tan grato al vulgacho de todas partes, duró en España hasta 1834; cada época tiene su sensibilidad, y Quevedo estaba, en ese punto, acorde con sus contemporáneos.

4 *bizarro*, 'lucido, muy galán'. Comp.: «Tanta bizarría de trajes». (*Quij.* I, 49.)

13 Comp. pág. 17, lín. 20.

Halléme sin dinero, porque los cien reales se consumieron en la cura y la comida y la posada; y así, por no hacer más gasto, no teniendo dinero, determiné de salirme con dos muletas de la casa, y vender mi vestido, cuellos y jubones, que era muy bueno. Hícelo, y compré con lo que me dieron un coleto de cordobán viejo y un jubonazo de estopa famoso, mi gabán de pobre, remendado y largo, y mis polainas y zapatos grandes, con la capilla del gabán en la cabeza; un Cristo de bronce traía colgado del cuello. Impúsome en la voz y frasis doloridas de pedir un pobre que entendía del arte mucho; y así, comencé luego a ejecutallo por las calles. Cosíme sesenta reales, que me sobraron, en el jubón; y con esto me metí a pobre, fiado en mi buena prosa. Anduve ocho días por las calles aullando en esta forma, con voz dolorida y reclamamiento de plegarias: «Dadle, buen cristiano, siervo del Señor, al pobre lisiado y llagado; que me veo y me deseo». Esto decía los días de trabajo; pero los de fiesta comenzaba con diferente voz, y decía: «Fieles cristianos devotos del Señor, por tan alta princesa como la Reina de los Angeles, Madre de Dios, dadle una

11 *frasis*: «los vocablos y frasis de hablar corrompió el uso» (*Guzman de Alfarache.*, Rivad., III, 250 *a*).

19 El ms. *no me veo*; pero dejo el texto de Z., 1626; comp.: «Ver y desear. (Cuando se ven cosas buenas que no se pueden haber)», (Correas, *Voc. de refr.*, 432 *b*). Lo corriente hoy es «me veo y me deseo».

limosna al pobre tullido y lastimado de la mano del Señor». Y paraba un poco, que es de grande importancia, y luego añadía: «Un aire corruto, en hora menguada, trabajando en una viña, me trabó mis miembros; que me vi sano y bueno, como se ven y se vean, loado sea el Señor».

Venían con esto los ochavos trompicando, y ganaba mucho dinero; y ganara más, si no se me atravesara un mancebón mal encarado, manco de los brazos y con una pierna menos, que me rondaba las mismas calles en un carretón, y cogía más limosna con pedir mal criado. Decía con voz ronca, rematando en chillido: «Acordaos, siervos de Jesucristo, del castigado del Señor por sus pecados; dadle al pobre lo que Dios reciba»; y añadía: «Por el buen Jesú», y ganaba que era un juicio. Yo advertí, y quité la *s*, y

3 V. pág. 83, n. 10.

15 La pronunciación *Jesú* es regresión de *Jesucristo*, y se usó mucho en la Edad Media; aparece en *La Celestina* y más tarde:

D.ª Marta. ¿Luego quise yo jamás
a don Felipe?
D.ª Lucía. ¡Jesú!
¿Querer? ¡bonita eres tú!

(TIRSO, *Marta la piadosa*, Rivad., V, 442 *b*).

En la exclamación vulgar andaluza ¡*Jozú*! sobrevive esa pronunciación.

16 *era un juicio*. Comp.: «De zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos». (*Quijote*, II, 19.) Rodríguez Marín no explica bien la frase por atenerse a la 14.ª edic. del *Dic. Acad.*; la edic. actual dice con mejor sentido: «*Ser* una cosa *un juicio*. Ser de ver, o de admirar». Comp.: «Si acaso en ello [hurtando] lo hallan,

no decía más de Jesú; y movía a más compasión. Al fin, yo mudé de frasis, y cogía maravillosa mosca.

Llevaba metidas entrambas piernas en una bolsa de cuero y liadas, y mis dos muletas. Dormía en un portal de un cirujano con un pobre de cantón, uno de los mayores bellacos que Dios crió; estaba riquísimo, y era como nuestro retor; ganaba más que todos. Tenía una potra muy grande, y atábase con un cordel el brazo por arriba, y parecía que tenía hinchada la mano y manca, y calentura, todo junto. Poníase echado boca arriba en su puesto y con la potra defuera, mayor que la mayor bola de bolos y aun de puente, y decía: «¡Miren la pobreza y el regalo que hace Dios al cristiano!» Si pasaba mujer, decía: «¡Ah, señora hermosa, sea Dios en su ánima!»; y las más, porque las llamase así, le daban limosna, y pasaban por allí aunque no fuese camino para sus

en azotes lo paga, que es un juicio» (*Guzmán de Alfarache*, Rivad., III, 251 *b*). Teniendo en cuenta el sentido que aún se da a esta frase en Andalucía ('haber bulla, jaleo, aglomeración de gente'), nuestro texto quiere decir 'ganaba sumas crecidísimas'. De la noción de «juicio final», se destacó la de «gran muchedumbre, cantidad increíble», etc.

8 *potra*, 'hernia'. Las variadas trapacerías de los mendigos se refieren en los *Discursos del amparo de los legítimos pobres y reducción de los fingidos...*, por el Doctor Cristóbal Pérez de Herrera, Madrid, 1598 (cit. por FERNÁNDEZ GUERRA, *Rivad.*, XXIII, 522 *b*). Esta obra es un curioso proyecto de moralización de la turba de vagabundos que en todo tiempo ha infestado la Corte. El autor observó atentamente la vida de los falsos y verdaderos mendigos, y cuenta muchas anécdotas que recuerdan estos rasgos que presenta Quevedo.

visitas. Si pasaba un soldado decía: «¡Ah, señor capitán!»; y si otro hombre cualquiera: «¡Señor caballero!» Y si iba alguno en coche, luego le llamaba señoría, a otros excelencia; si era clérigo en mula, «señor arcediano»; al fin, él adulaba terriblemente. Tenía diferente modo para pedir los días de los santos. Y vine a tener tanta amistad con él, que me descubrió un secreto, conque en dos días estuvimos ricos: y era que este tal pobre tenía tres muchachos pequeños, que recogían limosna por las calles y hurtaban lo que podían; dábanle cuenta a él, y todo lo guardaba; y iba a la parte con dos niños de cajuela en las sangrías que hacían de ellas.

Yo, tomé el mismo arbitrio, y él me encaminó la gentecita a propósito. Halléme en menos de un mes con más de ducientos reales horros; y últimamente me declaró—con intento de que nos fuésemos juntos—el mayor secreto y la más alta industria que cupo en mendigo, y hicimósla entrambos; y era que hurtábamos niños cada día entre los dos, cuatro o cinco; pregonábanlos, y salíamos nosotros a preguntar las señas y decíamos: «Señor, por cierto, que le topé a tal hora, y que si no llego, que le mata un carro; en casa está». Dábannos el hallazgo; y venimos a enriquecer de manera, que me hallé con más

13 *niños de cajuela*, que pedían limosna con una hucha o cepillo, para algún fin religioso.

15 *me encaminó la gentecita*: v. pág. 220, n. 7.

24 *venimos:* como en otros casos, es pretérito, no presente.

de cincuenta escudos, y ya sano de las piernas, aunque las traía entrapajadas.

Determiné de salirme de la corte y tomar mi camino para Toledo, donde ni yo conocía, ni me conocía nadie. Compré un vestidillo pardo y cuello y espada, y despedíme de Baltasar—que era el pobre que dije—, y busqué por los mesones en qué ir a Toledo.

5 *vestidillo pardo*: v. antes pág. 168, n. 11.

CAPITULO XXII

EN QUE ME HAGO REPRESENTANTE, POETA Y GALÁN DE MONJAS, CUYAS PROPIEDADES SE DESCUBREN LINDAMENTE.

Topé en el paraje una compañía de farsantes que iban a Toledo; llevaban tres carros, y quiso Dios que entre los compañeros iba uno que lo había sido mío en el estudio de Alcalá; había renegado y metídose al oficio. Díjele lo que me importaba ir allá y salir de la corte; y apenas el hombre me conocía con la cuchillada, y no hacía sino santiguarse de mí *per signum crucis*. Al fin me hizo amistad—por mi dinero—de alcanzar de los demás lugar para que yo fuese con ellos. Ibamos barajados hombres y mujeres, y una entre ellas, gran bailarina (que también hacía las reinas y papeles graves en las comedias), me pareció estraña sabandija. Acertó a estar su marido a mi lado; y yo, sin pensar con quien hablaba, llevado del deseo de amor y gozarla, díjele: «Suplico a v. m. me diga: a esta mujer, ¿por qué orden la po-

5 *paraje*, 'parador, mesón'. Falta esta acepción en los diccionarios; se habrá originado en frases como ésta: «hice paraje en un mesón» (*Pícara Justina*, ed. Puyol, II, 31); debió usarse poco. Z., 1626, *en una posada*.

12 V. pág. 129, n. 4.

dríamos hablar para gastar con su merced unos veinte o treinta escudos, que me ha parecido hermosa?» Díjome el buen hombre: «No me está a mí bien el decirlo, porque soy su marido, ni tratar de eso; pero sin pasión (que no me mueve ninguna), se puede gastar con ella cualquier dinero, porque tales carnes no las tiene el suelo, ni tan juguetoncita»; y en diciendo esto saltó del carro y fuése al otro, según pareció, por darme lugar a que la hablase. Cayóme en gracia la respuesta del hombre, y eché de ver que estos son de los que dijera algún bellaco que, torciendo la sentencia a mal fin, cumplen el precepto de San Pablo de tener mujeres como si no las tuviesen. Yo gocé de la ocasión, habléla y preguntóme que dónde iba, y algo de mi vida. En fin, tras muchas palabras, dejamos concertadas para Toledo las obras.

Ibamonos holgando por los caminos mucho; y acaso comencé a representar un pedazo de la comedia de San Alejo, que me acordaba de cuando muchacho; y representélo de suerte que les di cudicia; y sabiendo, por lo que yo le dije a aquel amigo que

5 Quevedo gusta mucho de presentar esposos complacientes, como tema exquisito para la sátira y el sarcasmo: v. *Rivad.*, XXIII, 465 y 470 (*Carta de un cornudo a otro*). Comp. antes pág. 142, n. 13; y *passim* en sus obras festivas,

12 La cita de San Pablo desapareció en Z., 1626. El texto de la epístola es: «el tiempo es corto: lo que resta es que los que tienen mujeres, sean como los que no las tienen». (*Corintios*, I, 7, 29.)

18 *San Alejo*. Hay una comedia de este nombre de Juan López de Ubeda, en el *Cancionero general de la doctrina cristiana*, Alcalá, 1579; v. A. Paz y Melia, *Catálogo de piezas manuscritas*.

iba en la compañía, mis desgracias y descomodidades, díjome si quería entrar en la danza con ellos. Encarecióme tanto la vida de la farándula; y yo que tenía necesidad de arrimo, y me había parecido bien la moza, concertéme por dos años con el autor; hícele escritura de estar con él, y dióme mi ración y representaciones. Y con tanto llegamos a Toledo.

Diéronme que estudiase tres loas, y papeles de barba, que los acomodaba bien con mi voz. Yo puse cuidado en todo, y eché la primera loa en el lugar; era de una nave—de lo que son todas—que venía destrozada y sin provisión; decía lo de: «Este es puerto»; llamaba a la gente «senado»; pedía perdón de «estas faltas» y silencio, y entréme. Hubo un vítor de rezado, y al fin parecí bien en el tablado.

3 *tanto* 'mucho, en gran manera', usado absolutamente, sin *que* correlativo. Este uso adverbial procede del adjetivo, empleado a menudo también sin correlación: «se le abrió tanto gaznate». (Rojas Zorrilla, *Progne.*, Rivad., LIV, 49 *b.*)

11 *loa*, 'composición corta que solía recitarse antes de la comedia, refiriendo algún suceso o elogiando la ciudad en que se representaba; terminaban solicitando la atención del público'. Muchas de ellas incluyó Agustín de Rojas en *El viaje entretenido.*

15 *vitor*, 'exclamación aprobatoria, correspondiente al moderno ¡bravo!' El *Dic. Acad.* da como actual esta desusada palabra: pero sólo vive su derivado «vitorear». Lo contrario de *vitor*, era *cola*, igual a nuestro «¡fuera!» Comp.: «¡Víctor, Lucinda!...¡Cola, Leonarda!» (Lope, *Porfiando vence amor*, Rivad., XLI, 249 *c.*) «Vítor Bruno, capitán. ¡Y a quien le pesare, cola!» (Tirso, *El mayor desengaño*, NBAAEE, IV, 100 *b.*) *De rezado* es 'con voz corriente, no gritando ni cantado': «Oirla decir... requiebros y motes amorosos, unas veces cantados y otras rezados» (*Diálogo de las comedias*, en

Representamos una comedia de un representante nuestro, que yo me admiré de que fuesen poetas, porque pensaba yo que el serlo era de hombres muy doctos y sabios, y no de gente tan sumamente lega; y está ya de manera esto, que no hay autor que no escriba comedias, ni representante que no traiga su farsa de moros y cristianos; que me acuerdo yo antes, que si no eran comedias del famoso Lope de Vega y Ramón, no había otra cosa. Al fin, hízose el primer día la comedia, y no la entendió nadie; el segundo día empezámosla, y quiso Dios que empezaba por guerra, y salia yo armado y con una rodela, que si no, a manos de mal membrillo, troncho

Cotarelo, *Licitud del teatro*, p. 213); «hablar quedito y de rezado» (v. más adelante, pág. 272). Un significado derivado es 'sin solemnidad ni aparato' (como la misa rezada): «Tente, | porque no sienta la gente, | Rodrigo, tus alborozos. | Mira que este casamiento | es de rezado y no más». (Lope, *El mejor mozo de España*, Rivad., XLI, 630 *c.*) El vítor a Pablos no fué, pues, muy entusiasta. *De rezado* debiera figurar en el *Dic. Acad.*

7 V. antes pág. 118, nota.

11 *Ramón*: Fray Alonso Ramón o Remón, poeta dramático celebrado también por Cervantes y Lope, y autor además de obras de erudición religiosa; sus comedias debieron representarse muy a comienzos del siglo: *El español entre todas las naciones y clérigo agradecido*, *Las tres mujeres en una*, etc. (V. los *Catálogos* de la Barrera y Paz y Meliá.) Las obras escasas que conocemos de dicho fraile no justifican ese elogio de los más altos escritores de su tiempo. Quizá entre sus comedias perdidas, las hubiera importantes; nadie, que sepa, ha intentado estudiar a este dramaturgo. Hay que no olvidar, sin embargo, que los encomios de nuestros antiguos escritores fueran a veces muy arbitrarios.

y badeas, acabo como los otros. No se ha visto tal torbellino; y ello merecíalo la comedia, porque traía un rey de Normandia, sin propósito, en hábito de ermitaño; y metía dos lacayos por hacer reir; y al desatar de la maraña no había más de casarse todos, y allá vas. Al fin tuvimos nuestro merecido. Tratamos todos muy mal al compañero poeta; y yo, principalmente, diciéndole que mirase de la que habíamos escapado, y escarmentase; díjome que juraba a Dios que no era suyo nada de la comedia, sino que de un paso tomado de uno y otro de otro, había hecho aquella capa de pobre, de remiendos; y que el daño no había estado sino en lo mal zurcido. Confesóme que los farsantes que hacían comedias, les obligaba en todo a restitución, porque se aprovechaban de cuanto habían representado, y que era muy fácil; que el interés de sacar trecientos o cuatrocientos reales obligaba a aquellos riesgos; lo otro, que como andaban por esos lugares, les leen unos y otros comedias: «tomámoslas para verlas, llevámonoslas, y con añadir una necedad y quitar una cosa bien dicha, decimos que es nuestra». Y declaróme

1 *badea*, 'pepino'.

11 *paso*, 'pasaje o trozo'.

14 *los farsantes*, es decir 'a los farsantes'; hay anacoluto; la frase se comenzó pensando en escribir «estaban obligados», etc.

22 Sabemos, por ejemplo, que Pedro de Pernia, un actor de Roque de Figueroa, podía, en caso de necesidad, abastecer a la compañía de materia representable:

«¿No es Pernia este que sale,
que representa, que baila,

como no había habido jamás farsante que supiese hacer una copla de otra manera; y no me pareció mal la traza.

Yo confieso que me incliné a ella por hallarme con algún natural a la poesía, y más que tenía yo conocimiento con algunos poetas, y había leído a Garcilaso; y así, determiné de dar en el arte. Y con esto y la farsanta y representar, pasaba la vida; que pasado un mes que había que estábamos en Toledo haciendo comedias buenas, y enmendando el yerro pasado, ya yo tenía nombre, y habían llegado a llamarme *Alonsete*, que yo había dicho llamarme Alonso; y por otro nombre me llamaban el *Cruel*, por una figura de serlo, que había hecho con gran aceptación de los mosqueteros y chusma vulgar. Tenía ya tres pares de vestidos, y autores que me preten-

que hace versos, que remedia,
si sucede una desgracia,
doce o diez y seis columnas
de la noche a la mañana?»

(Q. DE BENAVENTE, *Entremeses*, edic. Rosell, I, 167. Véase RENNERT, *The Spanish Stage*, 1909, pág. 172.)

15 *mosquetero*, 'el populacho, que permanecía de pie en el patio del corral y de cuyos *vítores* o silbidos dependía el éxito o fracaso de la obra'.

16 *tres pares* no son seis, sino tres; creo que son también diez, y no veinte, los «diez pares de vestidos» de Vicente de la Roca (*Quijote*, I, 51), aunque no lo noten los comentadores; aun hoy se dice vulgarmente «un par de enaguas», tratándose de una sola enagua, por analogía con un «par de medias», etc. Como algunas cosas (medias,

dían y sonsacaban de la compañía; hablaba ya de entender la comedia, murmuraba de los famosos, reprehendía los gestos a Pinedo, daba mi voto en el reposo natural de Sánchez, llamaba bonico a Morales; pedíanme el parecer en el adorno de los teatros y trazar las apariencias. Si alguien venía a leer comedias, yo era el que la oía.

Al fin, animado con este aplauso, me desvirgué de poeta en un romancico, y luego hice un entremés, y no pareció mal. Atrevíme a una comedia, y porque no escapase de ser divina cosa, la hice de Nuestra Señora del Rosario. Comenzaba con chiri-

calzones, tijeras, etc.), constan de dos partes, se nombraron en plural, y más precisamente con el dual *par*; otros objetos denominados en plural en la época clásica, como *casas*, se convirtieron a veces en «un par de casas». (N. Alonso Cortés, *Una corte literaria*, p. 83). Las gramáticas no estudian este dual ficticio.

16 (pág. 259) *autores*, 'directores de compañía'.

3 *Pinedo, Sánchez y Morales*, famosos actores. Baltasar Pinedo, elogiado por Lope, representó comedias de éste; hay noticias de representaciones suyas desde 1599 a 1613. Hernán Sánchez de Vargas, de la misma época que el anterior; dice Lope de *La Hermosa Ester*: «Representóla el famoso Sánchez, con notable autoridad y aplauso». Y de Alonso de Morales dice Claramonte en su *Letanía Moral*, impresa en 1612: «Alonso de Morales, príncipe de los representantes, que mereció en sus días llamarse *el Divino*, por el ingenio y por la representación». (V. Rennert, *ob. cit.* y *Rivad.*, XXIII, 524).

6 *apariencias*, 'decoraciones y tramoyas'.

12 Por diversa senda llegan a coincidir aquí Cervantes y Quevedo. De estas comedias de santos se dice en el *Quijote*: «Pues ¿qué, si venimos a las comedias divinas? ¡Qué de milagros falsos fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo a un santo los milagros de otro!», etc. (I, 48). V. Fernández Guerra, *Rivad.*, XXIII 524.

mías, y había sus ánimas de purgatorio y sus demonios, que se usaban entonces. Caíale muy en gracia al lugar el nombre de *Satán* en las coplas, y el tratar luego de si cayó del cielo, y tal. En fin, mi comedia se hizo y pareció muy bien.

No me daba manos a trabajar, porque acudían a mí enamorados, unos por coplas de cejas, otros de ojos; cuál, soneto de manos, y cuál, romancico para cabellos. Para cada cosa tenía su precio, aunque como había otras tiendas, porque acudiesen a la mía, hacía barato. ¿Pues villancicos? Hervían sacristanes y demandaderas de monjas; ciegos me sustentaban a pura oración—ocho reales de cada una—; y me acuerdo que hice entonces la del Justo Juez, grave y sonora, que provocaba a gestos. Escribí para un ciego, que las sacó en su nombre, las famosas que empiezan:

Madre del Verbo humanal
hija del Padre divino,
dame gracia virginal, etc.

Fuí el primero que introdujo acabar las coplas, como los sermones, con *aquí gracia y después su gloria*, en esta copla de un cautivo de Tetuán:

2 Z., 1626 añade: *entonces, con su «bu, bu» al salir, y su «ri, ri» al entrar.*

14 Recuérdese que (pág. 117, lín. 21), el sacristán de Majalahonda compuso también una oración análoga, con iguales requisitos. Había una «oración del Justo Cordero» que sería parecida a esta del Justo Juez; v. *Pícara Justina*, edic. Puyol, III, 213.

Pidámosle sin falacia
al alto Rey sin escoria,
pues ve nuestra pertinacia,
que nos quiera dar su gracia,
y después allá su gloria. Amén.

Estaba viento en popa con estas cosas, rico y próspero; y tal, que casi aspiraba ya a ser autor. Tenía mi casa muy bien adrezada, porque había dado—para tener tapicería barata—, en un arbitrio del diablo, y fué de comprar reposteros de tabernas y colgarlos; costáronme veinte o treinta reales, y eran más para ver que cuantos tiene el rey, pues por estos se veía de puros rotos, y por esotros no se verá nada.

Sucedióme un día la mejor cosa del mundo, que, aunque es en mi afrenta, la he de contar. Yo me re-

1 Burlándose Quevedo de la comedia de Montalbán, *El segundo Seneca*, cita una décima en que ocurre la frase «visto de plano»: «*Visto de plano*, dijo la bermejuela, es cosa de ciegos, como *cristiana*, *manada* y *falacia*». (Rivad., XLVIII, 470 *b*.) V. antes pág. 126.

7 *autor*, es decir, director de compañía.

10 *repostero*: «Un paño cuadrado con las armas del señor, que se pone sobre las acémilas» (Covarrubias), usado también como tapiz o colgadura:

«Yo, señor, tengo en casa pobres sargas,
no reposteros con doradas armas,
ni coronados de blasón y plumas
los timbres generosos; y así, vengo
a que se digne vuestra señoría
de prestarme una alhombra y repostero
para adornar el carro».
(LOPE, *Peribáñez*, act. I, esc. 17).

13 *de puros:* comp. *a puros*, pág. 74, n. 11.

cogía en mi posada, el día que escribía comedia, al desván, y allí me estaba y allí comía; subía una moza con la vianda, y dejábamela allí. Yo tenía por costumbre escribir representando recio, como si lo hiciera en el tablado. Ordena el diablo que, a la hora y punto que la moza iba subiendo por la escalera—que era angosta y obscura—, con los platos y olla, yo estaba en un paso de una montería, y daba grandes gritos componiendo mi comedia y diciendo:

¡Guarda el oso, guarda el oso,
que me deja hecho pedazos,
y baja tras tí furioso!

¿Qué entendió la moza—que era gallega—, como oyó decir «baja tras ti?» Que era verdad, y que la avisaba; va a huir, y con la turbación písase la saya, rueda toda la escalera, derrama la olla y quiebra todos los platos, y sale dando gritos a la calle, diciendo que mataba un oso a un hombre. Por presto que yo acudí, ya estaba toda la vecindad conmigo, preguntando por el oso; y contándoles yo como había sido ignorancia de la moza—porque era lo que he referido de la comedia—, no lo querían creer. No

19 L. Vélez de Guevara imitó este cómico rasgo en *El Diablo Cojuelo* (tranco IV). También hay allá un poeta que «comenzando a escribir la comedia de *El marques de Mantua*... fueron tantas las prevenciones de la caza y las voces que dió, llamando a los perros Melampo, Oliveros, Saltamontes, Tragavientos, etc., y el «¡ataja, atajal» y el «¡guarda el oso cerdoso, y el jabalí colmilludo!», que malparió una señora del sobresalto».

comí aquel día. Supiéronlo los compañeros, y fué celebrado el cuento en la ciudad. Y destas cosas me sucedieron muchas, mientras perseveré en el oficio de poeta, y no salí del mal estado. Sucedió, pues, que a mi autor—que siempre paran en esto—, sabiendo que en Toledo le había ido bien, le ejecutaron por no sé qué deudas, y le pusieron en la cárcel; con lo cual nos desmembramos todos, y echó cada uno por su parte. Yo—si va a decir verdad—, aunque los compañeros me querían guiar a otras compañías, como no aspiraba a semejantes oficios, y el dar en ellos era por necesidad, ya que me veía con dineros y bien puesto, no traté más que de holgarme.

Despedíme de todos; fuéronse; y yo, que entendí salir de mala vida con no ser farsante, si no lo ha v. m. por enojo, di en amante de red, y por hablar más claro, en pretendiente de Antecristo, que es lo mismo que galán de monjas. Tuve ocasión de dar en

18 El *Antecristo* será concebido por un clérigo y una monja. Dice la rectora del Colegio de las vírgenes: «La señora doña Embuste tendrá en esta casa tal amparo, cuanto hay buena acogida de parientas suyas; donde podrá guardar intacta su virginidad hasta que el padre del Antecristo la tome para signo de su nacimiento». (*Rivad.*, XXIII, 474 *b.*) «El autor es pretendiente de Antecristo, por los locutorios» (*Perinola*, Rivad., XLVIII, 468 *a.*) Alude a esto *El Diablo Cojuelo*: «a la puerta de aquel rico avariento echan un niño, que por parte de su padre puede pretender la beca del Antecristo»; es decir, que es hijo de clérigo (ed. «Clás. Cast.», p. 62).

19 *galán de monjas.* Hoy no se concebiría que en torno a los conventos de monjas hubiese una nube de galanes «pelando la pava» y cambiando billetes de amor con las esposas de Cristo. Sin embargo

esto, porque una, a cuya ocasión había hecho yo unos villancicos, se aficionó en un auto del Corpus, de mi,

así acontecía en los siglos XVI y XVII. La costumbre debía ser antigua; en los *Refranes* de Hernán Núñez (1556) figura como tradicional: «Amor de monjas y fuego de estopa y viento de c..., todo es uno». Santa Teresa se escandaliza de la inmoralidad de los conventos: «más ha de temer el fraile y la monja... a los mesmos de su casa, que a todos los demonios» (*Rivad.*, LIII, 35 *a.*) El galantear a las monjas debió ser, sobre todo, discreteo y juego sentimental. Así como las cofradías tenían algo de casino, los amoríos monjiles, reflejados por la literatura recuerdan el «preciosismo» de los salones; desconocidos éstos para la vida española de la época, los enrejados y las celosías fueron muro de rebote para la galantería barroca de los contemporáneos de Quevedo y Góngora. No se olvide además la cifra enorme de conventos y de mujeres sustraídas a la vida social: algo habían de hacer. Con tan extraño devaneo revivieron los viejos conceptos del «amor perfecto» a la manera provenzal, cuyos temas perduraban en los cancioneros cortesanos; la técnica de los amores monacales debía parecer arcaica. A los interesados en esa romántica aventura se les brindaba ocasión para ejercitar la agudeza y arte de ingenio. Cierto que algunas veces las cañas se tornaban lanzas, y había fugas, escalos y sacrilegios, como refiere José Pellicer en sus *Avisos* de 1639 a 1644 (*Semanario Erudito* de Valladares, t. 31-33).

Hay censuras a esta costumbre, p. e., en MAL LARA, *Filosofía vulgar*, 1568 (he dado el texto en el *Homenaje a M. Pidal*, III, 579); en M. LUJÁN DE SAYAVEDRA, *Guzmán de Alfarache*, 1604 (Rivad. III, 391), con datos muy interesantes: «la *retórica antigua* se ha trasladado y retirado a sus conventos. Añadió la señora monja que la esperanza en sí sola tiene más perfección que la posesión de lo que se espera». Lo frecuente era la burla. Así Góngora:

«Quiera con mucha lealtad
a la monja, que, encerrada,
sin que pueda darle nada,
se le muestra muy celosa,
si su mujer es hermosa,
de que la tenga preñada».

viéndome representar un San Juan Evangelista, que lo era ella. Regalábame la mujer con cuidado, y habíame dicho que sólo sentía que fuese farsante—porque yo había fingido que era hijo de un gran caballero—, y dábala compasión. Al fin, me determiné de escribirla la siguiente

CARTA

«Más por agradar a v. m. que por hacer lo que me importaba, he dejado la compañía; que para mí cualquiera sin la suya es soledad: ya seré tanto más suyo, cuanto soy más mio. Avíseme v. m. cuándo habrá locutorio, y sabré juntamente cuándo tendré gusto, etc.»

Llevó el billetico una demandadera. No se podrá creer el contento de la buena monja sabiendo mi nuevo estado; y respondióme lo siguiente:

(*Obras en verso del Homero español* [Góngora] *que recogió Juan López de Vicuña*, Madrid, 1627, pág. 157; otra composición a lo mismo, en *Rivad.*, XXXII, 502 *b*.)

Quevedo trata del mismo tema en las *Premáticas y aranceles* (Rivad., XXIII, 436 *b*) e *Indulgencias concedidas a los devotos de monjas* (*ib.*, 473); en dos sonetos (*Rivad.*, LXIX, 490 y 491); v. también FERNÁNDEZ GUERRA, *Rivad.*, XXIII, 432, nota. En la *Vida del pícaro* (edic. Rev. Hisp., 1902, p. 319), hay una alusión interesante para nuestro texto: «Echados boca abajo o boca arriba, | pícaros de mi alma, estáis holgando, | sin monja que melindres os escriba.»

Véase también una comedia anónima: *Lo que pasa en un torno de monjas* (LA BARRERA, *Catálogo*, p. 559).

1-2 La monja era «evangelista», es decir, de la orden de San Juan.

RESPUESTA

«De sus buenos sucesos de v. m., antes aguardo los parabienes que los doy; y me pesara dello, a no saber que mi voluntad y su provecho es todo uno. Podemos decir que ha vuelto en sí; no resta ahora sino perseveranza que se mida con la que yo tendré. El locutorio dudo por hoy; pero no deje v. m. de venirse a vísperas, que allí nos veremos, y luego por las vistas; y quizá podré yo hacer alguna trampilla a la abadesa. Y adiós».

Contentóme el papel, que realmente la monja tenía buen entendimiento y era hermosa. Comí, y púseme el vestido con que solía hacer los galanes en las comedias. Fuíme derecho a la iglesia, recé y luego empecé a repasar todos los lazos y agujeros de la red con los ojos, para ver si parecía; cuando Dios y en hora buena—que más era diablo, y en hora mala—, oigo la seña antigua: empieza a toser, y yo a toser; y andaba una tosidura del diablo, que parecía habían echado pimiento en la iglesia. Al fin, yo estaba cansado de toser, cuando se me asoma a la reja una vieja tosiendo, y echo de ver mi desventura; que es peligrosísima señal en los conventos, porque como es seña a las mozas, es costumbre en las viejas; y hay hombre que piensa que es reclamo de ruiseñor, y le sale después graznido de cuervo. Estuve un gran rato en la iglesia, hasta que empezaron vísperas; oílas todas, que por

esto llaman a los galanes de monjas *solemnes* enamorados, por lo que tienen de vísperas; y tienen también que nunca salen de vísperas del contento, porque no les llega el día jamás. No se creerá los pares de vísperas que yo oí; estaba con dos varas de gaznate más del que tenía cuando entré en los amores, a puro estirarme para ver. Fuí gran compañero del sacristán y monacillo, y muy bien recibido del vicario, que era hombre de humor. Andaba tan tieso, que parecía que almorzaba asadores y que comía virotes.

Fuíme a las vistas, y allá—con ser una plazuela bien grande—era menester enviar a tomar lugar a las doce, como para comedia nueva: hervían devotos. Al fin me puse como pude; podíase ir a ver las diferentes posturas de los amantes: cuál, sin pestañear, mirando, con su mano puesta en la espada y la otra en el rosario, estaba como figura de piedra sobre sepulcro; otro, alzadas las manos y extendidos los brazos a lo seráfico, recibiendo las llagas; cuál, con la boca más abierta que la de mujer pedigüeña, sin hablar palabra, le enseñaba a su querida las en-

8 Comp.: «por vida de las vísperas solemnes» (pág. 126, lín. 17).

14 Las representaciones comenzaban en los corrales a las dos de la tarde de octubre a marzo, y a las cuatro el resto del año: los asientos podían reservarse antes de esa hora, pero estaba mandado no abrir el teatro antes de las doce.

20 *recibiendo las llagas* falta en los impresos.

22 *querida*, 'novia', no 'amante'; el primer sentido conservábase aun en el siglo XIX.

trañas por el gaznate; otro, pegado a la pared, dando pesadumbre a los ladrillos, que parecía medirse con la esquina; otro, se paseaba como si le hubieran de querer por el portante, como a macho; otro, con una carta en la mano, a uso de cazador con carne, que parecía llamaba al halcón. Los celosos era otra banda: éstos, unos estaban en corrillos, riéndose y mirándolas; otros, leyendo coplas y enseñándolas; cuál, para dar picón, pasaba por el terrero con una mujer de la mano; y cuál hablaba con una criada echadiza que le daba un recado. Esto era de la parte de abajo; pero de la de arriba, adonde estaban las monjas, era cosa de ver también; porque las vistas era una torrecilla llena toda de redendijas, y una pared con deshilados, que ya parecía salvadera, ya pomo de olor. Estaban todos los agujeros poblados de brújulas: allí se veía una pepi-

9 *picón*, 'celos, disgusto': «¿Así os hacen olvidar | del cantar y repicar | los picones de una loca?». (CERVANTES, *Pedro de Urdemalas*, ed. Schevill, p. 147). «El vil picón me pagará Gerardo» *(La española de Florencia*, ed. Rosenberg, verso 1764).

10 *terrero*, 'espacio despejado frente a un edificio' V. mi edición de Tirso, «Clás. Cast.», 1922, p. 265.

11 *echadiza* 'con trampa, amañada', como lo ha sido la criada para simular el recado. Comp. «Una carta echadiza para que una dama fea la tomase». (C. DE CASTILLEJO, Rivad., XXXII, 125). Comp. *Pícara Justina*, ed. Puyol, II, 482. El *Dic. Acad.* debiera definir más claramente esta acepción.

17 *brújula*, 'asomo, aparición atisbada'. Otro difícil vocablo, ininteligible hasta ahora. *Brújula* era no sólo la aguja de marear, sino «el agujerito de la puntería de la escopeta... y es menester mucho tiento y flema para encarar con él». (Covarrubias). La palabra proce

toria, una mano o un pie; en otra parte había cosas

de del italiano *bússola*, aunque no está muy clara su historia. Lo cierto es que de ese sentido de agujerito, *brújula* pasó a tener el de 'lo que se ve por el agujero, lo que se atisba'. Así se explica que los agujeros estuviesen *poblados de brújulas*; y de ese modo explicamos también otros incomprensibles pasajes de Quevedo, en cuya pluma un vocablo así es peligroso. Describiendo los balcones de la Plaza Mayor, en una fiesta de toros, para decir que se veían los tapices de los doseles, por entre las lujosas telas y a través de los consejeros y grandes, lo expresa así el autor:

«Los balcones son jardines,
pues en brocados florecen,
y, entre consejos y grandes,
hay brújulas de doseles».
(*Rivad.*, LXIX, 162).

Probablemente comenzó esta acepción por designar la pinta de los naipes (comp. *brujulear*). Dice un marido paciente, que si vislumbra un amante rico, si descubre «pinta de oros», se marcha:

«Si estando con mi mujer,
columbro brújuja de oros,
hago como que me fuí,
y aunque me quedo no estorbo» (*Ib.*, 182 *b*).

Un preso celebra la hermosura de su manceba:

«Si pudiera ver el sol,
viera brizna de tu cofia,
la brújula de tu ojos,
que dos firmamentos forman» (*Ib.*, 111 *a*).

Aquí, *brújula* es, al mismo tiempo, niña de los ojos y aberturas por las que se ven dos cielos. En este otro ejemplo *brújula* significa muy claramente 'aparición, visión atisbada':

Verbi gracia, un dotorazo...
atisba por esas calles
una picarilla rota;
y en *brújula* de chinela,
que recatada se *asoma*...
los bártulos se le atollan (*Ib.*, 227 *a*).

V. además *Picara Justina*, ed. Puyol, II, 23 y 34.

1 *pepitoria*: «Un guisado que se hace de los pescuezos y alones del ave». (Covarrubias). «Quedó don Cleofás absorto en aquella pepitoria humana de tanta diversidad de manos, pies y cabezas...» (*Diablo Cojuelo*, tranco II). «Metida, como carne de pepitoria, entre cabezas y pies» (*Pícara Justina*, ed. Puyol, I, 174).

de sábado: cabezas y lenguas, aunque faltaban sesos; a otro lado se mostraba buhonería: una mostraba el rosario, otra, el pañizuelo; en otra parte asomaba un guante; por otra, un listón verde; unas hablaban algo recio, otras tosían; cuál hacía la seña 5 de los sombrereros (como si sacara arañas), ceceando.

1 *cosas de sábado*. Existía en Castilla, de tiempo inmemorial, la costumbre de abstenerse de carne los sábados, además de los viernes; pero tal abstinencia fué atenuándose, no se sabe desde cuándo, y la Iglesia permitía comer lo que se llamaba «grosura» de los animales: patas, cabeza, tocino y muchas más cosas. Tan ficticia llegó a ser esta vigilia sabática, que el papa Benedicto XIV la suprimió en 1745. Todo lo que puede decirse sobre esto fué ya dicho por A. Morel-Fatio, *Etudes sur l'Espane*, III, 1904, págs. 403-423; *Bull. Hispan.*, 1915, XVII, 59; M.ª Goyri, *Rev. Filol. Esp.* 1915, II, 35-40; F. Rodríguez Marín, ed. *Quijote*, 1916, t. VI, págs. 20-25. Tan gran interés en los eruditos se explica por estar relacionada esa seudovigilia del sábado con los «duelos y quebrantos» mencionados al comienzo del *Quijote*.

6 Todas las ediciones, *la señal de los sombreros*, absurdo que no tiene sentido; la corrección del ms. es muy buena. Comp. otro pasaje análogo de Quevedo: «La lechuza ceceosa | entre los cerros da gritos, | que parece sombrerero | en la música y los silbos» (*Bibl. And.*, II, 248). Lo de *cecear* no se refiere, como es natural, a la pronunciación de los sombrereros, sino al abuso que hacían de la interjección *ce*, *ce* para llamar a los clientes; «ce, caballero» era la formar de llamar (*Rivad.*, LXIX, 124 *b*; Cristóbal de Castillejo, edic. «Clás. Cast.», t. I, p. 239; Tirso, *Burlador*, «Clás. Cast.», 1922, p. 267), conservada, probablemente, en el *che* de los valencianos y sudamericanos. Los sombrereros de la Plaza Mayor eran, por lo visto, una plaga: «Sólo por no irle a comprar, | traigo un infame sombrero; | pues si a la Plaza Mayor | va uno con sus dineros | por uno, ¡los sombrereros |

En verano es de ver cómo no sólo se calientan al sol, sino se chamuscan; que es gran gusto verlas a ellas tan crudas y a ellos tan asados. En invierno acontece con la humedad nacerle a uno de nosotros berros y arboledas en el cuerpo; no hay nieve que se nos escape, ni lluvia que se nos pase por alto. Y todo esto, al cabo, es para ver una mujer por red y vidrieras, como hueso de santo; es como enamorarse de un tordo en jaula, si habla; y si calla, de un retrato. Los favores son todos toques, que nunca legan a cabes, un paloteadico con los dedos; hincan las cabezas en las rejas, y apúntanse los requiebros por las troneras: aman al escondite. ¿Y verlos hablar quedito y de rezado? ¿Pues sufrir una vieja que gruñe, y una portera que manda, y una tornera que miente, y lo que mejor es, ver cómo nos piden celos de las de acá fuera, diciendo que el verdadero amor es el suyo, y las causas tan endemoniadas que hallan para probarlo?

Al fin, yo llamaba ya señora a la abadesa, padre

que embisten al comprador!»; la escena se prolonga, muy animada, con las impertinentes ofertas de los vendedores, la disputa por el precio, etc.; «y después que le han cansado, | y, en fin, después de matarle | de despedirle y llamarle, | se le dan por lo que ha dado». (F. Rojas Zorrillas *Cada cual, lo que le toca*, ed. A. Castro, «Teatro antiguo español», II, p. 11.)

—*Como si sacara arañas*: los dedos sacados por entre los agujeros, para hacer seña al amigo, semejaban desde la calle patas de araña en movimiento.

11-12 *toques y cabes*: v. pág. 131, n. 13.

14 *de rezado:* v. pág. 257.

al vicario y hermano al sacristán: cosas todas que con el tiempo y el curso alcanza un desesperado. Empezáronme a enfadar las torneras con despedirme, y las monjas con pedirme. Consideraba cuán caro me costaba el infierno, que a todos se da tan barato, y en esta vida por descansados caminos. Veía que me condenaba, y que me iba al infierno por solo el sentido del tacto. Si hablaba, solía—porque no me oyesen los demás que estaban en las rejas—juntar tanto con ellas la cabeza, que por dos días siguientes traía los hierros estampados en la frente: hablaba como sacerdote que dice las palabras de la consagración. No me veía nadie que no me decía: «Maldito seas, bellaco monjil»; y otras cosas peores.

Todo esto me tenía revolviendo pareceres, y casi determinado a dejar la monja, aunque perdiese mi sustento; y determiném el día de San Juan Evangelista, porque acabé de conocer lo que son las monjas. No quiera v. m. saber más de que las bautistas, todas se enronquecieron adrede, y sacaron tales voces, que, en vez de cantar la misa, la gimieron; no se lavaron las caras, y se vistieron de viejo; y los devotos de las bautistas, por desautorizar la fiesta, trajeron banquetas en lugar de sillas a la iglesia, y muchos pícaros del rastro.

5 *todos*, sustituído en Z., 1626, por *otros*.

6 'consiguen el infierno siguiendo descansados caminos en esta vida'.

12 Desde *hablaba* a *consagración* falta en Z., 1626, como es natural.

Cuando yo vi que las unas por el un santo, y las otras por el otro trataban indecentemente de ellos, cogiéndole a la monja mía, con título de rifárselos, cincuenta escudos de cosas de labor y medias de seda y bolsillos de ámbar y dulces, tomé mi camino para Sevilla, temiendo que si más aguardaba, había de ver nacer mandrágulas en los locutorios. Lo que la monja hizo de sentimiento, más por lo que la llevaba que por mí, considérele el pío lector.

7 *mandrágula.* Esta frase fué suprimida en Z., 1626. Es sabido que en torno a la *mandrágora* hubo (y por lo visto aún subsisten) numerosas superticiones. Se le atribuyó desde antiguo forma humana: «antropomorfoseon en griego es dicha la mandrágora, porque su raíz tiene forma de hombre» (PALENCIA, *Vocabulario*, 1490, fol. 23); por esto llama Quevedo a una vieja: «aspaviento ya carroño, | mandrágula con zollipo» (*Rivad.*, LXIX, 206 *b*). La frase de nuestro texto se explica con esta de Dioscórides: «Dícese que hay otra mandrágora, llamada morion, la cual nace en lugares sombríos y cavernosos» (*Materia medicinal*, trad. de Laguna. Salamanca, 1566, p. 624). Los locutorios de monjas eran, pues, sitio adecuado. Además, con la mandrágora se relacionaban preocupaciones de carácter sexual, que dan doble y obsceno sentido a esta frase; las raíces, preparadas en la forma que explica el Dr. Laguna en su comentario, «las venden por cuanto quieren, para hacer hijos a unas mujercillas estériles» (*ob. cit.*, p. 424); eso, y otros detalles más concretos allí expuestos, explican que se suprimiera este pasaje en la impresión, por prestarse a asociaciones irreverentes, que todo el mundo haría, por ser muy vulgares las mencionadas nociones acerca de tal planta.

CAPITULO ULTIMO

DE LO QUE ME SUCEDIÓ EN SEVILLA HASTA EMBARCARME A INDIAS

Pasé el camino de Toledo a Sevilla prósperamente, porque, como yo tenía ya mis principios de fullero, y llevaba dados cargados con nueva pasta de mayor y de menor, y tenía la mano derecha encubridora de un dado (pues preñada de cuatro, paría tres), llevaba gran provisión de cartones de lo ancho y de lo largo para hacer garrotes de morros y ballestilla;

5 Todo este período está gramaticalmente mal arreglado. La oración de que depende *como yo tenía mis principios de fullero* es *no se me escapaba dinero* (lín. 11); pero el autor olvidó esto, y alargó tanto los incisos, que al llegar al final pone *y así no* etc., convirtiendo en consecuencia de lo anterior lo que es antecedente; *llevaba gran provisión* debía ser *y llevaba gran provisión*: un caso más de anacoluto.

7 V. cómo se hacía esto, según la anónima *Vida y hechos de Estebanillo González* (1646): «El italiano en una cuchara redonda de acero empezó a amolar sus dados, sin ser cuchillos ni tijeras, haciéndolos de mayor y menor, de ocho y trece, de nueve y doce, y de diez y once; y después de haber hecho algunas brochas ['brocas'], dando barreno a dos docenas de dados, hinchó los unos de oro, y los otros de plomo, etc.» (*Rivad.*, XXXIII, 289 *b*.)

10 Hoy es muy difícil de saber, lo que Quevedo juzgaba superfluo explicar: «no hay niño que no sepa si el naipe pica o está lim-

y así no se me escapaba dinero. Dejo de referir otras muchas flores, porque, a decirlas todas, me tuvieran más por ramillete que por hombre; y también porque antes fuera dar que imitar, que no re-

pio, ni señor que no trate de entenderlo por curiosidad; y está reducido a arte y ciencia. Y así parece superfluo lo que aquí digo por ser cosa notoria» (*Rivad.*, XXIII, 463, nota 7). El *garrote* era trampa usadísima: «Los gariteros... avisan [a los fulleros] para que prevengan sus garrotes, o pongan en razón la flor que usan» (*Ib.*, 462 *a*.): «hay muchos géneros de fulleros: unos son diestros por garrote» (463 *a*). En la *Vida de Estabanillo González* (Rivad., XXXII, 289 *b*) se habla de un español, que «sacando de un estuche unas muy finas y aceradas tijeras..., empezó a dar cuchilladas... señalando las cartas por las puntas, para quínolas y primera... echándoles el garrote y la ballesta para las pintas, sin otra infinidad de flores». También se habla de la *ballestilla* en *Pedro de Urdemalas* de Cervantes; sus comentaristas, Schevil y Bonilla (*Comedias y entremeses* de Cervantes, III, 251), citan sobre la *ballestilla* un texto bastante vago de Luque Fajardo (*Desengaño contra la ociosidad*, 1603, f.° 160): «Otra flor llaman la ballestilla; debe de ser, sin duda, por las heridas de saeta con que quitan el dinero». Se alude varias veces a esta trampa en otros textos que cita Rodríguez Marín en una larga, aunque no muy precisa nota de su edición de *Rinconete y Cortadillo* (1920, p. 403-408). La *ballestilla* y los *morros* se referían a diversas partes del naipe, según este texto, que no se ha pensado en aducir: «Hay en cada cuadrilla tres interlocutores: el primero es el *cierto*, el cual anda siempre prevenido con naipes hechos, unos por la barriguilla, otros por la ballestilla, otros por morros y otros por todas partes» (*Rivad.*, XXIII, 462 *b*). El *garrote* parece, pues, consistía, en apretar o prensar las cartas por diversos lugares (los bordes o el centro), con los cartones de que nos habla el autor. A pesar de cuanto se ha escrito sobre ello, no es mucho lo que sabemos acerca de estas artes de fullería. Es de lamentar que no se le ocurra a nadie hacer un estudio claro y metódico de los juegos de azar en el siglo XVII, a los que tan frecuentemente se refieren nuestros principales escritores.

ferir vicios de que huyan los hombres; mas quizá declarando yo algunas chanzas y modos de hablar, estarán más avisados los ignorantes, y los que leyeren este mi discurso serán engañados por su culpa.

No te fíes, hombre, en dar tú la baraja, que te la trocarán a un despabilar de una vela: guarda el naipe de tocamientos, raspados o bruñidos, cosas con que se conocen los azares. Y por si fueres pícaro, lector, advierte que en cocinas y en caballerizas pican con un alfiler y doblan los azares, para conocerlos por lo hendido; y si tratares con gente honrada, guárdate del naipe, que desde la estampa fué concebido en pecado, y que, con traer atravesado el papel, dice lo que viene. No te fíes de naipe limpio, que al que da vista y retiene, lo más jabonado

7 Se alude al *raspadillo* en CERVANTES, *Pedro de Urdemalas*: «Verrugueta y ballestilla, | el raspadillo y hollín | jugaba por excelencia» (jorn. I); y Rinconete afirma: «no se me va por pies el raspadillo, verrugueta y el colmillo».

8 *azar*, 'carta contraria': Comp. «Ha venido Sancha aquí | celosa, y podrá estorbar | mi dicha saliendo azar» (TIRSO, *Averígüelo Vargas*, Rivad., V, 678 *c*).

8 *pícaro*, en el sentido de 'mozo, criado inferior'; comp:. «Haya número de veinte y cuatro ganapanes, y esta ciudad les dé caperuzas azules, y a doce pícaros amarillas; y no haya otro alguno en esta ciudad, pena de vagabundos». (*Ordenanzas* de Salamanca, 1658, lib. V, tít. 33.)

13 Dada la tosquedad de los naipes antiguos, sería muy fácil utilizarlos para la trampa; tendrían el dibujo en un papel adherido al cartón. No he logrado ver naipes de esta época.

15 'para quien sabe dar a ver la carta que va a salir al punto en combinación con él, o para quien practica la trampa del retén, lo

es sucio. Advierte que, a la carteta, el que hace los naipes, que no doble más arqueadas las figuras (fuera de los reyes) que las demás cartas, porque el tal doblar es por tu dinero difunto. A la primera, mira
5 que no den de arriba las que descarta el que da, y

más limpio y nuevo del naipe es como si estuviera sucio'. «Entiéndaseme el retén» dice Rinconete; sabido es que dicha trampa consiste en ocultar el que baraja algunas cartas.

1 *hacer los naipes* 'prepararles para la trampa.' Recuérdense los «naipes hechos» (págs. 231 y 232). Los diccionarios no mencionan esta acepción, usada aquí irónicamente.

2 La *carteta* era como el juego del parar (un mismo juego lleva aun en Navarra esos dos nombres); pero no comprendo por qué tiene importancia arquear las figuras, con excepción de los reyes. No sabemos cómo fuese exactamente la *carteta* en el siglo XVII. Suárez de Figueroa (*Plaza Universal*, 1617, f.° 255 *v*) menciona como distintos el parar y la *carteta*, aunque tal vez se tratará de nombres, no de cosas diferentes.

Está probado por otros textos coetáneos que los reyes tenían valor especial en la *carteta*, como lo tenían en otros juegos; dice Altisidora en su maldición (*Quijote* II, 57): «Si jugares al reinado, | los cientos, o la primera, | los reyes huyan de tí; | ases ni sietes no veas». Cuenta Juan Rufo en sus *Apotegmas*: «Jugando un ginovés a la carteta, dejó de topar una gruesa parada, porque dijo, teniendo el naipe, que había conocido que salía un rey, y no podía ganar aquella mano con buena conciencia... Jugaba un fullero al mismo juego, y, valiéndose del ser de noche, hizo caedizos tres reyes, y dándose priesa a parar y otorgando poco, ganó todo lo que se jugaba» (ed. cit., p. 38).

5 Nuestro ms. dice *que no den de arriba el que descarta el que da*, texto erróneo; conservo el de Z., 1626, cuyo sentido parece ser: 'que los naipes descartados, no vuelva a ponerlos el que da sobre la baraja para darlos otra vez'. La *primera* «se juega dando cuatro cartas a cada uno. El siete vale 21 puntos; el seis vale 18; el as, 16; el dos, 12; el tres, 13; el cuatro, 14; el cinco, 15, y la figura, 10. La mejor suerte, y con que se gana todo, es el flux, que son cuatro

procura que ne se pidan cartas, o por los dedos en el naipe, o por las primeras letras de las palabras. No quiero darte luz de más cosas; éstas te bastan para saber que has menester vivir con cautela, pues es cierto que son infinitas las maulas que te 5 callo. *Dar muerte* llaman quitar el dinero, y con propiedad; *revesa* llaman la treta contra el amigo, que de puro revesada no la entienden; *dobles* son los que acarrean sencillos, para que los desuellen estos rastreros de bolsas; *blanco* llaman al sano de 10

cartas de un palo; después el cincuenta y cinco, que se compone precisamente de siete, seis y as de un palo; después, la quínola o *primera*, que son cuatro cartas, una de cada palo». (*Dic. de Autor.*) Este pasaje de *Guzmán de Alfarache* da animada descripción de nuestro juego, y permite barruntar cómo fuesen las trampas mencionadas arriba: «Siempre procuré aprovecharme de todas cuantas trampas y cautelas pude, en especial jugando a la primera. ¿Cuántas veces, yendo en dos, tomé tres cartas, y teniendo cinco, envidé con las tres mejores? ¿Cuántas veces tomé la carta postrera, y [al] ponerla debajo, veía si era buena o no, y muy de espacio brujuleaba la otra ya vista, y hacia partidos que era robar en poblado? ¿Cuántas pandillas hice dando al contrario cincuenta y dos, y quedándome con as hice cincuenta y cinco, o con un cinco, que hice cincuenta y cuatro, y mejoré mi punto, o gané por la mano? Pues ya cuando jugábamos dos a uno, y nos dábamos las cartas, *tomar naipe desechado, poniéndolo encima*, jugar con guión, hacer trascartones, poner el naipe de mayor o señalarlo, habiéndome hecho de concierto con el coimero, o con el que lo vende». (*Rivad.*, III, 256 *a*.) V. otros textos en la edic. del *Quijote* por Rodríguez Marín, 1916, VI, 145, que no aclaran lo que aquí queda dudoso; y GALLARDO, *Ensayo*, I, 1328.

8 *doble*: «llamado por otro nombre enganchador; éste tiene a su cargo buscar, solicitar y traer *buenos*» (*Rivad.* XXXIII, 463 *a*).

10 *rastrero*, 'matarife empleado en el rastro'.

malicia y bueno como el pan, y *negro* al que deja en blanco sus diligencias.

Yo, pues, con este lenguje y estas flores llegué a Sevilla: con el dinero de las camaradas gané el alquiler de las mulas, y la comida y dineros a los huéspedes de las posadas. Fuíme luego a apear al mesón del Moro, donde me topé un condiscípulo mío de Alcalá, que se llamaba Mata, y ahora se llama —por parecerle nombre de poco ruido—, Matorral. Trataba en vidas, y era tendero de cuchilladas, y no le iba mal; traía la muestra de ellas en su cara, y por las que le habían dado, concertaba tamaño y hondura de las que habia de dar. Decía: «No hay tal maestro como el bien acuchillado»; y tenia razón, porque la cara era una cuera, y él un cuero. Díjome que me había de ir a cenar con él y otros camaradas, que ellos me volverían al mesón.

Fuí, llegamos a su posada, y dijo: «Ea, quite vucé

1 «Cuando uno es principiante y yerra lo llaman *blanco*, que es lo mismo que decirle nescio; y al que dice bien, le llaman *negro*, que es lo mismo que habil» (CHAVES, *Relación de la cárcel de Sevilla*, en GALLARDO, *Ensayo*, I, 1366).

11 Comp.: «Estos corredores de las vidas... tienen arancel de los preceptos y derechos de heridas y muertes» (*Rivad.*, XXIII, 466 *b*). De análoga industria se habla en *Rinconete y Cortadillo*: «Memoria de las cuchilladas que se han de dar esta semana».

19 *vucé*: entre la multitud de formas que ofrecía este tratamiento, ésta era la usada con pícaros y germanes. Otros ejemplos en PLA, *Rev. de Filol. Españ.*, 1923, p. 254 y 262. Equivalentes en plebeyismo eran *voacé* (Rivad., XXIII, 464 *a* y *b*), *vocé*, *voarced*, *océ*, *oace* (ROJAS ZORRILLA, *Rivad.*, LIV, 66, 77 y 78 *c*).

la capa, parezca hombre, que verá esta noche todos los buenos hijos de Sevilla; y porque no le tengan por maricón, ahaje ese cabello y agobie de espaldas, la capa caída (que siempre nosotros andamos de capa caída); ese hocico de tornillo: gestos a un lado y a otro; y haga vucé cuando hablare de la *g*, *h*, y de la *h*, *g*; y diga conmigo: *gerido*, *mogino*, *gumo*, *pahería*

3 *maricón*. Esta palabra no tenía el sentido obsceno que hoy se le da, sino el más suave de 'afeminado, mariquita'; todavía en 1831 podía decirse ante el público: «¡Qué enfadoso maricón!» (BRETÓN, *Marcela*, I, 1); y en Hispanoamérica aun conserva aquel sentido atenuado.

7 Hasta el siglo XVI se distinguieron la *j* sonora (parecida a la portuguesa, catalana y francesa y representada también con *g*) y la *x* sorda (como la del portugués, asturiano, catalán, *ch* francesa, *sh* inglesa); *ojo* y *caxa* tenían, pues, sonidos muy distintos. Existía en cambio, desde muy antiguo, el sonido aspirado de *h*, correspondiente a *f* latina: *hacer*, o a ciertos sonidos árabes: *horro*, *ahorrar*. Esta aspiración fué desapareciendo de la lengua culta a lo largo del siglo XVI, y quedó relegada al Sur (como arcaismo), o a la gente más plebeya; Quevedo, a principios del siglo XVII, dice de los matones: «llaman media *janega* a la media azumbre» (*Rivad.*, XXIII, 461 *b*); «no se *jable* más en eso» (*Bibl. And.*, III, 296), *geridas* (*Rivad.*, LXIX, 102 *b*); *jaga*, *jágase*, *gidalgos* (ROJAS ZORRILLA, *Rivad.*, LIV, 76 *c*). Entre tanto la *j* y la *x* antiguas iban coincidiendo en un sonido sordo (algo así como *ch* francesa); pero tal situación no fué estable, porque el vulgo pronunció ese sonido con la aspiración de *jacer*, *jablar*; y resultó que *mojar* (con *j* francesa) y *baxo* (con *ch* francesa) tomaron el sonido de *j* moderna, escrito con *h* en *mohada*, *mohador* (*Rivad.*, LXIX, 114 *a*, 121 *a*), *bahuna* (1 *b*, 220 *b*), *harro* (*Bibl. And.*, III, 270). En suma, el habla de los jaques producía impresión especial por su abundancia de aspiraciones de *j*, que la lengua culta suprimía ya, cuando la *h* procedía de *f* (*herido*, *mohino*, *humo*); en cambio iba más lejos que la gente culta en la decisiva adopción de la *h* (*j* moderna) en aquellas palabras en las que aun ha-

mohar, *habalí* y *harro* de vino. Tómelo bucé de memoria». Prestóme una daga, que en lo ancho era alfanje, y en lo largo, de comedimiento suyo no se llamaba espada, que bien podía. «Bébase—me dijo—esa media azumbre de vino; que si no da vaharada, no parecerá valiente». Estando en esto, yo con la media azumbre atolondrado, entraron cuatro de ellos con cuatro zapatos de gotoso por caras, andando a lo columpio, no cubiertos con las capas, sino fajados por los lomos, los sombreros empinados sobre la frente, altas las faldillas de delante, que parecían diademas, un par de herre

bía personas educadas que titubeaan (*Pahería* [nombre de una calle de Sevilla], *mohar*, *habali*, *harro*). Nótese que aun en 1627 el murciano Cascales quería que se distinguiera la pronunciación de *trabajo* y *baxo*, y protestaba contra el mal oido de los poetas que confundían estas rimas: «hallo en esta parte a los poetas españoles con oído tan boto y obtuso, que apenas sienten las dichas diferencias» (V. CUERVO, *Notas a la Gramática de Bello*, 1898, p. 22).

En resumen, Quevedo designa con *g* la aspiración rústica de la *h* (procedente de *f*), que ya no hacían los castellanos; y por *h* la aspiración que reemplaza a la *j* y *x* antiguas, cuya pronunciación tenía aun adeptos en algunas regiones, y en algunos círculos cultos. De ahí que para imitar la pronunciación *jumo* escriba *gumo*: no puso *humo* porque la *h* era ya muda; no puso *j*, porque podían haberla interpretado por la *j* parecida a la francesa.

3 *de comedimiento suyo* 'por moderación suya'.

6 *vaharada*: «Si quieres, aunque seas un pollo, ser respetado por valiente, anda con mareta, [comp. *andando a lo columpio*, lín. 9], habla duro, agobiado de espaldas, zambo de piernas, trae barba de ganchos y bigotes de guardamano, y no levantes la habla de la cama sin varahada del trago puro». (*Libro de todas las cosas*, Rivad., XXIII, 482 *a*.) El ms. *harrada*, lección posible; pero más probable es la de Z. 1626, en vista del anterior texto.

rias enteras por guarniciones de espadas y dagas; las conteras, en conversación con el carcañal derecho; los ojos derribados, la vista fuerte, los bigotes buídos a lo cuerno; barbas turcas, como caballos. Hiciéronnos un gesto con la boca, y luego a mi amigo le dijeron—con voces mohinas, sisando palabras—: «Seidor». «So compadre», respondió mi ayo. Sentáronse; y para preguntar quién era yo, no hablaron palabra, sino el uno miró a Matorrales, y abriendo la boca y empujando hacia mí el labio de abajo, me señaló; a lo cual mi maestro de novicios satisfizo empuñando la barba y mirando hacia abajo; y con esto se levantaron todos, y me abrazaron; y yo lo mismo a ellos, que fué como si catara cuatro vinos diferentes.

Llegó la hora del cenar; vinieron a servir unos pícaros, que los bravos llaman *cañones*. Sentámonos

2 *en conversación*: la contera llegaba hasta el carcañal.

4 *barba turca*: no sé lo que es. ¿Llevaban los caballos turcos las crines arregladas de cierta manera?; ¿alusión a la forma de la silla de montar turca?

7 *Seidor* 'servidor'. Comp.: «Servidor, seó secretario», dicho por un rufián en *Obligados* y *ofendidos* de Rojas (Rivad., LIV, 78 *a*); *meor* 'mejor' (*Ib*, 76 *c*). «Dicen voacé, so compadre, so camarada» (QUEVEDO, *Rivad.*, XXIII, 461 *b*).

12 *satisfizo* 'respondió'.

17 *cañón*, 'pícaro al servicio de un rufián'. Comp.: «Acogióse a toda calza | a dar el punto a la Méndez | el cañón de Mascaraque, | Marquillo de Turuleque» (*Rivad.*, LXIX, 109 *a*). Es decir, 'el criado de Mascaraque salió a todo correr, a dar el soplo a la Méndez'. V. también, *ib.*, 106 *b*. El *Dic. Acad.* debe, pues, precisar mejor su definición.

a la mesa: aparecióse luego el alcaparrón; empezaron—por bienvenido—, a beber a mi honra, que yo, hasta que la vi beber, no créí que tenía tantas. Vino pescado y carne, y todo con apetitos de sed. Estaba en el suelo una artesa llena de vino, y allí se echaba de bruces el que quería hacer la razón: contentóme la penadilla; y a dos veces no hubo hombre que conociese al otro. Comenzaron pláticas de guerra; menudeáronse los juramentos; murieron de brindis a brindis veinte o treinta sin confesión; recetáronse al asistente mil puñaladas; tratóse de la buena memoria de Domingo Tiznado; derramóse vino en cantidad a la ánima de Escamilla. Los que

4 *apetitos*, parecidos a aquel «llamativo de alcaparrones ahogados en pimientos» para excitar la sed, mencionado en *Rinconete y Cortadillo*, «Clás. Cast.», p. 194.

7 *penadilla*, diminutivo irónico de *penada* = taza penada, en la que se bebía despacio y con trabajo, por tener el borde vuelto hacia afuera. V. R. Marín, ed. *Quijote*, 1916, V, 181, y SCHEVILL-BONILLA, *Comedias de Cervantes*, II, 356. La definición del *Dic. Acad.* debe completarse

11 *asistente*: el corregidor de Sevilla.

12 *Domingo Tiznado*, que quizá debía ese nombre a ser negro o mulato; habla el autor de él en una jácara: «Con las manos en la masa, | está Domingo Tiznado, | haciendo tumbas a moscas | en los pasteles de a cuatro» (Rivad., LXIX, 100 *b*). Era, pues, un pastelero.

13 En tales casos vertíase realmente el vino; era una forma de juramento: «Así como el hombre indino, | creatura de Dios y el cielo, | derrama por este suelo | estas dos tazas de vino (*derrámalas*) | así vertidas estén | todas las sangres que fueren | de aquellos que mal nos quieren» (ROJAS, *Obligados y ofendidos*, Rivad., LIV, 76 *c*).

13 *Escamilla*: Pero Vázquez de Escamilla, célebre matón, que, murió en Sevilla, su tierra, «de enfermedad de cordel» (*Bibl. And.*, III, 251). «Brinda en los banquetes al ánima de Pantoja y a la honra de Escamilla y Roa» (*Rivad.*, XXIII, 482 *a*).

las cogieron tristes, lloraron tiernamente el malogrado Alonso Alvarez; y a mi compañero, con estas cosas, se le desconcertó el reloj de la cabeza, y dijo, algo ronco, tomando un pan con las manos y mirando la luz: «Por esta, que es la cara de Dios, y por aquella luz que salió por la boca del ángel, que si vucedes quieren que esta noche hemos de dar al corchete que siguió al pobre Tuerto». Levantóse entre ellos un alarido disforme; desnudando las dagas, poniendo las manos cada uno en un borde de la artesa y echándose sobre ella de hocicos, dijeron:

—«Así como bebemos deste vino, hemos de beber la sangre a todo acechador.

2 *Alonso Alvarez de Soria*, poeta y pícaro sevillano; v. RODRÍGUEZ MARÍN, *El Loaysa de «El Celoso extremeño»*, 1901. Un mote inconveniente puesto a don Bernardino de Avellaneda, presidente de la Casa de contratación y luego asistente de la ciudad, le hizo acabar en la horca; sin el ánimo vengativo de Avellaneda hubiesen tenido castigo más suave sus delitos. Su muerte—hacia 1604—le atrajo la admiración de toda la jacarandina; Juan de la Cueva solicitó en vano su perdón, y su nombre quedó mucho tiempo como espejo de bravos.

5 Era juramento usual entre rufianes: «Por las alas del ángel Gabriel, que no entendí, camarada, que me habíais conocido». (*Rivad.*. XXIII, 464 *a*.)

8 *el Tuerto* es el ya mentado Alonso Alvarez: «Calle el tuerto Alonsillo» le dicen en un soneto (R. MARÍN. *ob. cit.*, p. 183); el poeta pícaro se había refugiado en una iglesia, y lo prendieron en una salida nocturna; al corchete que lo detuvo aluden nuestros bravos, como antes a don Bernardino, al mencionar al asistente.

—¿Quien es este Alonso Alvarez—pregúnté—, que tanto se ha sentido su muerte?

—Un mancebito—dijo—, lidiador ahigadado, mozo de manos y buen compañero. Vamos, que me retientan los demonios».

Con esto salimos de casa a monteria de corchetes. Yo, como iba entregado al vino, y habia renunciado en su poder mis sentidos, no advertí al riesgo que me ponía. Llegamos a la calle de la Mar, donde encaró con nosotros la ronda. No bien la columbraron, cuando sacando las espadas, la embistieron. Yo hice lo mismo; limpiaron dos cuerpos de corchetes de sus malditas ánimas, al primer encuentro. El alguacil puso la justicia en sus pies, y apeldó por la calle arriba dando voces; no le pudimos seguir, por haber cargado delantero; y al fin nos acogimos a la iglesia Mayor, donde nos reparamos del rigor de la justicia, y dormimos lo necesario

3 Comp: «Mancebitos de la carda» (*Rivad.*, LXIX, 102 *a* y 110 *a*); *mancebo*, entre rufianes, tomaba un sentido parecido al de «mozo crúo» en la jerga andaluza.

15 *apeldó*, 'huyó'. Todas las ediciones, por error, *apeló*. Comp.: «Apeldar, por huir» (J. DE VALDÉS, *Diálogo de la Lengua*, ed. Böhmer, p. 348). «Que no puede hacer camino | Por do hubiese de apeldar» (ENCINA, *Auto del repelón*). «En busca de (un coche) apeldo» (QUEVEDO, *Rivad.*, LXIX, 142 *a*). «Y cuando las tres estén | conseguidas..., apeldarlas, | riéndonos de las tres» (CALDERÓN, *Mañana será otro día*, Rivad., VII, 540 *c*). En vista de estos ejemplos (que podrían alargarse), resulta extraño que el *Dic. Acad*, defina así esta palabra: «Apelar a la fuga. Usase ordinariamente con el pron. *las*».

17 V. pág. 20, n. 9.

para espumar el vino que hervía en los cascos. Y vueltos ya en nuestro acuerdo, me espantaba de ver que hubiese perdido la justicia dos corchetes y huído el alguacil de un racimo de uvas, que entonces lo éramos nosotros. Pasábamoslo en la iglesia notablemente, porque al olor de los retraídos vinieron putas, desnudándose para vestirnos. Aficionóseme la Grajal, y vistióme de nuevo de sus colores; súpome bien y mejor que todas esta vida; y así, propuse de navegar en ansias con la Grajal

7 Esto ocurría así. En 1608 escribía D. Diego Duque de Estrada, sobre su asilo en la catedral de Sevilla: «Allí concurrían mujeres de la vida penosa, a gastar lo que con tan penosa vida ganan». (*Memorial Histórico Español*, XII, 36.) En 1586, el arzobispo de Sevilla, D. Rodrigo de Castro, había prohibido (sin eficacia) que los retraídos «no jueguen juego alguno; ni tengan conversación con sus mujeres ni con otras, dentro de la iglesia; ni se pongan a la puerta de las iglesias, ni en los cimenterios a burlar, ni tañer vihuelas... Mandamos, que si algunos de los dichos retraídos saliere de la iglesia a hacer algunos desconciertos, por el mismo caso sea echado luego de la tal iglesia... Y porque muchos están tanto tiempo en las iglesias, que parece más tenerlas por moradas que por refugio de sus personas, mandamos que ninguno pueda estar en la iglesia, ni sea acogido en ella por más tiempo de ocho días, sin licencia del provisor o juez eclesiástico» (*Constituciones del Arzobispado de Sevilla*, 1591). V. RODRÍGUEZ MARIN, *Loaysa*, p. 190. Ya en *Lazarillo*, se alude a este tema: «una noche nos corrieron a mí y a mi amo [el alguacil], a pedradas y a palos, unos retraídos». (*Rivad.*, III, 90 *a*.)

10 *navegar en ansias*, no explicado en ningún diccionario, es frase propia de jaques. En *navegar* se destaca el sentido de 'cursar', pasar afanes y peligros:

«Allá vas, jacarandina, ['jácara cantada']
apicarada de tonos,
donde de motes y chistes

hasta morir. Estudié la jacarandina, y en pocos días era rabí de los otros rufianes. La justicia no se descuidaba de buscarnos; rondábanos la puerta. Con todo, de media noche abajo, rondábamos disfrazados.
5 Yo, que vi que duraba mucho este negocio, y más la fortuna en perseguirme—no de escarmentado, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador—determiné, consultándolo lo primero con la Grajal, de pasarme a las Indias con
10 ella, por ver si mudando mundo y tierras, mejoraría mi suerte. Y fuéme peor, como v. m. verá en la segunda parte, pues nunca mejora de estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres.

FIN

---

navega el amor el golfo». (*Rivad.*, LXIX, 103 *b*).

«Haz tu curso, niña,
si es que navegas
no de puerto en puerto;
de puerta en puerta» (*ib.*, 119 *a*).

Ansias, a su vez, eran no sólo las angustias del tormento («cantar en el ansia»), sino también los lances de amor a lo rufo; en el siguiente ejemplo aparece claro:

«Yo que fuí norte de guros ['guía de rufianes']
enseñando a navegar
a las godeñas en ansias, ['el arte de amar a las rameras']
a los buzos, en afán ['a los ladrones, el robo'].
(*Rivad.* LXIX 106 *a*.)

No creo posible en vista de ese pasaje y del texto del *Buscón* definir *ansias* como 'galeras' en lengua de germanía, según hizo Hidalgo, tras él el *Díc. de Autor.*, y aun el actual de la Academia.

El *Dicc. Autor.* cita este texto, que no puede aislarse de los anteriores:

«De un torniscón de una losa,
Pantoja, flor de la altana,
murió; lloráronle todos
los que navegan en ansias» (*Rivad.*, LXIX, 115 *a*): es decir, cuantos viven los afanes (de amor u otros) propios de rufos.

Por ese camino, *navegar* adquiere sentido apicarado:

«La niña, como novata,
no sabe navegar, no;
y el rufián, como es astuto,
dábale aquesta lición».
(*Los valientes y tomajonas*, Bibl. And. III, 253).

Sinónimo de *navegar* es *bogar*:

«Algunas hizas ['rameras']
de las que en Sevilla bogan». (*Rivad*, LXIX, 103, *a*).

No conozco otros ejemplos de *ansias* Con todo parece claro que *navegar en ansias con la Grajal* significa que Pablos se propone pasar con ella fatigas y afanes de amor.

En los anteriores ejemplos han ocurrido dos palabras que no están en los diccionarios. *Guro* es generalmente 'alguacil', de ahí 'gurullada', o más bien alrevés; pero probablemente en «yo que fuí norte de guros», en «Todo cañón, todo guro, | todo mandil y jayán» (en la misma jácara), no puede ser 'alguacil', porque ocurre en una enumeración de rufianes que lloran la prisión del jaque, lo que no iba a hacer un alguacil; no conozco otros ejemplos. La otra palabra es *godeña* 'daifa, ramera', que aparece también en *El rufián dichoso* de Cervantes, p. 27.

1 (pág. 288) *jacarandina*, 'la música con que se cantaban las jácaras': «Tocando en la caverna | la jacarandina a voces». (*Rivad.*, LXIX, 104 *b*.)

12 (pág. 288). En los impresos falta esta promesa de segunda parte, porque el libro apareció dividido en dos partes. Muy tardíamente, en el siglo XVIII, salió una *Tercera parte del Gran Tacaño*, que ha sido publicada por el señor Retana en la *Revue Hispanique*, 1922, LIV. Nada tiene que ver con nuestro asunto; se trata de una descripción de la vida en las Islas Filipinas.

ÍNDICE

Páginas

Advertencia VII
Aprobación y licencia 3
Dedicatoria 7
Al lector 9
A D. Francisco de Quevedo. 11
Capítulo I.—Cuenta quién es y de dónde . . . 15
Capítulo II.—De cómo fuí a la escuela y lo que en ella me sucedió 23
Capítulo III.—De cómo fuí a un pupilaje por criado de Don Diego Coronel 34
Capítulo IV.—De la convalecencia y la ida a estudiar a Alcalá de Henares. 50
Capítulo V.—De la entrada en Alcalá, patente y burlas que me hicieron por nuevo 62
Capítulo VI.—De las crueldades del ama, y travesuras que yo hice 73
Capítulo VII.—De la ida de Don Diego, y nueva de la muerte de mis padres, y la resolución que yo tomé. 91
Capítulo VIII.—Del camino de Alcalá para Segovia, y lo que me sucedió en él hasta Rejas, adonde dormí aquella noche 98
Capítulo IX.—De lo que me sucedió hasta llegar a Madrid con un poeta 112
Capítulo X.—De lo que hice en Madrid y de lo que me sucedió en Cercecilla, donde dormí aquella noche 119

Páginas

Capítulo XI.—Del hospedaje de mi tío, y visitas; la cobranza de mi hacienda y vuelta a la Corte. 141
Capítulo XII.—De mi ida, y sucesos hasta la Corte. 151
Capítulo XIII.—Que prosigue su vida y costumbres. 157
Capítulo XIV.—De lo que sucedió en la Corte luego que llegamos hasta que amaneció . . 165
Capítulo XV.—En que se prosigue la materia comenzada, y otros raros sucesos 173
Capítulo XVI.—En que prosigue la misma materia, hasta dar con todos en la cárcel . . . 191
Capítulo XVII.—En que se describe la cárcel y lo que sucedió en ella hasta salir la vieja azotada, los compañeros a la vergüenza y yo en fiado 196
Capítulo XVIII.—De cómo tomé posada, y la desgracia que me sucedió en ella 208
Capítulo XIX.— En que prosigue lo mismo, con otros varios sucesos 216
Capítulo XX.—En que se prosigue el cuento, con otros sucesos y desgracias notables. . . . 226
Capítulo XXI.—De mi cura y otros sucesos peregrinos. 241
Capítulo XXII.—En que me hago representante, poeta y galán de monjas, cuyas propiedades se descubren lindamente 254
Capítulo último.—De lo que me sucedió en Sevilla hasta embarcarme a Indias 275
INDICE 291
FE DE ERRATAS 293

FE DE ERRATAS

PÁG.	LÍNEA	DICE	LÉASE
11	1	PRANCISCO	FRANCISCO
15	9	tar,	tar
»	última	ato	lato
18	2 (de la nota 7)	todas las	cuatro
97	5 (nota 2)	*bogotauo*	*bogotano*
118	última	Miguele de C«rvantes	Miguel de Cervantes»
134	2 (nota 15)	lega	llega
135	6 (nota 16)	*Tokías*	*Tobías*
139	última	141	144
144	8 (desde abajo)	9 *supuestos*	10 *supuesto*
186	1 (nota 6)	11 reales	13 reales
»	3 »	ducados o escudos	ducados
190	1 (nota 1)	de la	en la
196	2 (desde abajo)	once	trece
207	2 (desde abajo)	pensamiento	pujamiento
208	1 (nota 8)	presunción	presunción de

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA DE LA CIUDAD LINEAL
EL DÍA V DE MARZO
DEL AÑO MCMXXVII